

# Maldita Ypérbula

Gaspar Oliver





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

# **Maldita Ypérbula**

Una encrucijada de emociones, flaquezas  
y disparates periodístico-penitenciarios,  
en cuatro partes

**Fernando Bellón**

## **Prólogo**

¿Merece la pena la verdad? Esto es, ¿beneficia la verdad a quien la busca?

¿Y a quien la descubre sin buscarla? ¿Y a quien la conoce revelada por otro?

Responder con propiedad a estas preguntas exige aceptar que, sea o no la Naturaleza una fuerza ciega, hay un imperativo moral. En definitiva, que la verdad existe.

No. No tema el lector. Este libro no es un ensayo filosófico. Es una novela. O al menos ese ha sido mi intento.

Yo, como casi todo el mundo, tengo varias

personalidades. Este libro es el fruto del conflicto entre dos de ellas.

Cuando me puse a reunir material para escribir “Cosa de Niños”, un libro documento sobre el peor criminal juvenil de la historia reciente de España, a mí la verdad me importaba un pimiento. Era mi ego.

Pero un segundo YO mío pensaba de manera diferente.

El primero, el ego, se contentó con reunir los datos necesarios para redactar una historia con pies y cabeza. A los lectores competía discernir la verdad. A mí (al prurito profesional de mi ego), atenerme a los hechos.

Hasta que publiqué “Cosa de Niños”, yo era un periodista conocido sólo por los colegas de mi promoción. Pero la pizca de fama que proporciona un pequeño éxito, alimentó la vanidad y la soberbia de mi ego.

Mi YO argumentaba de otra manera. En cuanto uno se hace famoso, la ambición de seguir siéndolo te priva de escrúpulos frente al oportunismo. La fama es efímera y carece de juicio. En una sociedad que menosprecia los mimbres del mérito, la fama a cualquier precio vuelve mentirosos a muchos.

Después de “Cosa de Niños”, me puse a trabajar en “Corazón Partido”.

Durante meses libré una batalla conmigo mismo. Una batalla en torno a la escurridiza verdad.

El hecho inesperado fue que las escaramuzas entre mi ego y mi YO iban seguidas de treguas cada vez más duraderas. No obstante, la verdad de “Venenín” era una hoguera en la que ardía tanta gente que terminó abrasándonos a todos, a mi ego, a mi YO y a mi persona entera.

Los aficionados a la literatura popular

recordarán que a mi “Corazón Partido” le salieron epígonos, plagiarios disfrazados de renovadores y verdaderos impostores.

Un montón de sinvergüenzas quisieron aprovecharse de la fama que mi persona había proporcionado a “Venenín”.

Mi esquizofrenia al completo se sublevó ante esa falta de dignidad profesional, ante esa ofensa a la verdad, cualquiera que la verdad fuese. Mi ego y mi YO firmaron un armisticio, tras el cual me encontré en condiciones de tomar de nuevo, y por postrera vez, la pluma.

Espero que con este libro la verdad de verdad y verdadera quede ratificada. Lo que aquí cuento son las circunstancias en las que escribí “Cosa de Niños” y “Corazón Partido”, y los sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron a la muerte violenta del

desgraciado “Venenín”. Esto último es mi mayor argumento contra los epígonos, plagiarios e impostores que han mancillado el de por sí bastante sucio nombre de “Venenín”. Yo estuve con él en vida. Yo vi muerto a “Venenín”. Yo sé lo que pasó y cómo pasó. Conozco a los responsables y también sus motivos. Es lo que cuento en estas páginas.

Deseo, amable lector, que te entretengan.

Wellington

(Nueva Zelanda), 22 de Febrero de 2002



## **Primera parte**

**“VENENÍN”**

## “Venenín”

De “Venenín” oí hablar hace algunos años, cuando él todavía era un chiquillo. Un niño que albergaba a un monstruo. X.Y.Z. eran las iniciales del nombre de ese delincuente juvenil que se hizo famoso por sus fechorías y por su apodo.

Los crímenes de los que se le hacía responsable ponían los pelos de punta. Los numerosos lectores de mi ““Cosa de Niños””, y mi “Corazón Partido” todavía los tendrán presentes, así que me parece ocioso resumirlos. En cuanto a aquellos que no conozcan esos libros, les recomiendo que me hagan el favor de comprarlos en una sección de saldos o que los busquen en una biblioteca y los lean como complemento de éste.

Eran crímenes tan abominables que resultaba difícil atribuirlos a un chico. Pero durante los

interrogatorios él nunca los negó. En lugar de confundir a los investigadores, les fue dictando la sucesión de los hechos, y los ilustró con detalles y pruebas que nadie sino el autor podía conocer.

La confesión tuvo lugar meses después de las fechorías. Meses durante los que voló libre como un jilguero. Los indicios que conducían a “Venenín” fueron tan evidentes desde el principio, que parecían sospechosos. Como si alguien los hubiera urdido para perjudicar a un chaval superfichado.

Eso sostenían los agentes con menor antigüedad en el cuerpo, pero con máster internacional de criminología.

Al final, el que se atrevió a llevarle ante el juez fue un veterano que había iniciado su carrera en vida de Franco. Luego explicó que tomó la iniciativa para provocar un cisco en la comisaría, y adelantar su

jubilación. Por su éxito, le propusieron como asesor ministerial, pero él lo declinó con más astucia que modestia.

Lo primero que me atrajo de “Venenín” fue, como es natural, esa ecuación insoluble entre su edad y la desmesura de sus delitos.

Desde el principio guardé recortes y apuntes sobre su caso en una carpeta de cartón azul, con solapas y gomas. Le imaginaba como una criatura de apariencia angelical, alguien capaz de ganarse la confianza del adulto más receloso, antes de empujarle al vacío por un acantilado.

Cuando le conocí, me sorprendió que tuviera cara de rufián. Era un bicho malo de pies a cabeza, la materialización del crimen. “Venenín” llevaba impreso en la jeta un sello zafio, callejero. Agotaba sostenerle la mirada. Y sin embargo era un niño.

El retrato robot de un delincuente juvenil: familia descoyuntada, fracaso escolar irreversible, personalidad colérica. Sospechar de un chico así, víctima del desamparo, de la falta de cariño, de la autoridad paterna y materna, un pobre matón, era inaceptable para los policías posmodernos. Las cosas tenían que ser más complicadas; la naturaleza de los crímenes, su retorcimiento, su refinada crueldad, no casaban con un vulgar bestia como X.Y.Z.

En el curso de la investigación, y en presencia de la que decía ser su madre y del director del centro, le habían hecho unas preguntas rutinarias, como al resto de los muchachos del colegio.

Cuando después le detuvieron, el policía veterano recordó ese interrogatorio, y comentó, “Te tuvimos al alcance de la mano. Te escapaste por los pelos”. “No me escapé por los pelos”, contestó el chaval en la comisaría con naturalidad, “me escapé porque sois unos gilipollas.”

Esto no consta en el sumario, porque fue una conversación en la que el juez no estaba presente.

El policía no le soltó un bofetón porque, me dijo, quienes se lo merecían eran sus compañeros posmodernos. Además, el tono de “Venénín” no fue altanero, sino distendido y jovial. El agente se limitó a mirarle con desprecio, y a decirle, “Como que si te habría preguntado si eras tú el cabrón que había cometido aquello, lo habrías confesado”. Aquel policía viejo se había criado en Eibar, y confundía los modos verbales como lo hacen los vascos. “Venénín” también los confundía, pero igual que hacen la mayoría de los españoles. “¡No te jode, el madero! Pues claro que hubiera dicho que no. Pero ahora que ya lo tenéis claro, quiero que me se conozca. ¿Vale?” El poli le replicó con una sonrisa de triunfo, “Pues mira, quien se va a joder eres tú, porque ni va a salir tu cara de mierda en la tele ni tu asqueroso nombre en

los periódicos.” Y replicó el canalla, “Entonces, ¿qué coño hay que hacer para que se fijen en uno? ¡Me tenéis hasta el culo, entre pasma y jueces, leches!”

O sea, que sí, que el chaval debía de ser uno de esos irresponsables que delinquen por falta de afecto, a los que hay que reeducar. Por eso le enviaron a un reformatorio.

Me llamó la atención que le destinaran a uno de los centros de reeducación de Ypébula, esa isla que tildan de “Alcatraz” y de “parque temático de las prisiones” porque no le falta ni una: para jóvenes (dos), para adultos (dos), hospitales penitenciarios (dos), y las famosas REREDE (la Real Escuela de Reeducadores de Delincuentes del Estado) y la FUPECADRE (Fundación Peninsular para el Estudio de las Causas de la Delincuencia y sus Remedios); más un viejo museo penal con almenas y mazmorras que eran reales, aunque parecían de decorado, donde

echaron canas algunos antifranquistas.

“Venenín” había actuado en un barrio de Madrid, y le habían juzgado también en Madrid. Así que le tocaba un centro de reeducación en Madrid. Su traslado a Ypérbula no fue ninguna irregularidad, sino una decisión en su provecho, con autorización de quien decía ser su madre, la única que podía autorizar algo, porque el padre era desconocido.

La juez de menores a cuyo cargo estuvo X.Y.Z. estaba convencida de que en Ypérbula “Venenín” tendría más oportunidades de rehabilitarse o reeducarse que en ningún otro sitio.

Poco hablé de Ypérbula en mi “Cosa de Niños”, y no mucho más en “Corazón Partido”, porque el motivo de mi interés era el personaje, no los escenarios en los que actuó o estuvo preso. En estas páginas me detendré un poco en estos detalles, para



beneficio de antiguos y nuevos lectores.

En Ypérbula se concentraban entonces los mejores funcionarios, los más cualificados psicólogos, criminalistas avalados con titulaciones internacionales, la flor y nata de los profesionales de lo carcelario y de la rehabilitación de estafadores, ladrones y asesinos. Una concentración sorprendente en este país tan obsesionado con la descentralización.

Pero en todo tiene que haber excepciones, y ésta, además, tiene una razón económica muy comprensible: en Ypérbula se estaba experimentando una mezcla de gestión pública y privada de los centros penitenciarios. A alguien se le ocurrió la idea de aprovechar la insularidad de Ypérbula y la buena disposición de sus habitantes para desviar allí a una selección de reclusos. Todos de grado, salvo la partida de los irrecuperables: los criminales patológicos y los terroristas orgullosos de serlo. Estos iban a la fuerza.

El hecho poco conocido, pero no secreto, era que la mayoría de los delincuentes encerrados en Ypérbula eran de pago. El trato que se les daba era el mismo que en las prisiones “gratuitas”, y sus comodidades casi las mismas. La diferencia era que en las prisiones de la isla no había hacinamiento, y que se cumplían rigurosamente las normas dictadas por la ley para la rehabilitación. Pagar una cárcel es algo novedoso, pero no extravagante desde un punto de vista jurídico. ¿Acaso no se dice que el criminal tiene que pagar su delito? ¿No imponen los jueces multas compensatorias? ¿Qué hay de malo en que un criminal pague su manutención y su cobijo?

El éxito de la iniciativa se debió a que, excepcionalmente, todo se hizo con previsión. Por ejemplo, había penados que no pagaban, pero trabajaban en talleres que producían artículos comerciales; no recibían remuneración, esto se

consideraba el pago a la institución que los tenía entre rejas.

Supongo que algunos de ustedes se habrán preguntado por qué los habitantes de Monpedra, la única ciudad de la isla, nunca han armado la marimorena para impedir la transformación de su antaño apacible nido de pescadores en un parque temático de cárceles. Cada vez que se anuncia la construcción de un presidio, pasa eso. Yo obtuve la respuesta a esta incógnita cuando puse mis pies en aquel lugar.

Después de visitar esa joya del arte barroco que es su antiguo penal, de hablar con sus gentes, de conocer su historia y sus tradiciones, descubrí algo poco difundido: que los monpedrinos disfrutaban de notables privilegios, a cambio de haber cedido en su amor propio. En otras palabras, habían aceptado un suculento soborno.

El hecho de que Monpedra esté situada en una esquina roma de la vagamente rectangular isla de Ypébula, ha marcado el carácter de sus pobladores a lo largo de todas las épocas. Antaño fueron gentes tenaces, autosuficientes y algo taciturnas, como la mayoría de aquellos que viven apartados del tráfico y los negocios humanos.

El establecimiento de forasteros no les hizo nunca gracia, porque alteraba sus costumbres, su comodidad, su seguridad. Estos temores eran prejuicios infundados, porque los peninsulares que desembarcaban en la isla, casi todos funcionarios civiles o militares, se mantenían distantes de los aborígenes por propia iniciativa. Quizá por ello, los forasteros alimentaban prejuicios contra los monpedrinos. Las necesidades de servicios estaban sabiamente reglamentadas, de modo que insulares y peninsulares tenían un trato limitado, salvo excepciones.

El hielo lo empezó a romper un cabo de carabineros que se casó con la hija de un pescador contrabandista. La boda la aceptó el padre a la fuerza, para evitar males mayores, y fue idea del comandante de puesto, con el propósito de rebajar una tensión que se hacía insoportable, si bien es cierto que los novios se amaban. Luego vinieron otras bodas, y una mezcla saludable de intereses: casi siempre las novias eran monpedrinas de extracción humilde y los novios, forasteros funcionarios de rango inferior.

Hasta que ocurrió lo previsible, el vástago de un terrateniente de Ypébula se casó con la hija del director del penal. Esto dio lugar a un hecho sin precedentes: el funcionario, alguien de fuera, fue autorizado a comprar un trozo de tierra (sin intención de explotarlo, porque no servía para nada, sólo por enraizarse en Ypébula). La amalgama nupcial aflojó los prejuicios, liberó el mercado inmobiliario,

diversificó la propiedad rústica y socavó los tabúes.

El interés comercial es como Jano, tiene dos caras, la una cohesiona y fertiliza, la otra rasga y destruye. En Ypébula predominó la cara buena. Y al empezar a edificarse las cárceles, los aborígenes, zorros viejos, impusieron sus condiciones, que fue sacar tajada del sordo oprobio.

Se volvieron prácticos e indiferentes a la malevolencia de sus vecinos más próximos en la península, separados unas decenas de kilómetros por un mar a veces colérico.

Se ha dicho de ellos que son apáticos, que son pasotas. Nada más ajeno a la verdad.

Pero, bueno, no quiero desviarme por vericuetos sociológico que apenas tienen que ver con esta historia. A “Venenín” no se le contagiaron nunca las virtudes de los Monpedrinos. Y sus vicios no le

hicieron falta, porque todos los traía puestos al desembarcar en Ypébula.

### **Código y conciencia**

X.Y.Z. se convirtió en “Venenín” en la cárcel, quiero decir en el Centro de Reeducción. Fue él mismo quien se colgó el alias, aunque no quien lo inventó.

El urdidor involuntario fue un colega mío, un periodista. Al terminar de enunciar sus fechorías, y dejándose arrastrar por la emoción o por el sensacionalismo, afirmaba que por las venas de una persona así, por muy niño que fuese, no podía circular sangre sino veneno. La juez de menores a cargo del caso estuvo en un tris de meterle un puro. Y mi apasionado o sensacionalista colega hizo pública una carta lamentando el deslíz. A continuación recorrió en

penitencia las redacciones radiofónicas más taquilleras de Madrid, suplicando que se hicieran eco de sus forzadas disculpas.

X.Y.Z. se enteró de la campaña y de las causas que la habían desencadenado, esto es, la voluntad de la juez de menores de defender su inviolabilidad infantil. Y sentenció, indignado por el atropello que la justicia había hecho a su orgullo: “Vaya manera de proteger. Esa jueza me está tocando las pelotas, porque si un plumilla ha *llamao* venenosa a mi sangre, es porque lo será, digo yo, ¿no? ¡No te jode, la tía! ¡Yo soy puro veneno!”

Los chavales del centro, para tomarle el pelo, le empezaron a llamar “Venenín”. Pero se llevaron un chasco, porque X.Y.Z. acogió el mote con satisfacción.

Cuando “Venenín” realizó sus crímenes



acababa de cumplir catorce años. Aunque su astuto abogado, apoyándose en las ambigüedades de los datos de X.Y.Z. en el Registro Civil, argumentó que todavía tenía 13, una edad en la que no existe la responsabilidad penal. Al desembarcar en Ypérbula, se acercaba a los 15.

En aquella época yo trabajaba en Madrid en una revista sicalíptica en lenta decadencia. Me ocupaba de todo, que no era mucho, porque la mayoría del material venía de la casa matriz, en el extranjero, y bastante bien traducido. Como me sobraba tiempo y estaba bien pagado, en lugar de pluriemplearme (nunca lo he necesitado, mi mujer trabaja como intérprete y tiene unos ingresos varias veces superiores a los míos), me dedicaba a la afición de recortar noticias de los periódicos y a “archivarlas” en cajas vacías de electrodomésticos.

Menciono mi trabajo para explicar por qué me

atreví a dejarlo, estando tan cómodo en él. Mi ego y mi YO libraron durante años un combate incruento en torno a las contradicciones morales que me ocasionaba trabajar en la revista sicalíptica. Hasta que “Venenín” se cruzó en mi trayectoria inerte.

Yo soy una persona creyente. Lo es mi segundo YO, el moralista. Creo que alimentar las bajas pasiones de los individuos no es el más edificante de los trabajos. Y ya se sabe que lo malo de creer en algo es que te pesa hacer cosas que contravengan tu convicción. Sobre todo, cuando tienes un primer ego libertino.

No es que exprimir tu imaginación, a cambio de un sueldo para una revista que excita el deseo erótico de los varones y en último extremo sirve para calmarlo, sea igual de condenable que robar, asaltar, violar o asesinar. Lo segundo lo castiga el código penal. Lo anterior, la conciencia. Y si es cierto, como

dijo una rusa contrarrevolucionaria, que “no hay prisión ni ley para las esperanzas”. Para los creyentes la conciencia es peor que el código penal.

El asunto es que mi amoral trabajo bien pagado en la revista “pornolight” no consolaba a mi amor propio profesional, ese ego deseoso de reconocimiento. Su refugio, su compensación eran los recortes. Con regularidad diaria, vaciaba los periódicos de noticias extravagantes, que almacenaba en carpetas de título arbitrario: “Grandes Fracasos de la Medicina Homeopática”, “Lenguaje y psicología Animal”, “Casas Reales al Borde de la Extinción”, “Expedientes X”, “Residuos Judaicos en Extremo Oriente”, “Ciencia, Dogma y Frivolidad”, etc.

El título de la carpeta que me había dedicado a rellenar antes de la de “Venenín” era “Grandes Derroches Estelares”. Se refería casi en su totalidad al envío de una nave espacial a Saturno para investigar

sus satélites. Iba a recorrer millones de kilómetros durante años para estrellarse sobre la superficie de Titán, una masa informe del tamaño de la Luna, más o menos, después de echar una ojeada a su desconocida superficie, olisquear su atmósfera y enviar los datos a una base terráquea. Los costes de la expedición eran, en buena lógica, astronómicos. Las expectativas, de un beneficio más inexplicable que dudoso.

Con motivo de esta aventura, un grupo sectario instalado en un valle extremeño, dirigido por un ex etarra rehabilitado, lanzó una campaña de críticas. Su argumento era que la NASA se había propuesto destruir la vida en el espacio, y que había elegido Titán por razones secretas. Nadie les hizo caso, salvo yo, que uní el recorte de este manifiesto demencial a los demás.

Mi intención al guardar los recortes era poder comparar las noticias de la llegada del satélite con las

de su lanzamiento. Estaba convencido de que podría demostrar que el ser humano es capaz de dilapidar dinero en empresas absurdas. No tardé en darme cuenta de que podía perder años en demostrar algo obvio, lo cual era otra muestra de la estupidez humana, en este caso la mía, y dejé de interesarme en el viaje interplanetario.

Me preguntaba: “¿Cuánto tardaré en desengañarme de la próxima serie de recortes?”

Estaba un poco avergonzado de mi dispersión coleccionadora, almacenada en cajas de microondas. Todo esto ocurría hace pocos años, cuando Internet empezaba a generalizarse. En alguna ocasión me tentó la idea de reunir “recortes electrónicos”. Me disuadió mi torpeza cibernética. Supongo que el inventor de los *bloggers* fue un tipo disperso como yo, pero digitalmente dotado, con imaginación y espíritu de empresa.

El caso es que el combate entre mi ego y mi YO se centró en la versatilidad. La versatilidad era el escudo de mi YO, convencido de que dispersando los puntos de atención despistaría al ego ambicioso.

Este fue el diálogo interior entre ambos.

“¿Serás capaz de mantener más de dos semanas tu interés en el mismo asunto?”, atacó el primero.

“Sí”, aceptó el segundo, pero argumentando a continuación: “Ahora bien, si al cabo de esas dos semanas llego a la conclusión de que no merece la pena, dejaré de recortar.”

“Abandonarás, como siempre”, contraatacó el defensor de mi Amor Propio.

“Vale”, aceptó el reto el prudente y moralista, admitiendo la parte de razón del argumento del contrario. “La próxima colección de recortes, la

mantendré hasta llenar la caja de la nevera que acabo de comprar.”

“No me lo creo.”

“Si no lo hago, juro afeitarme la barba”, se comprometió el acosado.

Yo era consciente de la dimensión del trance, pues jamás me he quitado la barba desde que salí de la mili (cuando la hice, las barbas no estaban autorizadas más que en la Legión).

El caso “Venenín”, la quintaesencia del crimen gratuito, el mal por el mal, empezó siendo sólo el salvavidas de mi barba. Así que por eso, por desafiar a mi amor propio, no por auténtico interés, terminé dedicándome a él en cuerpo y alma. Mi ego y mi YO se fundieron poco a poco en uno solo, fusión que se da únicamente en el amor y en el trabajo deseado.

Esta fusión se materializó al dar el siguiente paso: proponerme escribir un libro sobre “Venení” y su circunstancia. Después, las cosas vinieron rodadas. Me despedí de la revista (no del todo, mi YO prudente siguió escribiendo falsas confesiones eróticas en un estilo elevado, y poéticos pies de foto de mujeres estupendas) y me centré en “Venení”.

Lo primero que hice fue estudiar la sentencia y el sumario. Luego, visitar al abogado del diminuto canalla. Después me enteré de quién era el policía que lo había descubierto, que me atendió encantado desde su retiro en Soria. Por fin, me aproximé como un depredador a su familia, es decir a quien aseguraba ser su madre. Era una drogodependiente degradada, con muelas de oro en una dentadura carenada y uñas pintadas de negro o directamente sucias, a primera vista no se distinguía. Un auténtico personaje de Dickens. Por no tener, no poseía ni libro de familia, y



tampoco memoria. Tamaña incertidumbre intentó explotarla el abogado, como cuento en “Cosa de Niños”, en provecho de su cliente. Pero el juez de menores no se dejó atrapar.

Intenté que aquella estantigua me diera detalles biográficos elementales, suyos y de su hijo X.Y.Z., pero los cambiaba a cada instante, intercalando balbuceos e incoherencias. Era imposible obtener de ella ningún dato con el que construir figura alguna de “Venenín”, hacerse una idea de por qué y cómo había llegado a cometer las salvajadas por las que fue condenado. Falta de afecto, falta de atención, falta de un padre, falta de una vivienda estable, falta de escolarización. ¿Había algo digno y aprovechable que no le faltara a X.Y.Z.?

Su expediente en los Servicios Sociales era un melodrama mucho más completo que las declaraciones de su madre, pero no daba el menor

indicio acerca de su personalidad dominante, de su más íntimo ego. Era, repito, el retrato robot de un delincuente juvenil. Yo quería saber quién era el auténtico “Venenín”. “¿Pero quién es de verdad este chico?”, pregunté a una asistente social que le había tratado desde antes de que echara a andar. “Un pobre sinvergüenza. Carne de cañón. Olvídense de él. Le puede hacer daño. A mí, me quiso violar a punta de navaja.” “¿Y no le denunció?” “Le di un guantazo, que es lo más efectivo con ese tipo de chavales.” “¿Es irrecuperable?” “Yo creo que sí. Pero nunca haré esta afirmación en público, no es políticamente correcta.”

### **Cerraduras y candados**

Ypérbula es una isla llana. Se puede ver el horizonte azul del mar casi desde cualquier punto elevado de su superficie, por ejemplo la cima chata de

una loma rocosa. Sobre la más alta está construido el fuerte que hoy es el museo penitenciario más completo de Europa. Como certifican algunos ensayos históricos muy poco difundidos, Ypébula fue la Australia de la España moderna, la isla no tan remota donde se enviaba a los reos condenados por los peores crímenes.

No se encuentra muy apartada de la costa peninsular, a unas diecisiete leguas, es decir, unas cincuenta millas o noventa y tres kilómetros. Su superficie es inferior a los 300 kilómetros cuadrados. Su escasa arboleda se limita a los huertos de olivos, a los algarrobos dispersos, a los bosquecillos de pinos y encinas, y pare usted de contar.

Las diferencias en las fortunas nunca han constituido un problema en Ypébula. La lucha de clases le ha sido casi siempre ajena. A consecuencia de una invasión extranjera en pleno siglo XIX, las

desamortizaciones y las leyes de supresión de los señoríos, la propiedad rural se redistribuyó, las posesiones inmuebles dejaron de estar concentradas en algunas familias. Como la agricultura jamás fue un caudal de renta, los pescadores se convirtieron en la única fuente de riqueza, junto a algunos ganaderos que dieron en explotar la leche de las vacas y produjeron un queso que adquirió cierta fama comercial.

Acostumbradas a autoabastecerse, las familias que no se dedicaban a la pesca, sembraban el cereal necesario y suficiente para el consumo isleño. De ingeniosos pozos artesianos extraían el agua justa e imprescindible para el consumo humano, y para regar la hortaliza y la legumbre con la que se alimentaban. Hoy, casi todas las viandas se importan de la península.

Hombres y mujeres de dieta limitada, el tipo

yperbulano es de estatura mediana tirando a baja y de complexión cenceña, esto es, delgados. Pocos son los hombres fornidos, casi todos agricultores, porque la fuerza de los pescadores corpulentos no compensa su falta de agilidad, que es cualidad más necesaria en las jábegas, la embarcación predominante antaño en la isla, de un palo y vela latina o triangular, desde las que echaban las redes al mar verdoso.

Las mujeres son de una belleza montaraz, morenas, de pelo ensortijado. Pero quedan muy pocas de las originales, al igual que hombres aborígenes. Aunque no consta en ningún documento ni escrito ni arqueológico, los antropólogos deducen que sus rasgos físicos les hacen parientes de los beréberes que poblaron en otras épocas los territorios ibéricos.

Además, hay una teoría, que apenas se sostiene ya si no es en las tertulias de café, según la cual Ypérbula formó parte de la talasocracia cretense

anterior a las invasiones dóricas. En apoyo de la idea se señala una pintura hallada en el muro de un sótano, que un erudito local atribuyó a la misma mano que pintó los frescos de Knossos, si bien otros aseguran que los colores son acrílicos.

Me parece conveniente detenerme en estas precisiones, porque a Ypérbula se la conoce muy por encima en nuestro despreocupado país. La causa es obvia. Por sobre la indiferencia que los españoles sentimos por nosotros mismos, ni los habitantes de la isla ni el Estado se han esforzado mucho por difundir sus atributos. El hecho de haber sido penal y luego parque temático penitenciario, aconsejó a los interesados en Ypérbula y a sus propios hijos mantener un perfil bajo, tan bajo como el de su superficie, que en las peores tormentas parece esfumarse bajo los lametones violentos del mar. Además, Ypérbula nunca ha mostrado apetencias separatistas.

No obstante, el crecimiento (ordenado, eso sí) de su única ciudad, Monpedra, aportó alguna notoriedad a la isla. Se registró en ella una explosión demográfica controlada. Actores fueron, a parte de los reclusos dispersos en los centros construidos aquí y allá en la isla, los funcionarios, los comerciantes forasteros que abrieron negocio (muchos de origen hindú, algunos libaneses, unos pocos de Fermoselle y también portugueses de las localidades de Sendín y Picote, al otro lado de los Arribes del Duero, no me pregunten ustedes por qué) y los familiares de los penados. Estos últimos constituían una población flotante casi estable que se añadía a la censada.

Una de las cosas que me llamó la atención de Ypébula fueron las cerraduras y los candados de sus puertas y ventanas. Muy pocos edificios tienen más de tres pisos, así que el acceso a las viviendas resulta cómodo. También para los cacos, debieron de pensar

los yperbullanos aborígenes y los inmigrados.

A juzgar por las apariencias, el negocio de cerrajería debía ser de los más prósperos de Monpedra, algo paradójico en una isla sin escondrijos, alejada diecisiete leguas del continente y con un equipo eficaz de patrulleros marítimos de la guardia civil. El ladrón no tiene escapatoria.

Por eso la delincuencia no existía, salvo casos patológicos, inmediatamente tratados por los expertos internacionales que allí estudiaban y trabajaban. Es un hecho que los reclusos en régimen abierto o semiabierto campaban por la ciudad y por las granjas de Ypérbula como cabras silvestres, pero muy pocos atentados a la propiedad privada o a la integridad física de las personas se llegaron a registrar. Sus autores eran aprehendidos de inmediato y castigados severamente, esto último muy cierto, aunque inaudito. También es verdad que una fracción considerable de



los habitantes de Ypébula eran ex-reclusos. Su integración en la sociedad era absoluta, llegando a constituirse en firmes defensores del orden y la ley. Al primer atisbo de pelea, ante el más insignificante indicio de malos propósitos, intervenía la policía local o un somatén espontáneo de ex presos, y la imperturbable armonía de la isla continuaba rigiendo su vida apacible.

No obstante, un miedo quizá atávico se sobreponía a los hechos consumados, y las puertas de Monpedra eran todas blindadas, con cerraduras impresionantes.

Una tarde sin un quehacer definido, mientras esperaba que me dieran cita con el director del Centro de Reeducción donde estaba encerrado “Venenín”, me paseé por las calles de Monpedra haciendo fotos a sus portales de vivos colores, una vieja afición mía en la que soy algo ducho. Me pasó por las mientes la idea

de hacer una selección, imprimirlas en tamaño postal y distribuir las por los estancos de Ypébula, como “souvenir”.

Aunque en aquellos días los turistas eran escasos, el fenómeno iba en aumento, atraídos por el museo y por las fantásticas ideas que una isla penitenciaria despierta. Algunos conocí que me confesaron su decepción porque no había excursiones por el interior de las cárceles, estilo zoológico; otros habían imaginado que les dejarían experimentar las celdas por una noche, en galerías construidas como atracción temática. Y en fin, otros acudían a Ypébula sugestionados por la presencia de antiguos delincuentes de expediente horroroso, transformados en maestros de la virtud y la urbanidad gracias a la acción científica del sistema penitenciario yperbulano, de fama internacional como he dicho.

Una convención no escrita (los yperbulanos

tienen mucho de británico), obligaba a los ex presidiarios asentados en la isla a una discreción absoluta. Cuando alguien la rompía, seducido por la vanidad o por la codicia que fomentan los medios de comunicación, era expulsado irremisiblemente por sus propios cofrades.

Cofrades, he dicho bien. Existía una cofradía de ex-cautivos bajo la advocación de la Virgen de la Merced, a la que paseaban una vez al año en barca en torno a la isla, igual que hacen los marineros con la Virgen del Carmen.

### **Un lujoso balneario**

Al cabo de tres días de fracasados intentos por entrevistarme con el director del centro de reeducación, empezó a entrarme una inquietud que a punto estuvo de transformarse en diarrea nerviosa.

Me libró de ello una buena noticia que me transmitió mi mujer por la línea de teléfono fijo. No soy enemigo de los móviles, pero me resisto a llevarlos, por cabezonería y porque alguien me dijo que el uso frecuente del artilugio incrementaba un grado la temperatura del cerebro, y el mío suele estar al borde de la ebullición. Me comunicaba diariamente con Shey desde la pensión, después de cenar.

Esa noche me dijo con un absurdo acento de cheli surafricana, “Oye, tronco, que te ha *llamao* un *publisher interesao* en tu libro.” Shey es una judía nacida en Ciudad del Cabo, que se gana la vida como intérprete, muy bien pagada, por cierto. A veces hace bromas filológicas.

Poco antes de mi viaje a Ypérbula, al tomar la decisión de salvar mi barba, había enviado una serie de cartas a varias editoriales, ofreciendo mi idea de escribir un ensayo sobre “Venenín”. Tras varias

semanas sin respuesta, empecé a comprender cuál había sido mi error. Redacté una nueva carta sustituyendo “ensayo” por “libro testimonio”. Luego, adelantándome a los acontecimientos, me encaminé a la costa, tomé el ferri y me planté en Ypébula, huyendo del peligro de afeitarme.

Allí me encontré con unos obstáculos esperados, pero insalvables. Las autoridades penitenciarias insulares eran refractarias a la publicidad. Me lo habían advertido las autoridades penitenciarias peninsulares, pero yo me había ya embarcado en mi proyecto, estaba resuelto a conservar la barba, y confiaba en sacar de mi pobre imaginación la retórica suficiente para vencer la resistencia más numantina. Además, estaba convencido de que el secreto del triunfo reside en la aplicación de toda la voluntad y habilidades a un solo fin.

La noticia de que un editor se interesaba por mi libro, disipó la melancolía que empezaba a paralizarme. Como fuera, necesitaba hablar con el director del centro en el que tenían encerrado a “Venenín”. Conseguí enterarme de su dirección electrónica y le envié un correo. En él le aseguraba lo contrario que al editor con quien había hablado previamente: que mi trabajo sobre “Venenín” sería un ensayo sociológico, jurisprudente, científico, frío, objetivo, alejado del sensacionalismo y respetuosamente humano.

Horas después me llegaba su grata respuesta: me recibiría al día siguiente. Si hubiera tenido delante a “Venenín” (a quien aún no había visto) le habría besado en la frente.

Con puntualidad germánica, me dirigí al Centro de Reeducción para Jóvenes Muchachos (CREJOMU).

Por campos manchados de hierbas rastreras, y algún que otro acebuche u olivo silvestre, un taxi me llevó hasta la cárcel, situada sobre un pequeño acantilado, no muy lejos de Monpedra. Al fondo de una explanada se recortaba el edificio blanco, de dos plantas, con perfil de cortijo reconvertido en hotel, ante el telón de un mar tan suave que parecía pintado. El tibio sol bañaba un grupo de magnolios jóvenes plantados en los costados de la institución. Bajo alguno de ellos me pareció observar hamacas, y esto pronunció en mí la sensación de haber llegado a la puerta de un lujoso balneario.

Tras pasar los controles requeridos, me recibió una secretaria tan fea como simpática. Me condujo a un salón decorado como una recepción de hotel, y me invitó a sentarme en un sofá de polipiel blanca, pero tan nuevo y aseado que daba el pego. A mi izquierda había una mesa baja de cristal con revistas. Las miré

de reajo, temiendo que fueran penitenciarias, llenas de fábulas, pringadas de moralina, pero una observación más atenta, y su posterior hojeo manual indujeron el desconcierto en mi cuerpo. Eran de botánica, de ornitología, de agricultura ecológica ¡y de alpinismo! Todas estaban nuevitas, se notaba que las habían manoseado con cuidado y educación, o que no las habían tocado.

Al cabo de unos minutos se presentó un funcionario, un tipo joven que iba en mangas de camisa. Me pidió disculpas, porque el director no podía atenderme en ese instante. El estómago me dio un vuelco.

–Si quiere, para hacer tiempo, le ofrezco una visita turística al centro –dijo para mi alivio.

Al poco de iniciar el recorrido se hizo evidente que no se trataba de un cortijo, aunque su arquitecto



se había empeñado en dar la impresión de que lo era: muros blancos enjalbegados y filas de ventanitas. Había un patio interior y otro abierto al acantilado, éste último cerrado por altos muros hasta el mismo borde, y con unas espirales de alambre de espino colgando sobre el vacío para disuadir a los fuguistas. Lo más definitivo del uso penal del edificio era el olor a rancho y a cuartel. En las paredes de ciertos corredores colgaban cuadros sin duda obra de internos con aficiones artísticas, alguno de ellos de calidad notable.

Cuando emprendíamos el camino hacia el despacho del director, mi monitor me detuvo, y me invitó a mirar hacia un pino de ancha copa que debía de llevar plantado allí casi un siglo, antes de ser encerrado en la cárcel para jóvenes. A su sombra se producía un singular ejercicio programado con algún propósito terapéutico. Dos muchachos sostenían una

larga cuerda por los extremos y la volteaban. Una fila de chicos esperaba su turno para saltar varias veces y salir corriendo hacia un foso de arena al que se arrojaban sin la menor disciplina deportiva, como chiquillos en un recreo.

–Fíjese en ése –me dijo mi monitor.

Era un chaval bajito, moreno, cejijunto, que en aquel momento brincaba con una torpeza indescriptible, encogido, temeroso de recibir un latigazo de la maroma. Enseguida me di cuenta de que no sentía miedo, estaba haciendo el tonto.

–Es “Venenín”.

Me llevé una decepción brutal. Contuve mi lengua para no expresar mi espontáneo pensamiento, “¿Es gilipollas o se lo hace?”

–¿Ése?

Mi monitor reconoció mi desconcierto.

–Sí. Y es raro, porque es un chaval sin sentido del humor, ni de la farsa. Debe de estar contento... porque borracho o drogado es imposible. Le puedo asegurar que controlamos a nuestros internos con un rigor inflexible.

Se volvió hacia mí, sin duda para enfatizar su afirmación. De pronto distendió la cara, y con una sonrisa ingenua me explicó:

–¡Claro! Se ha enterado de que está usted aquí. Le espera como agua de mayo. Está impaciente por hablar con “el periodista”. No es que sea un ególatra, al menos no está catalogado como tal en el estudio psicológico que le hemos hecho...

Iba a seguir explicándose, pero no pude evitar interrumpirle.

–Entonces, ¿qué es?

–Un misterio. Quizá usted lo acabe resolviendo.

–¿Yo? –exclamé.

En voz tan alta, que llamamos la atención de los chicos. Todos volvieron la cara hacia nosotros. La de “Venenín” era vulgar, chata, tenía boca de buzón. Me miró, y yo intenté discernir algún mensaje en sus pupilas oscuras, pero no encontré nada bueno en ellas y aparté la vista, porque quemaban.

El director me recibió con una cordialidad que parecía auténtica. Era un hombre de mi edad, alto, todavía fuerte. En algunos rasgos que soy incapaz de definir, se notaba que había estudiado en un colegio de curas en los años sesenta. Lo primero que me soltó después de saludarme fue esto:

–No he creído una sola palabra de cuanto me ha dicho sobre el libro que piensa escribir.

–Pero ¿por qué? –protesté, dándomelas de ingenuo.

–Porque es imposible hacer nada bueno con ese hijo de la gran puta –Y sin la menor pausa para dejarme reaccionar, continuó—. Ese chaval acabará mal. Lo lleva impreso en los genes. Lo peor es que hará daño a seres inocentes. En cuanto salga de aquí.

–Una asistente social que le atendió en su barrio me dijo algo parecido.

–Ya ve que no es una opinión, sino un pronóstico basado en observaciones desapasionadas.

–Me gustaría desentrañar el misterio de su comportamiento. Puede usted confiar en que yo no voy a explotar sus defectos.

–Hará mal. Exprímalo como a un limón podrido, pero no se le ocurra llevarse a los labios el

zumos... ¿vale? Bueno, usted hará lo que le dé la gana... No sé por qué me meto yo a censor...

–Pero... –balbucí sin ninguna idea buena que extraer de mi confusión.

No pude seguir, porque el rostro del funcionario empezó a hacer visajes.

–¡Pero coño! –dijo saltando de su butaca, situada en ángulo recto al lado de la mía. Yo me amilané—. Pero si tú eres...

Y gritó mi nombre.

### **Un viejo conocido**

–Por algo sabía yo que tenía que recibirte... ¡Hombre de Dios! Algo has cambiado... Claro, igual que yo. Me ha costado reconocerte... Seguro que al

recibir tu correo, tu nombre me sonó por aquí dentro sin hacer mucho ruido –Se tocó la cabeza con un dedo en forma de gancho–. Hasta que de pronto se ha disparado el muelle de la memoria... ¡Hombre de Dios!

Estábamos los dos de pie. Él me zarandeaba amistosamente por los hombros. Yo estaba atónito. No me acordaba de él. ¿Tenía que acordarme? ¿No me habría confundido con otro? Pero la segunda vez que exclamó “¡Hombre de Dios!””, se soltó el muelle de mi propia memoria. ¡Era Veremundo! ¡El tipo más ligón de los guateques del chalet de la Getru, en Madrid!

–¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Veinte, treinta años? –decía Veremundo.

A pesar de lo del muelle, el instinto profesional me decía que me contuviera. Que hubiéramos sido

colegas de guateques en la juventud y él fuera conocido por “el Mundo” o “Mundóvich” no significaba que de golpe se hubiesen borrado las distancias entre el funcionario receloso y el periodista impertinente.

–Quizá más de veinte años, sí... –indiqué.

Nos volvimos a sentar. Veremundo llamó a la secretaria tan fea como simpática y me preguntó qué quería tomar.

–Somos viejos amigos. Estudiamos en el mismo colegio. Esto no ocurre todos los días, ¿verdad, Virtudes? –explicó con jovialidad.

La secretaria asintió casi con el mismo entusiasmo que su jefe. Yo sonreí con embarazo. No estaba preparado para una fiesta el día del inicio de mi trabajo sobre “Venenín”.



En ese instante se asomó a la puerta del despacho el educador que me había acompañado por el centro, y le hizo una seña al director. Este se separó de mí. Durante un minuto conversaron a media voz. Aproveché para estudiar al amigo recobrado tan oportunamente.

Tapé con la imaginación su calva cenital, ennegrecí el pelo de sus aladares, afeitó su bigote de morsa, recorté pliegues a su papada y le rejuvenecí cuanto pude. Sí, era Veremundo, el ligón del barrio, el “Mundóvich”. Una porción de guateques habíamos compartido, en los cuales pude certificar que su fama era cierta. También era verdad que habíamos sido compañeros de colegio, pero no de clase, pues él iba un curso por delante de mí. Los recuerdos empezaron a precipitarse en mi cabeza, hasta llenar mi memoria. Sólo había una forma de desatascarla, dar rienda suelta a la emotividad, que hasta ese momento me

había reservado en bien de mi proyecto. ¡Al cuerno “Venenín”! ¡Había recuperado a un viejo amigo!

–Mira que es casualidad –le dije cuando regresó, dándole un golpecito en el brazo.

–Oye. Esto tenemos que celebrarlo... ¿Estás ocupado esta tarde?

–No tengo otra cosa que hacer que no sea quedar contigo... Para eso he atravesado el mar y desembarcado en esta isla...

–¡En Alcatraz! –Se rió francamente–. ¡“Venenín”! Menuda pieza... No tengas cuidado, que podrás hablar con él todo lo que quieras. Ahora mismo te voy a presentar al educador que le monitoriza. Le puedes preguntar lo que desees. El te contestará gustosamente. –Se puso en pie, y yo le imité. –Ahora te tengo que dejar. Pero esta tarde nos vemos... Mira, lo mejor que podemos hacer es cenar

juntos. A ver si mi mujer me deja...

–¿Estás casado?

–Y tengo dos hijos y medio.

–¡No puedo creerlo! –exclamé con sinceridad.

–Bueno, dos son hijos míos, un niño y una niña. El medio es de mi mujer con su primer marido. Es viuda...

–Me refería a que te hayas casado. Lo que más recuerdo de ti es tu promesa de no casarte jamás, de no depender jamás de una mujer.

Veremundo puso una expresión seria.

–Es verdad. No era una bravuconada. Estaba determinado a cumplir mi palabra. Y la habría mantenido de no haberme encontrado con Fernanda, mi mujer. Un día, te la presentaré... Pero esta noche,

cenaremos solos, tú y yo. Me apetece mucho sacar del olvido a aquel “Mundóvich”...

### **Cara a cara con “Venenín”**

Sólo fue un minuto. Un minuto que confirmó las impresiones que yo había creado de “Venenín” y las que me habían sugerido los contactos que tuve con su abogado, su madre, el fiscal que le persiguió y el juez que le juzgó.

Al funcionario joven en mangas de camisa le substituyó otro de la edad de Veremundo y mía, de escasa envergadura y rostro cordial, con una barba hirsuta. Se hacía llamar Poli, por Policarpo, supongo.

Fue él quien me dio los datos sobre la gestión privada de algunos centros de Ypébula y los detalles sobre los presos de pago que antes he expuesto.

También me dijo que el sistema o modelo de reeducación era obra de los curas mercedarios y de otros sacerdotes.

–Lo aplicamos con rigor científico, no como ellos, por caridad cristiana. Aunque hay que reconocer que lo hacen de puta madre... Pero son curas, y acaban comiéndoles el tarro a los chavales...

Me llamó la atención esta imagen del cura cometarros. El anticlericalismo español carece de argumentos profundos, pero acuña frases brillantes.

Caminábamos por un pasillo de baldosas relucientes, a lo largo de una pared llena de puertas, sin duda celdas o habitaciones. Se detuvo delante de una.

–¿Sabes que las cárceles españolas son las mejores de Europa? Es un hecho contrastado. Y no las de Ypébula. Todas la cárceles, ¿vale?

Al principio el Poli me pareció un ex-delincuente juvenil madurado en diferentes penales. Pero, no; jamás había pisado un reformatorio o una cárcel como reo. Había estado brevemente detenido, sin embargo, por cuestiones políticas durante el tardofranquismo, pero no alardeaba de ello. En lo único que se parecía a los criminales reconvertidos es en que era autodidacta, un lector voraz en las imaginarias nocturnas, y un observador minucioso de la naturaleza y de los homínidos.

Sacó una llave y operó en la cerradura. Era la habitación de “Venenín” y dos internos más. Estaba vacía. Realmente parecía la de una pensión de tres estrellas. Sobre uno de los pupitres descansaba un ordenador portátil. Al parecer era de un interno de familia adinerada.

Me interesé por las pertenencias de “Venenín”. Eran vulgares y escasas. Lo más curioso era un vaso

lleno de cepillos de dientes sucios y gastados.

–La afición de Xabi es la pintura... –dijo Poli señalando los cepillos de dientes–. Bueno, eso dice él. Se dedica a emborronar cartones. Esto facilita el trabajo al psiquiatra.

–¿Ha llegado a alguna conclusión? –le interrumpí.

–Los psiquiatras no hacen públicas sus conclusiones. Se supone que son los pacientes los que las tienen que hacer evidentes en su comportamiento.

–Pero algún diagnóstico habrá hecho alguien de “Venenín”...

–Aquí le llamamos Xavi. Intentamos separarlos del crimen y de sus circunstancias, tratarles como lo que son, chicos normales.

–¿Son chicos normales los ladrones y asesinos?

–Mi obligación es enseñarles a serlo.

El tono de Poli no dejaba lugar a interpretaciones, así que volví a preguntarle sobre el diagnóstico que habían hecho de Xavi.

–Seré rotundo: Ninguno. Ese chico es un misterio.

Me había acostumbrado a escuchar este veredicto, pero no a aceptarlo.

–Los misterios están en las novelas y en las series de televisión, pero no en las cárceles –protesté.

–Estás muy equivocado –me dijo Poli con seguridad profesional–. El secreto de la rehabilitación está en distanciar a los chavales del delito que cometieron. Aquí se habla muy poco, casi nada, de lo que han hecho fuera. Cada uno se lo guarda, cubre su delito de misterio.



Me pareció inverosímil que los chicos no hablaran de sus fechorías. A no ser que estuviera prohibido por algún pacto tácito o expreso. Pero no creí oportuno contradecir a Poli. Le pregunté sobre el juicio que Veremundo había emitido sobre “Venenín”, sin reproducirlo en toda su crudeza.

–El caso de “Venenín” es especial. Los psiquiatras han sido incapaces de determinar si es un psicópata o no lo es. Por eso está aquí, que es un Centro de Reeducción, no un Centro Terapéutico. Se está medicando, pero más por prevención que por atender a un diagnóstico preciso.

Se había referido a él como “Venenín”, un significativo lapsus. Así que me sentí con derecho a hacer preguntas atrevidas.

–¿Pero es un hijo de puta o no?

–Para mí, no. Un educador sólo llama hijo de

puta a un chaval cariñosamente. Es decir, para nosotros no son delincuentes.

–Entonces, ¿qué son?

–Internos. Las cosas han cambiado. Vivimos en democracia. Ya no se ignora a los penados, ya no se les trata como escoria...

–Aunque lo sean...

–No lo son. Son chicos inadaptados, muchos de ellos drogodependientes. Si se les trata adecuadamente, se regeneran. Es un hecho estadístico. La reincidencia en el delito es muy baja. La mayoría de los que hay aquí son ladronzuelos por ser yonquis. Seres sin familia, sin referencias de autoridad. Nadie les ha enseñado nada. Son sociópatas. No tienen autodominio, no saben diferir las gratificaciones. Carecen de iniciativa y de sentido de la realidad.

–¿No son responsables?

Me arrepentí de haber hecho esta pregunta, porque nos estábamos metiendo en un berenjenal jurídico moral que ni a mí ni a mi editor nos servían para nada.

–Penalmente, sí. Lo establece la Ley. Por eso están aquí. Les reeducamos, les enviamos de vuelta a casa, y ahorramos un dineral al contribuyente.

Pensé que lo decía por lo de las prisiones de pago, y le pregunté si también los delincuentes juveniles pagaban por estar en Ypérbula.

–¡Qué va! Aquí viene una selección hecha en Madrid.

Me mordí la lengua para no preguntarle si en Barcelona o en Vitoria también hacían selecciones nacionales de delincuentes para enviarlos a Ypérbula.

Preferí quedarme con la duda, antes de llevar la conversación a derivas sórdidas y peligrosas.

–¿A que no sabías que un adolescente con un trastorno disocial intenso produce cincuenta veces más gasto de servicios públicos y sanitarios?

Admití que lo ignoraba. Luego, el Poli me largó un discurso sobre la baja tolerancia a la frustración de los jóvenes.

–El ser inmaduro no asume el fracaso. Y sin embargo, lo normal es el fracaso. Fíjate la cantidad de superventas literarios y cinematográficos que tratan de fracasados, de antihéroes.

–Tienes razón. Su fracaso les convierte en triunfadores. Las redacciones de televisión se pegan por exhibirlos. Pero, no se me había ocurrido relacionarlos con el trabajo de reeducación que hacéis aquí.

–No estamos programados para el éxito, como dicen algunos, sino para el fracaso. ¿Y sabes cual es nuestra estrategia?, infundir en los chavales la sensación de éxito a pesar del fracaso. No podemos dejar que crean que son basura, aunque lo son.

O sea, que les engañáis, me guardé de decir. Y obré bien, porque al fondo del pasillo apareció “Venénín”.

Al aproximarse me fue invadiendo un vértigo absurdo, como el que se percibe al saludar a un presidente de gobierno, sobre todo si es de una potencia extranjera, o a un monarca, al presidente de un banco internacional o al director de la Guardia Civil. Uno se siente una libélula al lado de un elefante, o un conejo frente a una serpiente pitón. Supuse que era una deformación de la imagen de “Venénín” que me había ido construyendo yo mismo.

A medida que se acercaba, sonreía. Una sonrisa desconcertante, porque era sincera y era falsa a la vez, más falsa que la sensibilidad de los poetas laureados (y de los otros, también). Poli nos presentó. Le tendí la mano, y él me la tomó con una circunspección que me heló la sangre. No fue un apretón. No fue un choque exangüe de extremidades. Fue el saludo que se dan dos líderes políticos que compiten por la dirección de un partido o de una nación (o de una comunidad autónoma o de un gobierno insular o de un sindicato, etc.): frialdad cordial y mesurada, indiferencia despectiva.

Y sin embargo, “Venenín” estaba muy interesado en mí. Tanto como yo en él. De pronto, me sentí un imbécil. Estaba estrechando la mano de un niño como si se tratara del secretario general de la ONU.

Le hice una pregunta protocolaria sobre su

inclinación a hablar conmigo y contarme cosas de su vida para mi libro, y él me respondió con la celeridad de un rayo, con un trasfondo de cordialidad. Sin embargo, “Venenín” me seguía pareciendo un psicópata.

### **La vida a plazos**

Veremundo me citó en un restaurante portugués. El dueño era un ex-presidiario de Tras-os Montes, el páramo que constituye la joroba nororiental de nuestros vecinos peninsulares. Me tenía desconcertado esta presencia de lusos y zamoranos en Ypérbula. Nadie me dio una explicación sociológica, que es la que necesita un periodista. Para todo el mundo era un fenómeno casual. Una familia se había establecido por razones carcelarias; otra había llegado un día en un naufragio; otra, convencida de que

Ypérbula era todavía colonia portuguesa (lo fue, por poco tiempo); otra, harta de los muñones graníticos continentales de Sayago y seducida por el perfume del salitre...

Yo, como periodista, soy un adicto dependiente de la sociología. Mi trabajo y el de mis colegas es un aporte continuo del que se sirven los académicos de bata de cola (la mayoría) para construir hipótesis de rango folklórico (en número abrumador, colman las bibliotecas universitarias). A la vez, y por el uso abusivo, los periodistas desconfiamos de la “ciencia sociológica”. No obstante, sin ella careceríamos de argumentos, nuestro trabajo no tendría la necesaria densidad.

—Así que tú crees que el periodismo tiene masa, peso y densidad. Oye, ¿no serás de esos que se sacan una fórmula de la manga para explicar una guerra o una calamidad natural? Desde luego, tienes que ser un



editorialista –aventuraba Veremundo.

Cuando le conté que me había ganado la vida durante años en una revista sicalíptica, no se lo quería creer. Igual que a mí me costaba un gran trabajo admitir que él se hubiera casado. La huella que había dejado Veremundo en mi memoria tenía perfil de calavera con dos tibias en lo relativo a las mujeres.

Veremundo había sido un joven pragmático e inteligente, con un olfato especial para sacar partido de las circunstancias, uno de esos tipos que conservan la cabeza por debajo del horizonte cuando silban las balas. Un pícaro de libro. Era astuto, había aprendido muy bien a dibujarse un perfil simpático, ameno, chistoso. Menos tocar la guitarra, reunía las habilidades necesarias para dirigir los encuentros sociales. Y a la vez, economizaba sus energías de un modo sorprendente. Poseía el instinto del que acierta cuándo ha de pasar inadvertido y cuándo hacerse

notar. Era un gran calculador. Y con las mujeres, inclemente después de seducirlas.

Esto último lo atribuía él mismo a un complejo “antiedípico”. Recuerdo habérselo oído contar en tres ocasiones en que se emborrachó, Según él, su padre era una víctima de su madre. Un hombre trabajador, sobrio, generoso, fiel, y con sentido del humor. Pero su mujer le dominaba con despótica crueldad. Veremundo tenía un hermano mayor, Domingo, a quien nunca conocí, de carácter débil y muy sensible a los afectos, cuya vida también estaba en manos de aquella mujer que en ocasiones tenía raptos caprichosos. Según Veremundo, su madre traía a la familia al retortero.

“Mundóvich” era el varón rebelde de la familia. Tanto, que su relación con su madre oscilaba entre la riña y el escándalo. Él se lo tomaba como un ejercicio gimnástico imprescindible para mantenerse en forma.

Si dejaba de practicarlo, su madre se lo podía merendar en diez minutos. A veces, sus victorias eran pírricas, porque la mujer quedaba destrozada, caía presa de un ataque de nervios, y había que llevarla al médico e incluso al hospital. Veremundo, entonces, se sentía fatal y se infligía castigos humillantes, como raparse al cero. Hablo de los años sesenta, cuando una cabeza monda era un oprobio. Otro autocastigo era dejar de ligar durante uno o dos meses.

Estos detalles no los conocí yo de primera mano (nunca le vi calvo, sólo con las entradas que acabarían dando lugar a su alopecia cenital), sino a través de sus mejores amigos, entre los cuales no me contaba. Pero sí escuché de su boca algunas amargas confesiones impregnadas en alcohol. Por ejemplo, que jamás dependería de una sola mujer, y que si no se olvidaba de ellas era porque no sentía la menor inclinación hacia la homosexualidad. Una de sus sentencias, en

cierto modo paradójica, era, “Si yo fuese tía, sería lesbiana.” Era una persona de humor lapidario.

–Yo es que he vivido la vida apurando los plazos –me dijo durante aquella cena en el restaurante portugués.

Habíamos trasegado ya botella y media de un excelente vino Verde y empezado a perder la compostura.

–¿Y no se te han echado nunca encima los acreedores?

–¡Qué acreedores! ¡Hombre de Dios! Yo siempre pago al contado. Jamás he engañado a ninguna mujer. Bueno, a muy pocas. Pero incluso las engañadas sabían con quien se la jugaban.

Veremundo estudió en la escuela técnica de Ingenieros de Montes de Madrid. Aprobó unas

oposiciones. Llevó durante unos años una vida itinerante. Hastiado de la falta de estabilidad y de confort, aceptó el ofrecimiento de trabajar durante unos meses en Ypébula, objeto a la sazón de un plan de repoblación forestal que nunca cuajó.

En la isla llegó a sentirse a gusto por primera vez en mucho tiempo. Asendereado el cuerpo y el ánimo por un par de relaciones afectivas duras, se abstuvo de iniciar ninguna en Ypébula. Además, en la isla, como no todo el mundo sabe, la prostitución ha sido siempre un negocio tolerado, sometido a un severo escrutinio médico no oficial y en manos de personas autorizadas, no de proxenetas de tres al cuarto. Esto facilitó el propósito de Veremundo de relajar su vida de tanto plazo corto, medio y largo.

Frisaba el antiguo calavera en los cuarenta al desembarcar en la isla. De pronto, sintió el impulso de crear una familia, aunque lo contuvo, asombrado de sí

mismo. Esto le sobrevino al tiempo que los vientos autonómicos empezaban a acariciar el país, y a desmigajar las administraciones de todo tipo. Veremundo tenía unos amigos políticos profesionales que le animaron a pedir el traslado a Asuntos Sociales, que era donde ellos tenían caldero y cuchara. Le prometieron un puesto directivo en una de las prisiones que el Estado administraba al alimón con los nuevos poderes caciquiles, quiero decir autonómicos. A Veremundo, la promesa le sonó a disparate. Pero era la época en la que los disparates empezaban a disfrazarse de sentido común. Aceptó, se integró en Asuntos Sociales... y se encontró en una oficina de contabilidad penitenciaria, porque sus amigos perdieron influencia, la desplazaron hacia otro caldero o simplemente se olvidaron de su compromiso.

Entonces, conoció a Fernanda.

—¿Y por qué te casaste con ella? —le pregunté

vaciando la segunda botella de fresquito vino Verde en mi copa.

–Cuando la conozcas, verás la inconsistencia de tu pregunta.

–Una viuda rica y hermosísima...

–Es viuda y es rica, pero no bella, aunque sí atractiva... Y no te precipites a deducir que me comporté como un cazador de dotes... Aunque no tengo nada contra los cazadores de dotes honrados, es decir, los hombres inteligentes y holgazanes. Envidio a ese tipo de personas. Pero, la gloria de mi madre, es decir, el fantasma de mi madre ha ahuyentado siempre de mí la tentación del braguetazo.

–¿Murió tu madre?

–En la Gloria estará, haciendo todo lo posible por convertirla en un Infierno.

–Bien. Pero, ¿me vas a explicar por qué te casaste con Fernanda?

–Es que no puedo hacerlo...

Veremundo bebió un sorbo de vino. Yo empezaba a marearme, pero él conservaba la sobriedad, como si no hubiera trasegado lo que yo; y en realidad no lo había hecho, me había dejado apurar copa tras copa, mientras él mojaba sus labios. Mi conciencia vaporosa evocó un pasaje de “El Manuscrito encontrado en Zaragoza”, cuando el caballero Van Worden es drogado por sus juguetonas primas al servicio del Diablo. No tenía lógica que aquel viejo amigo me estuviera narcotizando, ¿con qué objeto? Mi mujer dice que soy una persona recelosa, como muchos judíos. A lo mejor es que desciendo de marranos. Fue ella la que quiso casarse, yo me conformaba con una pareja de hecho.



–Siempre he sido un tipo hipocondríaco, ¿te acuerdas? –siguió diciendo en un tono que empezaba a parecerle sospechoso a mi alcoholizada conciencia.

–Sinceramente, no ...–balbucí.

–Pero pocas veces he estado enfermo. Enfermo de verdad. En mi juventud, creí estar enfermo de lujuria; priapismo, se llama. Pero era una inducción de la moral del colegio de curas. Uno de ellos me exorcizó los falsos escrúpulos, un día. Se lo agradecí, porque me quedé muy tranquilo. Yo no era un mujeriego. Era simplemente un hombre en conflicto con mi sombra. Al final descubrí que a eso le llamaban “malestar de la cultura”.

Cogió su copa y la apuró de un trago. No sé por qué me pareció que era una invitación a que yo dijera algo. Como no se me ocurría nada, eché mano de mi erudición aleatoria.

–El malestar de la cultura se atribuye a Freud, pero en realidad fue algo inventado por los románticos alemanes, que lo llamaron *Weltschmerz*, dolor de muelas, digo dolor de mundo, y que la literatura del siglo XX ha explotado a fondo...

Veremundo me hizo saber con la mirada que la gracieta le era indiferente, mientras dejaba la copa sobre el mantel.

–Entonces yo era un tipo vulgar, poco formado. Si algún conocimiento he adquirido al cabo de los años ha sido gracias a las enciclopedias que regalan con los periódicos... –hizo ademán de volver a llenar su copa, pero al darse cuenta de que se había acabado el vino, es decir, que me lo había acabado yo, fingió ignorar la botella–. Siendo adolescente, me di cuenta de lo que costaba la virtud, yo luchaba épicamente por mantenerme cerca del Bien y lejos del Mal, y sufría derrota tras derrota, cada vez más cerca de la

perdición y del infierno. Mi vida a plazos en realidad era una escalera, cuyos peldaños iba yo descendiendo irremediabilmente. Alimentaba fantasías lujuriosas que me alejaban de las mujeres. De eso me advirtió el cura exorcista de falsos escrúpulos, “no sueñes con mujeres, acércate a ellas, te será más fácil ser casto.” Lo hice, y dejé de masturbarme... Ahora tenía al alcance de mi mano –y blandió la mano derecha como si empuñara un sable– algo mucho más satisfactorio. ¿Tú sabes lo que es eso, tener éxito con las tías? Algún día te contaré lo que me pasó con mi prima Tona... ¿Tú fumas? –interrumpió de golpe su discurso.

–No.

–Yo, tampoco. Ha sido un acto reflejo... Pero tú querías saber por qué me casé, con Fernanda, claro. Sólo podía haberme casado con Fernanda. Me casé sin amarla, es verdad. Me casé por puro sentido práctico.

Porque intuía que mi vida con ella adquiriría una armonía y una seguridad que necesitaba urgentemente... Y no me equivoqué... Necesito un cigarrillo...

Se levantó y le pidió uno al camarero. Volvió a la mesa. Dio una calada intensa, expulsó el humo, y aplastó el pitillo en el plato de postre, que apenas había probado.

–Te estarás preguntando, ¡hombre de Dios!, por qué te cuento todas estas cosas...

–No... Bueno, sí... Pero es lo que pasa cuando dos viejos amigos se encuentran. Hablan del pasado, se ponen al corriente, se confiesan... Espera que me levante de la mesa, y empezaré yo también a decir tonterías –me arrepentí enseguida del “yo también”, pero no pareció causar a Veremundo ninguna suspicacia.

–Sí. Por eso te cuento todas estas cosas, para no decir tonterías –debí de enrojecer de golpe–. Pero sobre todo porque quiero que sepas que yo nunca he sido ni seré un ligón compulsivo, sino aleatorio. No soy un follador insaciable. Sólo es que siento pánico. El mundo en el que vivimos está en peligro de extinción. No exagero. Me darás la razón en cuanto hables un par de veces con “Venenín” y cuando conozcas un poco a los internos cuya reeducación tenemos encomendada. ¡El mundo está podrido! Me gustaría estar equivocado. Y voy a darte la oportunidad de desmentirme. Si después de reunir todos los datos para tu libro, crees que yerro, me puedes llamar loco a la cara. Será para mí un alivio.

Juro que Veremundo no hablaba ni bajo los efectos del alcohol ni trasluciendo ningún tipo de nerviosismo o estrés. Creía lo que estaba afirmando. Creía estar lleno de razón.

## **Pesadillas de seductor**

Al ponerme en pie me mareé menos de lo que temía. Salir a la calle me confortó. Sobre todo recibir la caricia del perfume salino del mar, que estaba a un tiro de piedra, rodeándonos con su abismo insondable. Unos faroles de garabato clavados en las paredes iluminaban la calle. No pasaba un alma. Se respiraba seguridad y sosiego.

—No puedo acompañarte —me dijo Veremundo—. Siento remordimientos de haber dejado sola a Fernanda.

—¡Pero si no es tan tarde! —argüí yo con jovialidad étlica. La verdad es que sólo eran las diez y media.

—Mañana hay que levantarse temprano. Tú, también, si no me han informado mal. Tienes tu primera entrevista en serio con “Venenín” a las ocho y media en punto.

Era cierto. Según el monitor Poli, era la mejor hora, porque el chico estaba descansado. Al parecer, a partir de medio día, empezaba a excitarse o a amodorrarse, dependía de las circunstancias y de la dosis de pastillas que se le administraba por prescripción facultativa.

–No te preocupes –le tranquilicé–. La pensión está aquí cerca, no tengo que conducir.

–¿Te has traído el coche? –se extrañó Veremundo.

–Es una broma, ¿verdad?

–No te creas, en esta isla el coche viene muy bien, porque las cárceles están donde Cristo perdió el gorro. Desde que soy director, me han asignado un chófer. Pero antes, cuando tenía yo que conducir, sufría mucho. Es lo que menos me gusta. Después de tener que educar a mis hijos. ¿Tú crees que un

escéptico está en condiciones de educar a sus hijos?

–Pues este mundo está lleno de escépticos, Veremundo...

–Por eso te lo digo. ¿Te imaginas qué tipo de generaciones nos sucederán?... ¿A ti te suena Kepa Arana?

–¿Algún descendiente del prodigioso fundador del PNV? –solté, desconcertado por los giros que Veremundo daba a la conversación.

–Sólo en cierta forma. Un tío que fue de ETA en la Transición, y que salió de esta isla profundamente arrepentido y reformado.

–¡Ah, sí! Tiene una comuna o una secta en un pueblo de Extremadura.

–¡Ese! ¡Menudo modo de reformarse!



–¿No fue el que salió denunciando a la NASA cuando lanzaron un cohete a Saturno, diciendo que los americanos querían cargarse la vida extraterrestre?

–Exacto... Pues de tal palo, tal astilla. Su hijo menor está en mi centro. Me lo recomendó personalmente el ex etarra. Me pidió que hiciera de él un hombre de provecho.

–¿Qué crimen ha cometido ese chaval?

–¡Hombre de Dios...! Atracar un banco. Lo aprendería en casa.

Al final, Veremundo me acompañó hasta la pensión. Un recepcionista abstraído ante un aparato de televisión minúsculo me tendió la llave de la habitación. Nada más tomarla, me acordé de un detalle administrativo que Poli me pidió que le comentara a Veremundo sobre la visita del día siguiente. Volví sobre mis pasos, pero la calle estaba

desierta. Mi amigo había desaparecido como alma que lleva el diablo. Había tenido que correr, porque no se veía ninguna bocacalle tan próxima como para haber torcido él antes de que yo me asomara.

Todavía no eran las once, pero un día laborable a esas horas, poco hay que hacer en una isla donde impera la ley y el orden. No hay más remedio que ponerse el pijama, encamarse, coger el mando a distancia y mirar el programa menos salvaje de la televisión colgada bien alta de la pared como una jaula. No se tarda más de dos minutos en apretar el interruptor de apagado, salvo que estén dando publicidad, en cuyo caso, la desconexión suele ser inmediata. Nunca hago *zapin*, odio el *zapin*.

Sin embargo, la excitación de la cena me había quitado el sueño. Así que, tomé el mando de nuevo, encendí la televisión... y empecé a hacer *zapin*.

Di con una cadena desconocida, que resultó no ser cadena sino la emisora local. Estaban haciendo un debate sobre el anarquismo, en concreto sobre la historia del anarquismo español. Lo sorprendente es que los contertulios eran todos jóvenes menores de veinticinco años, según las apariencias; aunque justo es reconocer que la indumentaria pintoresca de algunos y sus barbazas hacían difícil calcular su edad. Largaban afirmaciones contundentes, sonoras, sin otro fundamento que el doctrinal. Seguí el debate estupefacto, pensando si aquello no sería una interferencia. Acabó pronto. Apareció una locutora muy mona y anunció otro espacio. Me di cuenta de que se trataba de una especie de televisión de alquiler, en la que cualquier persona o grupo tenía cabida, por cuota pactada o mediante pago. Siguieron a los anarquistas unos predicadores religiosos que ofrecían seguros remedios a las víctimas del caos moral y de la incertidumbre de los tiempos. Un somnífero eficaz

para quien no se sienta a disgusto consigo mismo.

Entonces empecé a soñar. Me pasé la noche soñando. Las primeras fueron evocaciones casi realistas.

Una de ellas, en el barrio de Velluters de Valencia. A finales de los años sesenta, habíamos acudido un par de clases del entonces bachillerato superior, la mía y la de Veremundo, a las Fallas. Entonces, el barrio de Velluters era el colmo de la cochambre. Algunos chicos mayores se las apañaron para burlar la vigilancia de los responsables, e invitaron a algunos chavales del curso inferior a hacer una excursión al barrio de la ramería, que en las fiestas estaba efervescente. Yo reviví en mi primer sueño aquel lúbrico paseo.

La realidad había sido frustrante y en gran medida aleccionadora, porque las prostitutas eran

verdaderas ruinas físicas, casi sin excepción, y sus clientes, hombres aún más infelices que ellas, tipos con rasgos de proletario zafio y envejecido, músicos rijosos, pertenecientes a las bandas venidas de los pueblos para acompañar las comitivas falleras en la ofrenda a la Virgen de los Desamparados, individuos con apariencia de chulos, y muchachos jóvenes como nosotros, en grupos de curiosos impertinentes, circulando por el medio de la calle, riéndose con nerviosismo de las procacidades que les dirigían desde las paredes desconchadas unas mujeres más repugnantes que lascivas.

En mi sueño, las cosas eran más sórdidas, pero también menos comprometidas y más chistosas. Los protagonistas eran Veremundo y su hermano mayor Domingo, junto a una sombra que les seguía, que era yo mismo. La cara de Domingo, a quien no conocí nunca porque iba a otro colegio, la repliqué de la de

Veremundo, haciéndoles gemelos en mi sueño. Pasábamos de la calle a los prostíbulos por medio de dislocaciones oníricas. No llegaba a producirse ninguna escena sexual explícita, sin duda porque el subconsciente no la necesitaba, pero sí escarceos y disparates con las furcias, que a veces eran brujas degradadas, a veces modelos de la revista sicalíptica en la que yo trabajé.

En un momento, los hermanos aparecían vestidos de primera comunión. Y Domingo preguntaba a Veremundo si se le había pasado ya el arrobo de la presencia de Cristo en sus entrañas. Veremundo le enviaba a la porra, afirmando que lo único que le interesaba eran los regalos, y Domingo se echaba a llorar.

Luego, los dos niños, con cuerpo de adultos, un doble Veremundo como el que acababa de cenar conmigo, entraban en uno de los lupanares. Al salir,

Domingo, con el pavor pintado en las pupilas, aseguraba que acababa de contagiarse de sífilis por los pecados de su hermano. Veremundo se alejaba de él corriendo, mientras Domingo le pedía ayuda a gritos, inútilmente. Entonces, Domingo se integraba en un grupo armado de la FAI y se dedicaba a matar a navajazos a mujeres guardia civiles con el rostro de la madre de los mellizos. Como tampoco había conocido yo a la madre de Veremundo, sustituí en mi sueño su cara con la de una cantante pop surafricana llamada Brenda Fassie, que se lamenta de haber sido mala con su familia, “*Too late for maaammaa!*”...

Con este estribillo en sordina me desperté, echando de menos a Shey a mi lado, en la cama. Hasta que caí en la cuenta de que no dormía en mi alcoba de Madrid, sino en una pensión de precio razonable para un *freelancer*, en la isla de Ypébula.

Mi segundo o tercer sueño volvió a centrarse en Veremundo, que esta vez había adquirido la apariencia de “Venenín”, aunque seguía siendo Veremundo. Estaba al borde de un acantilado, quizá el del Centro de Reeducción, y daba voces diciendo que era un déspota todopoderoso y que, careciendo de frenos éticos y políticos, ordenaba a una selección de las bellezas del planeta de todas las razas, culturas y confesiones, que se desnudaran y se colocaran ante él con la mano en el sexo y la cabeza gacha, para que él pudiera olerlas una a una sin descanso, desde la salida hasta la puesta del sol. Efectivamente, se formó una fila interminable de mujeres en el acantilado, y sus cuerpos esculturales se recortaban al contraluz sobre el cielo y el mar.



## **Responsabilidad y locura**

El despertador me sobresaltó a las siete, en medio de alguna otra pesadilla que machacaron los timbrazos. Veremundo había quedado en enviarme su chófer a las ocho.

Me levanté en un estado de ánimo lindante con la depresión. El alcohol o lo que fuera había golpeado mi fibra emotiva más sensible. Algo ciclotímico soy, no sé si por efecto de mi inconstancia o a la inversa. Me acordé del elogio de Veremundo a los hombres inteligentes y holgazanes, pero no me ayudó mucho.

Observé mi cara en el espejo y tuve dificultades para reconocerla. Sentía un sordo desprecio por mí mismo. La razón era confusa, algo relacionado con el deseo de abandonar mi empresa, de regresar a la cómoda inercia de los recortes, de meterme en la cama, hacerme un ovillo y esperar a que los

acontecimientos se precipitaran sobre mí.

Mi YO, enervado, desasido, susurraba la vergonzosa letanía de “aféitate la barba, aféitate la barba en este instante”.

Saqué fuerzas de flaqueza, valorando las ventajas ideales del negocio que tenía entre las manos: convertir mi libro en un *best seller*. Acudió al quite mi ego aventurero, y me incitó al autocontrol.

Según la recomendación de un terapeuta “Gestalt”, que atiende de vez en cuando a Shey, sostuve mi mirada un minuto borrando de mi cabeza todo pensamiento negativo. El siguiente ejercicio fue decir en voz alta, “Fulanito, eres un sinvergüenza, y estás abusando de tus privilegios. ¿Cuántas personas se levantan cada mañana directamente del suelo, sin manta que les cubra, y se ponen a recorrer la ciudad en busca de sustento, como animales desamparados?”

Hice mis abluciones, me duché, bajé a desayunar y esperé a que dieran las ocho apurando un segundo café. Cuando apareció el chófer de Veremundo, me encontraba casi sereno, aunque sin la menor gana de encararme con “Venenín”. Si aquel hombre me hubiera traído la noticia de que el criminal muchacho se había ahorcado de madrugada, habría suspirado con alivio. Seguro que no habría sido el único.

Nos dirigimos a casa de Veremundo, que apareció malencarado y con ojeras, señal de que había dormido peor que yo.

En el Centro de Reeducción o CREJOMU, Poli me entretuvo un rato para dar tiempo a “Venenín” a desayunar. Estábamos bajo el inmenso pino donde había visto a los chavales saltar a la comba el día anterior. Yo intentaba sacarle algo sobre el carácter de los criminales. Lo más interesante que me dijo Poli fue:

–Aunque el asesinato es el peor de los crímenes, los asesinos no son los peores criminales.

–Ah, ¿no?

–No, porque los asesinos convictos y confesos perciben la atrocidad de su crimen, sienten remordimientos y se convierten en personas de bien.

–¿Es lo que ocurrirá con “Venenín”?... Perdón, con Xabi.

–Me temo que... No lo sé... Xabi tiene algo de enfermo, y algo de persona normal. Su lado enfermo está en que no hemos percibido en él el menor síntoma de arrepentimiento. No es que se vanaglorie de lo que ha hecho...

–Pero antes sí lo hacía, me consta –le interrumpí.

Me habría gustado discutir con él la relación

entre enfermedad, responsabilidad y culpa, pero no me dejó argumentar.

–Son cosas diferentes. “Venenín” busca notoriedad. Xabi sabe que no tiene otra opción que reformarse. Y sin embargo, no es un caso de esquizofrenia. Todos confiamos en que tu intervención nos lleve a algún lugar en este misterio de “Venenín”.

Aquel comentario me abrió de golpe los ojos. Me estaban dando facilidades sólo para salir de dudas. No me importó mucho ser utilizado. Era un *quid pro quo* razonable.

–Puede que sea un esquizofrénico. Sin duda el contacto contigo lo revelará. Y si es un psicópata, también podrá verse.

–¿Cómo?

–Los psicópatas no cambian. Sometemos a Xabi a una observación muy próxima y rigurosa.

Me turbó saber que iban a grabar nuestras conversaciones. Cada vez tenía menos ganas de quedarme a solas con el convicto.

–La mayoría de estos chicos son ladrones y drogodependientes –continuó Poli–. Retratos robot de familias desestructuradas.

–Carne de cañón, como se decía antes.

–Admito que algo así. El delincuente juvenil es una persona con un gran conjunto de deficiencias. Si les proporcionamos lo que les ha faltado durante toda su vida y les entrenamos a convivir con la dificultad, al salir de aquí pueden ser personas normales, como tú y como yo...

Sonrió, quizá admitiendo que los términos de la

comparación no eran los más adecuados, o que a lo mejor no había ningún término de comparación posible. Le dejé seguir su razonamiento profesional.

–... A no ser que sean enfermos.

–¿Y si entre todos descubrimos que “Venenín” es un enfermo..., bueno, Xabi... qué le pasará?

–Pregúntaselo al juez cuando le veas – pronunció en un tono de voz más bajo, torciendo la boca.

Sentí sobre mis hombros el peso de la responsabilidad.

–Responsabilidad o locura –murmuré al tiempo que noté un suave golpecito en el omoplato, casi una caricia.

Me volví y me encontré con “Venenín”, o Xabi o quien demonios fuera, dedicándome una sonrisa con

su cara de bestia, una sonrisa mitad responsabilidad, mitad locura.

### **Un golpe de suerte en el mentón**

Al día siguiente pregunté a Veremundo si aceptaría una invitación mía a cenar. Me pareció conveniente incluir a su esposa en el convite.

Me dijo que Fernanda se encontraba “en el Continente” (nunca decía “en la península”) por asuntos de negocios. Pero que podríamos tomar unas cañitas antes de que se hiciera tarde.

Quedamos a las siete y media en cierto bar regido por unos moritos zalameros sin el menor respeto hacia las prohibiciones del Corán. El establecimiento se asomaba al mar, del que sólo le separaba una pequeña terraza y un pretil bajo. El



ocaso era cálido y nos sentamos fuera, yo, de cara a la escollera artificial que protegía el puerto, él, frente a mí, mirando la parte del horizonte que tomaban los ferris en sus singladuras de ida y vuelta “al Continente”.

Durante un rato, me tocó poner al corriente a Veremundo sobre mi trayectoria desde la época de los guateques. Lo hice como el que escribe una noticia de agencia, al grano y sin florituras. No sé él, pero yo, al escucharme, percibí mi vida más insulsa de lo que en realidad era. Se fue haciendo de noche, el mar se oscureció y en su telón negro empezaron a desplazarse muy despacio lucecitas.

Por fin, Veremundo se decidió a intervenir.

—Me temo que el otro día te di una impresión falsa de mí. Estaba nervioso... La incertidumbre... — dijo con un acento casi enigmático—. Tengo un

problema serio con mi medio hijo. Si no logro evitarlo, se convertirá en un pijo insufrible. Ahora mismo está pasando esa etapa en la que la utopía juvenil se asfixia en la atmósfera enrarecida de la primera madurez y produce nihilismo. Pero no puedo intervenir sin empeorar las cosas. No soy experto en jóvenes. Soy director del CREJOMU por casualidad. Ya sabes cómo son estas cosas de la burocracia, un perito forestal cuidando de muchachos en lugar de repoblar los páramos. Pero he aprendido que si te interfieres en la trayectoria inerte de un chico, o te atropella o te tiras a la cuneta, o ambas cosas a la vez.

No teniendo yo hijos, me sentía incapaz de aportar algo apreciable, así que guardé silencio, mirando de vez en cuando a la negrura del mar, cuajada ahora de lucecitas. Eran balizas de alarma, que circundaban la isla. Nadie que no estuviera autorizado podría traspasar la línea de seguridad sin

organizar un escándalo. Al parecer, en alguna ocasión, un delfín o un banco de peces había puesto en alerta a las patrulleras de la guardia civil.

–Mi medio hijo se llama Pepín. Ahora lleva el pelo largo hasta la cintura. Tiene veintiún años, y me parece que no se lo corta porque lo utiliza como talismán para relacionarse con las mujeres. Entiendo algo de eso.

–¿Os lleváis bien? –pregunté, por dar la impresión de que me interesaba su cuento.

–Siempre, incluso en su edad del pavo. Pero ahora se tiene que plantear qué hacer con su vida. Ve que en Ypébula tiene pocas posibilidades, y que se tendrá que marchar al continente, abandonar la comodidad, la rutina. Está prolongando la adolescencia todo lo que puede, le duele admitirlo. Está preso de la contradicción y le ha dado por

provocar, hace afirmaciones explosivas.

–¿Contra el sistema penitenciario?

–Contra todo. A su madre la trae frita. Fernanda es una santa.

–¿Y eso te gusta o te disgusta? –pregunté.

Veremundo no se inmutó.

–Yo he llegado a enamorarme de Fernanda. Sin ella, mi vida sería un desastre. Es una mujer a quien el dolor ha hecho fuerte, como suele decirse. Su primer marido era un próspero empresario de Ypérbula, un hombre afectuoso, formal. No le llegué a conocer; me han dicho que era un buen mozo. Pero tenía un defecto, el juego. De no haber muerto de un aneurisma, habría arruinado a la familia. Creo que su desaparición repentina afectó mucho a Pepín. Pero lo debe guardar muy en el fondo de su alma, por pesar o

por lo que sea. Temo el día en que estalle. Puede hacerle polvo.

Veremundo echó una ojeada al reloj de pulsera con un movimiento muy elegante del brazo. Llevaba un Rolex, un Cartier o algo parecido.

—Es pronto aún... Fernanda ayudaba a su marido en los negocios, y los heredó. No es inteligente, pero sí lista, con intuición empresarial. Ha amasado una pequeña fortuna... —se interrumpió y desvió la vista al telón negro del mar—. ¿Sabes lo que más temo? El día en que Pepín reclame la parte de la herencia de su padre que le corresponde. Hasta ahora no lo ha hecho, y me temo que es porque no tiene ni idea. Pero no puede tardar en enterarse. Es un chico sin mucha iniciativa, un comodón. Por eso no se ha movido de Ypérbula para estudiar en el continente.

—¿Es un tipo pasivo?

–Es un inmaduro, un decadente. Puede organizar un follón, hacerle daño a su madre y a sus hermanos –hizo una pausa, apuró la cervecita, y se puso a hablar de su mujer–. Fernanda es una joya. Poco después de casarnos, una noche me preguntó muy dulcemente “¿Me quieres, Vere?” Yo no sólo le contesté que sí sino que se lo demostré. Fue un polvo magnífico. Luego, ya relajados, volvió a asaltarme: “¿No me querrás por lástima, por hacerle un favor a una vieja amiga?” Yo le aseguré que, aunque era un hombre sentimental, ponía por encima de la emotividad el sentido común, el pragmatismo, el interés; y que la prueba del interés era sentirme a gusto, cómodo con una mujer, con ella. Volví a asegurar que la quería. Entonces me dijo, “Una vez te oí decir que cuando follabas con una mujer, no te importaba mentir. ¿Es eso también pragmatismo?” Me cogió por sorpresa; no supe reaccionar, así que intenté ganar tiempo pidiéndole que se explicara un poco. Me

dijo, “Por ejemplo, asegurar a la mujer con la que estás follando que la quieres, cuando no es verdad”. Lo único que me vino a la cabeza fue, “Eso es pragmatismo barato. El que empleo contigo es de lujo, de oro y brillantes.”

–Todavía no habías llegado a quererla.

–Exacto... Tuve un par de aventurillas. Nunca habría imaginado que en un lugar cerrado como éste pudieran surgir oportunidades. Es todo lo contrario, aquí cunde una promiscuidad exacerbante. El negocio de la prostitución es un misterio para mí, será porque no lo uso. No hace falta, es redundante, como dicen los pijos...

En ese momento hizo un par de castañetas con los dedos. Fueron dos chasquidos mágicos, porque despertaron en mi memoria sensaciones de juventud asociadas a Veremundo, que ya tenía esa costumbre

nerviosa. Le evoqué apurando un tercio de cerveza por el gollete, en plena adolescencia, con un traje de domingo, ajustado y un poco lustroso, haciendo castañetas y provocando la risa a una peña de amigos a la puerta del garaje de la Getru donde celebrábamos los guateques. Sí, los menos ocurrentes de la peña envidiábamos su habilidad para entretener a las chicas, y a veces nos decíamos que el “Mundóvich” tenía algo de diabólico.

–Bueno, sólo fueron dos aventurillas...Cosas inertes, impulsos de mi época de soltero empedernido. Es muy difícil cambiar de hábitos. Sé que no es un razonamiento y que no sirve de excusa. No soy tan idiota. Pero tampoco soy un egoísta.

“¡Ah! ¿No?”, me entraron ganas de decir. Pero Veremundo era el director del centro donde “Venénin” estaba recluido, y yo no quería poner en riesgo mi hermosa barba.



–Fernanda se enteró –continuó Veremundo–. En una isla, tarde o temprano, todo acaba sabiéndose. Se puso de malhumor, pero no me amenazó con ninguna tragedia. Me acusó de inmaduro. Y tenía razón. Me pidió que no le hiciera daño. Luego, se quedó embarazada. Y ahí se acabó todo.

–¿Y no has vuelto a las andadas?

Me pareció que estaba esperando que se lo preguntara.

–Nunca... Salvo anteayer, cuando cenamos tú y yo. No volví a casa, sino que estuve con una chavala.

Sólo se me ocurrió decir,

–¿Y qué tal?

–De maravilla. Las cosas me van de maravilla. ¡Hombre de Dios! No puedo creerlo. Estoy disfrutando de un golpe de suerte. He llegado a ser

director del CREJOMU, Fernanda está centrada en su trabajo, nos amamos, y de pronto ligo con una chavala espectacular... Ahora mismo me está esperando. Un polvo más, y se acabó – se levantó de la mesa—. Mañana te contaré cómo me ha ido.

Y mientras se alejaba, me dijo,

–Lo de Pepín no es tan grave. Madurará, como lo hemos hecho todos.

Soltó otro par de castañetas, dio media vuelta y se perdió en el interior del chiringuito. Me dieron ganas de pegar un salto sobre el pretil y zambullirme en la negrura marítima. No para suicidarme, sino para refugiarme en ese lugar oscuro donde los negocios cotidianos ni reciben ni reflejan ninguna luz. Igual podía haber sentido el impulso de regresar al vientre de mi madre, o de echarme a volar al cielo estrellado, como esa nave espacial que se dirigía a Saturno sin

preocuparse de nada, invulnerable a cuantas desgracias ocurrieran en el planeta Tierra, sorda y ciega a todo lo que no fuera su objetivo, a través de millones de kilómetros de oscuridad.

No me producía ninguna envidia aquella bonanza de Veremundo. El golpe de suerte que sentía él en su mentón podía convertirse en un rechazo fulminante. Veremundo sostenía que la enfermedad y la locura no eximen de responsabilidad penal, salvo a los genios. Y él distaba mucho de serlo.

Me acaricié la barba, y mis dos YOS se pusieron de acuerdo en ese instante para hacer cualquier cosa por no perderla.

## **Tórtolas y pochas**

Me sorprendió que admitieran mi sugerencia de sacar a “Venenín” del centro. La decisión no correspondía sólo a Veremundo. Tenía que aceptarla el Comité de Estudio y Seguimiento de Penados, el CESP. La idea debió de parecerles conveniente para el experimento que estaban realizando a mi costa: acaso fuera de las alambradas del CREJOMU la personalidad de “Venenín” se manifestara espontáneamente y nos sacara de dudas a todos.

Quizá se comportara de otra manera, quizá no. Quizá surgiera en él una chispa, un indicio que me permitiera a mí o a sus evaluadores extraer alguna conclusión sobre su personalidad, o construir una hipótesis sostenible.

Decir que un criminal joven es un enfermo o un loco, al margen de que diluye su responsabilidad

como una gota de tinta en un caldero de agua limpia, es no decir nada.

Necesitaba basarme en algo sólido para dar una versión de “Venenín”. Era un compromiso entre mi ego y mi YO. No quería recurrir a la retórica, reproducir palabras de supuestos especialistas ni engañar al lector con triquiñuelas psicológicas fusiladas de un manual. Pretendía alejarme de tópicos como “según los exámenes que le han hecho los expertos, “Venenín” es...”, o “los rasgos caracteriológicos de “Venenín” responden al modelo establecido por Fulanitozky y por Mengánev tras décadas de seguimiento a jóvenes reclusos...”. Yo estaba dispuesto a entregar a mi lector el equivalente en profesionalidad al dinero que él pagara por mi libro. El compromiso de mi ego y mi YO era serio.

Poli nos acompañó, como era preceptivo.

La condición, como en mi anterior contacto con

“Venenín”, era no mencionar ni el crimen ni las circunstancias por las que se le había juzgado y condenado.

Poco a poco, el muchacho se mostraba cada vez más inquieto, aunque el escenario de la excursión inducía a la relajación.

Recorrimos las partes más silvestres de la isla en el desvencijado coche de Poli, un Renault 4L que rebotaba alegremente sobre los pedruscos que emergían en los caminos.

En la zona central de Ypébula se encuentra la mayor concentración de encinas, que cruzamos marcando nuestro camino con una nube de polvo como la huella efímera de un crimen contra la Naturaleza. Atravesamos luego una serie de barrancos salpicados por los madroños, los labiérnagos y las aladiernas. De los primeros se habla mucho en

Madrid, porque forman parte de su escudo, pero de los otros dos no había oído hablar en mi vida. Poli, sin embargo, era un consumado naturalista y nos explicó que eran arbustos de hojas perennes muy comunes en el bosque mediterráneo. Durante todo el viaje nos estuvo ilustrando a “Venenín” y a mí con datos llenos de sentido, pues no hay mejor clase de botánica y de avifauna que la que se ofrece sobre el terreno.

A medida que nos acercábamos a la costa norte, el cielo se nublaba más y más. Nos estábamos dirigiendo de cabeza al corazón de una tormenta que procedía de un mar cada vez más tenebroso.

El humor de “Venenín” sufría una transformación paralela. De pronto me di cuenta de la razón: la conversación insulsa que manteníamos. Yo me había atrevido a preguntarle sobre su madre, insinuando la ausencia de padre, momento en el que advertí una mirada inescrutable de Poli. ¿Debía

callarme o me estaba permitido seguir en esa dirección? Las contestaciones de “Venenín” eran tan vagas que no me sacaban de mi incertidumbre.

–Si no quieres hablar, no tienes por qué hacerlo –le dije.

–Sí quiero hablar –aseguró en un tono duro–. Pregúntame.

Yo no sabía cómo interpretar esta invitación, y no me atrevía a hacerlo literalmente por si Poli se disgustaba.

De pronto, el toldo se descorrió, y se coló un sol extraño, de una tonalidad filtrada. Habíamos llegado a una especie de laguna o albufera. Los matorrales surgían entre las dunas y en medio de las charcas.

–Algunas son de agua dulce. Otras, salinas – explicó Poli deteniendo el vehículo casi al borde del



agua.

Nos apeamos los tres y echamos a andar, el chico entre medias de los adultos. Me sentía protagonista de una escena preparada con poca habilidad, de un trozo de película de aficionados sin ensayar, que alguien estaba grabando a distancia. Me pregunté si habría alguien escondido en el bosque bajo, disfrazado de observador de pájaros, estudiando las reacciones de “Venenín”, digo de Xavi.

–Esto es ruda... Esto, abrótano hembra... – Decía Poli como el que lee en voz alta anuncios de carretera-. Algunas de estas plantas se empleaban para filtrar el agua.

–¿Con qué objeto? –me decidí a preguntar.

En ese instante, “Venenín” hizo una finta y me sobresaltó, porque lo primero que me vino a la imaginación es que pretendía escaparse. Sin embargo,

se había echado a un lado para perseguir una lagartija que huía entre la maleza.

Restablecido el orden, Poli se apartó unos metros de nosotros y se agachó tras unos matorrales (¿labiérnagos, aladiernas?) excusándose de una necesidad ineludible. “Venenín” se plantó delante de mí, y me lanzó a bocajarro, a media voz.

–¿No te interesa saber por qué estoy aquí?

–Lo sé –respondí desconcertado.

–Digo mis propias razones... Por qué hice lo que hice.

–No me dejan hablar contigo de eso.

–¡Hijos de puta! ¡Mamones!

Las matas que ocultaban a Poli se movieron. “Venenín” dijo con apresuramiento,

–Dame una dirección y te mandaré una carta.

–Pero si apenas sabes escribir –dije.

–Me buscaré la vida con un colega, coño.

El busto de Poli apareció tras los labiérnagos, las aladiernas o lo que fuera aquel matorral y en seguida reiniciamos la marcha.

Caminábamos por una trocha casi imperceptible en dirección a un carrizo, al fondo del cual se veían unos juncos.

El cielo volvía a entoldarse de un gris cada vez más oscuro. Me volví para calcular la distancia hasta el coche, en caso de que rompiera la tormenta. Pero a Poli no parecía preocuparle.

De súbito, se detuvo. “Venenín” y yo nos echamos literalmente encima de él, que nos hizo un imperativo gesto de silencio.

Por encima de los rumores de la albufera, más allá de un grupo de sabinas, llegó a nuestros oídos un reiterado cu-cu, cu-cu.

–Son tórtolas –susurró Poli.

“Venenín” dirigió los ojos al punto que señalaba la mano del monitor y escrutó vanamente entre las ramas. Por unos segundos me pareció observar en él la actitud de un naturalista fascinado por la vida camuflada en el paisaje, pero que el experto percibe mediante otros sentidos entrenados en esta práctica. Quizá si “Venenín” se hubiera criado en medio de la naturaleza, en una familia de agricultores, no habría dejado de ser Javier Y.Z., y habría podido transformarse en un ornitólogo o en un biólogo sabio y ponderado.

Vino a confirmar este pensamiento algo que sucedió a continuación. Poli nos invitó a seguir

avanzando sin reparar en el ruido que hacíamos, hasta que una bandada de pájaros de alas gris anaranjadas, tórtolas, según nos informó el entendido, cruzó el cielo encapotado fundiéndose con él. El rostro de “Venenín” mostró exaltación. Su malhumor voló con las tórtolas.

A lo lejos, a la deriva en una de las charcas, flotaban unos patos.

–No son patos, son fochas –corrigió el naturalista.

El plumaje era oscuro, y los picos de un blanco radiante que subía hasta la frente.

–No tienen membranas interdigitales como los patos. Y nadan más que vuelan, aunque son aves migratorias. A Ypérbula llegan desde el Polo Norte.

–¡El Polo Norte! –exclamó “Venenín” en un

eco de pasmo reverente.

Poli se llevó la mano a un bolsillo y extrajo de él una especie de matasuegras de madera. Se lo puso en la boca, sopló y provocó un chasquido sordo y gutural. Inmediatamente, las fochas volvieron el cuello hacia nosotros.

Poli entregó el reclamo a “Venenín”, que se pasó un rato soplando hasta desconcertar a las aves.

De chiripa, o gracias al sexto sentido de Poli, nos libramos del chaparrón. Rompió a llover cuando estábamos regresando al coche. Durante el viaje garrapateé mi dirección de Madrid en una hoja de mi cuadernillo y se la entregué subrepticamente a “Venenín”.

El camino de vuelta a casa, mejor dicho al CREJOMU, lo hicimos bordeando la isla. La luz del mediodía se había eclipsado y el cielo y el mar se

confundían en una pizarra gris sobre la que la lluvia escribía arabescos. En realidad los arabescos se formaban en los cristales sucios del Renault 4L, una superficie poco literaria.

Inesperadamente, Poli desvió el coche por un camino rural, en dirección a un caserío. En él, una mujer con aspecto de vieja sacerdotisa, vestida de negro y con la cabeza envuelta en un pañuelo, nos había preparado un almuerzo copioso, digno de una agotadora jornada de caza. A la hora del café, apareció Veremundo. Salimos al porche y nos sentamos en unas sillas de mimbre frente a un descampado salpicado de rocas y de matorrales, quizá labiérnagos y aladiernas

Veremundo nos explicó que aquella finca era de su mujer. Citó una leyenda de origen filibustero, según la cual en el pozo de la casa, siglos atrás, había caído su propietario, un codicioso terrateniente,

intentando recuperar un tesoro escondido por los berberiscos. El individuo sobrevivió varios días, pidiendo auxilio, pero murió de hambre, de angustia y de rabia antes de que pudieran asistirle.

–¿Y el tesoro? –preguntó cándidamente “Venenín”, sin darse cuenta de que la historia la acababa de inventar Veremundo.

–Sigue ahí, esperando que alguien lo saque...  
¿Te atreves?

“Venenín” le miró y, sin que pudiéramos saber si había descubierto al final la broma, masculló algo que podía ser una maldición o una amenaza. Probablemente esto último, a juzgar por la arruga que se formó en su entrecejo.

El café, el licor y la alegría de vernos desligados de las obligaciones diarias, perdidos en aquel refugio natural, nos soltó las lenguas, salvo a



“Venenín”, que tornó a fruncir el entrecejo. Los adultos iniciamos una conversación ecléctica dejándonos llevar por los meandros de la experiencia vital y de las fantasías ideológicas. Si nos lo hubiera encargado una comisión de la ONU, habríamos entregado a la Asamblea General media docena de remedios caseros para enderezar los entuertos del planeta.

–En el estado del bienestar, la experiencia no sirve para nada –dijo Veremundo flotando en uno de los meandros–. Este sistema penitenciario es prueba de ello.

–¿Por qué? –pregunté yo, viendo que Poli no lo hacía, ya fuera por tener una opinión contraria a su superior o porque estaba harto de contradecirle.

–Porque trata a los delincuentes como si fueran víctimas de la sociedad.

Yo miré de reojo a “Venenín”, que parecía del todo ajeno a nuestras palabras.

–Porque hemos hecho un mundo en el cual la mayor libertad es la autoindulgencia, en el que las cárceles son hoteles para que descansen aquellos cuya vida en la calle es un infierno... He conocido a varios reclusos que reconocían que los mejores días de su vida los habían pasado en prisión...

Esta vez, volví la cabeza hacia “Venenín”. Había atrapado una lagartija, cuya cabecita asomaba entre sus dedos cerrados. Veremundo y Poli se habían enzarzado en una discusión profesional. “Venenín” me dirigió una mirada de complicidad. Se aproximó a Veremundo por la espalda, y abrió la mano con la lagartija sobre la nuca del director del CREJOMU. El animalito, una vez libre, se refugió en el escondrijo más accesible, el interior de la camisa de Veremundo, que pegó un salto y empezó a retorcerse.

“Venenín” le observó impertérrito. Poli, ignorante de la broma, hacía extraños visajes, quizá preguntando qué sucedía. Al cabo de unos segundos de zarabanda, Veremundo logró que el bicho saliera disparado hacia el suelo.

Antes de escabullirse por una rendija del muro de la casa, “Venenín” le lanzó un pisotón letal. Luego, con la punta del pie, empujó hacia fuera del porche el cadáver espachurrado del pequeño dinosaurio.

Entonces, Veremundo levantó una mano, pero Poli impidió que la hiciera descender sobre la cara de “Venenín”, que miraba a los ojos del primero sin la menor expresión.

## **El Príncipe de Titán**

Al día siguiente abandoné Ypérbula, concluido

mi trabajo de campo. Sin una idea precisa de “Venenín”, pero con elementos suficientes como para sacarles un partido retórico. Me había resignado a emplear una ambigüedad atenuada por frases contundentes, algo que he aprendido de los políticos en ejercicio ante las cámaras (la cámara de representantes y las cámaras de televisión).

Veremundo se empeñó en acompañarme, y no se separó de mí hasta que retiraron la pasarela entre el ferri y el muelle.

Unos minutos antes de la hora de partida, empezó a desenrollar de los pliegues de su alma una historia antigua. Mi cuerpo se volvía hacia la embarcación involuntariamente, enviando señales a mi amigo de que era hora de despedirnos. Pero él me detuvo, cogiéndome incluso de la manga, y asegurándome que me descuidara, que no perdería el barco.

—¿Tú te acuerdas de Diego Valor?

Sí me acordaba. Fue la primera función de teatro a la que asistí en mi vida, siendo un niño camino de la pubertad, pero todavía un niño. Diego Valor era un personaje radiofónico, un astronauta español anterior a la época de los *Sputniks*, que recorría el Universo restableciendo el orden donde había sido roto, y prestando su brazo a la Justicia donde había quedado manca. Se hizo tan famoso que lo empezaron a explotar en los escenarios. Para mí, acostumbrado a imaginar a Diego Valor, verle desde el patio de butacas (seguramente sería el gallinero, dada la precaria economía de mi familia) me desconcertó. Me desconcertó, no me decepcionó. A pesar de que el traje de raso barato le ajustaba mal, a pesar de que las armas que lanzaban rayos paralizadores no lanzaban nada, a pesar de que nadie volaba, de que las peleas eran más falsas que los

programas electorales (entonces no había programas electorales, vaya lapsus), a pesar de todo, no me costó trabajo creer en la ficción escénica, meterme en ella, dejarme llevar por aquella aventura disparatada. La decepción me la produjo el hecho de verla. Yo no ganaba nada viendo a Diego Valor, era más Diego Valor si lo imaginaba. Me pasa siempre que veo en una pantalla o en un escenario a un personaje literario. Me gusta más el mío, el que he forjado dentro.

–Pues yo fui Diego Valor.

–¿Quieres decir jugando, cuando niños?

–Tenía quince años y más que pelusa en la barba. Encarné a un personaje de ciencia ficción para seducir a una prima de mi edad de la que... bueno, no es que estuviera enamorado, es que la deseaba, diablos, las cosas como son.

–¿Le dijiste que eras el Diego Valor de verdad?

–Sí, pero con otro nombre. Me hice pasar por el Príncipe de Titán.

–¿Y se lo tragó?

–Como una cucharada de jarabe dulce. Lo más curioso es que quien me dio la clave para seducirla fue su padre, mi tío. Claro, sin tener ni idea de que el objeto de mi deseo era su hija. Un día me debió ver mustio, y me preguntó si “me estaba haciendo hombre”. A mi evasiva respuesta quiso saber si me gustaba alguna chica. Contesté un tanto mohíno que sí, temiendo que me preguntara quién. Pero no lo hizo. Para el tipo, su hija era un bien tan seguro, tan inasequible, y menos para un primo hermano, que pasó por alto la cuestión. Y entonces tuvo la ocurrencia de darme consejos. Me dijo que lo primero que tenía que aprender es que “a las mujeres les gusta que las engañen; así que si sientes atracción por alguna chica, invéntate la historia más atrevida, se la

cuentas, y esperas a que cause efecto.” ¿Qué te parece?

Como hizo una pausa, me sentí obligado a emitir un comentario.

–La verdad es que siempre me ha llamado la atención lo paradójico de nuestra conducta más elemental. Un tío da por sentado que a su sobrino no se le ocurrirá acercarse a su prima, que es su hija, cuando es la mujer más cercana. Y su ceguera es tan irracional, que se la pone en bandeja y le enseña el truco más eficaz... Aunque, en ese caso tuyo, no le veo yo la lógica a hacerse pasar por un héroe interplanetario para enamorar a una chica.

–Yo tampoco se la veía. Mi prima, Tona se llamaba, que estaba buenísima, me ignoraba con un desprecio ostensible. Mi tío también me había advertido que eso era señal de interés en una mujer.



Esta apreciación me pareció más aceptable que la de inventarme un disparate para seducirla. Pero como no tenía nada que perder, elaboré una historia basada en Diego Valor. Me ilustré con un libro de astronomía de la biblioteca de una institución de ahorro catalana que había en el barrio, y me fui con la historia a Tona. Como era de esperar, no me hizo ni caso. Pero tuve la entereza de no rendirme... No sé si fue entereza, instinto, constancia o aburrimiento. El caso es que cuando una vez ella se dirigió a mí (y no lo había hecho casi nunca), fingí estar en mi papel de Príncipe de Titán. Aseguré que me hallaba en un trance, en contacto telepático con mis capitanes, que se encontraban a punto de entrar en una batalla sideral con mis archienemigos, los malvados Piscis. Tona me lanzó una mirada de incredulidad. Entonces ocurrió algo imprevisto. Estábamos en la biblioteca, y hacía un calor de todos los demonios. Se conoce que el esfuerzo que yo estaba haciendo por mentir y el calor

me produjeron un desvanecimiento, me puse pálido, mis ojos se quedaron en blanco y me derrumbé sobre la moqueta. La vigilanta de la biblioteca se acercó corriendo y me arrastró hasta la puerta, donde el aire fresco me hizo recobrar la conciencia. “¿Qué ha pasado con los Piscis?”, me preguntó mi prima cuando me recuperé, sentada a mi lado en un escalón. Llevaba la falda plisada del colegio y unos calcetines hasta la rodilla, pero ésta y una parte de los muslos se ofrecían inocentemente a mis ojos. Absorto, estuve a punto de traicionarme, de contarle la verdad. Pero de pronto, una voz interior empezó a dictarme una historia absurda. Le aseguré que habíamos ganado aquella batalla, pero no la guerra, era algo que decía mi padre de vez en cuando. Y a continuación le conté que meses atrás mi nave averiada se había precipitado sobre la sierra de Madrid, exactamente en la laguna de Peñalara, en cuyo fondo todavía se hallaba. El Príncipe de Titán había emergido y se había topado

con el cuerpo exangüe de un chico, y se metió en él. El chico era yo, claro, que había tenido un pequeño accidente el verano anterior en una excursión al puerto de Cotos. Me sentí muy satisfecho de mi imaginación espontánea.

–Y ella picó el anzuelo –le interrumpí, mirando hacia el ferri con desasosiego.

–Se lo tragó enterito... Espera, hombre de Dios, que no se marchará sin ti... Fabulando, fabulando, mantuve la mentira durante unos meses. Llegué incluso a acostarme con mi prima, sin llegar a nada, claro, sólo achuchones, los dos en pelota. Y fue esta inconsecuencia la que despertó los celos de Tona. De pronto, me soltó que yo era un mentiroso. Y fui tan inocente, que lo admití. No entendí que ella soñaba con hacer el amor con un marciano, conservando su virginidad y sufriendo una experiencia mística, algo así. Yo creí que había

llegado el momento de despojarme de mi personalidad sideral y confiar en la mía, que era la verdadera propietaria de mi cuerpo, cuya absoluta satisfacción no era decente lograr a base de falsedades. Eso me perdió. La sinceridad. Mi tío tenía razón. Es una lección que nunca he olvidado.

–Pero, ¿por qué engañas ahora a tu mujer? ¿Por fidelidad a esa lección? –le pregunté sin esperar a que me respondiera, encaminándome hacia la pasarela, desde la que un marinero nos miraba impaciente.

–Por instinto. Porque el sexo es algo biológico, atávico. Porque el amor es otra cosa. Y el matrimonio, otra también distinta. El sexo es vida. Le da a uno tanta vidilla, que los principios que sostienen la abstinencia te hacen sentirte un idiota –y rubricó esta declaración con un par de castañetas.

–Pues yo debo de serlo de marca mayor –le

grité con una ironía sorda, muda y ciega.

—¡Hombre de Dios!

### **Ecós fabianos**

La travesía en el ferri fue espantosa. El mar se revolvió con sadismo, volviendo del revés los intestinos de los pasajeros. Hasta la tripulación se mareó. La experiencia tuvo momentos casi dramáticos, y empezamos a mirar de soslayo a las alacenas de los chalecos salvavidas.

El lance tuvo para mí una consecuencia inesperada: tanto se trastornó mi cuerpo que me desintoxiqué de los discursos de Veremundo. El pasado y el presente de tamaño calavera habían llegado a inmiscuirse en mi capacidad de concentración. No sé cómo, pero el caso es que al pisar el Continente, lo único que me importaba era qué clase de retórica iba a emplear con “Venenín”.

En cuanto llegué a casa, me centré en mi compromiso editorial. Durante semanas transcribí apuntes, los ordené, elaboré esquemas llenos de flechas, redondeles y subrayados, escribí un índice... y me quedé en blanco. De nuevo me invadió el pánico y jugué con la posibilidad de afeitarme. Pero ahora era consciente de que se trataba de un juego. Sabía que “Venenín” estaba construyéndose un edificio en mi cabeza, sin que ni mi ego ni mi YO fueran capaces de descubrirlo todavía.

Una tarde, al regreso de un paseo en bici por el Retiro, me encerré en el cuarto sombrío que me sirve de despacho, y empecé a clavar en el ordenador palabras llenas de sentido. Era dueño de mis ideas, que brotaban espontáneamente de la punta de mis dedos y golpeaban el teclado al ritmo alegre de la inspiración.

Algunos días pasé en un estado de trance

creador, durmiendo poco, comiendo menos e ignorando por completo cuanto sucedía y había a mi alrededor, incluida Shey. Yo sabía que estaba de mala uva, pero que se contenía de decirme nada para no distraerme. La razón de la mala uva de Shey era el sexo, es decir, su ausencia. Mujer higiénica y de costumbres, estaba habituada a coyundas periódicas, algo que a mí, al principio de nuestra relación, me llenó de terror atávico, hasta que se me hizo el cuerpo.

Ahora, absorbido por “Venenín”, había vuelto a mis viejos hábitos abstencionistas; quizá había vuelto a ser yo mismo y no el yo debido a mi mujer. Bueno, basta de bobadas, un autor debe superar la tentación de convertirse en protagonista. A lo que iba.

Mi vena de fertilidad ensayística se interrumpió de golpe. Una tarde sonó el teléfono y cometí la imprudencia de cogerlo, sin duda debilitado por la acumulación de horas de ordenata.

–¡Hombre de Dios! –en un primer instante no reconocí su voz, pero la expresión era inconfundible–. Me tienes olvidado.

–No quería molestarte... –me irritó contener el deseo de colgarle.

–Haces mal. Sabes que te he dado permiso para que me uses. Úsame, hombre de Dios. ¿Cómo llevas el libro?

–P punto. A punto.

–¿Cómo dices?

En su voz noté un quiebro extraño. No era de sorpresa, ni de confusión o de perplejidad por mi extraña respuesta. Era otra cosa, inseguridad, inquietud...

–Progresas Adecuadamente.



–Como es menester... –volvió a sonar su voz, de nuevo campechana–. Hace un rato me ha preguntado “Venenín” por ti. Y me he dicho, “como él no me molesta, le molestaré yo.”

–¿Y qué quiere ese criminal enjaulado? –escupí, dirigiendo mi mala uva hacia el eslabón más débil.

–¡Qué va a querer! Saber si su nombre está ya en boca de las gentes. En cuanto salga de aquí, le empaqueto a “Gran Hermano” o a “Operación Triunfo”. Será la única manera de que no vuelva a las andadas y se cargue a otro inocente.

–Dile que tenga paciencia. ¿No es esa la cualidad más importante para los educadores? Paciencia, paciencia... Que se la transmitan al chaval, coño.

–¿Estás enfadado? ¿Pasa algo? ¿Ha huido tu

mujer a lomos de un avestruz?

–No. La verdad es que voy con el libro como una moto –exageré, con el propósito secreto de infundirme ánimos a mí mismo. Iba a contarle algún detalle, cuando Veremundo me interrumpió. Enseguida me di cuenta de que su llamada no era ni de cortesía ni baladí.

–Es que al pensar en ti me he acordado de que estudiaste Políticas a la vez que Periodismo, ¿no es verdad? –siguió hablando sin darme la oportunidad de confirmar o negar–. Tú tienes una buena formación. Y si no, acceso a buenas bibliotecas...

Se quedó callado un instante, preparando el terreno. Continuó:

–Te querría pedir un favor.

Ahora sí esperó a obtener mi consentimiento.

–Si está en mi mano...

–En tu mano, no lo sé. En tu cabeza, seguro. Querría que me dieras algunas informaciones sobre los fabianos.

Me hizo gracia la petición, y me puse a reír, quizá una risa nerviosa.

–¿Qué tipo de información? ¿Policial? ¿Judicial? ¿Penitenciaria?

–No te burles de mi ignorancia, hombre de Dios. Sé qué Oscar Wilde fue fabiano, por ejemplo. Me refiero a esos fabianos, a los antiguos... Y también a los que pueda haber hoy, si es que queda alguno.

–¿Oscar Wilde? –acentué la duda–. ¿Estás seguro de que Oscar Wilde fue fabiano?

–No tengo ni idea, macho. Lo he dicho al voleo.

Pero si no fue Oscar Wilde, fue alguien de su quinta.

–¿No sería un paisano y contemporáneo suyo, Bernard Shaw?

–Bueno, pues Bernard Shaw... –por el tono, daba la impresión de que en ese momento Bernard Shaw le importaba tanto como el inventor del paraguas—. Me gustaría que me buscaras por Madrid algún libro sobre los fabianos...

–¿Te vas a meter en política?

Ese hombre me sorprendía en cada conversación. Y además, se interfería en mi trabajo. ¿No sería mejor que le enviara al cuerno de una vez por todas?

–¿Qué tienen que ver los fabianos con la política? –me preguntó desconcertado.

–¡Coño! El Partido Laborista de tu amigo Blair no habría existido sin los fabianos. Se fundó al arrancar el siglo XX.

–Nunca he cenado con Blair –sentenció–. Y el Partido Laborista Británico me trae al fresco.

–Entonces –le espeté sin contemplaciones–, ¿por qué coño te interesan los fabianos a estas alturas?

–Es por Pepín.

–¿Tu hijo?

–¡Ese!

–¿Es fabiano?

–No tengo ni idea. Sabes que la política no es mi fuerte... Tú, sin embargo, fuiste del PCE, y eso marca para siempre, envenena la sangre, aunque uno vuelva a ser de derechas.

En silencio, le di la razón. También se la otorgué (la razón) al profesor y académico Alonso Zamora Vicente, que en la Escuela de Periodismo me

sacó un día a la palestra y, escrutándome por encima de sus gafas con su cara de perro pachón, aseguró que yo había estudiado en un colegio de curas, que se me veía, y que eso se llevaba encima hasta la sepultura. Haber sido carrillista causa efectos parecidos.

–Me ha dicho que se va a largar a Inglaterra, a una comuna fabiana. Sé que una comuna fabiana no es una comuna libertaria ni una comuna marxista..., pero poco más. Me he metido en Internet, y sale una *Fabian Society* y una referencia a la *London School of Economics*, y un montón de cosas más... Pero todo en inglés, y yo no tengo ni idea de inglés. Tú sí sabes, estás casado con una inglesa. Quiero que me eches una mano, porfa.

De pronto, mi yo agresivo sintió la necesidad de darle una lección de historia.

–La *London School of Economics* la fundaron

Edward Pease, Sydney Webb y otros fabianos, en mil ochocientos noventa y tantos... Y yo no estoy casado con una inglesa, sino con una judía surafricana. Por cierto, Sydney Webb era el marido de Beatrix Potter, la célebre ilustradora y cuentista inglesa.

—¿Lo ves? Si eres una enciclopedia, hombre de Dios. Me gustaría que averiguaras por ahí, y me dijeras qué es eso de una comuna fabiana en... —y me dio el nombre de una ciudad escocesa, no inglesa—. Si son gente de fiar o no. Esas cosas.

—Los fabianos siempre han sido de fiar. Eran gente fina. Sólo se distinguían un poco por algunas costumbres. Por ejemplo, practicaban la promiscuidad. Y no les molestaba la homosexualidad.

—¡Oye, que Pepín no es un maricón! —bromeó.

—Los fabianos, tampoco. Fueron gente muy decente. Yo creo que fueron el origen de la izquierda

“buen rollito”, pero no habrían hecho migas con el *lobby* “gaylesbiano” que corta el percal en estas tierras. LGTB creo que se hacen llamar, como si fueran una marca de colonia.

–¿Sabes lo que me preocupa? – Mi erudición y mi ingenio le molestaban, se veía claro–. Que cuando se canse de aventuras utopistas, Pepín vuelva a Ypérbula, pero no a casa, sino a una de las cárceles... Es un chico muy flojo, se puede dejar arrastrar a cualquier abismo.

–¿Ha reclamado ya su herencia?

Noté que Veremundo no se esperaba esta pregunta, que le descolocaba.

–¿Qué herencia?

Había incluso suspicacia en su voz.

–La que tú me dijiste que le tocaba de su difunto padre...



–¡Ah! No... No... Bueno, todavía no.

Me comprometí, de mala gana, a satisfacerle.

Aquella interrupción de mi rutina de trabajo tuvo un fruto. Me sacó tanto de quicio, sobre todo por el tiempo que perdí buscando información sobre la comuna fabiana (que no era comuna, aunque sí fabiana), que me encontré perdido en mi habitación, sin saber qué hacer y con ganas de marcha, al contrario que los chicos de Mecano.

Shey fue la que mayor provecho sacó de esa dilación en mi trabajo. Menos mal, porque empezaba a ponerse insoportable. Siendo una mujer de principios, incapaz siquiera de pensar en ser infiel, habría traducido en bronca su frustración sexual, y hasta me habría arrojado a la cara algún plato pringado de lavavajillas.

## **La huida de Pepín**

Más o menos una semana después, telefoneé a Veremundo a su trabajo para comunicarle que le enviaba por correo electrónico unos apuntes que había elaborado.

En ellos matizaba la escueta definición del fabianismo que le había dado días atrás. Le hablaba de la naturaleza clasista de los fabianos, casi todos hijos de gente bien y con un concepto paternalista de los proletarios británicos, que siempre han sido unos irresponsables, unos borrachos y unos gamberros. Se llamaron Fabianos en referencia al general romano Fabius Cunctator, famoso por defender la guerra de desgaste, antes que la táctica de las batallas frontales. Creían que el socialismo (su imposible versión de él) acabaría infiltrándose en las instituciones conservadoras por impregnación.

En esto llevaron razón, hoy la Administración es un nido de progres.

Como eran un puñado de tipos respetables y respetados, se creyeron capaces de convencer a diestro y siniestro de su método gradualista. Bernard Shaw, H.G. Wells, Sydney Web, Edith Nesbit, Hubert Bland y unos pocos más constituyeron el núcleo fabiano. Su evolución personal fue curiosa. Bland se convirtió al catolicismo; Bernard Shaw y los Web acabaron cantando alabanzas a Stalin. Clement Atlee llegó a ser Primer Ministro Laborista en las elecciones al Parlamento británico tras la Segunda Guerra Mundial.

Al final, le hacía algunos comentarios sobre las costumbres clasistas del grupo. Edith Nesbit y Hubert Bland estuvieron casados y procrearon varios hijos, pero Bland aportó a la familia otros varios de diferentes mujeres con las que se relacionó, y su

esposa legal tuvo numerosos amantes (el inefable Shaw entre otros). No es que disfrutaran poniéndose los cuernos, probablemente los interpretaban como un paso ineludible hacia la utopía. Alguien dijo de los fabianos que habían inventado el socialismo para esnobs, el antecedente del socialismo “buen rollito” de los famosos de la cultura y de la tele.

Algunas cosas más le contaba a Veremundo de los fabianos, recopilación que me había llevado cierto trabajo, y que había hecho sin la menor esperanza de que le fueran útiles a mi amigo, sino por la conveniencia de distanciarme un tanto de “Venenín”.

Veremundo me interrumpió nada más empezar a hablarle de los fabianos, y me comunicó una nueva sorpresa.

–Pepín se ha largado.

–¿A Escocia?

–No tengo ni idea, a Escocia o al Brasil... Con los bolsillos llenos de joyas y con un montón de tela que le ha sacado a la madre.

–¿De tela? –me extrañé, sin caer en la cuenta que Veremundo estaba empleando la jerga de sus clientes.

–Pasta, dinero.

–¿La herencia?

–Lo descubrió, por fin. Montó en cólera. Un día discutimos por una cuestión trivial... ¡Oye, cuelga! Te llamo yo, que necesito contarte toda la historia. Así me desahogo con un amigo. Que pague la administración penitenciaria. ¡Hombre de Dios!

Me dieron ganas de salir corriendo de mi casa, o de pretextar que se había declarado un incendio, nada más recibir su llamada. Pero no tengo ni la

espontaneidad ni las agallas necesarias para inventarme una mentira eficaz.

Descolgué el auricular antes de que sonara el timbre por segunda vez. Pero era Shey. Al fondo de su voz sonaba un estridente resoplido.

–*Sweetheart! I’m flying to Dehli.*

El corazón me dio un vuelco. Mi mujer me debía estar llamando desde el *finger* de un aeropuerto, a punto de embarcar en un avión camino de la India.

–¿Ahora mismo?

Nunca le había ocurrido con tanta urgencia. A veces la habían contratado, y en cuestión de horas había viajado a una capital lejana para servir de intérprete, pero no tan de súbito.

–No, tonto. Me acaban de dar la noticia. Voy a casa, como contigo, nos damos un revolcón y me

llevas pitando a Barajas.

Había dicho “revolcón”, con esa erre de borracho que gastan los angloparlantes, no *have a screw*. Cuando Shey quería hacer las cosas en serio, utilizaba el inglés, o sea, la lengua materna.

–¿Y eso que suena, qué cuernos es?

–Una aspiradora. Las señoras de la limpieza han tomado al asalto la oficina. No entiendo por qué. Suelen ser muy discretas, trabajan de madrugada... Debe de haber una crisis internacional, aquí todo el mundo está *hyperexcited*.

En algún lugar de la misteriosa línea empezaron a sonar unos pitidos. Me despedí precipitadamente de Shey y presioné con el dedo el interruptor del teléfono. No permití que el timbre me recordara mi estupidez por atender al viejo “Mundóvich”, y liberé de inmediato la comunicación.

–La cosa estalló poco después de que te pidiera los informes sobre los fabianos –empezó Veremundo, sin preámbulo alguno–. Durante una comida, Pepín salió con que lo que deseaba con mayor fervor era que el mundo sufriera una catástrofe natural, o una crisis política de dimensiones planetarias. Fernanda y yo nos miramos en silencio, temiendo un discurso antiglobalización. No nos equivocamos. El argumento de Pepín era que si Occidente era víctima de un desastre y sus privilegiados habitantes se veían sumidos en las condiciones miserables en las que vive la mayoría de la población del planeta, aprendería la lección, y la Humanidad mejoraría de golpe. “Y tanto que de golpe”, dije yo sin poder contenerme, “de un golpe así tardaríamos en recuperarnos varias generaciones.” Fernanda adelantó un brazo hacia el centro de la mesa, con el absurdo propósito de hechizar por arte de magia la discusión. Los dos niños dejaron de comer y se arrellanaron en las sillas,



dispuestos a una sesión instructiva de cómo se deteriora la buena relación entre un padrastro y un hijastro. “¿Y a ti no te preocupa perder tus propios privilegios, Pepín?”, le pregunté con el tono de voz neutral, casi indiferente con el que me dirijo a los chavales internos. Fernanda, al verme tranquilo, se sumó a mi idea, “Sí, hijo, porque tú también ibas a salir perdiendo... y bastante más que nosotros, porque tendrías que ponerte a trabajar en cualquier cosa.” “¿Pero, qué privilegios tengo yo? Si tengo derecho a una herencia y nadie me ha dicho una palabra de cuándo la voy a cobrar.” Nos quedamos todos mudos. ¿Era eso? Resolví que tenía que zanjar el tema en aquel instante, disipar todos los resquemores. “¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado de este tema con Pepín, Fernanda?” “Nada más cumplir los dieciocho años.” “Pues ya es hora de que lo volváis a tratar. Chavales, en cuanto terminemos de comer, nos vamos a dar un paseo, que este asunto no

va con nosotros”, dije a mis hijos cien por cien, con ánimo tranquilo. “Pero, que yo no quiero que os larguéis. Esto es un asunto de todos”, exclamó Pepín. Le miramos confusos. “Sí, yo no quiero mi herencia, os la regalo. Las herencias son algo ilegítimo, no se basan en ningún mérito”. Fernanda y yo cada vez estábamos más perplejos. El chico parecía haber perdido el juicio. Los niños, empezaban a divertirse, entendieran poco o nada de lo que se hablaba.

Aproveché que Veremundo había hecho una pausa para tomar aliento, y carraspeé. No quería que creyera que me había ido al baño o algo así, dejando el teléfono sobre la mesa. Aunque dudo que se hubiera dado cuenta de mi ausencia, tan abstraído estaba en su propio discurso. Sin darme la opción de hacer el menor comentario, prosiguió.

–Pepín volvió al tema de la catástrofe planetaria. Era una obsesión. Decía que no podía

soportar más la injusticia, que el mundo iba a estallar. “Pues déjale que estalle él solito”, me salió a mí, “no contribuyas con tu propia dinamita.” “Yo soy pacifista”, se quejó Pepín. “Si todo se va a la mierda, todo se corregirá, nos evitaremos guerras y otros conflictos peores.” Yo miré a mis hijos cien por cien, luego a Fernanda, y murmuré, “¿Qué hay peor que una guerra?” “La peste, el hambre, la muerte”, sentenció con voz cavernosa Pepín. “Pepín, colega”, dijo mi hija, que tiene once años, “no te vuelvo a dejar sacar del videoclub películas de catástrofes.” Nos reímos todos, y eso fue todo por aquel día.

Veremundo me dejó cancha ahora. Supuse que preparaba el segundo asalto.

–Pero el asunto trajo cola... –le invité a seguir.

–Al día siguiente. A lo mejor el culpable fui yo. Pero es que me dejó muy mal sabor de boca su

declaración suicida de principios. Me hervía la sangre pensando en el egoísmo de una persona capaz de desear el mal para sus hermanitos sólo por su satisfacción moral.

–No, yo me refiero a lo de la herencia. ¿No dices que se ha largado con un montón de joyas y con dinero de su madre? –le interrumpí yo por chincharle.

–Ya llegaremos a eso, hombre de Dios, no adelantes acontecimientos. Le provoqué con una pregunta comprometida, qué le parecían las cárceles. Como esperaba su respuesta, tenía preparado mi argumento. Nos enzarzamos en una bronca. Entonces, me dijo que se iba con los fabianos, que quería llevar una vida coherente, ajena a las hipocresías, a las humillaciones y a los cinismos de la sociedad de consumo...

–Pero le robó las joyas a su madre... –yo empezaba a disfrutar.

–¡Espera, coño! Es sólo una sospecha. Las joyas han desaparecido. Y el dinero, sí, se lo dio Fernanda, para pagar la matrícula de la sociedad fabiana y el mantenimiento de unos meses.

–¡Oye! ¿Estás seguro de que es una sociedad fabiana, porque tiene toda la pinta de un colegio mayor?

–¡No lo sé! ¡No tengo ni idea! Estoy preocupado, muy preocupado... de que vuelva a Ypébula en compañía de una pareja de la guardia civil, destinado a una prisión.

–Pero, ¿por qué? Si es un idealista, lo peor que le puede pasar es que le dé por apedrear la sede local del partido Tory. Si tiene la mala suerte de que le trinque la policía, puede hasta convertirse en un mártir, y si le da por hacer películas, acabará forrado gracias a la generosidad del público “buen rollito”.

–¡Hombre de Dios!, - fue su comentario antes de despedirse y colgar.

### **La llamada del editor**

Con Shey en Nueva Dehli, retomé el pulso de mi ensayo–testimonio sobre “Venenín”. Mi mujer iba a permanecer ocho días en la India, y me propuse que a su vuelta pudiera leer mi primer borrador.

Estaba a punto de conseguirlo, cuando Shey anticipó su regreso. Sólo permaneció en casa el tiempo suficiente para un par de revolcones, esta vez en inglés, antes de salir disparada hacia Vancouver. Me tentó con acompañarla. Yo al principio pensé que era un disparate producto del *jet lag*. Me aseguró que no nos iba a costar ni un euro el pasaje, porque no sé qué institución internacional corría con los gastos de los intérpretes y un acompañante, puesto que se les

requería para casi dos semanas de intenso trabajo.

Me disculpé con la necesidad de finiquitar mi ensayo.

–Tú lo que quieres es librarte de los revolcones, porque sabes que después de trabajar duro, necesito un desahogo... –se burló de mí Shey.

Para demostrarle que se equivocaba (no se equivocaba) me volví a revolcar con ella en la ducha. Por fuera Shey tiene el aspecto de una osita de peluche asquenazí. Pero debe llevar brasas debajo de su piel pecosa y rellena.

Ahíto de sexo, en cuanto Shey desapareció camino de otro huso horario, busqué compensación en la especulación intelectual.

Me tenía insatisfecho la evanescencia de “Venénin”, se me escapaba. Ni le había llegado a

entender, ni estaba en vías de resolver su misterio, ni era capaz de inventarme una imagen de delincuente juvenil a la altura de las expectativas de mi editor. Esto último me preocupaba, porque de ello dependía mi independencia económica. No es que a mí me repugnara ser el mantenido de una intérprete. Es que, si se daba esa situación, temía que la intérprete me exprimiera hasta el último espermatozoide. Shey no era precisamente una fabiana, aunque coqueteaba con el “buen rollito” del Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela.

Entonces se produjo la llamada del editor.

Al reconocer su voz se me puso el vello de punta. Lo que me dijo, me sumió en el espanto.

“Venenín” había intentado escaparse del centro para jóvenes. Había asesinado a un viejo mendigo y, al huir en un coche robado, había sufrido un



accidente, quedándose parapléjico.

La noticia llevaba circulando un par de días. Mi editor me llamaba, extrañado de mi silencio ante tamaña novedad. Le expliqué que llevaba casi una semana aislado del mundo en mi despacho sombrío, luchando a brazo partido con “Venenín”, como Jacob con el enviado de Dios, aunque yo no poseía ni la centésima parte de la fortaleza y el tesón de Jacob. Esto último no se lo dije.

Lo primero que hice fue telefonar a Veremundo.

Una voz átona me informó que estaba de baja, sin más explicaciones. Volví a llamar, preguntando esta vez por Poli, haciéndome pasar por un amigo. Tuve que deformar algo la voz, porque me respondió el mismo funcionario átono. Poli no entraba a trabajar hasta después de comer.

Con los nervios alterados, me eché a la calle. Pensé en acudir a la sinagoga, en busca de consuelo. Entonces caí en la cuenta de que yo no era judío, sino católico. Sólo creyente, no practicante. Así que decidí entrar en una iglesia. La más cercana en ese extremo de mi caos emocional era la de la Inmaculada Concepción, sita en la calle Goya, esquina a Núñez de Balboa.

Su inmenso chapitel custodiado por cuatro ángeles elevaba la falsedad gótica de su arquitectura hacia el cielo. El movimiento de las nubes hacía el efecto de que la torre estaba a punto de desplomarse. Huí de allí como quien huye de la sombra de un gigante ebrio. Paré un taxi. Me vendría bien darme un baño de multitudes en la Gran Vía. Sin embargo, la pregunta que salió de mi boca no sólo despistó al chófer, sino que a mí mismo me dejó estupefacto.

—¿Sabe cual es la iglesia más pequeña de Madrid?

El tipo me miró con la desconfianza del que se teme víctima de una cámara oculta, y negó con la cabeza.

Comprendí que mi ego y mi YO habían iniciado una nueva batalla. No es que temiera la reacción del taxista, un gremio de conversaciones previsibles, pero que de vez en cuando sorprende a su cliente con salidas desconcertantes. Me temía a mí mismo: el conflicto de egos y YOS a veces te arroja a abismos de melancolía y depresión.

–Lléveme a la Puerta del Sol.

En el trayecto me fui reponiendo, y se me hizo evidente una de las causas de mi inquietud: si no podía hablar con Veremundo era porque no tenía el teléfono de su casa. ¿Por qué había sido Veremundo tan despistado? ¿O había sido algo más que despiste? ¿Por qué no se me había ocurrido a mí, torpe entre los torpes, pedírselo?

Necesitaba reconstruir mi amor propio, hablar con Poli, solicitarle el teléfono de Veremundo y enterarme de qué narices había pasado.

–Haga usted el favor de volver al barrio de Salamanca –ordené con educación al taxista–. He olvidado algo en casa.

A las cuatro en punto volví a telefonar a Ypérbula. Esta vez encontré a Poli. Le pedí detalles del suceso.

–Prefiero que te los dé Veremundo.

Se encerró en este argumento, exacerbando todavía más mi impaciencia. Al menos, me proporcionó el teléfono privado de su jefe.

Antes de marcar, intenté calmarme y poner en orden mi cuestionario. Entonces volví a la tabarra del cuidado de Veremundo en no proporcionarme ni su

teléfono ni su dirección. ¿Tendría esto un sentido? Y de ser así, ¿Cuál? Evidentemente no había sido un despiste, sino un lapsus deliberado, o sea un falso lapsus. Veremundo se había confiado a mí, había recuperado y reconstruido la antigua amistad. Pero me ocultaba su domicilio, su acceso a él. Se había reservado la iniciativa. No había tanta confianza, pues. Había, más que nada, utilización. Igual que en nuestra juventud. Enfocaba poco a poco la figura de Veremundo en mi memoria. Era un chico mundano y accesible, pero sólo mientras le resultabas útil. Nos utilizaba a hombres y mujeres a su conveniencia. Parecía no haber cambiado en eso.

¡Pero qué narices hacía yo preocupándome de un viejo amigo que ni siquiera había llegado a ser amigo de verdad, sino uno más de la panda! Quien me interesaba a mí era “Venenín”, que se había quedado parapléjico, como si el destino se hubiera precipitado

por fin sobre él. ¡A la porra Veremundo y sus enredos!

Este menosprecio de mi viejo compañero de guateques me trajo a la mente su cuerpo retorciéndose con la lagartija dentro de la camisa. La verdad es que “Venenín” había tenido una idea ocurrente.

Sin embargo, mi evocación de “Venenín” estaba teñida de resentimiento, una emoción absurda, ni siquiera explicable por los problemas que me estaba dando definir su personalidad. Finalmente me había resignado a los lugares comunes y a las citas eruditas sin contenido específico. Fuera de los contenidos en el sumario, pocos datos había podido obtener...

De pronto comprendí porqué sentía ese aborrecimiento hacia “Venenín”: había faltado a su promesa de escribirme.

Esto me hizo recordar que no había abierto el buzón del portal desde que Shey se marchó. Era la única que recibía correspondencia. De mí, a parte de los bancos, sólo se acordaba la Asociación de la Prensa para enviarme de tarde en tarde su boletín corporativo.

Merecía la pena dar a “Venenín” una oportunidad.

Acerté. El buzón contenía un sobre con mi nombre y dirección garrapateados en una caligrafía analfabeta. No procedía de Ypébula, sino de Barcelona. Supuse que “Venenín” había entregado su carta a un compadre que había salido en libertad.

Desgarré el sobre en el salón con manos temblorosas. Si hubiera estado acompañado, me habría avergonzado de mi nerviosismo y lo habría disimulado. Pero estaba en mi casa y sin testigos,

podía exhibir mis debilidades.

Entonces vino la decepción. Había un sólo folio y estaba escrito en árabe. ¿Era una confusión? ¿Era una broma de “Venenín”?

No. No todo era árabe. El texto estaba encabezado por una caligrafía distinta. Era español. Un español tan malo que parecía arameo. La mano analfabeta de “Venenín” me advertía que, siendo él incapaz de escribir más de un renglón, había contado su historia a su mejor amigo en el CREJOMU, un morito de Tetuán; pero que el chaval no dominaba el español y había transcrito las palabras de “Venenín” en su propia lengua.

Levanté el folio lleno de símbolos indescifrables para mí y lo puse al trasluz de una lámpara heredada de mi madre y hecha con lágrimas de vidrio, como si este gesto fuera mágico. No me



servió más que para provocarme una irritación sorda.

Guardé la carta en una carpeta nueva, la coloqué en primera fila en el cajón dedicado al expediente “Venenín”, a la espera de encontrar a alguien que me la tradujera. Quizá me tropezara con un Cide Amete Benengeli en las calles de Lavapiés. Empezaba a sentirme un Cervantes del periodismo.

Me pareció que había llegado el momento de telefonar a casa de Veremundo.

Contestó una voz femenina de timbre cordial y segura entonación, supuse que la de Fernanda. Me dijo que el solicitado se encontraba reposando. Le informé de quién era y de las razones de mi llamada, y de paso me interesé, no sé si con alguna convicción, por la salud del director del CREJOMU. Fernanda mantenía las distancias. Le pregunté qué hora era la más apropiada para volver a telefonar, y ella me

contestó que quizá fuera mejor que esperara a que Veremundo me llamara cuando se encontrara con ánimos, que el drama del homicidio (empleó esta palabra) del mendigo y el accidente posterior del “interno” le habían afectado mucho. Quise saber en qué estado se encontraba “Venenín”.

–Parece que se recuperará.

–¿Pero no se había quedado parapléjico?

–Debió de ser la deducción precipitada de un periodista.

–Posiblemente la deducción precipitada sería del redactor jefe.

–¿Cómo dice?

–No. Nada. Deformación profesional. ¿Se encuentra en el hospital?

–Sí.

–Quizá vaya a Ypébula. –de pronto se me ocurrió–. Así podré recoger datos de primera mano, y no haré deducciones precipitadas. Mi editor me apremia, quiere que incluya el asunto en el epílogo del libro.

–¿Lo ha acabado ya?

–Estoy en ello.

–Encantada de haber hablado con usted. Informaré a Veremundo en cuanto se levante.

Se debió de levantar en ese instante, porque nada más colgar, sonó el teléfono. Por un segundo pensé que sería Shey desde Vancouver, pero enseguida reparé en la diferencia horaria; en ese momento Shey debería estar durmiendo o revolcándose con alguien a mis espaldas, aunque esto

era improbable, dada su *faithfulness*.

–Mira, amigo –me entró Veremundo sin ambages–, congela el tema, ¿puedes? Sólo una semana, una semanita... Si te presentas aquí, me perjudicarás. Están acojonados con la prensa. Ya te ha explicado Fernanda lo de la falsa paraplejia. El chaval está jodido, se ha roto una rodilla y se ha dañado las cervicales con el golpe, pero no parece nada serio. Se recuperará. Si dejas un poco de tiempo, podré conseguir que vuelvas a hablar con él.

–¿Y el mendigo? –pregunté con un eco de ira por la consideración que dedicaba a “Venénin”.

–Pobre hombre... –la voz de Veremundo sonaba inconsolable–. Me siento responsable, bueno, soy el responsable, soy el director del centro. Estoy fatal. Si vienes a Ypébula ahora, te marearán, perderás el tiempo. Deja que me recupere y te atenderé yo mismo. ¿Vale?

No tuve más remedio que aceptar.

Generosidad agraviada.

Para aprovechar el tiempo muerto, visité a la madre de “Venenín”. Me sorprendió que se hubiera ido a Ypébula, junto a su doliente hijo. Semejante muestra de integridad maternal no podía sino deberse a un programa para la rehabilitación de drogodependientes. Así que me fui a ver al abogado y a la juez de vigilancia penitenciaria.

Tal y como cuento con detalle en “Cosa de Niños” sin citar a Veremundo, éste había emprendido una generosa pero arriesgada aventura con “Venenín”. Le sacaba del centro, y en alguna ocasión se lo llevó a su propia casa. Intentaba hacer de él un hombre de provecho, y le inducía a realizar algún tipo de trabajo social, como atender a personas desahuciadas. A

“Venenín” se le metió en la cabeza que uno de los mendigos que atendía era en realidad un loco millonario, y se propuso robarle. Intentó convencer a otro inquilino del centro de reeducación para que le ayudara en su empresa delictiva, pero no lo consiguió. El muchacho solicitado se fue de la lengua involuntariamente. Atando cabos, se lograron descubrir las intenciones del canalla, pero demasiado tarde. “Venenín” aprovechó un descuido de Veremundo para robarle el coche, dirigirse al supuesto escondite del mendigo, golpearle con objeto de sacarle información sobre su imaginario tesoro, dejarle malherido, escapar perseguido por Veremundo, y darse un porrazo contra un bordillo, a consecuencia del cual el coche volcó y “Venenín” resultó herido.

Lo único que yo necesitaba era contrastar esta versión en Ypérbula (sinceramente, no me fío de los

abogados, y menos, de los jueces), aliñarla literariamente, y obtener un magnífico epílogo para mi libro. De algún testigo captaría la atmósfera; de algún educador, el estado de ánimo de “Venenín” al ser depositado en la ambulancia; de Veremundo, detalles sabrosísimos de la persecución y una visión más cercana de la trama que el chaval había urdido en su conciencia pervertida y en la que se había apoyado para cometer semejante disparate.

No había pasado una semana, pero deduje que Veremundo, un tipo hecho y derecho y habituado a circunstancias excepcionales, se habría recuperado de su fatiga o neurastenia. No me resistí a aplazar el momento de pedir su colaboración. No tenía por qué negarse. Podría incluso llegar a un acuerdo con él para edulcorar el lance a su conveniencia.

Telefoneé a Ypérbula a media tarde, cuando empezaba a oscurecer en Madrid. Pensé que era un

buen momento para encontrarle en casa y relajado.

Me contestó de nuevo Fernanda. Cuando le dije quien era, noté, sin que mediara el menor sonido, que se ponía tensa.

—¿Quién me dice que es?

Se lo repetí. Y le pregunté sin dilación por la salud de Veremundo.

—¿Pero no está contigo?

Me sorprendieron menos las implicaciones de esta pregunta que el hecho de que me tuteara. No sé por qué había imaginado a Fernanda como una aristócrata, una persona que no llama de tú ni a su gato.

—No la entiendo. ¿Veremundo? ¿Aquí?  
¿Conmigo?



–Esta misma mañana ha salido de Ypébula. Anoche me aseguró que había hablado contigo y que iba a tu casa, a pasar unos días en Madrid y olvidarse de todo esto... La verdad es que, ahora que lo pienso, es una explicación absurda. Mal podría relajarse en compañía de quien más interesado está en que hable de “Venenín”.

–Con la mejor intención, señora.

–Llámame Fernanda... ¿Así que Veremundo no está contigo? –ahora detecté angustia en su voz.

–Ni por asomo –confirmé, todavía perplejo—. ¿Dónde cree que puede estar?

–Llámame de tú, por favor. Necesito un poco de comprensión.

–Te entiendo. Pero por mucho que nos tuteemos, Veremundo no va a materializarse.

Mantengamos la calma. Dame algunos detalles de este súbito viaje, Fernanda.

Me sonaba bastante raro esta familiaridad repentina, pero más extraña era la desaparición de Veremundo.

Al parecer, mi antiguo compañero de colegio y de guateques no había parado de hablar de mí en los últimos días. Hablar bien, naturalmente, cada vez mejor. Hasta cifrar en mi compañía la clave de su recuperación. Sin duda estaba preparando una escapada.

¿Con la “chavala espectacular”? Me resultaba inconcebible. Aunque no descartable. La vida está llena de ejemplos de estupidez, gracias a los cuales se alimenta la literatura y el cine, exagerándolos o deformándolos.

Otra posibilidad era que hubiera preparado en

una semana un plan para tomar las de Villadiego con el objeto de iniciar una nueva vida en otro lado; pero la hipótesis necesitaba de algunas comprobaciones que me parecía inoportuno hacer en ese instante, por mucho que Fernanda estuviera dispuesta al tuteo. Preguntarle si había echado en falta un bocado considerable en las cuentas bancarias habría sido más que una descortesía, un agravio.

–Si te parece, haré una cosa, Fernanda –cada vez que pronunciaba su nombre tenía la sensación de que le estaba siendo infiel a Shey, algo que jamás he hecho, y no me producía ningún malestar, sino un vacío parecido al vértigo–, mañana mismo me pongo en marcha a Ypébula. No tengo más remedio que recopilar los datos que pueda para escribir el epílogo. Te haré una visita e intentaré serte útil en esta desaparición, que quizá sea un equívoco.

–De acuerdo. Apúntate mi móvil, porque suelo

pasar el día fuera de casa y a veces duermo en el continente, aunque regreso de inmediato a casa. Mis negocios son para sostener a mi familia, no al revés.

Me dio la impresión de que era sincera. Intenté imaginármela, y la vi alta, de complexión fuerte, hermosísima. Tiré de las riendas de mi fantasía, porque me estaba figurando una Palas Atenea doméstica, y Veremundo me había dicho que no era ninguna belleza.

Me acaricié la barba y me dije, “No fantasees. Dedicar tus fuerzas a “Venenín”.” De pronto caí en la cuenta de que me estaba excitando como un jovencito a la puerta de un puticlub. ¡Cómo eché de menos a Shey, la tórrida judía, en ese instante!

## **El páramo profundo**

Se consumía noviembre a rastras de un otoño desabrido. Tardes de sol caldeando la nostalgia, torbellinos de hojas secas desbordando las vallas de los parques, súbitas gotas frías y relámpagos arañando un decorado de nubes tenebrosas.

El viaje desde Madrid al puerto donde se coge el ferri a Ypébula lo hice en autobús, bajo un cielo encapotado. A mitad de camino había una parada en lo alto de un cerro desde el que se domina el páramo castellano. Aquel día estaba iluminado por una luz plateada que, en lugar de achatar el horizonte, le daba una profundidad grandiosa e inquietante. Los campos de cereal cosechado se extendían por las lomas como una inmensa colcha de retales cruzada por una línea caprichosa, sin origen ni destino, que resultaba ser la autovía. Por encima del perfil de unas colinas, los molinos de un campo eólico asomaban sus mástiles y brazos, ahora inmóviles, aunque soplaba un

vientecillo estimulante para la producción de energía eléctrica.

Imaginé lo que sería atravesar la meseta un siglo y medio atrás, en silla de posta. Horas y horas, días enteros bajo el cielo gris a lo largo del camino real, por entre un paisaje desolado, inacabable, manchado de encinas, acercándose con morosidad a caseríos minúsculos y alejándose de ellos al trote sordo de las caballerías, pasando la noche en fondas situadas en la plaza mayor de un pueblo achaparrado, sórdido.

¿Cómo se podía vivir así?

Igual o mejor que ahora, me contesté, porque estaba dialogando con mi YO inclinado a lo funesto (uno diferente a los dos que se peleaban por “Venén”), y sabía que debía enmudecerlo si no quería caer en brazos del pesimismo. Lo

absolutamente triste frente a lo absolutamente luminoso.

Todo es relativo, pronuncié en voz baja, siempre lo ha sido. Y de golpe, se me pasó la murria, porque acababa de ver a una belleza rubia envuelta en un feísimo abrigo de piel vuelta.

Tendría, que sé yo, veintipocos años. La indumentaria que asomaba por debajo del abrigo desabrochado, un suéter negro de cuello alto y muy ceñido, unos baratos pantalones de tergal de raya afilada y unos zapatos de tacón y punta, denunciaban una elegancia suburbial, de chica arrabalera.

Mi insatisfecha libido se adueñó de mi conciencia, y empecé a mirar a la chica con deseo, aunque con discreción. En mi juventud mantuve efímeras relaciones con una moza que trabajaba de dependienta en una carnicería del mercado de Ventas

y con una peluquera del barrio de Canillas. Aprenderse y sobar a hijas del pueblo que olían a sangre de res y a champú a granel producía una satisfacción casi salvaje. Las tías no se cortaban un duro, hasta que, embalado, te ibas derechito al centro de gravedad diseñado por la naturaleza para la reproducción y el goce. Entonces te echaban el freno con una energía y una serenidad que hoy debe de ser algo infrecuente, a juzgar por los estudios sobre la precocidad sexual de los jóvenes. Creen que son felices por carecer de ataduras, pero no saben lo que se pierden con el fingido fin de la censura y el disimulo.

La belleza de aquella rubia del abrigo desabrochado era soberbia. El pelo, teñido y con mechas oscuras, en tirabuzones, unos ojos azules con ojeras que emitían chispas picarescas, la boca, un poco ancha, y la nariz, tirando a grande. Pero las imperfecciones la hacían más humana, menos chica de anuncio, deseable.



Sentí el impulso de saltar sobre ella como un lobo. En el mejor sentido de la expresión, un caballero lobo. Cercarla, asediarla, rendirla. Todo en tres minutos, el tiempo que quedaba para volver a meterme en el autobús. La idea de que tendría que dejarla escapar me producía casi dolor físico. Necesitaba retenerla, aunque fuera para nada, intercambiar con ella unas palabras, preguntarle algo, hacer un comentario sobre la meteorología, sentirla cerca y aspirar su perfume mezclado de sudor, antes de olvidarla para siempre.

Entonces se acercó por detrás de ella un tipo joven, pasó un brazo por los hombros de la chica, que volvió la cara sonriendo, y se dieron un besito de pareja estable.

Me inundó una súbita indignación. Aquel sujeto, un chico probablemente más joven que ella, tenía una pinta vulgar, casi soez: el pelo negro,

desordenado y sucio, y una mirada mórbida, con una expresión que recordaba a la de ciertos discapacitados mentales ligeros. Aunque lo peor era su ropa: una cazadora de piel más falsa que un policía de teleserie, una camiseta negra de cuello deshilachado, unos pantalones de chándal rojos y unas zapatillas de baloncesto gigantescas y nuevecitas.

¿Cómo era posible que la belleza rubia con ojeras pudiera sentir afecto hacia aquel bodrio sin gusto ni educación?

Les observé sentarse en un peldaño, inclinarse uno sobre otro, e intercambiar palabras que quizá fueran inocentes, pero que a mí me sonaban, sin oírlas, a susurros grotescos.

Un rato después, sentado de nuevo en el autobús, distraído por la película del video, la rubia se me borró de la cabeza, y “Venenín” ocupó el vacío que había dejado.

Después de comer tomé un ferri neumático rápido, y a media tarde desembarcaba en Ypérbula.

La isla me pareció distinta. Lo que había cambiado era la temperatura de la atmósfera y el color de la luz, ahora otoñal, que se filtraba lánguida entre las nubes.

Me dirigí a la pensión donde había dormido la otra vez, y esperé la llamada de Shey desde Vancouver. En dos días estaría de vuelta. Quizá yo también. Tenía que aprovechar el tiempo. Por la mañana me acercaría al centro educativo, donde me iba a recibir el subdirector. Por la tarde, había quedado con Poli. Al día siguiente, visitaría al oficial de Guardia Civil que auxiliaba al juez instructor del homicidio del mendigo.

Confiaba en que mi calidad de ensayista, no de informador con prisas, me valiera de algo, aunque,

como he dicho antes, el poder es tan soberbio que habla con quien le da la gana, cuando le da la gana. A lo mejor tenía suerte, me consideraban una piltrafilla incapaz de causar el menor daño, y me confiaban las briznas de información que yo necesitaba para aderezar mi guiso. Luego cogería el ferri de vuelta, el autobús a través de la meseta y, en un pis pas, en casa, junto a Shey, que me esperaría con las bragas en la mano.

Esta imagen, la de una mujer con unas bragas en la mano, me recordó a la belleza rubia del páramo. Su carita vulgar se había evaporado en mi memoria, sólo conservaba el contorno de su pelo trigueño, los tirabuzones y las ojeras.

Dormí mal, acosado por un sin fin de sueños que se disipaban nada más formarse, como nubes de alcohol. Quizá alguno fue erótico, pero sin calado, sin complejidad, anodino.

Al día siguiente, el director de la cárcel me confirmó la versión de los hechos que me habían dado en Madrid. Era una coincidencia literal, y por tanto, sospechosa. No había manera de sacar del funcionario ningún detalle sobre el que construir una escena sobrecogedora.

–Los días en que Veremundo sacaba a “Venenín”, ¿utilizaba su propio coche?

–¿Quién es “Venenín”? –preguntó con frialdad.

Aspiré a fondo. Dejé pasar unos segundos.

–Verá usted, yo le estoy hablando con respeto y con franqueza. Estoy escribiendo un libro que se va a distribuir en todas las estaciones y aeropuertos, en los grandes almacenes y en las librerías de toda España y de media Europa –me dejé llevar por mis sueños–. Quiero ser fiel a los hechos. No me predisponga contra usted ni me confunda, por favor. Prefiero que no me diga nada.

Conseguí que me diera algunos detalles.

Por la tarde, Poli fue un poco más explícito. Pero en cuanto inicié un interrogatorio profesional, se salió por la tangente.

–Veremundo es un guasón...

Empecé a sentirme un estorbo. Veremundo era un tipo de ironía fácil, pero no un guasón.

Pronto me di cuenta de que el funcionario y ornitólogo orillaba los charcos en los que yo quería meterle en busca de una explicación de la conducta de “Venén”. Empleaba una argucia sugestiva, pero vieja, hablar de sí mismo. Le seguí la corriente, con la esperanza de que se le escapara algo, o de poder sorprenderle con una pregunta indirecta.

–Yo soy un educador de calle –dijo, tirándose pellizcos de su barba hirsuta–. Los centros me

agobian. Si estoy en esta isla es por una decepción amorosa.

Esta confesión me hizo pensar si yo poseería alguna glándula que, por medio de un aroma especial, estimulara otra glándula de los funcionarios de prisiones y desatara sus confianzas íntimas, excluyendo las profesionales.

—Si me hubiera quedado en Valencia, me habría dado al vicio, habría naufragado en el desorden. En esa tierra se soporta muy mal el fracaso, la gente se deprime y se suicida más que en otros lados, o se revuelve a cornadas contra la mala suerte, y deja el ruedo lleno de heridos. Yo estaba enrollado con una artista plástica, una mujer de mucha calidad creativa, pero sin ambiciones. A mí, esto al principio me pareció una virtud, porque mis propias ambiciones nunca han sido desmedidas... Aunque es verdad que yo abandoné a mi mujer legítima, con quien tuve dos

hijos, porque me arrastraba hacia el foso de la rutina casera. Era buena, pero un poco tarugo.

El amigo Poli me había explicado antes que no tenía estudios formales, y que leía poco, afirmaciones que contradecía su retórica, teñida de un acento cheli. No obstante, le encontraba una explicación, la ósmosis cultural de todo cuerpo social permeable. Y el de los funcionarios de prisiones de Ypébula era de categoría, con especialistas, estudiosos, pedantes, redichos y campanudos. Por experiencia sé que la retórica se pega más que la tiña.

—Quiero decir que me escapé de la mediocridad, pero no con el propósito de trepar hacia el Olimpo. La pintora me llenó durante un tiempo. Yo estaba tan ilusionado que quería hacerla prosperar, y se la presentaba a intelectuales amigos del hampa literaria, para quienes yo era un intermediario seguro con el mundo de la delincuencia, por mi trabajo. Algunas



aventuras que he vivido, las normales de cualquier trabajador social, las explotaba yo ante esos curiosos del peligro sin riesgo, y tenía entre ellos cierto crédito. Pero a la pintora esta gente le aburría, no sabía aprovecharla, y mira que algunos eran tipos influyentes, de categoría, ¿sabes?

–Hasta que se encaprichó con uno y te dio la papela.

Dije yo, sacando de mí al antihéroe barriobajero.

–Te equivocas, colega. Me la pegó con un golfo que le servía de modelo. Varias veces. Lo más curioso fue que el golfo la arrastró al vicio. Y ella, encantada, oye. Y cuando más pringada estaba, se presenta a un concurso con un lienzo asqueroso, guarro, guarro de verdad, tío. Y le dan el primer premio. Creo que en primavera tiene una exposición en el Círculo de

Bellas Artes de Madrid. ¿A que es para tirarse a la vía?... Pues por eso me vine a Ypébula, porque aquí no hay tren.

–Oye –le solté de pronto–. ¿Tú estás seguro de que los profesionales que estáis aquí sois los más capacitados para reformar a delincuentes?

Me miró con sorpresa, y respondió con media carcajada.

–Eso me pregunto yo. Desde luego, a los chicos, mal les podemos reinsertar manteniéndolos aislados. Los profesionales de esto estamos divididos. Algunos, les queremos sacar a toda costa y relacionarlos con el medio. Otros, les quieren reeducar sin contacto con la sociedad.

–Veremundo es de los primeros.

–Veremundo es un burócrata, tío. A él le

importan un huevo los chavales. Lo que está deseando es encontrar una forma de salir de Ypérbula hacia una poltrona más cómoda en la península.

–Pues ahora, lo tiene crudo. Con este escándalo...

–¡O no! –dijo con una entonación de lógica aplastante–. A veces, los escándalos tienen el efecto contrario.

–¿El efecto contrario a qué?

–Al aparente.

–O sea que Veremundo puede haber provocado todo eso.

–Tchsss –Poli levantó la mano en señal de advertencia–. No hagas deducciones alarmistas... A los periodistas no se os puede decir ni pío, ni un susurro, enseguida lo convertís en un alarido.

No me molesté en disuadir a Poli de esa idea. Me interesaba otra cosa. No las intenciones y las expectativas de Veremundo, eso me importaba un rábano, y eran más un estorbo que una ayuda para mi trabajo. Me consolé pensando que empezaba a tener algo de margen, y que sería capaz de escribir un epílogo que hiciera mella en el lector.

No obstante, acabé agotado. Llegué a la pensión hecho polvo. Me entregaron una nota. Fernanda me pedía que la llamara. Me sorprendió mi despiste. Me había olvidado de ella. Pero no había sido descuido, sino concentración en mi trabajo. Esto reforzó mi *self-esteem*.

### **Tergiversaciones**

Me invitó a cenar en su casa, con sus hijos.

Fernanda me impresionó. Era una mujer alta, incluso más que Veremundo, morena, de pelo ondulado. Saltaba a la vista que cualquier hombre normal se tendría que encontrar cómodo y seguro con ella, cualidades que emitían sus ojos pardos y grandes. Su cara, sin embargo, no era bella. Quijada ancha, pómulos salientes. En lo tocante al cuerpo, era armónico, aunque de formas angulosas y sin apenas busto. Pero su facultad más encantadora era su voz, melodiosa, firme, de persona de buena crianza.

Vivía en el antiguo barrio de pescadores, hoy muy codiciado, de casitas bajas alineadas a lo largo de calles paralelas.

Su casa era un edificio nuevo de fachada anodina. El interior era amplio y cómodo, decorado con un gusto excelente y distribuido con ingenio en tres alturas.

En el bajo estaba la cocina, descomunal, que tenía un aire de museo etnológico, con aperos de labranza colgados de las paredes, lajas llenas de utensilios antiguos y modernos y un par de cantareras. En el mismo recinto, lejos de los fogones, había una mesa de comedor para una docena de usuarios, y al fondo, una cristalera que daba a un patio con plantas en arriates a lo largo de las tapias, un olivo soberbio, un velador y un columpio. En los pisos altos se encontraban las estancias privadas de la familia, a donde no fui invitado a subir.

El hijo mediano tendría doce o trece años, grande como Fernanda, y con la gracia del Veremundo más simpático. Se llamaba Rubén. La niña, Ángela, la más joven, era menuda, muy bonita, nada que ver con los rasgos burdos de la madre, desenvuelta y dicharachera.

Fernanda me había advertido por teléfono que

sus hijos creían que su padre se había marchado a descansar “al Continente”.

Después de cenar, los chicos se pusieron a fregar los cacharros, mientras Fernanda y yo intercambiábamos algunos datos superficiales de nuestra existencia. Tan vagos fueron que no me enteré de qué tipo de negocios mantenía. Ella, dudo que adquiriera una idea clara de mi modus vivendi. En todo el rato no nos movimos de la cocina, donde se estaba muy a gusto.

En cuanto los chicos se retiraron a sus habitaciones en el segundo piso, la conversación cambió de tono.

—Veremundo ha dado señales de vida —comenzó—. Pero no quiere decirme dónde se encuentra. Supongo que en el extranjero.

—¿Ha llamado por teléfono?

Fernanda asintió.

–No ha dicho cuándo volverá. Yo se lo he preguntado. Necesita pensar. Necesita recuperarse.

–¿Se ha ido...?

Me arrepentí tarde de la pregunta, y al cortarla, multipliqué sus implicaciones.

–Solo... –terminó ella mi frase con voz impasible–. Creo que sí. ¿Le conoces desde hace mucho tiempo?

–Desde el colegio.

Fernanda se me quedó mirando, escudriñándome.

–Entonces sabes cómo es.

–Sé cómo era. La gente cambia.

–Yo no he cambiado mucho. Veremundo,



tampoco. ¿Era un ligón, verdad? Yo lo sabía. Pero nunca me ha importado. Para mí lo básico es la estabilidad de la familia. Soy consciente de lo que cuesta. La estabilidad tiene un precio... –leyó en mis ojos la pregunta, y ofreció la respuesta– No atar en corto a quien quiere tirar un poco de la cuerda doméstica, siempre que no se le vea intención de romperla.

–Me extrañó saber que Veremundo se había casado. Me confesó que sólo podía haberlo hecho contigo, una mujer especial.

–¿Eso te parezco?

Interpreté la pregunta como una zancada hacia la intimidad, y me sentí inquieto.

–No. Acabo de conocerte. Es lo que él me dijo.

–Hay personas que no pueden evitar

aventurarse un poco, sentir bajo sus pies las arenas movedizas por un instante, y retirarse en seguida a tierra firme. Yo no soy de ellas. Veremundo, sí.

–Por lo que él me dijo, esta isla es un pantano.

–No te entiendo.

–Aseguré que la gente aquí es muy promiscua.

–¿Eso dijo? Estaría bromeando. Es todo lo contrario. ¿Has oído hablar del negocio de la prostitución de Ypébula? –asentí con la cabeza–. Es próspero precisamente porque las costumbres sexuales son muy, cómo decirlo, conservadoras.

–¿La fidelidad te parece un fenómeno conservador?

–A mí, no. El relajamiento de las costumbres es una hipocresía. Las parejas abiertas son una contradicción. O se establece una familia clásica o

instituímos la poligamia y la poliandria, a la vez, claro. El buen rollito conduce con frecuencia al mal rollito. ¿Te parece una idea conservadora?

Me alivió saber que no estaba hablando con una progre.

—A mí, la secta del buen rollito me da muy mal rollito. Pero, cualquiera diría que estás justificando la prostitución.

—Esas controversias dejaron de importarme cuando me casé.

La miré desconcertado.

—Que ya no tenemos veinte años, hombre. Si seguimos la conversación por este camino, me sentiré como si estuviera hablando con mi hijo Pepín —y se rió con una serenidad contagiosa.

Empezamos a hablar de Pepín.

–¿Cómo se llevaba con Veremundo?

–Bastante bien. Ambos superaron enseguida sus prejuicios, algo que me sorprendió.

Yo pensé, a mí no me habría sorprendido, con una madre así, equilibrada y flexible.

–La adolescencia de Pepín fue rarísima. Quizá por el hecho de que Veremundo no es su padre, no se enfrentó con él. Se llevaron como amigos. De todos modos, y aunque esté feo que yo lo diga, Pepín es un chico muy maduro. Se fue al continente a estudiar filología germánica, animado por su padre, quiero decir por Veremundo. Pero fue un error. Lo que le tira a Pepín es la escultura.

–¿Ah, sí?

La voz de Fernanda no sonaba a broma y tampoco a engaño. ¿Me había tomado el pelo, pues,

Veremundo, cuya versión de Pepín era la contraria de Fernanda?

–En su juventud, Veremundo pasó un año en Alemania, en una Escuela de Ingenieros de Montes.

–No tenía ni idea. Dejamos de vernos al acabar el colegio.

Cada vez estaba más perplejo.

–En Magdeburgo, creo, hay una escuela de silvicultura famosa... Pepín, que le tiene como ejemplo, se puso a estudiar germánicas, porque la botánica le tiraba poco. Terminó el curso pasado. Y se vino a casa a preparar una beca que había solicitado para Berlín. Todavía no hace un mes que se ha ido allí. Pero no a reforzar su base filológica, sino a una especie de academia de artes plásticas. Se quiere dedicar a la escultura de metal, y por lo visto allí hay talleres y hasta fundiciones a un precio asequible.

–¿Y nunca se han peleado Veremundo y Pepín?

–Pocas veces, y sin consecuencias. Aunque últimamente, lo llevaban con alguna tensión. Pepín estaba nervioso por la perspectiva de irse a vivir al extranjero, quizá para siempre. Y Veremundo..., no lo sé. También estaba nervioso.

Yo me acaricié con el exterior de la mano derecha la barba, algo que suelo hacer cuando estoy intranquilo. ¿Sabría aquella mujer que su marido tenía una aventura? Preguntárselo habría sido una descortesía. Así que di un volantazo a la conversación, y le pedí permiso para hablar de la tarde de los incidentes con “Venenín”.

–A mí ese chiquillo siempre me ha parecido un desgraciado. Pero un desgraciado responsable de cosas horribles. Un desgraciado a quien hay que vigilar y corregir.

–¿Y castigar? –le pregunté, porque yo también me lo cuestionaba. Me interesaba conocer la opinión de una personalidad tan ecuánime como la de Fernanda.

–Y castigar, naturalmente. A los delincuentes no les llevan a la cárcel de vacaciones.

Me pareció una frase excelente para incluirla en mi epílogo. La podía poner en boca de un educador del centro. No de Policarpo el optimista, claro.

–Veremundo admitió que se había equivocado al traerlo a casa. Me robó unas joyas. Algo estúpido, porque se las encontramos enseguida. Él negó con rabia haberlas robado. Era absurdo, las llevaba encima.

–¿Y dinero? –pregunté yo sobrecogido por la noticia, tan discordante con la que me había dado Veremundo—. ¿También robó dinero?

–No. Sólo joyas. Y el coche. Aprovechó un descuido de Veremundo, porque yo no estaba aquí, probablemente a mí no me habría robado el coche. Veremundo se había metido en el cuarto de baño, y el chico se largó en busca de aquel pobre hombre.

–¿Quién era el viejo?

–Un pobre enfermo mental que vivía de las subvenciones públicas –la voz estable y sonora de Fernanda se quebró perceptiblemente al hablar de aquel episodio–. Alguien muy mal informado le había dicho al chico que escondía un tesoro. Veremundo no llegó a tiempo. Le costó averiguar dónde había ido el chico. Cuando llegó, el pobre hombre tenía el cráneo roto. Mi marido se puso a perseguir al chico, y éste se estampó contra una farola.

–No le has llamado nunca “Venenín”.

–No tengo ningún derecho a hacerlo.



–Me parece que Veremundo acertó de lleno contigo. Eres una mujer utópica.

–¿Yo? Soy de carne y hueso... Más hueso que carne, la verdad...

–Me refiero a que no hay muchas personas que piensen y actúen como tú, con serenidad, con ecuanimidad.

–Muchas gracias. Quizá te equivoques. A quien le gustan mucho las utopías es a Pepín.

–¿Sabe que su padre ha desaparecido?

–No ha desaparecido.

–Quiero decir que se ha ido de esa manera inesperada.

–No. Hasta que no sepa con detalle qué narices ha pasado, no pienso comunicarlo a nadie. Pepín es

capaz de presentarse aquí, de interrumpir sus estudios. Es de esa clase. Un utopista que no piensa en las consecuencias de sus actos. Tuvo una bronca con su padre a cuenta de eso.

–¿La crisis planetaria?

–¿Lo sabes?

–Algo me contó Veremundo.

–A Pepín no se le ocurrió otra cosa que decir en una tertulia de la televisión local que deseaba que ocurriera una catástrofe en el mundo, para empezar de cero. Obviamente no lo pensaba así. Te digo que es un chico maduro. El programa era una pura ironía, aunque se estaban pasando al sarcasmo. Veremundo se lo recriminó al llegar a casa. No había visto el programa, sólo le habían hablado de él.

–¡Demonios! –exclamé, sumido en la confusión.

–¿Cómo dices?

–Que el mundo está lleno de demonios que tergiversan las cosas.

–¿Verdad que sí?

### **Un picoletto eslavista**

Camino de la fonda por las calles desiertas se disparó en mi interior una rabia incontenible. Si me hubiera tropezado con Veremundo le habría llamado mentiroso a la cara sin mayor preámbulo.

¡Qué manera de enredar las cosas! ¿Me podría fiar de él en aquello que me había contado de “Venenín”? Al reflexionar, caí en la cuenta de que no me había hablado apenas del pequeño delincuente. Salvo lo poco que me había dicho de su huida frustrada, confirmado por las autoridades, las

informaciones sobre “Venenín” me las habían proporcionado funcionarios a sus órdenes. Y por muy a sus órdenes que estuvieran, era improbable que se hubiesen puesto todos de acuerdo en engañarme.

¿Por qué me había mentido Veremundo en lo relativo a su familia? ¿Con qué objeto?

—¡A la mierda, Veremundo! —exclamé, sin darme cuenta de que por la acera de enfrente pasaba una mujer solitaria empujando un carrito de niño. Fingió que no me había escuchado.

Miré mi reloj de pulsera. Estaban a punto de dar las doce. Todo en aquella isla era desconcertante.

Hice un esfuerzo por olvidarme de Veremundo, de Fernanda, de Pepín y de las extravagancias de Ypérbula, la última de las cuales la descubrí en el mostrador de la pensión. Pesqué una cuartilla publicitaria, por rutina de viajero aburrido, y me

encontré con el anuncio de una corrida de toros para el día siguiente, con espadas de cierto renombre. ¡Toros casi en diciembre! El clima de Ypébula era templado, pero en esas fechas todos los toreros solicitados están en América haciendo temporada, o en España, pero casándose, divorciándose y armando bulla en los programas del corazón.

Ya en mi habitación, curiosamente menos triste que las habituales en fondas de precio moderado, abrí mi agenda y busqué en un pequeño pero detallado atlas de Europa. Como sospechaba, Magdeburgo cae en la antigua Alemania Oriental, en el estado de Sajonia. ¿Qué coño hacía Veremundo en su juventud en la República Democrática Alemana?

El jefe de la unidad técnica de la policía judicial de Monpedra, un teniente de la Guardia Civil, me recibió a la mañana siguiente con franca amabilidad. Se llamaba Cejudo, y era de Bermillo de Sayago. Un zamorano más.

Volvió a confirmarme la versión de la huida y accidente de “Venenín”. Algo nuevo aportó, que “Venenín” venía persiguiendo desde hacía tiempo al mendigo que luego mató; que un día en que le dieron permiso para salir del centro, despistó al educador que le acompañaba y se presentó en la chabola del mendigo. Pero éste montó un número en defensa de “Venenín” cuando se presentó la guardia civil para llevárselo. Se habían hecho amigos. Sombría amistad la de los parias. Aparte de esto, los otros detalles que me dio el agente, sin ser novedosos, me resultaron de gran utilidad melodramática. El lector no puede imaginar el partido que le puede sacar un buen reportero a un atestado. Piénsese por ejemplo en Fedor Dostoyevski, periodista borracho y jugador como pocos.

No cito a Dostoyevski por tirarme el pego, sino porque aquel teniente de la Guardia Civil fue quien lo mencionó, literalmente como periodista borracho y

jugador. El teniente tendría cosa de treinta años. Actuaba ante mí con permiso del jefe de la comandancia de la isla.

Era un eslavista experto, Cejudo se conocía de arriba abajo el siglo de oro de la literatura y la música rusa, y también a los autores que se hicieron famosos tras la revolución, desde Mayakovski a Bulgakov. Ya digo que Ypérbula es una mina de metales raros.

—Como puede usted figurarse, la persecución del delito en Ypérbula ocupa una fracción infinitesimal de la jornada laboral de un guardia civil sensato que, por cierto, son muchos más de los que la leyenda negra sugiere. Así que tengo tiempo para leer a fondo. En los primeros años me dediqué a Tolstoi y a Dostoyevsky. Luego, Pushkin, Chejov, Gogol y otros...

Estuve tentado de preguntarle por la leyenda negra que los enemigos (y algún amigo) de la Guardia

Civil han urdido sobre ella, pero temí entrar en terreno peligroso.

–Pero ¿usted lee ruso?

–Ni siquiera entiendo el alfabeto cirílico. Todo traducciones... Después seguí con los soviéticos y las víctimas del Gulag. Y ahora estoy con los viejos exiliados. Me he cansado ya de Nabokov. Es un poco pelmazo, un tío finolis, un esteta. Me recuerda a Proust. Y ahora me he puesto a leer a Nina Fedorovna. Es un ejemplo de buena literatura y de decencia ética. ¿Ha leído usted “Los Hijos”? –negué, acomplexado ante aquel militar erudito—. Se la recomiendo.

–Entonces, ¿aquí nunca pasa nada?

–¿Cuántas veces ha oído usted hablar de Ypérbula en los medios de comunicación?



–La verdad es que, hasta que empecé a interesarme por “Venenín”, muy pocas, casi ninguna.

–Si no es mala noticia, no es noticia, ¿verdad?

Confirmé, con mi supuesta autoridad profesional.

–Si aquí pasa algo grave, pero cuya trascendencia no sea inevitable, no sale de la isla–  
dijo.

–¿Una especie de pacto tácito?

–Si lo quiere usted calificar así... Pero la verdad es que pasan muy pocas cosas. El crimen de “Venenín” es algo excepcional.

Le llamaba “Venenín”, sin cortarse un duro. Los guardias civiles siempre han sido tipos realistas.

–¿La gente es feliz?

–La gente es cuerda. Ypérbula quiere decir “Isla del Sentido Común”.

–¿En qué idioma, en vasco? –empezaba a abrumarme la erudición de aquel guardia.

–Me lo acabo de inventar. Es una broma. Pero lo cierto es que la presencia de tantas cárceles, impresiona.

–Lo que me sorprende es que estén todas tan nuevecitas, al menos desde fuera lo parecen. ¿Cómo son por dentro?

–Limpias, funcionales, incluso acogedoras.

–¿Bromea?

–No me diga que no sabe que la mitad son privadas...

–Sí, pero no veo yo la relación entre una cárcel

privada y una cárcel acogedora.

–Porque los presos pagan.

–¡Algo sabía!

–No es un secreto, pero procuramos que no se hable mucho de ello.

–¿Tantos criminales ricos hay?

–Más que pobres, pero la mayoría se libran de la prisión porque pueden pagar a un buen abogado. Y los que no lo consiguen, pagan en su prisión por el servicio.

–¿Qué servicio?

–En las cárceles de Ypérbula las corruptelas no existen. Los presos ricos pagan reguladamente un buen sueldo a los presos pobres para que mantengan la prisión como un hotel. Ambos grupos se benefician.

–¿Y esa leyenda terrible de las violaciones, de

las humillaciones, de la homosexualidad?

–Puede que alguna salvajada se nos escape, pero en general nadie fuerza a nadie. La sexualidad es libre.

–Como la prostitución.

–Siempre que esté controlada.

Salí de la comandancia como de un aula de la Universidad de mi juventud, cuando los profesores sabían lo que decían y podían permitirse dictar cátedra.

Tenía pensado dedicar la tarde a introducir mis apuntes en la memoria inescrutable de mi ordenador portátil, y me puse a ello después de dormir la siesta en mi alegre habitación de la fonda. Estaba a gusto en la “Isla del Sentido Común”. Respirar su atmósfera de lugar olvidado del mundo en el que casi no pasa nada era un ejercicio saludable y que no costaba esfuerzo

alguno, salía gratis.

Llevaba un rato trabajando cuando sonó el teléfono. Será Shey, pensé recordando que la noche anterior no había hablado con ella. Pero resultó ser Fernanda, que estaba en Recepción y me rogaba que bajara a tomarme un café con ella.

### **“La Mula”**

Vestía una chaqueta gruesa, a causa del fresquito, y unos vaqueros ajustados. Esta indumentaria informal la rejuvenecía, aunque su pelo peinado en peluquería, subrayaba su aire de señora bien.

Veremundo había vuelto a emerger. Le había pedido a Fernanda que tramitara en su nombre una solicitud de baja de empleo y sueldo por dos meses.

–A mí también me ha pedido una excedencia –  
afirmó con un timbre de tristeza en la voz.

Nos habíamos metido en un pub de decoración irlandesa que olía menos de lo habitual a moqueta empapada de cerveza. Fernanda llevaba el rostro recién maquillado, y la penumbra del local le favorecía.

–¿Temes que quiera romper? –le pregunté conmovido.

–Eso no lo temo, no. Temo que esté perdiendo la cordura.

A juzgar por las mentiras que Veremundo me había largado, el miedo de Fernanda tenía fundamento. No supe qué decir. Dejé en su mano el hilo de la conversación.

–Tú y yo nos conocemos –dijo al cabo de unos instantes. Contuve la respiración, porque la deriva de

aquel diálogo se hacía impredecible por momentos. Fernanda dejó pasar unos segundos, me miró a los ojos y, viendo que yo no reaccionaba, continuó—. Tú y yo hemos bailado juntos en los guateques de la Getru, en Madrid.

—¡Cielo Santo! ¡Es verdad! ¡Es verdad! —murmuré sobrecogido—. Tú eres, tú eres...

—”La Mula”.

Sí, era “la Mula”, aquella chica alta, desgarbada, con cara un poco equina, pero muy segura de sí misma, y con sentido del humor, con la que bailábamos los chavales cuando ninguna otra chica nos hacía caso. En aquella época, este hecho me parecía algo que no necesitaba justificación, hoy la inercia de lo políticamente correcto y la vergüenza auténtica, me hicieron sentir un vil gusano.

Yo estaba petrificado detrás de la taza de café.

Me había convertido en parte de la decoración del pub.

–“La Mula” –repitió Fernanda–. Yo sabía que me llamabais así. Me dolía. Pero me hacía la fuerte. No sé por qué, lo que a otras personas deja tumbadas en la cuneta de la vida, a mí me hace fuerte. Debe de ser constitución genética, algo así como tener bien engrasadas las sinapsis neuronales... Los chicos me evitaban, mi padre se murió cuando yo tenía quince años, me casé con un jugador, muy buena persona, pero un jugador. Me quedé viuda, eso fue casi un golpe de fortuna. Que Ernesto, que en Gloria esté, me perdone... Estas cosas o te destruyen o te hacen fuerte.

–Serías “la Mula”, pero ahora eres una mujer estupenda –dije intentando ser convincente, pero con voz temblorosa.



–Agradezco el piropo. No tengo ningún mérito. La vida me ha hecho así... Cuando me encontré con Veremundo en Ypérbula, me di cuenta enseguida de que no se acordaba en absoluto de mí. Le refresqué la memoria poco antes de que formalizáramos la boda, una noche que vino a mi casa y se quedó a dormir. “¿Sabes que soy “la Mula”?”, le dije. “La chavala a la que te tiraste hace casi veinte años en el garaje de la Getru.” Quería ver cómo reaccionaba. Le dije que yo no me había olvidado nunca, que fue mi primera experiencia sexual, y que fue bastante agradable.

–Se quedaría de piedra... –comenté en voz muy queda y torpe, imaginándome la escena.

–En absoluto. Veremundo tiene salidas para todo. Se sonrió. Improvisó un chiste, “Pues “la Mula” se ha convertido en una princesa. A tus pies”, y me hizo una reverencia. Luego me hizo el amor como pocas veces.

Yo seguía mudo.

–Te estoy haciendo estas confidencias porque, aunque muy superficialmente, nos conocemos desde nuestra juventud. Recelar de un viejo compañero de guateques es una falta de respeto. Y también porque quiero pedirte un favor... Quiero contratarte, porque entiendo que cuando acabes el libro del chico ese, te quedarás sin trabajo.

–Si es un bombazo, me convertiré en un autor asediado por las editoriales –dije, intentando dar la impresión de que su propuesta me parecía algo normal.

–Deseo que sea así...

–Yo no, la verdad. Soy un poco gandul.

Sentí un aguijónazo en la conciencia, propinado por mi ego a mi YO.

–Sea lo que sea el libro, me gustaría que viajaras en mi nombre a Berlín y hablaras con Veremundo.

–¿Está en Berlín?

–Ha alquilado un apartamento junto a un lago, en un lugar llamado Köpenick.

–¿Y por qué se ha ido a Berlín?

–Estoy casi segura de que porque allí está Pepín.

–No entiendo nada.

–Yo, tampoco. Por eso quiero averiguar qué está pasando. No se trata sólo de mi marido. Está mezclado también mi hijo... Yo te pagaré el viaje y la estancia, claro. Y una gratificación, o un sueldo por tu trabajo, llámalo como desees.

–¿Y tiene que ser ahora mismo?

–Cuanto antes, la verdad.

–Me parece una indecencia cobrarte.

–Te advierto que los negocios me van estupendamente.

–¿Pero qué tipo de negocios son los tuyos, por cierto?

–La mitad de las casas de citas de Ypérbula me pertenecen –pronunció con severidad de empresaria cabal.

Supongo que observó que mis ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas, porque de inmediato sonrió y dijo,

–Gestiono una compañía de seguros médicos que proporciona servicio sanitario a los ciudadanos de Ypérbula al margen de la Seguridad Social. El noventa por ciento de los monpedrinos están afiliados.

En realidad, era un negocio de mi primer marido. Funciona solo, pero hay que estar encima para que ruede bien.

Apuré el vaso de whisky de malta que había pedido, y la euforia etílica me volvió ocurrente.

—¿Te hago la factura con IVA o sin IVA?

Fernanda se rió con una franqueza admirable. Era la mujer más íntegra que hasta entonces había conocido.

Pensé que debía corresponderle, avisándole de las trolas que Veremundo me había dicho sobre Pepín. Usé la cautela.

—¿Veremundo lee inglés?

—Y lo habla con cierta fluidez. Además de alemán.

–Entonces no entiendo por qué me pidió que le buscara documentación en español sobre los fabianos.

–Los fabianos... –dijo Fernanda meditando algo–. No tengo ni idea de quienes son. ¿Héroes de los teleñecos?

–Los fabianos no eran escritores para niños, eran unos políticos aficionados, unos utópicos conscientes de serlo.

–¡Qué absurdo! –exclamó.

–También te quiero decir una cosa... –me fui atreviendo–. Veremundo me dio una versión diferente de la bronca con Pepín a cuenta de la catástrofe planetaria. Me dijo que habíais tenido una discusión durante una comida.

–Sí. Veremundo aprovechó la hora de comer para recriminar a Pepín por sus afirmaciones en la

televisión. Es una de las cosas que menos me gustan de mi marido, que saca a colación los temas polémicos durante las comidas.

Me reservé otras observaciones que habrían aclarado si Veremundo me había llevado deliberadamente al equívoco o no, y nos despedimos. Aseguré a Fernanda que tan pronto llegara a Madrid me pondría a escribir el epílogo, y que antes de Navidad le confirmaría si podía viajar a Berlín.

Antes de cenar, telefoneé a Poli. No quería llevarme a casa una incertidumbre total sobre Veremundo. Quizá él me pudiera aclarar algo. Nos tomamos unas tapas estupendas en cierta tasca marinera, felizmente ignorada por las páginas gastronómicas de los suplementos dominicales.

—Estoy desconcertado con Veremundo —le confesé—. Me dijiste que su mayor preocupación era

salir de Ypébula. De lo poco que he hablado con él, no he sacado esa conclusión... Y no me vengas con el rollo de que no conozco a un viejo amigo, porque hasta hace mes y medio llevaba casi treinta años sin verle ni saber nada de él.

–Oye, que yo no iba a acusarte de nada, colega –  
Se puso serio para decir lo siguiente–. Veremundo no es un profesional...

–Eso sí me lo contó. Que es ingeniero de Montes.

–Se metió en este negocio porque le prometieron un cargo.

–También lo sé. Pero, ¿por qué no lo dejó cuando le fallaron sus amigos? ¿Encontró una manera de sacarle rendimiento a su trabajo? Me refiero rendimiento económico, corruptelas o algo así.



–¿Sospechas algo? –me preguntó cauteloso.

–No tengo ni idea. Te lo estoy preguntando.

Se relajó algo.

–No creo. Sencillamente se quedaría sin otra salida mejor. Se tuvo que aguantar.

–¿Tú has notado que haya cambiado en los últimos meses? Su actitud, su atención al trabajo.

–Para nada. En realidad Veremundo no se dedica nada a su trabajo, no lo necesita. Ejerce de director en un engranaje perfecto. Nadie le cuestiona nada, porque no deja muchas oportunidades para pillarle en un fallo. No hace nada, te lo juro.

–¿Y ese interés suyo por “Venenín”?

–Ahí me has *pillao*. Es la primera vez desde que le conozco que se preocupa de un interno. Si lo ha

hecho con el propósito de ganar puntos, le ha salido el tiro por la culata... No sé...

–Pero, ¿no tienes alguna idea de por qué lo pudo hacer?

–No.

–Sí que la tienes, eres un cabroncete. Pero no confías en mí. Te entiendo, aunque te equivocas conmigo. No soy un periodista como los demás.

Poli soltó una carcajada.

–Todos los periodistas decís lo mismo.

Creo que si no enrojecí fue porque ya lo estaba, gracias a la botella de Rioja que nos habíamos trasegado.

## **Segunda parte**

# **CUAJO DE PASIONES**

## **Cide Hamete Benengeli**

Shey había vuelto de Canadá con un plan. No se trataba de ningún capricho. Era un propósito con potencia de bulldozer, cimentado en el instinto.

Empecé a percibirlo cuando Shey se puso a especular sobre la fragilidad del presente. Shey era una curtida especuladora. El padre de mi mujer tuvo veleidades de rabino progresista y llevaba a su hija a la Yeshiva o escuela judía en Ciudad del Cabo. Allí aprendió la niña a amar la especulación intelectual.

Una noche, después de cenar una ensalada y unos ahumados, esperando la acometida del sueño ante el televisor, apoltronados en un sofá de tapicería sobada y brillante, nos pusimos a divagar sobre cine. Sobre la película que nos apetecía ver en el canal de suscripción, sobre la última que habíamos visto semanas atrás, antes de la vorágine viajera de Shey,

sobre las que yo me había tragado en su ausencia, sobre las que a ella le habían servido de somnífero en su lujosa habitación del hotel de Vancouver, sobre la cantidad de atrocidades que se ruedan, las toneladas de estupideces que consumimos a través de la pantalla, lo proclives que somos a atontolarnos a determinadas horas... Y de pronto, la conversación adquirió una deriva inesperada.

Reproducirla literalmente, con sus solecismos, sus reiteraciones y vacilaciones, sus barbarismos (los de Shey), sus vulgarismos (los míos), sería un tedioso ejercicio literario. Así que me limito a sintetizar las conclusiones. Helas aquí.

Somos una generación que ha visto mucho cine. Esto deforma el entendimiento de la realidad, nos crea unas plantillas del mundo en las que el mundo encaja mal o no cabe. La generación de nuestros hijos vive una realidad todavía más deforme. A este paso, la

siguiente vivirá un delirio. La realidad se ha convertido en algo anodino o en algo lejano. Un ejemplo: en la narrativa literaria y en la cinematográfica dominan las tramas de intriga, la mayoría absurdas, con personajes imposibles o deshumanizados o salidos de un molde. Cimentamos nuestra existencia sobre imposturas, y sobre ellas elevamos sofisticados rascacielos de mentiras. Algún día se nos vendrán encima causando un daño irreparable.

Parte de este discurso lo emití yo. Parte, Shey. Distinguirlos no aclararía nada.

Lo significativo vino a continuación. De pronto, Shey torció el morro.

—La verdad es que a ti y a mí los delirios de la generación de nuestros hijos nos importan un pimiento.

Shey dio una entonación tan cómica a la palabra “pimiento”, algo así como *pi-mi-entou*, que me hizo reír. Entonces se cabreó. Se cabreó mucho. Tanto, que me vi obligado a pedirle perdón, y a sugerirle que cuando yo pronunciara mal una palabra en inglés se burlara de mí con crueldad. Propuesta gratuita, pues censuraba mi acento cada vez que yo emitía un sonido en esa lengua de trapo, aunque confieso que lo hacía en mi beneficio, no en mi escarnio.

—¡Me importa un huevo que te burles de mi estúpido acento! *It's about the children!*

Le importaba un *pi-mi-entou* que yo me burlara de ella. Pero no de los niños.

—¿Los niños? —pregunté pasmado.

—Sí, los niños que no tenemos. ¡Cómo nos va a importar lo que le pase a nuestros hijos si no tenemos hijos!

–¿Quieres que tengamos hijos?

–¡Sí! ¡Sí!

–Pero, si eras tú quien puso como condición de nuestro matrimonio no tenerlos –gimoteé.

Shey de pronto mudó el tono de su discurso. Se removió como un animalito doméstico pillado en falta y murmuró con suavidad:

–He cambiado de idea –pero después de una pausa que pareció ensayada, ladró– *So what?*

Como un relámpago pasó por mi cabeza la interrogación, ¿qué habría ocurrido si el que hubiera cambiado de opinión hubiese sido yo? La respuesta era innecesaria.

Su *So what*, su “Y qué”, fue tan enérgico, que abrir la puerta de los razonamientos habría sido temerario.



–O.K., *sweetheart*. Dame tiempo para digerir el cambio –yo estaba comprando tiempo, el peor de los negocios si no te dedicas a la publicidad–. Ahora necesito tu ayuda profesional para mi libro.

–La tienes, y gratis.

Me sonrió. Una sonrisa generosa y absolutoria, de esas que hacen a los inocentes sentirse culpables despiadados.

Fui a buscar la carta de “Venenín”, y se la enseñé.

–¿Se la podrás dar a algún colega tuyo para que me haga una traducción literal?

Cogió el sobado folio y lo miró.

–¿A cuántos traductores se la has intentado colocar?

–A ninguno...Tú eres siempre la primera para mí.

Levantó la vista del papel con mirada burlona y cariñosa. Estaba volviendo a ser la osita de peluche que vende tiempo a los osos imprudentes.

–Es que parece que haya pasado por un millón de manos –argumentó.

–Más vale que te desprendas de esa idea, porque acabaremos descubriendo que alguien se ha limpiado el culo con el papel.

–¡Qué *porco* eres!

Bajó la mano con el papel y empezó a agitarla como si se abanicara la cadera.

–Saída, la palestina... –pronunció, escrutando el techo, como si las letras estuvieran escritas en el cielo raso. Y luego, bajando la vista, me preguntó–,

¿qué es? A ver si me vas a poner en un compromiso.

–Aunque te cueste creerlo, la confesión de los crímenes de “Venenín”, espero que con detalles desconocidos hasta por el juez que le envió a Ypébula.

–¿Ese chico es magrebí? –exhaló con un timbre de incredulidad–. ¿Pero no era un madrileño marginal más castizo que un chulo de Lavapiés?

Shey absorbía información de los libros y también de los lugares por donde pasaba. Pero había pasado poco por Lavapiés, un barrio que antaño fue la quintaesencia del casticismo madrileño, y hoy es albergue de una mezcla de casticismos, el magrebí, el chino y el indio.

–Y analfabeto. Por eso le dictó su confesión a un morito poco versado en el idioma de Cervantes. ¿Has oído hablar de Cide Hamete Benengeli?

–¿Un terrorista islámico? –me devolvió ella el interrogante, recelando una broma.

–El verdadero autor de El Quijote. Cervantes compró el manuscrito a un muchacho de Toledo por medio real y lo mandó traducir a un morisco. Le pagó en especie, dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

–Te lo acabas de inventar... Eres un guasón...

–¿Pero tú no jurabas haber leído el Quijote? Está en el capítulo nueve –hice ademán de ir a buscar el libro, y ella dio por zanjado el tema.

–Se lo daré mañana a Saída. En cuanto lo tenga, te lo traeré... Pongamos que en dos días. ¿Hace?

–Te lo compro.

## “Nach Berlin”

A la tarde siguiente, Shey me devolvió el papel mugriento.

–Es una broma.

Yo no la entendí. ¿Me estaba ella gastando ahora una broma? ¿De un humor tan absurdo que resultaba incomprensible?

–Que este texto es una broma. No dice nada de “Venenín”. Es la transcripción de un prospecto farmacéutico, una vulgar aspirina.

–¡No es posible!

–Saída es incapaz de engañar a un cliente.

–Me siento estafado... abatido –murmuré con un eco teatral, sin dar crédito a la información desoladora de Shey.

–Te estoy hablando en serio. ¿Quién te lo ha dado?

–El morito que recogió las confesiones de “Venenín” me lo envió desde Barcelona. El propio “Venenín” ha garrapateado unas líneas en el encabezamiento del folio –se lo señalé.

–Pues se ha burlado de ti.

–¡No es posible! El morito se habrá burlado de “Venenín”... No me extraña. Ese chico ha nacido para ser una víctima. De esas que acumulan razones para alimentar su rencor y devolver con un crimen a la sociedad sus burlas. –iterrumpí mi discurso, maravillado de mí mismo–. Acabo de entender la personalidad de “Venenín”.

–Pues entonces, no necesitas ya esta confesión.

–Habría ayudado mucho.

–¿Un folio?

–No sabes lo que yo soy capaz de sacar de un folio manuscrito. Un volumen de mil páginas...

–Los periodistas sois poco fiables.

–Eso. ¡Mete el dedo en la llaga!

–Perdóname, *darling*. Sé cómo te sientes.

Cuando Shey decía estas cosas, efectivamente me sentía un personaje de teleserie yanqui, los únicos seres que se expresan de ese modo, poniendo muecas de osito de peluche.

–Tendré que ir a Berlín... –murmuré para salir del desaliento.

–¿A Berlín? –saltó ella como si la hubiera pinchado.

–Allí se ha escapado Veremundo. Tengo que

sacarle algo más para mi libro. Su mujer me paga el viaje.

–¿Es ella la editora de tu libro? Pero, ¿no era un fulano del barrio de la Concepción?

Me pareció que había llegado el momento de poner al día a Shey. Estuve hablando más de una hora. De vez en cuando, me interrumpía con alguna pregunta. Este tipo de ejercicios vienen muy bien al que redacta un libro, porque percibe lo que el posible lector no entiende, y va ajustando la historia. Concluí con la petición de Fernanda de que visitara a su marido en Berlín y averiguara qué coño le estaba pasando.

–No me extrañaría que se hubiera ido con una mujer.

–Es posible –dije sin convicción, sólo por no llevarle la contraria.



–¿Sabes qué me parece todo esto? Una mala intriga. *A flawed plot*.

–No es una trama inventada –protesté. Mi indignación se desbordó por mis labios–. Es la realidad, aunque parezca torpe y mediocre. Quizá lo sea, torpe y mediocre. Nuestras vidas no son novelas de aventuras. Ya, ni las guerras son apasionantes. Miles de soldados se concentran durante meses ante los ojos impotentes de la opinión pública. Millones de manifestantes intentan estorbar los movimientos estratégicos. Millones de dólares van de acá para allá pagando armamento, desplazamientos logísticos, servicios de inteligencia por lo general bastante brutos... Todo son movidas rutinarias...

–¿Adónde quieres llegar, a Bagdad?

–Estaba haciendo una metáfora, Shey...

–Vuelve a Ypérbula, *darling*. Insisto en que

esta historia me parece una trama fallida. Tenlo en cuenta, porque podrías convertirte en el enésimo autor fracasado de novela negra.

—No te entiendo.

—Que te estás comportando como un detective de novela española. Y los verdaderos detectives están en las novelas norteamericanas. En ningún país fuera de los Estados Unidos hay *sleuths* (sabuesos). Allí son de verdad. Los de otros continentes son inventados, falsos, imposibles. Y si se venden es por la machaconería de los editores. Esas novelas negras son como mucho turbias, y más artificiales que la Sun City de mi país, un casino de selva reconstruida.

—¡Yo no estoy escribiendo una novela negra, sino un libro documento! ¡Y además, Sun City existe! ¡Supongo que será una ciudad próspera!

—¿Por qué lo dices? Nunca has estado en Sun

City. ¿Quieres ir a Sun City? Está relativamente cerca de Pretoria. Hala, ve. Averígualo por tu cuenta. Actúa de detective. ¿No querías ir a Berlín? Aclárate, por favor. Me estás haciendo un lío. Además, ni siquiera intentas escribir una novela negra. Intentas protagonizar una novela negra. África es el mejor escenario para una novela negra, y perdón por ser políticamente incorrecta.

Guardó silencio y mantuvo su mirada clavada en mis ojos. No era una mirada de Groucho Marx, sino de osita dulce. Shey no estaba pensando en “Venenín” o en Sun City. Capté el mensaje.

–Está bien. Intentaremos tener un hijo. Espero que hayas calculado todas las limitaciones. Yo estoy a punto de cumplir el medio siglo, y tú sólo eres doce años más joven que yo.

–Mañana mismo me quitaré el “diu” –me

informó desbordante de satisfacción—. ¿Sabes qué? Te voy a acompañar a Berlín. Será una nueva etapa. A la sombra de los tilos.

—Estamos en diciembre, Shey. Los tilos están desnudos.

—Los vestiremos de oro. Nos iremos al hotel Adlon, en Unter den Linden. Concebiremos a nuestro hijo frente a la puerta de Brandemburgo. Quiero hacer escarnio de Hitler. Crear un niño judío a un paso de la Cancillería nazi...

—¿No será abusar de Fernanda? El hotel Adlon debe ser de los más caros de Berlín —calculé, recordando algunos libros de historia.

—Pago yo, cariño. Paga Israel, en beneficio de la estirpe de Jacob.

—Sea. ¿Y cómo sabes tú tantas cosas de Berlín?

¿Tenías allí parientes?

–Ninguno. Es que llevo una semana estudiando planos y guías de la ciudad... –Me lanzó una mirada inocente, y dejó flotando entre sus ojos y los míos una nube de estrellitas doradas–. Me han ofrecido trabajo en Berlín. Dirigir una agencia de intérpretes, que tendrá sucursal en Madrid. ¿No es una significativa coincidencia? Berlín, tú y yo. *I love you, writer to be!*

Y se colgó de mí, como una osita.

Allí la tenía mordisqueando mi cuello, cuando caí en la cuenta de lo que me había llamado.

–Oye, que yo no soy un futuro escritor, que soy un escritor hecho y derecho.

–O.K. –Corrigió sin el menor empacho–. *I love you, my unpublished writer!*

## **Modernismo y carámbanos**

El Hotel Adlon estaba en obras, y la mayoría de los hoteles de Berlín dignos de albergar el acto de procreación de un sefardita moderno estaban llenos por no sé qué feria invernal. Shey encontró sitio en un hotel mastodóntico de perfil soviético y habitaciones lúgubres e inmensas. Me pasó la información dando por hecho que lo íbamos a rechazar, lo que ocurrió.

Después me habló de un pequeño hotel, junto a un lago y un bosque, envuelto por una naturaleza que en verano debía ser paradisíaca. Pero para el mes de diciembre, a la puerta de la Navidad, cuando hasta el infierno se congela en los marjales de Brandemburgo, lo más indicado parecía el centro, donde uno puede refugiarse en un cine, en un teatro, en la ópera o en un café caldeado de Unter den Linden.

Aterrizamos en una ciudad envuelta en celofán

crujiente, con las fuentes erizadas de carámbanos. Finalmente nos alojamos en *Victor's Residenz-Hotel* Berlin, en el barrio oriental de Friedrichshain. La ventana de nuestra habitación daba al Parque del Pueblo, una colina formada por los cascotes de la ciudad demolida por las bombas y los obuses en el invierno de 1945. Los árboles que crecían sobre aquellas ruinas parecían prisioneros de guerra meteorológicos, con las ramas cargadas de nieve, a punto de troncharse.

Nuestro cuarto en la *Victor's Residente* era amplio, pero tan lleno de muebles que parecía diminuto. Cama inmensa, escritorio de madera noble, tresillo tapizado con una tela que recordaba los trajes falleros, lámparas de inmensas tulipas, cortinones del techo al suelo, y un ventanal soberbio asomado al parque por el que, de vez en cuando, se veía pasar a un tipo temerario en calzoncillos y camiseta echando

por la boca un vaho con aspecto de espumarajos gaseosos.

En aquella habitación caldeadita no se podía hacer otra cosa que admirar a los deportistas suicidas a la intemperie, leer novelas dogmáticas de Anna Seghers, pletóricas de personajes y situaciones políticamente correctos, o procrear concienzudamente.

Se estaba tan a gusto, que el deber procreador era inexcusable y ocupaba la mayor parte de nuestra jornada, más que dormir y, desde luego, más que las gestiones de Shey con su compañía de intérpretes y las mías con Veremundo.

Fernanda me había dado la dirección exacta de Veremundo en Köpenick.

Para llegar a Köpenick había que coger un tren de cercanías en Friedrich Strasse. Intenté figurarme –



nunca había visitado Berlín— el aspecto de aquella estación quince años antes, con la ciudad partida, y me entraron escalofríos.

Veremundo había alquilado una habitación en una casa que daba al río Spree, muy cerca del ayuntamiento de Köpenick, un edificio modernista de ladrillo rojo, en proceso de restauración. Todo en Berlín y sus alrededores estaba en restauración. Daba la impresión de que, más que un régimen político, la República Democrática Alemana había sufrido una ocupación de hunos, lo cual fue literalmente cierto en 1945. Pero costaba admitir que en cincuenta y cinco años no hubieran tenido tiempo más que de levantar mastodontes inhóspitos y estatuas monstruosas de los patriarcas marxistas, manteniendo casi intactas las ruinas de la guerra.

De la estación del tren a casa de Veremundo había poco trecho, según me había informado de mala

gana mi viejo compañero de colegio, pero el frío era tan intenso, que cogí un taxi. Parecía que circulábamos por un túnel sin paredes, con un cielo a punto de desplomarse sobre la ciudad. Y no eran todavía las tres y media de la tarde

No sé si Veremundo se sorprendió de mi presencia en Berlín. Yo le conté que acompañaba a Shey. No puso objeción a que nos encontráramos, aunque se notaba que no tenía ganas de tratos conmigo, cosa que ni el teléfono era capaz de disimular.

Vivía en un edificio tan modernista como el ayuntamiento de Köpenick, con una fachada carcomida, no sé si por el abandono o por las armas de las tropas de Zukhov durante última batalla en la primavera de 1945. El portal y la escalera eran espléndidos y en su época dorada debieron ser tránsito de ciudadanos pudientes, arios y judíos por igual.

Su habitación había sido reparada, aunque se notaba que con poco presupuesto. Los muebles eran de principio del siglo XX, y pedían a gritos una mano de barniz y aún soluciones más enérgicas. Con todo, era un lugar cómodo y agradable.

Le pregunté por su hijo Pepín. El me preguntó si había visto a Fernanda, de lo que deduje que ésta no le había revelado su plan de utilizarme como enviado. Calibré las consecuencias de mi respuesta, y resolví ser sincero, porque estaba decidido a pedir a Veremundo cuentas de sus mentiras y no podía darle argumentos que minaran mi posición de buena fe.

—La verdad es que Fernanda estaba dispuesta a pagarme el viaje y la estancia en Berlín, aunque no ha hecho falta. Otra mujer se le ha adelantado.

—¿Pero tú no estás casado?

—Es la mía. Es mi mujer, es Shey. Te lo dije por teléfono. ¿No te acuerdas?

–¡Ah! –exclamó sin inmutarse–. No. La verdad. Últimamente presto poca atención a las cosas.

–Y penúltimamente también. A no ser que deba interpretar tus descuidos hacia la verdad de las cosas como puras bolas, macho.

–¿A qué te refieres?

No parecía estar en guardia, sino inexplicablemente relajado. Me fijé con detenimiento en él y observé sus ojeras y su mal aspecto, que disimulaba la luz indirecta de una lámpara de pantalla gigantesca. Pensé si estaría tomando ansiolíticos.

–Me refiero a la bola que me contaste sobre Pepín. Y a las mentiras sobre tu ignorancia de otros idiomas.

–Te lo puedo explicar. Pero no tengo ganas. Lo mejor que podemos hacer es olvidarlo.

–Vale. Me olvido de tus trolas. Pero tengo que sustituirlas con algo. ¿Qué haces aquí, en Berlín?

–Descansar. ¿Quieres un café?

–Vale...

Se levantó de la mecedora en la que estaba apoltronado y se dirigió a la cocina. Me invitó a acompañarle. A la luz cenital del pasillo vi que calzaba zapatillas, y que la chaqueta que vestía era en realidad una bata corta, todo de primera calidad. Se había refugiado igual que un viejo. Con una boina, habría sido un trasunto del anciano Pío Baroja.

–¿Cómo llevas el libro de “Venenín”? ¿Se ha publicado ya?

–Me queda rematarlo. Y estoy aquí, básicamente, para que me ayudes a hacerlo.

–A ese chico no le mata ni una serpiente cascabel. ¡Hombre de Dios!

Veremundo parecía despertar.

–¿Recuerdas la tarde que te metió una lagartija por el cuello? Se había dado cuenta de que no podíamos hablar libremente –Veremundo se sonrió, mientras atornillaba las dos partes de la cafetera–. Me pidió mi dirección para enviarme una carta con detalles sobre su vida y milagros.

–Pero si apenas sabe escribir.

–Eso le dije yo. Lo que hizo fue contarle a un compañero su historia. Confiaba en que la escribiría y me la enviaría. Sólo hizo lo segundo. Lo primero fue una broma cruel. Una transcripción de un prospecto farmacéutico... en árabe. El compañero le tomó el pelo. Ignoro por qué... Pero eso me hizo reflexionar sobre la personalidad de “Venenín”. Debe de ser un tipo que alimenta su desgracia para odiar al mundo.

–Me parece una buena observación. Tienes pesquis, chico.

Veremundo encendió el gas y se apoyó contra la pared de la cocina, un lugar estrecho, funcional, y espartano, estilo D.D.R., la *Deutsche Demokratische Republik*.

–Pero yo necesito datos, no conjeturas para escribir mi epílogo. Me gustaría que me contaras qué sucedió el día del accidente. Cómo mató al mendigo y todo eso.

–Eres...

–No acepto que me llames carroñero ni cosas por el estilo. Sólo que me digas qué coño pasó.

Me lo dijo. Considero innecesario repetirlo. Era lo mismo que se dice al final de la primera parte de este libro. La versión más larga se encuentra en “Cosa de Niños”. Los que no la conozcan, pueden leerla en ese libro. En casi todo coincidía con las versiones del abogado y con lo poco que había obtenido en

Ypérbula. Las diferencias eran anecdóticas, aunque tomé nota de ellas con el mayor escrúpulo.

Habíamos vuelto al salón descacharrado aunque agradable, y apurábamos el café. Encima de una cómoda había libros en español, en inglés y en alemán.

—¿Tú hablas alemán, verdad?

—Lo chapurreo. Pero lo leo bien.

—Y si lees alemán y lees inglés, ¿por qué narices me hiciste buscar bibliografía sobre los fabianos?

—Para eso, para hacerte perder tiempo y ganarlo yo.

—¿Cómo?

—No quería que sacaras ese libro sobre “Venenín”, o al menos, quería que lo retrasaras.



–Pues has conseguido lo último. ¿Por qué razón, *you, son of a bitch*? –En inglés, los hijos de puta parecen cultismos.

–No sé. Para que me dejaras en paz, para evitar que ese canalla se hiciera famoso, porque la estabilidad del sistema de Ypérbula se basa en que mucha gente ni siquiera sabe que existe. Por corporativismo. En defensa de la salud pública.

–No te creo.

–Pues no puedo darte otras explicaciones. ¿Qué piensas? ¿Qué hay razones ocultas, inconfesables, conspirativas? ¡Cómo sois los periodistas! Si no tenéis cada día un secreto que destapar, os acostáis frustrados.

–Pero, Veremundo, hombre de Dios, cómo voy a tomarte en serio, después de las bolas que me has metido sobre ti mismo y sobre tu hijastro...

–Son temas relacionados, vinculados, dependientes... ¿No lo ves claro? Tenía que inventarme una historia. Me acababa de pelear con Pepín, y él está haciendo un trabajo sobre Bernard Shaw. Vi en su habitación varios libros en inglés sobre él y sobre su pertenencia a los fabianos. Se me ocurrió que sería improbable que tú pudieras dar con material fabiano, incluso en Madrid. Junté dos cosas independientes, mi pelea con su trabajo sobre Shaw. Podía ser verdad. A veces, las cosas se complican de esta manera arbitraria, casual. ¿No?

Yo me puse en pie. No para irme, aunque una vez que me encontré levantado, me pareció lo más aconsejable. Saldría de allí, realizaría una nueva sesión eugenésica con Shey, a dormir y a olvidarme de todo. Entonces, Veremundo lanzó la pregunta.

–¿Cómo está Fernanda?

Me pareció que no tenía derecho a una respuesta directa.

–¿Tú tuviste tus hijos deliberadamente? Quiero decir si fue algo planeado entre Fernanda y tú o fue algo arbitrario y casual.

–A medias. Pero me gustaba la idea.

–A mí también empieza a gustarme.

–¿Vas a tener un hijo?

–Estamos en ello.

–Anda, dime cómo está Fernanda, por favor.

### **“Fairyland”**

–Fernanda está desconcertada.

–Desconcertada –repitió Veremundo, y no pude

percibir si su tono era de sorpresa o de pesar. Quizá una mezcla de ambos.

–Fernanda es una mujer estupenda –aseguré.

–Ya te he dicho antes que me pareces un chico observador.

Ahora había ironía en su voz.

–Se puede saber qué diablos te pasa.

–¿Te importa?

–Por mí, como si te quieres convertir al trotskismo. Pero tu mujer está sufriendo por ti y por su hijo. Es como si os hubierais puesto de acuerdo dos irresponsables, inconscientes de vuestras obligaciones.

–En cierto modo... –era su reacción enigmática de propósito.

Apoltronado en la mecedora, su vaivén le metía y le sacaba del círculo de luz que proyectaba una lámpara.

Me puse la bufanda y el abrigo.

—Empiezo a estar harto de ti, Veremundo. Eres la mayor barrera entre mi libro y mi público. Ni el peor editor me podría causar tanto dolor de cabeza. Si quieres que le diga algo a Fernanda de tu parte, suéltalo ahora mismo, porque no quiero volver a verte en mi vida.

Me quedé plantado al lado de la puerta unos segundos esperando una respuesta. Veremundo no paraba de mecerse, dentro y fuera de la luz. Saqué los guantes de los bolsillos del gabán y me los enfundé poco a poco. En el de la mano izquierda estaba cuando me vino la idea.

Shey tenía razón. Veremundo se había escapado

con una mujer. O al menos, había una mujer por el medio. Eché una ojeada al cuarto, en busca de algún testimonio. No encontré nada significativo.

Entonces Veremundo volvió a hablar.

—¿Te has dado un paseo en torno al Volks Park de Friedrichsheim?

—No.

—Hazlo. En la parte que da a la Frieden Strasse, la calle de la Paz, encontrarás un monumento a los héroes españoles que lucharon contra el fascismo. Son dos mazacotes de bronce. En uno hay un gigante volando, estilo Superman, con el puño en alto. En todos los monumentos comunistas hay un superhombre parecido, debían tener un molde. El otro es un cacho de plancha enorme que representa la resistencia de Madrid al asedio de Franco y sus moritos. Si algún día otro terremoto político lo tira del

pedestal y pilla a alguien debajo, le espachurra. Haz el favor de darte una vuelta y observar el monumento. Cuando lo hayas hecho, me llamas y quedamos.

Me marché sin darle la mano, con la excusa de que ya me había puesto los guantes.

Salí del tren en Alexander Platz. O hacía menos frío o a mí me lo parecía. Eché a andar muy decidido a volver a pie a la residencia de Víctor, pero en la esquina de la avenida de Carlos Marx, paré un taxi, aterido. El chófer entendía el inglés. Le pedí que me llevara al monumento mencionado por Veremundo.

*—I'm Spanish. You know?* —le dije sin que él me hubiera pedido una explicación.

Los dos mazacotes de bronce respondían a la descripción de esa pesadilla llamada Veremundo. Los observé a fondo, y lo único que me sorprendió fue que el Madrid del relieve se parecía más a Cuenca, con sus

casas colgantes. A lo mejor al camarada escultor a quien habían encargado el tocho le entregaron la foto equivocada. Mirándolo con buen ánimo, se daba un aire a las Vistillas desde la calle Segovia, bajo el Viaducto.

¿Qué coño habría querido decirme Veremundo?

Durante la cena, que tomamos en un restaurante indio próximo a la antigua-nueva y fastuosa sinagoga de Oranienburger Strasse, Shey me informó de las conversaciones que había mantenido en relación con el proyecto de la empresa de intérpretes. No parecía que hubiera progresado mucho. Y las perspectivas, eran confusas.

—¿Sabes qué, cariño? Empiezo a estar harta de moverme como una rata en un laberinto de laboratorio. Eso es lo que me siento, una rata de



laboratorio. Casi todos los políticos me parecen clones del doctor Mabuse, los grandes empresarios, de Drácula – hizo una pausa—. Y los pequeños empresarios, sanguijuelas.

No era normal este tipo de apreciaciones en una creyente y practicante de la libre iniciativa.

–¿Te gustaría tener estabilidad laboral en una empresita de servicios? –pregunté, engañado por la rima entre maternidad y estabilidad.

–Me gustaría descansar un poquito. Si me quedo embarazada, me gustaría hacerlo.

–¿En Madrid? –dije, temiendo el exilio.

–En *Fairyland*.

Suspiré aliviado. Era una fantasía, el País de las Hadas.

–*Fairyland* existe –siguió como si hubiera leído mi pensamiento–. Está en Ciudad del Cabo, muy cerca del Cabo de Buena Esperanza, en la ladera de la Tablemountain. El barrio de los mestizos. Un amigo mío hizo un musical y le llamó así, “Fairyland”. Fue un exitazo en los noventa.

–¿Quieres que nuestro hijo nazca allí?

–Es un buen nombre para un lugar, *isn't it?* Buena Esperanza –Suspiró–. Pero en Suráfrica hay mucha esperanza y poca paz y orden. Se parece a Israel en eso. Buscaremos un lugar para nuestro hijo, ¿vale?

–Vale.

Lo dije en serio.

Envidia cochina-

La mañana siguiente la dediqué al turismo histórico.

Visité el trozo de muralla que se conserva en la Bernauer Strasse, y contemplé el helado cementerio de Sophienkirche, en el Este, desde una torre construida al efecto en la parte occidental del muro. Se me erizó el vello pensando en la vida de los berlineses protegidos por el comunismo, quince años atrás. ¡Una muralla justo delante de un cementerio! Para el comunismo, hasta los muertos necesitaban protección.

Cuando me marchaba, me crucé con una familia que se dirigía alegremente al muro. Uno de los adultos sacó un martillo de una mochila y empezó a picar en el hormigón. La maza, que era de acero, rebotaba como si fuera de goma. No consiguieron arrancar más que virutas, al menos antes de que yo les perdiera de vista.

Tomé el Metro hasta el *Check Point Charlie*, en la Friedrich Strasse, y me metí en el museo del Muro. Salí tan trastornado, que decidí completar la excursión por Lo Horrible y visitar la manzana de la vieja Cancillería, donde Hitler desafió a la Humanidad. Pero me hice un lío y no encontré más que el nuevo Parlamento de la ciudad reunificada.

Al pisar las calles soleadas y gélidas de Mitte, el centro antiguo de Berlín, sentía un vacío en el estómago, como si los muertos me estuvieran chupando la energía desde sus tumbas bajo el asfalto. Sé que esto no tiene que ver con Veremundo ni con “Venénin”, pero nadie que vaya a Berlín debe salir de ella sin la conciencia de que allí se sacrificó, no sé si en balde, la juventud de media Europa. Y sí, es posible que esto también tenga que ver con Veremundo y con “Venénin”.

Desde un teléfono público llamé al hotel por si

podía comer con Shey, pero no había ningún recado. Se me ocurrió entonces ver a Pepín. Tomada la decisión, me enfrenté a la dificultad mayor, dónde encontrarle, porque no tenía claro en qué universidad berlinesa estaba matriculado; ni siquiera sabía si estaba matriculado en una universidad, tan sólo una dirección, Kastanien Allee. Un taxista me dijo que había media docena de calles y avenidas de los Castaños en diferentes barrios berlineses.

Le pedí que me llevara a los Castaños más próximos a una institución universitaria, y debió entenderme, porque se puso en marcha. Me repantigué en el asiento y entorné los ojos abatido por una súbita modorra. Durante unos segundos me turbaron imágenes atroces: una lluvia de bombas sobre las ruinas de Berlín o los gemidos de un hombre malherido, desangrándose ante los ojos del mundo en la tierra de nadie entre Ost y West Berlin. Me

desperezó un frenazo, y al abrir los ojos me encontré en el extremo oriental de Unter den Linden, en el centro de la ciudad, frente a la verja de la Universidad Humbolt. Pagué al taxista de mala gana, porque me sentí estafado, y me introduje en el jardín de entrada.

Sobre unos tablones inmensos apoyados en patas había multitud de libros a la venta. Eché una ojeada, pero la mayoría estaban en alemán. Me pareció una muestra de estoicismo que los vendedores aguantaran el frío. Un sol indigente iluminaba el panorama bibliográfico sin aportar ni una décima de grado.

Mis pies y el instinto de conservación me llevaron al interior del edificio. No sé cómo, acabé en la Mensa o comedor universitario. Me situé en una cola, y me serví como el resto de la gente un menú germánico, picante, graso, con una montaña de puré de patatas.

Al apurar una rara cerveza de color rosáceo y dulce, sabor autóctono de Berlín (una Berliner), descubrí a Veremundo en una mesa próxima. Conversaba con una joven de pelo dorado y ojos inmensos. Una conversación tierna. Sospechosamente tierna. Me quedé observándolos, aprovechando el bosquecillo de cabezas de comensales que había entre ellos y mi persona. Pronto se despidieron, y el abrazo en el que se fundieron no daba lugar al equívoco. Me felicité de mi olfato. Había una mujer, mejor dicho, una chavalita, quizá la especialidad del maduro Veremundo.

La muchacha se marchó en dirección opuesta a donde yo me encontraba. Constaté, no obstante, que era una verdadera *Delicatessen*.

Veremundo volvió a sentarse. Tomó un “ABC” que había sobre la mesa, supongo que recién comprado por él en Alexander Platz, y se puso a leerlo

con sosiego. Un sosiego que, lo confieso, me puso a cien. Vale que por envidia. A los cincuenta años jode cantidad ver a alguien de la edad de uno acariciando en público, sin cortarse un duro, a un bomboncito.

Me disponía a levantarme para irme de allí ignorando a Veremundo, cuando vi que un muchacho se sentaba a su lado y le saludaba con un beso en la mejilla. Me sentí tentado de construir en mi imaginación una película de promiscuidad indecente. Pero enseguida me di cuenta de que se trataba de Pepín, a quien reconocí por una foto suya que me había enseñado Fernanda en su casa de Ypébula.

Pensé que lo mejor que podía hacer era marcharme y olvidarme para siempre de aquella extraña familia. Y cuando estaba de camino a la salida, escuché la voz de Veremundo llamándome. Sin duda, mi voluntad subconsciente me había traicionado, porque nada más fácil que escapar sin ser



visto de la Mensa, mimetizándome con la nube de estudiantes que recorrían el comedor en esa actitud displicente con la que juegan a engañarse los universitarios, haciendo ver que la vida les parece tediosa o algo sin importancia.

“¿Eres idiota o qué?”, me injurié en voz bajita, con una sonrisa en los labios dirigida a Veremundo.

Veremundo me presentó a su hijastro. De mí le dijo que era un periodista en activo, y que estaba en Berlín por razones profesionales.

–Soy un *freelancer* –me adelanté a la pregunta de casi todo el mundo al que le presentan un periodista: ¿para qué medio trabajas?

Sé que desconcierta, porque privo a la gente de un modo de prejuzgarme.

Me sorprendí a mí mismo con una historia

sobre un republicano español que había adquirido la nacionalidad alemana oriental. Decepcionado por la política de la DDR, había intentado recuperar la ciudadanía española inútilmente, y en el colmo de la desesperación había intentado escapar saltando el muro sin éxito, acabando en una tenebrosa prisión de Leipzig.

–Hago un reportaje sobre él.

–¿Todavía vive? –preguntó Pepín, que era un chico fornido, de mirada franca, pelo trigueño y lacio recogido en una coleta, y el uniforme de los jóvenes pacifistas, pantalones caídos llenos de bolsillos, sudadera sin identidad cromática, parka militar y morral.

–Murió antes de que abrieran el muro.

–¿No se suicidó en su celda? –corrigió Veremundo con la mayor seriedad.

–Estoy averiguándolo –dije en un tono cortante.

–¿Por qué no nos invitas a un café en Tacheles?  
–dijo a Pepín. Luego, dirigiéndose a mí–. Está esculpiendo cosas raras en un estudio alquilado en Tacheles, un edificio okupa subvencionado.

–Yo creía que estabas investigando la naturaleza de las amistades de George Bernard Shaw.

El chico me miró sorprendido por mi información. Resolví en un instante no implicar a Veremundo y añadí,

–Me lo dijo tu madre, en Ypérbula –mayor expresión de sorpresa–. También estoy finalizando un libro sobre “Venenín”.

–Mi madre no tiene ni idea de que estaba revolviendo en la vida íntima de Bernard Shaw...

–Alguna debe de tener, porque fue ella la que

me habló del tema –contesté con aplomo.

Una voz interior me advirtió, “te estás metiendo en un terreno pantanoso; lo tuyo no es la impostura; te acabarán pillando, y entonces nadie te creerá”. Pero todo periodista en activo conoce la respuesta a semejante observación: “Los hechos no se venden solos, hay que disfrazarlos de espectáculo. La gente compra antes un ladrillo envuelto en celofán de colorines que un espejo en el que mirarse y darse cuenta que es fea”.

–Pues yo también hago varios trabajos a la vez  
–dijo Pepín–. ¿Conoces Tacheles?

Le dije que no.

–Es un lugar guay, un edificio rehabilitado y ocupado por artistas, gestionado en plan comuna. Comparto un estudio alquilado. Soy artista plástico.

–Si no te fías de su palabra, puedes comprobarlo tú mismo –indicó Veremundo–. De momento Pepín es una promesa. Por Tacheles pasan cantidad de mecenas. Es una casa de cultura de fama internacional.

### **Realismo socialista**

La observación de Veremundo era correcta. Tacheles era un verdadero museo de arte contemporáneo, y poseía prestigio internacional en los medios alternativos.

En un folleto que adquirí decía que “desde sus comienzos, Tacheles fue un centro para el desarrollo y la realización de formas de vida alternativas, de influencias culturales, así como para probar nuevas ideas urbanas y creativas. Artistas de todo el mundo presentan performances, dan conciertos o exponen sus

cuadros, pinturas e instalaciones, representan obras de teatro, hacen recitales de poesía y celebran fiestas.”

Pude comprobar que no era mera propaganda.

Se trataba de un viejo edificio de cinco o seis pisos de ladrillo oscuro, construido en 1907 como centro comercial. Lo curioso es que se encontraba frente al restaurante indio en el que Shey y yo habíamos cenado la noche anterior, en el corazón del antiguo barrio judío de Berlín. Ni ella ni yo habíamos reparado en él, tomándolo por un edificio más en fase de recuperación. Aunque por fuera estaba medio tapado por andamios y algo rehabilitado por dentro, se veía que costaría mucho dinero sacarlo de la ruina. Tanto que sus nuevos e insolventes gestores habían considerado provechoso conservar el deterioro como prueba de su pedigrí alternativo.

En la parte de atrás había un solar abandonado,

con letras inmensas de hierro aquí y allá, y algún otro ejemplo de plástica moderna, es decir, la realidad vulgar fuera de contexto: un trozo de helicóptero militar, cabinas de camión, contenedores llenos de latas, maniqués y electrodomésticos. Algunos locales estaban dedicados a talleres de forjado, otros a estudio, también había galerías de cuyas paredes colgaban cachivaches y pinturas o collages o fotografías o todo junto.

Por sus escaleras pintarrajeadas y por sus estancias de ladrillo desnudo pululaban jóvenes disfrazados de pordioseros, pero pordioseros de marca, y algún que otro individuo de aire intruso, vestido como Veremundo o como yo. Algunos quizá fueran artistas reputados, otros, menos; pero resultaba imposible distinguirlos.

Pregunté a Pepín si había llegado a alguna conclusión sobre Bernard Shaw.

–Estoy centrado en la escultura –señaló una masa de material incierto atornillada a un trozo de poste de teléfono en una esquina del estudio alquilado, al parecer, el objeto de su trabajo–. Apenas he empezado con Shaw... Era un tipo curioso.

Me di cuenta de que no le sobran las conclusiones.

–Es un especialista en los fabianos –intervino Veremundo señalándome–. Los inventores del “buen rollito”.

–Salvando las distancias –me apresuré a precisar, aunque no pasé de ahí.

–¿Crees que a Pepín le vendrá bien conocer a fondo las contradicciones de los fabianos? –siguió Veremundo, empeñado en forzar el curso de la conversación–. Lo digo porque es un utopista, y si llega a conocer los fracasos de otros utopistas, eso le puede abrir los ojos.



Pepín abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Se acercó a su obra indescriptible y se apoyó en ella, dando a entender que prefería otro tema de conversación más acorde con el escenario.

–Los fabianos no fueron utopistas –tercié yo–. Dieron lugar a instituciones muy sólidas, como la *London School of Economics* o el Partido Laborista.

Observé que Pepín apreciaba mi observación.

–Tienes razón –se interpuso de nuevo Veremundo–. Shaw no era un utopista. Durante años vivió en casa de su madre, con sus hermanas, sin aportar un miserable penique y sin arrugar el gesto porque sus hermanas se ganaran la vida fuera de casa, honradamente, eso sí.

–Estás muy enterado –dijo Pepín.

–Me entretuve hojeando tus libros.

–¿Por curiosidad o para rebatir mis ideas?

Se produjo un silencio. No había animosidad entre los dos, sino una especie de juego dialéctico. Me abstuve de intervenir, porque quería saber si Pepín tenía ideas. Como no las manifestara, le incité yo.

–Me gustaría que te explicaras. Estoy muy interesado en conocer tus argumentos.

Supongo que creyó que mi interés era auténtico, cosa parcialmente cierta.

–A mi padre no le gusta que me manifieste contra la globalización, contra la guerra y contra la dilapidación de los recursos del planeta.

Me sorprendió el tratamiento de padre. También la escueta enunciación de sus argumentos, tan poderosos a su juicio, que desarrollarlos se le antojaba una pérdida de tiempo.

–¿Físicamente? Quiero decir si lo que disgusta a tu padre es que acudas a manifestaciones o que creas en la paz universal, en la prohibición del consumo del petróleo y en la fragmentación del mundo.

–Yo no he dicho nada de prohibición ni de fragmentación –se defendió–. Lo opuesto a la globalización no es la fragmentación, sino el consumo sostenible y el derecho de las minorías a gobernarse pacíficamente. Cosa imposible mientras impere el sistema capitalista...

–¿Al que se opone...? –le interrumpí para que no se perdiera en divagaciones.

Pepín me dirigió una mirada interrogante.

–¿Que qué recambio encuentras al capitalismo?

Pepín negó con la cabeza y dibujó una sonrisa, declinando entrar al vistoso trapo.

–Está en ello –intervino Veremundo. Y señaló a su alrededor–. Toda esta gente está en ello. Merecen un voto de confianza. Mientras pasen aquí el rato, no hacen daño a nadie.

Habló sin ironía. Parecía haberlo dicho en serio.

Cuando Veremundo y yo abandonamos Tacheles, dejando a Pepín en su interior troglodita, mi amigo suspiró.

–¿Qué será de las mayorías? ¿Qué será de nosotros? ¿Nos reservarán algún derecho?... Ya has visto. ¿No te parece un ingenuo indefenso?

–No parece un idiota. Sabrá defenderse.

–Lo dudo. Estos chicos se están inoculando contra la agresividad y la dificultad. Cuando tengan que defenderse, no podrán hacerlo, les faltarán anticuerpos. Su ansia de paz es infinita. Están perdidos. Y nosotros también.

–¿Tú crees?

La mía era una pregunta-respuesta retórica. Me sobrecogía el mismo miedo que a Veremundo. ¿Cómo educaría yo a mi hijo? ¿En la estúpida inocencia del occidental culpable de todas las desgracias del planeta? Quiero decir, al revés, en la estúpida culpabilidad del occidental inocente de cuanto mal hay registrado.

–Veremundo, ¿a qué has venido a Berlín? Y no me digas que a descansar.

–Por él.

Me pareció de nuevo una respuesta más enigmática que incierta. El compromiso que había adquirido con Fernanda me impulsaba a descifrarla. El sentido común me aconsejaba que regresara a la residencia de Víctor, me diera un paseo por los grandes almacenes Kaufhof con Shey y luego otro

revolcón eugenésico antes de dormir.

–Tú has venido con una mujer –dije, procurando un tono lo menos provocador posible–. Y has abandonado a la tuya en Ypérbula.

–¡Yo no he abandonado a ninguna mujer! ¡Hombre de Dios! ¡Ha sido exactamente lo contrario! –hizo un aspaviento con la mano en la que llevaba el periódico.

Habíamos llegado a la puerta de mi hotel. Le invité a pasar y a continuar la conversación en la cafetería. Hizo como que no me había escuchado. Por unos instantes siguió con la mirada a un temerario en calzoncillos y camiseta que se adentraba en la masa oscura del Parque del Pueblo de Friedrichshain, echando por la boca espumarajos de vaho.

–Tenía un lío con una chavala... Vale, está mal. Estaba engañando a Fernanda... Había empezado

como una aventura a plazo fijo, insípida después del tercer polvo. Suele ocurrir con los adulterios deportivos, como el mío. Los adulterios se distinguen unos de otros en la calidad moral de los protagonistas y en su audacia. El mío con esa chica empezó siendo intrascendente y mediocre. Hasta aquí, normal. Pero de pronto, me dejé atrapar.

Los dos nos habíamos olvidado de dónde estábamos. A nuestro lado salían y entraban del hotel clientes con maletas, discurría el tráfico en un susurro sordo, como rodando sobre alfombras. Había empezado a nevar, y no nos habíamos dado cuenta porque estábamos bajo una marquesina, y de vez en cuando nos llegaba el cálido aliento del interior. Se cerraba la noche sobre Brandenburgo.

—Comprendí que había hecho un mal cálculo. Hasta entonces me había creído inmune a la seducción de las mujeres. Estaba muy curtido. Conocía todos los

trucos, como hacerles creer que ellas toman siempre la iniciativa y que las necesitas tanto que sufrirás antes de dejarlas. Pero con Pamela, fracasé. Es una seductora de raza, aunque parece una vulgar dependiente de panadería. Se deja llevar por el instinto. Es capaz de meterse en las mayores dificultades y salir de ellas ilesa... ¿Sabes por qué?

Le dije que no con la cabeza. A lo lejos vi a Shey, caminando a saltitos sobre la nieve, envuelta en un chaquetón hasta los pies, que probablemente acababa de comprar.

—Porque mantiene siempre a salvo su yo más íntimo. No se entrega. No se revela. Me había logrado engañar. Y yo, sin percibirlo, había alimentado una pasión ardiente por esa mujer innobl...

Le dejé con la palabra en la boca para saludar a Shey y presentársela. Veremundo sufrió una



transformación milagrosa al encontrarse en esa inesperada situación. Depositó dos ósculos en las mejillas de Shey, a la manera española, y al separarse de ella dijo en perfecto inglés:

*- I am very pleased to meet you, Shey.*

Aquella noche, mi mujer me diría que Veremundo era un tipo encantador. “Si tú lo dices...”, comentaría yo escuetamente, disimulando la rabia.

–Me gustaría invitaros a cenar –propuso Veremundo, abriendo la puerta del hotel para que entrara Shey.

–¿Por qué no vais vosotros? Me han invitado a ir a la sinagoga esta tarde. Es el último día de Janucá. Me apetece zambullirme en la nostalgia de mi juventud, cuando acompañaba a mis padres a la sinagoga de Capetown. Sed buenos chicos.

La Janucá o fiesta de la Consagración celebra durante ocho días la victoria militar de los macabeos contra los sirios, el siglo II antes de Cristo. Cada día encienden una vela de un candelabro llamado januquía. Esto lo he sacado de un librito sobre las fiestas judías que Shey me regaló hace años.

Al despedirnos de ella, Veremundo le entregó el “ABC”. Antes de salir pedimos un taxi al recepcionista.

–Me gustaría llevarte a Köpenick. Hay un restaurante estupendo. Pero está muy lejos... ¿Conoces el Berlín soviético?

Admití que no.

–Vamos a verlo.

Y me paseó por la espaciosa Karl Marx Allée, con sus fachadas faraónicas llenas de balcones

sobresalientes, como cajas empotradas, por la Frankfurter Allée que la sucede sin que varíe nada el escenario. Al llegar a cierto punto, pidió al taxista que se desviara y que condujera despacio en torno a varios bloques de edificios grises de aspecto oficialista, cercados por un muro al que la oscuridad hacía siniestro.

–Aquí estuvo la central de la STASI, la policía secreta de la Alemania Comunista –De pronto, cayó en la cuenta de algo–. ¿Estuviste en el monumento a los héroes españoles?

–Sí.

–¿Y qué te pareció?

–Como esto –dije señalando al nido de buitres de la Stasi–. Algo monstruoso. ¿Tenía que descubrir una cosa en especial? Me pasé diez minutos buscando algo raro.

–Es exactamente lo que quería que hicieras. Todo esto es monstruoso. Y esta nueva generación de europeos sin fronteras no sabe de la misa la media. Estoy aquí por Pepín, aunque te cueste creerlo.

–No sé si dices la verdad en eso. Pero en todo lo demás me has tomado otra vez el pelo. Estás aquí con una mujer, una chavalita, como tú dices. Te he visto con ella en la Mensa.

Veremundo no pudo contestar, porque el taxista le llamó la atención, pues ya habíamos dado dos vueltas al complejo de la STASI. Le dio nuevas instrucciones.

–Vamos a cenar al Café Moskau –dijo en un tono sombrío.

–¿Tiene buena cocina? –dije yo con displicencia.

–No. Pero nos vendrá bien un poco de realismo socialista.

–¿Más?

Temí haber empleado un tono demasiado sarcástico.

–La chavalita de la Mensa no es mi amante. Es mi hija.

### *“Auf Liebe eingestellt”*

El Café Moskau era un prodigio de fealdad proletaria. Un lugar con clase para la clase dirigente del socialismo real. Una birria grandiosa para celebrar la victoria de la fuerza obrera sobre el capitalismo renqueante, y de la ciencia sobre la superstición. Se alza en mitad de la Karl Marx Allée, antes Stalin Allée. Y en el tejado siempre tuvo una reproducción a

tamaño natural de un *Sputnik*, el símbolo de la eficiencia soviética. En sus tres pisos podían comer y divertirse hasta ochocientas personas. Todos cuadros del partido, me figuro.

–Nunca comieron bien. Y la diversión era tan cutre como el teatro chino de Manolita Chen, pero en cosaco –reveló Veremundo cuando penetramos en el café.

Yo no daba crédito ni a lo que veía, tramoya socialista en estado puro, ni a la aparente indiferencia de Veremundo después de la confesión que acababa de hacer.

–¿Y qué es lo que se paga aquí, el derecho a que te envenenen de nostalgia? –protesté sin convicción, todavía impresionado por la revelación de mi amigo.

–No te preocupes, que el cocinero es italiano, y nunca fue comunista.

Estábamos sentados en torno una mesa de formica, fiel a la estética soviética de los sesenta, con una lamparita muy cursi en el centro. El camarero había tomado nota de nuestro menú, poco socialista, la verdad. Veremundo desplegaba en silencio su servilleta, fingiendo interés en el público que cenaba en la penumbra.

–Tengo que pedirte disculpas –dije al fin, tragándome el orgullo.

–O sea, que me crees.

–Me resulta difícil – bromeé–. Pero sería injusto que no lo hiciera.

–Al terminar la carrera de Montes, conseguí una beca en una escuela técnica de Magdeburgo, en la República Democrática Alemana. Allí conocí a una chica...

Se interrumpió y se echó a reír.

–Parezco la voz en off de una película de espías. La verdad es que a veces me sentía un poco vigilado, aunque lo encontraba natural. ¡Qué diantres hacía un español sin ideología política en una escuela de Montes comunista!

–No sabía que hubiera montes comunistas y montes capitalistas.

Esta vez Veremundo soltó una carcajada, que coincidió con la llegada del primer plato.

–Supongo que habrás visto “Cortina Rasgada”, de Alfred Hitchcock.

Asentí con la cabeza, zampándome un trozo de venado.

–¿Y “El espía que vino del frío”?



Le hice saber que también.

–Están bien hechas. Reflejan con acierto la atmósfera de la DDR, aunque a través del prisma cinematográfico. El cine de antes recogía de un modo muy peculiar la realidad, acaramelándola, como el envoltorio dulce de una manzana de feria... Era un cine que nos hablaba de nuestros defectos con una voz aterciopelada. El de hoy da berridos, y sólo se refiere a fantasías, la mayoría delirantes... El caso es que el Magdeburgo que yo conocí era una ciudad austera y con cierto orgullo de serlo, frente al brillo exuberante de Braunschweig, a setenta y cinco kilómetros más al oeste. A pesar de la STASI y de las falacias del socialismo real...

Durante unos minutos se dedicó a comer una especie de lenguado. No teniendo nada que decir, apunté:

–A mí la película que me dio una idea de cómo era el Berlín Este fue “Un, Dos, Tres”, de Billy Wilder.

Veremundo sonrió amablemente, y siguió con su relato.

–A mí, el régimen político me importaba un pimiento. Me había enrollado con una checoslovaca insaciable. Eso, y aprender alemán bien para aprovechar el año académico, era lo que más me importaba. Bueno, la checoslovaca insaciable y una letona a la que le gustaban los pellizcos, y una búlgara con mirada de loba, y una húngara rubia que había aprendido a nadar en el lago Balatón antes que a andar, y tenía un cuerpo de princesa de Mónaco... A mí, aquel comunismo matriarcal me parecía extraordinario. Vivía en un sueño. Me mimaban como a un huérfano. Confieso que yo explotaba un poco mi procedencia española, la idea de que era un prófugo

del franquismo. Las pobres, si hubieran conocido cómo se vivía en España, se habrían querido casar conmigo para que las sacara del purgatorio socialista. Yo cuidaba mucho su ignorancia, y la alimentaba con historias de persecución y torturas policiales.

–¿Y rusas? ¿No tuviste ningún lío con una rusa?

–Apenas había. Sus *tovarich* las vigilaban con lupa. Además, la mayoría eran más estrechas que las mujeres del Opus. Los rusos han vivido muy mal, hombre de Dios. Lo han pasado fatal, con eso de ser la solera del socialismo...

–¿Y tu hija? –pregunté, porque tenía ganas de tomar el postre sin ansiedad –¿De quién era?

–De una alemana de Frankfurt an der Oder, en la frontera con Polonia. Pero no supe nada de ella hasta hace poco.

–¿Desapareció con su madre?

–¡Qué va, hombre! Su madre se casó con un catedrático de Histología de la Universidad de Tübingen en cuanto cayó el muro. Para entonces la niña tenía quince años, y se quedó con los abuelos. La propaganda comunista había construido en ella una conciencia moral muy estable, y consideró la boda de su madre una traición a sus principios... Yo me enteré de que existía en 1995, cuando ya tenía veinte años. Por casualidad. Desde entonces nos hemos visto un par de veces al año. Incluso ha ido a España, aunque no ha querido conocer a mi familia. Tampoco ha querido que yo la reconozca legalmente.

–¿Y con qué apellido ha vivido?

–Con el de la madre. Etwen. Se llama Jutta Etwen. En la DDR las mujeres eran unas reinas. Destronadas, pero reinas.

Evoqué la imagen de la muchacha.

–Es un bombón...

–Y un pedazo de sinvergüenza. Como su padre...

–Entonces, has venido a Berlín para estar con tu hija...

–Que no. Hombre de Dios. ¡Cómo te lo he de decir! He venido por Pepín... Anda vámonos de aquí. Necesito un poco de alcohol para seguir hablando.

Pagó la cuenta. Me dijo que me dejaría invitarle a las copas en un garito de Ku Damm, una imitación del cabaret de los años locos de Weimar.

Aquella noche el programa era tranquilo. Se limitaba a una muchacha con atavío Marlene Dietrich, que cantaba melodías de una época dorada difícil de situar, entre la decadencia republicana de Weimar y el

esplendor nacionalsocialista.

Veremundo me dijo que decía ser una biznieta de Lale Andersen, la cantante que hizo famosa “Lili Marleen” sin proponérselo durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la prohibición de Goebbels.

Cuando hubo despachado dos “mojitos”, se encontró en condiciones de continuar su discurso íntimo. Lo hizo después de escuchar con actitud de respeto religioso una balada de sentimentalismo sobrecogedor, en la que una mujer confiesa estar traspasada de amor de la cabeza a los pies, *Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt*, algo de lo más natural para una de esas hembras fatales, náufragas en una sopa de emociones fuertes.

–Pamela me abandonó. No la dejé yo a ella. Era la primera vez que me sucedía. Poco después de que te marcharas de Ypérbula. ¿Te acuerdas de lo felices

que yo me las prometía?

Tuve que hacer un esfuerzo para rebobinar hasta nuestra despedida en el muelle de Monpedra. Y luego avanzar hasta el punto en el que Veremundo me había confesado su captura por una chavalita llamada Pamela, inteligente y posesiva.

–Jamás me había sentido igual. Peor, quiero decir. Mi vida cambió. Más que cuando me casé. Más que cuando me enteré de que tenía una hija alemana – pidió otro “mojito”, sin duda con ánimo de emborracharse–. Hasta que conocí a Fernanda, mi obsesión era jugar a convivir. Convivir sonaba a campanillas. Y jugar era eufórico. Ambas cosas reunidas proyectaban hacia el futuro una variedad infinita de chispas a velocidad endiablada. Pero no unas chispas comunes, de amolador afilando un cuchillo, sino de fundición de acero, que saltan del molde del hierro colado, y su salpicadura quema y

deja unas cicatrices que cuelgan como medallas en la piel. Así eran las alegres chispas de la convivencia feroz antes de conocer a Fernanda.

Siguió después de una breve pausa para aplaudir condescendiente a la artista, que ahora imitaba sin tapujos a la Dietrich.

–Estuve viviendo con media docena de mujeres. Casi todas mayores que yo. Las buscaba así porque quería aprender de ellas, quería aprender a convivir. Esperaba que me enseñaran. Quería saber qué se sentía cada mañana al despertar al lado de una hembra. Y no me conformaba con una. No me valía. La verdadera experiencia se adquiere con el número. Yo me invitaba a creer que estaba enamorado. En realidad era un interés morboso el que me empujaba hacia la casa de aquellas mujeres deseosas de convivir, aunque incapacitadas para ello.



Me pasmaba ver con qué firmeza sostenía su discurso, a pesar de los “mojitos”, cuatro y medio ya. Sin un tartamudeo, sin una vacilación.

–Me pasaba cada primavera. La convivencia duraba hasta el verano. El propósito era observar y aprender. Y de paso, follar. Aunque follar no era el primer objetivo. Lo fue en algunas ocasiones, y el fracaso fue inmediato, saliendo de casa de madrugada, a hurtadillas o después de una pelea sonora que despertaba a todos los vecinos. No es que las otras circunstancias fueran un triunfo irreversible, pero sí eran una victoria sobre el deseo, sobre la desesperación de la carne, y al menos no acababan mal... El olor de la primavera. El sonido de la primavera. La atmósfera de renovación que se mete por los poros. Sólo tenía que dejarme llevar, no me costaba ningún esfuerzo.

Los focos del escenario parpadearon. La

imitadora se retiró, y salió un tipo embutido en un traje grotesco que empezó a hablar provocando el regocijo del respetable. Veremundo no se inmutó.

—¿Y sabes por qué quería aprender? Para no acabar igual que mis padres, odiándose sin remedio y sin atreverse a reconocerlo, porque no se lo podían permitir: separarse. Es el peor odio, porque mata irremediabilmente la alegría, la esperanza, la vida. Mata la convivencia. Se acabaron las chispas. No hay medallas. Vivir se convierte en una tortura. Chorros de hierro fundido despellejándote.

El charlatán se había puesto a cantar algo gracioso, pero Veremundo y yo estábamos por completo ajenos. Aunque yo hubiera entendido alemán, no habría hecho caso al tipo del escenario, fascinado por las palabras de mi amigo. Porque era mi amigo. Cuando alguien te habla así, si no te sientes amigo suyo mereces ser un leproso temido y

despreciado por la humanidad.

–Pero todos mis trucos me fallaron con Pamela... No soy un don Juan, aunque a veces he estado tentado de creérmelo. Lo que he sido siempre es un observador de la relación entre los hombres y las mujeres. En lo básico, los hombres y las mujeres somos animales. El macho no puede dominar a la hembra si no es por la fuerza. Los machos animales seducen a las hembras peleándose. La hembra es la personalidad dominante por razones biológicas, sexuales. Y esto al macho le jode. Si ella no quiere practicar el sexo, no hay nada que hacer, como no sea por la fuerza, cosa que desvirtúa el coito, cuya esencia es el placer, el bienestar, incluso el afecto. La mayoría de los seres humanos machos nos hemos dado cuenta de que la fuerza no nos conviene. Y buscamos alternativas insatisfactorias, pero resultonas. Al varón le resulta asequible dominar a una hembra vulnerable.

Pero esto a corto plazo daña su amor propio.... –hizo una pausa. Me pareció que sus ojeras se ensanchaban, aunque quizá fuera la penumbra del salón—. Yo estaba harto de jugar con mujeres vulnerables. Me sentía una mierdecilla. Al poco de liarme con Pamela comprendí que era una tía de cuidado. Y en lugar de ahuecar el ala y plantarla, me reté a dominarla. Quise ser un valiente. Y luego quise ser honrado, porque pensé, qué coño, es la última oportunidad de mi vida sexual activa. Y lo imprevisible es que me enamoré. Y no habría pasado nada si Pamela no hubiera sido una mala persona. Pero es astuta, de esas que descubren en diez minutos tus puntos débiles, y explotan enseguida el conocimiento y te exprimen y te joden. Así es Pamela. Cuando menos me lo esperaba se desprendió de mí como si fuera la costra de una heridita que se hubiera hecho en las rodillas al caerse al suelo. Y me dejó en el arroyo... Pensarás que estoy exagerando...

Lo cierto es que sí, que sonaba a “una pasada”, aunque no ponía en duda lo básico de la historia.

–Exagero poco. Menos que ese –y señaló al charlatán con un dedo tembloroso.

Pensé, menuda papeleta, en cuanto nos levantemos, este hombre se derrumba. Porque estaba borracho como una cuba. Así que decidí aguantar clavado al asiento incómodo en el que me encontraba.

–Si no bebes más, te acompañaré un rato –le propuse.

Veremundo aceptó. No volvió a beber, pero no paró de hablar. Se puso a contar intimidades morbosas de Pamela. Un montón de ellas. De entre todas, me impresionó especialmente una.

No la pongo en boca de Veremundo, en primera persona, porque lo he intentado y me ha salido llena

de circunloquios, en ese estilo barroco del realismo mágico. Lo he probado después por la vía indirecta, y es todavía peor, porque salpica el relato de conjunciones y de subjuntivos, y lo vuelve áspero e inverosímil.

Me he decidido por la tercera persona, en plan narrador omnisciente, como si lo hubiera presenciado desde un rincón. Advierto que me ha salido en un tono raro. Es el capítulo que sigue.

### **Veremundo y Pamela**

Veremundo había apartado hacía rato los ojos del libro que sostenía, y observaba el trasero y las caderas de Pamela, que estaba planchando delante de él. Se arrellanó en el sofá, dejó el libro a un lado y, siguiendo el movimiento del cuerpo de la mujer, terminó por sonreír.

Lo hizo en el preciso momento en que ella se volvió, sorprendiéndole.

–¿De qué te ríes? –le preguntó Pamela sin interrumpir su faena, dando la vuelta a la tabla y de cara a Veremundo—. ¿De la escena doméstica? ¿Es que tu mujer no plancha?

–Pocas veces. Odia planchar. Además, tenemos chacha.

–Entonces, ¿estabas riéndote de mí? –levantó la plancha, amenazándole en broma.

–Sí... Pero no de lo que estás haciendo, sino de tus bragas.

Pamela colocó la plancha en pie sobre la tabla y entornó sus ojos claros, abultados como nueces, velados por una vaga película de melancolía. Vertió sobre Veremundo esa mirada que desarmaba a casi

todos sus amantes, en especial a él.

–Sí... Debo de ser de las pocas mujeres que planchan sus bragas.

–No me hace gracia que planches, sino tus bragas. Las que llevas puestas.

Pamela le miró desconcertada. Subió hasta la cintura la bata de seda que vestía, y miró hacia su vientre, rodeado por el elástico de unas vulgares bragas azules de algodón, que había comprado en el mercadillo instalado en su propia calle un día de la semana.

–Me dieron tres por veinte duros. ¿Qué puedes esperar de unas bragas así?

–Nada. Absolutamente nada, te lo aseguro – afirmó Veremundo disfrutando de la ridícula situación.



–¿Te parecería mejor que llevara una tanga, o una de esas incómodas braguitas que se meten por el culo?... –Pamela, que seguía con la bata arremangada, dirigió a su amante una mirada seca—. ¿A que con tu mujer no eres tan exigente?

–Estás echando a perder tu inapreciable prudencia, Pam –recorrió golosamente las piernas de la mujer, muy blancas y hermosas.

–No mires de esa manera, que me parece que me estás reprochando algo. Que me está empezando a crecer el vello, por ejemplo.

–Y también estás perdiendo tu sentido de la indulgencia. Si ninguna mujer sintiera vergüenza de llevar pelos en las piernas, os ahorraríais un montón de dinero. Y a los hombres nos daría igual. Es una cuestión de costumbres.

–Así que tú te acostarías con una mona...

–Sabes que no. Sabes que sólo me acuesto contigo y con mi mujer.

Pamela desapareció. Regresó antes de un minuto. Se había quitado la bata y las bragas azules, y se había colocado otras, caladas y sugerentes, de color violeta, y un kimono corto del mismo tono, cuyos faldones oscilaban sobre sus mulsos esculturales. Dirigió una seductora sonrisa a Veremundo, que había vuelto tomar el libro, y siguió planchando de espaldas a él.

–Ahora me siento mejor observada –afirmó.

Veremundo estiró un brazo y acarició con el exterior de los dedos uno de los muslos. Pamela dio un respingo.

–Deja de hacerlo o me quemaré –se quejó, fingiendo contrariedad.

El hombre se levantó y dio unos pasos en torno a la tabla de la plancha hasta colocarse frente a la mujer.

–Voy a darte todos los detalles sobre mi sonrisa, Pamela... –adoptó un tono casi retórico—. Creo que me he quedado adormilado, una fracción de segundo... lo que dicen que dura un sueño. Porque fugazmente te estaba viendo planchado exactamente igual que ahora, con ese mismo kimono, pero sin bragas. Y al moverte e inclinarte, el bamboleo del kimono dejaba a la vista tus nalgas y... algo más...

–¿Qué? –dijo Pamela con un aire de desafío.

–La parte más baja de tu coñito... Entonces me he despertado, y he vuelto a tener ante mis ojos tus nalgas cubiertas por la bata de seda, y esas estupendas braguitas azules que te acabas de quitar, marcándose por debajo de la tela. Te aseguro que era mucho mejor que ahora. Más excitante.

–¡Desde luego, no hay quien os comprenda! Y yo perdiendo el culo por agradarte...

–Más vale que te mantengas tranquila, porque sería una pérdida irreparable.... A mí, sólo hay dos mujeres que me vuelvan loco, mi mujer y tú.

–Que yo no soy la mujer de nadie, tío.

Veremundo dejó escapar un suspiro.

–No. No eres la mujer de nadie.

–A veces, me siento un poco puta, Veremundo.

El hombre dejó el libro en la mesa, tomó entre las suyas la mano de Pamela que no sostenía la plancha.

–Quizá si me viera en la necesidad, me dedicaría a la prostitución de lujo –Veremundo se retiró de golpe. Pamela desenchufó la plancha–. ¡Me

encanta follar! ¡Cómo lo sabes!

–A mí también me encanta follar, por eso estoy aquí. Contigo y con ninguna otra. Contraviniendo mi conciencia.

–¿Conciencia? –se burló ella–. Te salgo gratis...

–Te quiero.

El hombre cruzó los brazos tras su espalda y agachó la cabeza, consciente de la vulnerabilidad en la que él mismo se había situado. Preparado para arrostrar su destino. Pamela se inclinó sobre la tabla y depositó un beso en sus labios, aunque no era eso lo que Veremundo estaba pidiendo.

–¿Y a tu mujer también? –susurró a unos centímetros de la cara de su amante.

–¿Por qué me haces sufrir?

La queja era sincera.

–Porque te hago gozar. Y porque sé que a tu mujer la quieres más que a mí.

Seguían muy juntos, y hablando en susurros.

–Si no fuera por eso, la dejaría.

–¿Por mí? No te convengo.

–Lo sé. Te seguirías acostando con otros. Eso no lo soportaría.

–Te convengo más como amante.

–Y yo a ti, ¿cómo te convengo?

–No tengo ni idea, cariño.

Pamela plegó la tabla, y la colocó tras la puerta del pasillo. Pensó “Qué fuerte”, y no se molestó en contener una sonrisa conmisericordiosa. Se sentía tan

dueña de los hombres con los que se acostaba, que le daba miedo su poder. Por eso procuraba no compartirlos, aunque dejaba que cada uno de sus amantes de turno se creyera un objeto decorativo en un inmenso gineceo.

–¿De qué me sirve el poder...? –murmuró, intentando deshacer el nudo que se le formaba en el pecho.

Veremundo había vuelto a sentarse en el sofá. Escuchó la voz de Pamela, pero no pudo captar el significado de sus palabras.

–¿Poder? –dijo.

Pamela se dejó caer a su lado.

–Cuéntame algo divertido, Veremundo. Una anécdota de tus delincuentes juveniles o algo así. Aunque ya la conozca.

–No se me ocurre ninguna ahora mismo.

–¿Sabes que me pasa? Que me estoy acostumbrando a ti. Estoy corriendo un alto riesgo. Sin darme cuenta, me visto como un ama de casa y me pongo a planchar mientras tú lees el periódico.

–Sabes perfectamente que leía un libro, no un periódico.

–“Las Afinidades Electivas” –admitió Pamela–. No pensaba leerlo, porque me haces regalos absurdos para una chica vulgar. Pero ya voy por la mitad.

–¿Te está gustando?

–Me parece sentenciosa... –el calificativo sonaba raro en su boca–, antigua, una forma de escribir enrevesada. Pero te puedo decir cómo acaba.

–¿Te has saltado toda la historia? ¿Tan aburrido te parece Goethe?



–No he leído el final. Pero me lo imagino. Eduardo se enrolla con Otilia, y el capitán, con Carlota.

–No exactamente. Pero es una tragedia.

–Una tragedia moral...

–No seas melodramática... ¿No te gustan las cosas eróticas? Goethe es tremendamente erótico. Mucho más y mucho mejor que cualquier guarro de hoy.

–Yo soy un poco guarra. A mí, el erotismo que me motiva es el de Milo Manara.

–Pero Milo Manara es un hombre, dibuja para complacer a los hombres.

–Eso es lo que los hombres os creéis. Os pierden unas bragas bonitas, un culo, unas tetas...

–No es lo mismo...–Veremundo puso con delicadeza una mano sobre los labios de Pamela–. No es lo mismo unas bragas como las que llevas puestas, que unas bragas de mercadillo, o que unas bragas tendidas al lado de unos calcetines, o que unas braguitas de bebé. Es lo que estaba pensando cuando te miraba, eso es lo que me ha hecho sonreír. No es lo mismo las bragas de un escaparate de lencería que las que se guardan en un cajón.

–Pues los míos son bien olorosos, con saquitos de salvia que recojo yo misma en las montañas. Mis bragas huelen a salvia.

–Sí. Ya me parecía a mí que besarte el coño es como tomar una taza de hierbas aromáticas.

–¿No estábamos hablando de Milo Manara?

–Milo Manara sólo sirve para que los tíos nos masturbemos.

–¿Por qué no lo intentas?

–¿Me vas a sacar tu colección de Manara?

–A lo mejor no hace falta... –susurró insinuante.

Pamela se puso en pie. Con un suave contoneo se dirigió al interruptor de la lámpara y la apagó de un pisotón. Luego, subrayando sus movimientos con un aire erótico, encendió las cinco velas del candelabro de cobre que había sobre un enorme aparador falsamente viejo y restaurado. Finalmente, se cruzó de brazos, apoyando las nalgas en el respaldo de una silla, a unos metros del sofá en el que yacía Veremundo, perplejo.

–¿Qué necesitas que haga?

–Nada. Estoy a punto –dijo el hombre tragando saliva.

–Pues empieza...

Al decirlo, abrió las piernas, descruzó los brazos, apoyó las manos en otros dos respaldos adyacentes, y empujó sus pechos formidables hacia fuera. Veremundo empezó a levantarse, pero Pamela le detuvo.

–Tú solito.

–Pero, ¿qué pretendes?

–Que te masturbes... Yo te ayudaré. Te excitaré. Dime qué tengo que hacer.

–Pero... esto es absurdo, Pamela.

–No es absurdo. Quiero ser un dibujo de Milo Manara.

Se abrió el kimono y dejó que escapara uno de sus pechos.

–Me estás...

–Calentando. Provocando... para que te masturbes.

–¿Y tú?

–Yo lo haré cuando me apetezca.

–Es absurdo, Pamela. No voy a entrar en este juego.

La mujer dio un tironcito del borde de su kimono y éste se abrió completamente. La belleza de sus pechos, con sus pequeños pezones de cerámica, se exhibió delante de Veremundo en todo su esplendor. Reforzó su estampa de violento erotismo, introduciendo los dedos de una mano en el interior de la braguita, haciéndolos avanzar desde la cadera al centro del vientre.

Veremundo se colocó sobre el borde del sofá.

Soltó su cinturón y abrió su bragueta. Se incorporó, descolgó sus pantalones, y descubrió su desgachado órgano, con un gesto de abatimiento y vergüenza, como si estuviera enseñando sus partes pudendas en un consultorio de enfermedades venéreas.

Pamela se removió con la más sofisticada de las cadencias, y empezó a tirar del elástico de sus braguitas hacia abajo, sin llegar a mostrar más que la mitad de su vello púbico, cerrado como una zarza espesa en torno a su vulva. El pene de Veremundo apenas se inmutaba.

Pamela se dio media vuelta y exhibió las nalgas. En ese instante, escuchó un roce. Giró un tercio la cabeza y vio que Veremundo se había levantado. Pero no para ejecutar cómodamente lo que ella esperaba, sino para marcharse.

## **En la montaña rusa**

Confío en no haber herido la sensibilidad de ningún lector. Aunque resulta un temor ingenuo, después de comparar el capítulo anterior con las cochinas que se escriben y se publican en estos tiempos. No pretendía emularlas. Sólo reflejar con alguna energía la turbia relación entre mi amigo y esa chavalita que le tenía atrapado en una jaula como a un canario.

En la progresiva desaceleración del discurso de Veremundo percibí que recuperaba la medida de las cosas, y por tanto que podíamos abandonar el pseudo cabaret sin temor a derribar ninguna mesa camino de la salida. Bajaba la velocidad endemoniada de su charla y al tiempo disminuía el tono de voz, que había llegado a ser bastante alto. Los clientes más inmediatos a nosotros nos lanzaban miradas de reproche. Yo me había dado cuenta hacía rato, pero no

me atrevía a avisar a Veremundo, porque su historia era cien veces más interesante que lo que estuviera contando la cotorra con traje del escenario. De hecho, si los clientes del pseudo cabaret hubieran entendido el español, habrían hecho callar a aquel imitador de Joel Gray para oír mejor las aventuras reales de mi amigo, el don Juan de medio pelo.

Pagué la consumición, y la pagué bastante cara, y salimos a la Olivaer Platz. Vacía y gélida, daba la impresión de un escenario iluminado para una representación suspendida por falta de público, de donde los técnicos se hubieran marchado, olvidándose de apagar los focos.

Veremundo se dirigió a la parada de taxis y pidió a uno que nos llevara a la estación del Jardín Zoológico. Allí nos apeamos, y me empujó hacia el interior.



–¿Hay trenes a Köpenick a estas horas de la madrugada? –pregunté.

–No tengo ni pajolera idea, hombre de Dios. Pero quiero terminar de contarte algo, y si nos quedamos cinco minutos en mitad de la calle, nos convertiremos en carámbanos.

Nos metimos en un salón solitario con un par de cafés de máquina y nos sentamos en un duro banco de madera. El lugar tenía un aire de escenografía de una película de judíos que huyen de la caza de las SS. Habíamos llegado en el momento álgido, cuando los personajes esperan la irrupción de los tipos de gabardinas largas de cuero negro en cualquier instante. Me preparé para escuchar algo tremendo.

–Te digo que he venido a Berlín por Pepín, y te lo repito una vez más. Y ahora te voy a dar las razones, la causa de mi empeño.

Hizo una pausa.

–¿Te estoy aburriendo?

–Estoy sobre ascuas, embaucador.

–No. Yo no soy embaucador. Pamela es la embaucadora. Pamela embaucó a mi hijo Pepín... Se enrolló con él después de dejarme... Se lo quería merendar como a un bocadillo de queso fundido y jamón de york.

–¿Para joderte?

–Yo le importaba un huevo. Lo hizo porque a Pepín se lo podía llevar al huerto o adonde quisiera. Porque Pepín es lo que has visto, un hombre de Dios, un ser indefenso. Y porque Pepín es heredero de una suculenta fortuna.

–¿Y eso cómo lo sabía Pamela?

–Porque se lo dijo el imbécil que tienes delante de la cara.

–¿Así de fácil? Llega una tía y descubre que hay un chavalito rico e ingenuo, le echa el lazo y plas, lo captura.

–Así de fácil.

–¿No es otra película tuya?

–Ni un poquito así –y marcó la minucia con los dedos.

–Pero, ¿Pamela no le ha chivado a tu hijo que ha estado enrollada contigo?

–Todavía, no. Pero en cuanto le convenga, lo hará.

Entonces me di cuenta de que estábamos refiriéndonos a Pepín como al hijo natural de

Veremundo. Y comprendí que para él lo debía de ser, si no, no habría hecho semejante viaje.

También intuí otra cosa. Intuí que entre esa historia de desamor e intereses y “Venenín” había alguna relación. Pero fue una intuición sin fuerza para manifestarse, ni siquiera para convertirse en sospecha.

–Yo quiero adelantarme –continuó Veremundo–. Advertir a Pepín de lo que hubo entre Pamela y yo. Pero no tengo coraje. No me atrevo. Estoy dejando pasar el tiempo, para ver si me vienen las fuerzas. Entre tanto, vigilo a Pepín.

–Le quieres mucho...

–Tanto, que se me ocurren ideas extemporáneas. Si tú quisieras, me ayudarías a poner en ejecución una que me ha venido a la cabeza en el cabaret.

–Me la estoy imaginando.

–Eres un tipo listo. Valdrías para detective.

–Si te oye mi mujer se burlará de ti. Está convencida de que los auténticos detectives son un producto exclusivo de la imaginación literaria norteamericana.

–¡Ah! ¿Sí?

Debió pasar un convoy por algún andén porque se oyó un estrépito sordo y prolongado.

–Pues tu mujer podía echarme también una mano –concluyó Veremundo.

–No la convencerías ni harta de vino.

–Podíamos intentarlo.

–¿Emborracharla?

–Convencerla, hombre de Dios. Pedirla que colabore. Urdir una trama para que Pepín y Jutta acaben conociéndose.

–¿No saben que existen?

–Sí. Pero si no les he presentado todavía, es para crear en ellos el deseo. Alimento su fantasía. La de Pepín, primordialmente, porque a Jutta no hace falta estimularla, se lo querrá follar, seguro. Te digo que es tan sinvergüenza como su padre.

–¿Y por qué quieres mezclar en todo esto a Shey?

–Las mujeres son estupendas catalizadoras.

–¿Y si contamos con ella sin que ella sepa que la utilizamos? –propuse.

–Cuando se entere, te montará un número.

Me di cuenta de lo cansado que estaba. Había olvidado cómo era mi propia mujer.

–Está bien. Pero serás tú quien se lo proponga.

–¿Qué hora es?

–La menos apropiada para hacerlo. Las cuatro y veinticinco.

–A y media pasa un cercanías que para en Köpenick. Mañana te llamo...

Y salió corriendo hacia los andenes.

Cuando llegué al hotel, encontré a Shey leyendo un libro, completamente desvelada. En la mesilla de noche estaba el “ABC” abierto por la página de pasatiempos, con el crucigrama a medio completar, prueba de que mi mujer es inteligente, pero no enciclopédica.

–¿Me estabas esperando? –pregunté, incitado por esa vaga conciencia de culpa que tenemos algunos hombres cuando trasnochamos.

–Todavía no me he metido en la cama. Me he puesto a ver la tele y se me ha ido el sueño. Luego he cogido este libro, y me he dejado absorber –me lo tendió, era “The Lost Museum”, el Museo Perdido, “la conspiración nazi para robar las mayores obras de arte del mundo”, de Héctor Feliciano—. El autor es un periodista yanqui. Es fantástico.

Hoy, al rememorarlo, me pregunto si Shey estaba haciendo una referencia implícita a mi trabajo sobre “Venenín”. Entonces, ni se me pasó por la cabeza. Será porque la tenía embotada.

–¿Sabías que los gerifaltes nazis se dedicaron a expropiar las colecciones de arte de los judíos ricos de la Europa ocupada?



–No tengo detalles, pero los creo capaces.  
¿Menciona el autor a alguien de tu familia?

Puso una expresión del mismo tono burlón que la pregunta.

–Un banquero, David David-Weill. Pero apenas nos hablamos...

–Ese nombre me suena.

–Fue el que pagó el transporte para llevar los cuadros desde El Prado de Barcelona hasta Ginebra, en enero de 1939. Alguien debería recordarlo y hacerle un monumento.

–¿Por qué?

–Porque si no, se habría perdido un tesoro universal.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Lo deduzco.

–Creía que tus deducciones se basaban en hechos, no en suposiciones... Estoy rendido. Creo que me voy a meter en la cama sin cepillarme los dientes.

–¿Me dejarás leer un ratito más?

Me desnudé, me limpié los dientes y me introduje entre las sábanas, de las que pronto me desprendí, porque la calefacción más el edredón me producían un calor sofocante.

–¿Cómo van tus gestiones? –le pregunté al cabo de un rato, desvelado yo también.

–Girando como un tiovivo. ¿Y las tuyas?

–En la montaña rusa. Veremundo ha tenido la ocurrencia de que le ayudes en un incesto.

–Ese hombre es un inmoral sin sentido de la medida.

–En realidad no es un incesto. Veremundo tiene una hija alemana, y quiere que se enrolle con su hijastro español para librarlo a él y a sí mismo de una pesadilla llamada Pamela.

–¿Pero tú no estás escribiendo un libro sobre un delincuente juvenil? Eso que me cuentas me suena a otra novela.

–A este paso, lo será.

Como el lector puede comprobar, lo ha sido. Pero en aquel instante, ni lo vislumbré.

–¿Por qué no les citamos a todos mañana por la tarde en la cafetería del hotel Adlon?

Me dejó tan sorprendido, que tuve una reacción oportunista rara en mí, no porque sea un tipo abrumado fácilmente por los escrúpulos, sino porque me cuesta improvisar, a pesar de mi esquizofrenia.

–¿A qué hora?

–Sobre las siete y algo, antes de la siete y media.

–¿Con qué excusa?

–Que les quiero proponer un negocio. Traducciones, intérpretes o algo así.

–Oye, ¿el hotel Adlon no estaba en obras?

–Sólo algunas habitaciones. La cafetería y el restaurante funcionan.

Entonces fue cuando me dijo eso de que Veremundo le parecía un tipo encantador.

### **Veleidades marginales**

Las instrucciones de Shey sobre la cita fueron

en extremo precisas. Debí haber sospechado algo, pero la convivencia con mi mujer me había enseñado algunas cosas, no muchas, pero sí seguras. Por ejemplo, que era muy concienzuda en sus planes, por lo que no había nada de extraño en los detalles que recalcó.

–Ni antes de las siete, ni después de las siete y cuarto. Tiene que ser así. ¿Vale? Las personas con las que he quedado son muy rigurosas.

–Pero, ¿va en serio lo del negocio?

–Totalmente.

–¿Yo también tengo que llegar a las siete y cinco?

–No. Tú tienes que llegar a las seis y media en punto. ¿Tienes otra cosa que hacer?

Era obvio que no.

Veremundo aseguró que citaría a su hija y a su hijo por separado, y que luego acudiría él. El encuentro se había encarrilado de un modo endemoniadamente fácil.

–¡Pero no después de las siete y cuarto!

–¿Por qué?

–Ni idea, chaval. Si lo dice mi mujer, por algo será.

–¿Sabes una cosa? –me dijo en un tono confidencial–. Tengo visiones.

–¿Pesadillas?

–No. Visiones. Visiones apocalípticas.

–¿No te habrá contagiado Pepín?

Veremundo no contestó, se limitó a despedirse con un hasta luego.

La cita de Shey era a las cinco y media. Yo tenía que aparecer una hora después. Creí detectar un punto de melodramatismo en las precauciones de mi mujer.

A las seis y veinticinco atravesé el vano central de la puerta de Brandemburgo, bajo la cuadriga imperial de bronce. Había anochecido y apenas había un puñado de turistas recalcitrantes e invulnerables al frío. Avancé hacia el hotel escuchando mis pasos sobre los adoquines de la resplandeciente Pariser Platz, sintiéndome el anacrónico personaje de una película sobre la guerra fría sepultada por la globalización. Las ruinas del Adlon fueron cuartel general de las tropas rusas de ocupación. Los comunistas alemanes lo rehabilitaron a medias, y acabaron demoliéndolo. Pero el capitalismo lo acababa de reconstruir en un sólido e inmenso bloque, copia casi exacta del modelo imperial.

Un corto zaguán conducía desde la entrada al salón donde se hallaba el fulgurante bar. Era un lugar muy acogedor, pero sin el tronío del Palace o del Ritz madrileños.

Shey se hallaba a la derecha, en un balcón algo elevado, separado del resto del espacio por una balaustrada barroca. La acompañaban dos hombres sombríos en traje de chaqueta. Los tres se hallaban sentados en sofás de tapicería ocre.

En medio del salón había una alta fuente de hierro colado con ocho troncos de elefante dentro de un pilón circular, rodeado en la base por ocho ranas de cobre con la boca bien abierta. En torno a la fuente se disponían las mesas, las sillas y los tresillos de tapicería ocre y encarnada.

Al fondo, dos escaleras subían al primer piso, donde había una galería, cuadrada como el salón, con



cuatro esquinas en forma de balcón. En una de ellas, al lado de una mujer en traje de noche que tocaba un piano de cola, se asomaba a la balaustrada una joven rubia, curioseando. Me entraron ganas de seguir ascendiendo y colocarme como ella a observar, porque no tenía ni pizca de gana de unirme a Shey y a sus colegas. Los individuos eran ya maduros, y vestían paño caro, pero cortado al gusto vulgar del nuevo rico. Ambos tenían rasgos eslavos. Uno, con cara de lagarto, el otro, cara de perrito de la pradera.

Obedecí a mi sentido de la responsabilidad. Shey me presentó a los dos tipos, que parecieron extrañarse de mi llegada. Luego siguió hablando con ellos en una lengua indescifrable, que me figuré sería yiddish. Me puse a mirar a mi alrededor. La joven del piso superior seguía allí, observando, mejor dicho, observándonos.

De pronto descubrí que era Jutta Etwen, la hija

de Veremundo. No la había reconocido porque no vestía indumentaria de joven, sino ropa de señora de mediana edad. ¿Qué hacía allí, con los brazos en la balaustrada, media hora antes de lo previsto?

Pasaron quince minutos, que aproveché para observar a los interlocutores de Shey y para beberme una tacita de café expreso de buena calidad, probar un trozo de deliciosa tarta de chocolate y una botella de agua mineral con gas. Me dio la impresión de que a los tipos no les hacía gracia mi presencia. Uno de ellos, no obstante, frunció los labios en una sonrisa, y me preguntó algo, que Shey tradujo.

—¿Quiere saber si eres periodista?

Asentí con la cabeza.

Pasó otro cuarto de hora. Me distraje mirando el surtido de tartas y pasteles situado en un amplio carrito con varios pisos, pegado a la balaustrada donde

me encontraba. Alargando la mano, me podía haber hecho con alguno, pero no estaba de humor para organizar un escándalo.

Se presentó Pepín con gran puntualidad y en atuendo convencional, sin duda aleccionado por su padre. Me reconoció, pero por alguna razón no se atrevió a acercarse y se sentó en un sofá aledaño. Inmediatamente se aproximó a él un atildado camarero para sacarle los cuartos. Nadie entraba impunemente en el Adlon, salvo, al parecer, Jutta, que seguía observando desde el balcón de la pianista, cuyos dedos desgranaban melodías de hilo musical.

Enseguida se presentó Veremundo. Nos saludó desde lejos, se dirigió a su hijo, lo trajo a la reunión, y Shey nos presentó con ceremonia. Al citar a Veremundo, los interlocutores de mi mujer torcieron el gesto, pero en seguida sonrieron con cordialidad forzada. Le saludaron con inexplicable

condescendencia... y no tardaron en despedirse.

–¿Qué les has dicho de mí? –preguntó Veremundo mosca, porque algo entendió de la presentación, puesto que el yiddish se basa en el alemán.

–La verdad, que eres un funcionario del Ministerio de Justicia español.

–¿Eso les has dicho? Pues les has engañado. Soy un laboral fijo.

–Pero ¿a que ha tenido efecto?

Yo miré desconcertado a Shey.

–Son *businessmen* rusos de poca monta y menos escrúpulos. Se dedican al negocio de coches – dio un suspiro que pareció librarla de un peso–. La empresa de intérpretes, en realidad era una tapadera. Les he citado hoy para asegurarles que no me

interesaba el asunto. Me juraban que yo jamás saldría perjudicada, que la cobertura era perfecta.

–¿Cómo no me dijiste nada? –pregunté abrumado por el estupor.

–Porque era un asunto entre judíos, y tú eres gentil. Los gentiles veis las cosas de otro modo.

–¿Y por qué nos has hecho venir, entonces?

–Porque quería que supieran que yo estoy casada con alguien que no es judío, y con amigos influyentes.

–¡Nos has utilizado! –exclamé sin poderme reprimir, consciente de que no debía haberlo dicho.

–¿Y Veremundo y tú, no queríais hacer lo mismo conmigo?

Miré a mi amigo, y éste a su hijastro, que

parecía del todo ajeno al enredo.

–¿Y Jutta? ¿Todavía no ha venido? –preguntó Veremundo, zanjando la cuestión.

–Sí –dije, y señalé hacia el rincón colgante del piano.

Pero la muchacha había desaparecido.

De pronto se materializó detrás de nosotros. Esbozaba una insegura sonrisa. Era alta y rubia como una modelo, pero algo rellenita. Sólo en la curva de las mejillas se parecía una pizca a Veremundo. En la amplia bóveda de la frente y en sus inmensos ojos azules debía de haber salido a su madre. Vestía una indumentaria modesta, nada juvenil, muy de Alemania del Este, un rasgo de distinción entre alemanes “ricos” y alemanes “pobres”.

Veremundo hizo las presentaciones en un

precario alemán, disculpando a la chica, que no hablaba más que su idioma y el ruso. Hubo un silencio, y al cabo Shey tomó la palabra, después de lanzarme de soslayo una mirada interrogativa. Esto me desconcertó. Pero como enseguida Veremundo, Jutta y Pepín se engancharon en la conversación, me desentendí del asunto, sin siquiera preguntarme qué tipo de negocio estarían tratando, real o virtual.

Después de un rato de desconexión, advertí que Shey llamaba mi atención en español. Me sentí como si me despertaran de un sueño, porque me había desparramado por el salón lujoso del Adlon haciendo conjeturas históricas, que es mi forma de soñar despierto.

–Jutta te tomó al principio por el jefe de la banda.

–¿De qué banda? –dije sin estar seguro de si se trataba de una broma de Shey.

Pero la muchacha asintió con una sonrisa y dijo algo.

–Te vio dirigirte aquí con un aplomo de jefe de banda.

–¡Qué imaginación! –exclamé, porque pocas veces me había sentido tan inseguro como al entrar en el hotel Adlon—. ¿Y ella, qué hacía en con la pianista?

–Es amiga suya. Al ver a los hombres que hablaban conmigo, los reconoció.

–¡Pero en qué negocios está metida esta chica! –exclamé.

–En ninguno –intervino Veremundo adoptando un papel de padre—. En realidad reconoció a uno de ellos. Un ex-funcionario de cultura soviético. Mi hija ha estudiado canto, y antes de caer el Muro tuvo una beca en Moscú.



Shey le cortó con una carcajada.

–¿Sabes lo que me han propuesto cuando les he informado de que eras un periodista *freelance*? Si yo aceptaba el negocio, te pasarían información clasificada. ¿Sabes lo que poseen?

Meneé la cabeza negando. Quizá eran dueños de secretos nucleares y estaban dispuestos a venderlos. A veces la realidad es copia fiel de los estereotipos de la ficción.

–Un montón de fichas de la STASI.

Jutta intervino al escuchar la palabra Stasi. Shey la dejó hablar y luego tradujo para mí.

–Dice que antes de que los ciudadanos alemanes libres pudieran hacerse cargo de los archivos de la STASI...

–El edificio que te enseñé la otra noche... – explicó Veremundo.

–...Algunos agentes se apropiaron de lo que pudieron y se lo llevaron. Son materiales propios para el chantaje, porque revelan secretos de empresarios y políticos occidentales.

–¿Comunistas?

–Y socialistas. Y conservadores...

–¡Los fachas, también! –exclamó Pepín, con la avidez del que confirma una terrible sospecha.

–Podrías haber escrito un *best seller* –dijo Shey en tono jocoso.

–Nunca llegaría a publicarse. Nadie se atrevería –añadió Veremundo, muy serio.

Pregunté a Veremundo qué excusa había inventado para el encuentro de la parejita. Me dijo que ninguna, que les había dicho que había llegado la hora de que se conocieran.

Shey, que estaba exultante por haberse librado de los rusos, nos invitó a cenar a todos. Fuera del Adlon, advirtió con naturalidad, señalando los exorbitantes precios de la *Speissekarte* o menú.

En un autobús casi vacío nos dirigimos por la avenida de Unter den Linden hasta cruzar un río Spree a punto de congelarse. Nos apeamos y nos dirigimos a pie a Hackescher Mark, una zona de restaurantes asequibles y de todo género. Nos metimos en uno que decía ser vietnamita.

Después de varias cervezas alemanas, empezamos a animarnos. Para alegría de Veremundo, Jutta y Pepín charlaban con fluidez. Al parecer, Jutta daba detalles de sus aficiones musicales, que de los *Lieder* de Schubert habían derivado al rock alemán oriental. Siendo ya una adolescente, había prestado su voz en una ocasión a un grupo llamado Silly, lo más parecido al heavy metal que había tolerado la

República Democrática Alemana.

Esto complació a Pepín que, aunque no sentía la más mínima inclinación por los epígonos de Iron Maiden, sintonizaba con el atrevimiento alternativo de la muchacha. Veremundo, que nos daba disimuladamente detalles de la conversación a Shey y a mí, hacía muecas. Luego me explicó que Jutta no tenía ninguna veleidad marginalista, porque había vivido su infancia y su primera juventud en una sociedad auténticamente alternativa, la dictadura férrea del camarada Honnecker, y conocía a fondo sus limitaciones. Las flaquezas del capitalismo le desconcertaban, pero no le provocaban mala conciencia de pija occidental.

Llegado un momento, Pepín sacó un folleto del bolsillo, se lo enseñó a Jutta, y al rebañar el postre, los dos se despidieron tan contentos, agradeciendo a Shey la invitación.

La marcha fue tan apresurada, que Pepín dejó olvidado el folleto sobre la mesa. Shey lo cogió, y lo leyó mondándose de risa. Se lo enseñó a Veremundo, que soltó una carcajada triste, de loro viejo acostumbrado a su jaula.

–Este Pepín es un burro terco. Ha invitado a Jutta a una performance. La va a espantar.

–Quizá no –apuntó Shey–. Quizá le seduzcan las bromas alternativas del capitalismo.

–No veo yo a mi hija muy inclinada al nihilismo de esos okupas. A lo mejor hasta rebrota en ella el apego al estoicismo del SED –afirmó con convicción Veremundo.

El SED era el viejo partido socialista alemán oriental, monolítico y burocrático.

Quise saber de qué se trataba la propuesta de

Pepín. Shey ejerció su oficio. Tomó el folleto y tradujo con seguridad del alemán como si estuviera leyendo en español.

–“Identidades estratégicas” es un proyecto interdisciplinar, compuesto por un conjunto de actividades desde donde se pretende generar una plataforma de pensamiento crítico alrededor de un tema central: el análisis de la cuestión identitaria desde todos sus puntos de vista, inscrito en los actuales debates del arte contemporáneo y, a su vez, dirigido hacia otros planteamientos transversales del feminismo, el activismo o los discursos transculturales...

La interrumpí.

–Prefiero escucharlo en alemán. Igual me entero de algo. Pero más tarde.

## Mala energía

–Lo que menos me gustaba de esos *businessmen* rusos era... –me dio la impresión de que Shey estaba a punto de naufragar en un torbellino de idiomas–. *Ihre Hoffhart*... –se recuperó de golpe–. Su soberbia, su arrogancia. Su atrevimiento. Creen que gozan de la misma impunidad que cuando formaban parte del aparato comunista...Acabarán en la cárcel.

–Podías haberme advertido... –me aventuré.

–En mis dificultades, sólo recurro a ti en casos extremos. *It's an agreement*. ¿No te acuerdas?

Shey y yo habíamos pactado explícitamente un montón de cosas cuando nos pusimos a vivir juntos; y una montaña más, implícitamente, cuando nos casamos por lo civil y según el rito judío. Tantas, que era difícil recordarlas todas.

Sin embargo, era patente que Shey estaba en deuda moral conmigo, y me aproveché de la circunstancia.

–Me gustaría que me hicieras un favor con Pepín... Querría que te vieras con él, que conversaras un rato, y que intentaras contrastar algunas informaciones que me ha ido dando Veremundo. Sigo sin fiarme de él.

–¿Por qué?

–Pues, por detalles. Por ejemplo, dice que no tiene ni idea de los horarios de los ferrocarriles, y en medio de una borrachera se acuerda de que en cinco minutos puede coger un tren de cercanías que para en Köpenick...

–No. ¿Que por qué quieres averiguar si dice la verdad?



–Porque tengo un compromiso con su mujer. Algo tendré que contarle a Fernanda cuando volvamos a España.

–¿Qué quieres que averigüe, *bloodhunt*?

–No soy un sabueso. Simplemente, un tipo de palabra.

–Lo sé, cariño.

Y me sonrió de un modo inequívoco. Nos quedaban dos noches en Berlín, donde habíamos llegado con un objetivo eugenésico.

Yo no quería citarme con Pepín porque antes de que pasaran dos minutos, habría descubierto mi propósito, y se habría puesto a la defensiva. Sabía que Shey era capaz de obtener de él informaciones valiosas. ¿Estaba Pepín enamorado de Pamela? ¿Había llegado siquiera a conocerla? ¿Qué hacía

Veremundo en Berlín oficialmente? ¿Y realmente? ¿Era buena o mala la relación entre padrastro e hijastro? Y entre Veremundo y Fernanda ¿había química, a juicio del hijo de ésta?

Shey cumplió su misión con la misma precisión que mi ego y mi YO sus obligaciones eugenésicas.

–Ese muchacho es el estereotipo del joven sin asideros ideológicos. En cuanto le metes en un terreno pantanoso, se pringa hasta las cejas. Si su generación no reacciona, el mundo caerá en manos de demagogos o algo todavía peor –fue el diagnóstico de Shey–. Son buenas personas, pero sin defensas.

Pepín debía de ser un libro abierto, para que todo el mundo leyera en él la misma historia de flojedad moral. Un libro mediocre. La astuta judía vino a confirmar casi todo lo que Veremundo me había asegurado, sólo tras media mañana de conversación con él.

–Pero ¿a ti no te parece raro que un padrastro se tome ese trabajo en salvar a su hijastro de la catástrofe? –medité yo en voz alta.

–A mí, no, cariño. Si es un hombre con sentimientos...

–No digo yo que Veremundo sea un desalmado. Pero es un pragmático, un tipo que siempre ha puesto su interés por encima del de cualquier otro.

–Puede haber cambiado.

–Sus razones tendrá, sí.

–Es posible que esa Pamela sea un mal bicho –dijo Shey–. Aunque mi intuición me dice que es una chica como Pepín, pero que ha despertado de golpe, se ha enfrentado al mundo real y ha reaccionado *the wrong way*.

–Mal.

–*That’s it.*

–Me alegro de que volvamos ya a casa. Estoy deseando acabar el libro sobre “Venenín”, para olvidarme de Ypébula, de Veremundo y de su extraña familia.

–¿Esa isla tiene mal rollo?

–En un lugar lleno de bandidos convictos tiene que concentrarse mala energía... Ya. Ya sé que esto es una afirmación sin fundamento. Que no se registra en ningún aparato. Que no hay materia...

–¿Te parece poca materia varios miles de ladrones, asesinos, estafadores, dementes y psicópatas reunidos en una isla? Yo también me alegro de que vayas a acabar con ese tema, cariño.

Aterrizamos en un Madrid tibio. Desde bien

lejos se percibía la coraza contaminada con la que se protege del invierno la ciudad. Fue un triste aterrizaje, porque antes de abandonar el aeropuerto de Barajas, Shey notó que le bajaba la regla. Era como si hubiéramos malgastado nuestra inversión en Berlín.

–Lo seguiremos intentando, cariño –intenté consolarla.

–¡Qué tonterías se me ocurren! –dijo Shey en un tono inconsolable–. Tengo la impresión de que Pepín y Jutta follaron aquella noche. ¡Y puede que ella se haya quedado embarazadísima!... No puedo ser tan injusta y tan cruel, Elohim me castigará.

Estábamos haciendo cola en la parada de taxis de LLEGADAS. Me sentí tan a disgusto con el mundo, que encontré justificado romper las convenciones. Cogí de la mano a Shey, subimos al nivel de SALIDAS, y nos metimos en un taxi que

acababa de descargar a unos viajeros. Había una pareja de municipales, pero nos miraron con desgana, fingiendo que no se daban cuenta de que estábamos haciendo trampa.

Pocas veces me había parecido la entrada en Madrid tan desconsolada. Las obras salpicaban el paisaje. Había tramos en los que parecía que la ciudad acabara de sufrir un terremoto, y la reconstrucción hubiera empezado con caótica diligencia. Yo me sentía igual, como si tuviera la conciencia llena de grúas echando los cimientos de un edificio improvisado. Me ahogó una gran prisa por acabar la historia de “Venenín” y empezar algo nuevo lejos de aquel Madrid periférico erizado de púas gigantes. Necesitaba irme a *Fairyland*.

## **La paradoja de los horizontes**

En escasas horas me recuperé de la primera impresión que da Madrid a los viajeros aéreos a causa de ciertos signos evidentes: ser una ciudad magrebí.

Pronto empiezan a distinguirse sus virtudes europeas, las importadas y las autóctonas. Pero las huellas de la antigua miseria chabolista y del desorden bereber quedan como una pintada de alquitrán en un muro encalado varias veces sobre unas letras cuya sombra asoma indeleble.

Además faltaba muy poco para la Navidad, y la iluminación de las calles derramaba alegría sobre el pavimento. Yo soy de esa minoría que no tiene nada que reprocharle a la Navidad, frente a esa multitud de bocas que empiezan a emitir quejas y lamentos sobre la fiesta que se viene encima cuando llega la Inmaculada. Me gustan las bombillitas en los árboles,

los puentes de luces colgados de los edificios, las tiendas a reventar, las fachadas de los grandes almacenes con decorados cursis, la atmósfera de jovialidad, la excitación de los niños ante los escaparates de las jugueterías, el turrón de Jijona y las peladillas de Alcoy.

Me mudó el humor. A Shey, también. Vino de Praga un hermano suyo con su mujer y sus tres hijos a pasar aquellas fiestas de gentiles. Nos acomodamos en colchones inflables sobre el parquet por toda la casa. En aquel gusto por la improvisación, en aquel acomodo al caos doméstico confirmé el parentesco de todos los judíos con los mediterráneos de todos los credos y filiaciones genéticas. Además, una semana de colas a la puerta del baño y de desorden horario la aguanta cualquiera, siempre que sea un plazo fijo.

Pasó la Navidad, se despidió el viejo año, llegó el nuevo desde la Puerta del Sol, como si no tuviera



otro sitio por donde entrar, se perdieron los Reyes Magos con su caravana calle Alcalá arriba, después de acariciar con sus capas a la diosa Cibeles y a sus leonazos.

Y yo me puse a repasar el manuscrito de “Venénin”, después de un empujón agotador de la voluntad para superar la neurastenia que me provocaban él y su historia.

Había pasado San Antón cuando llegó la carta de Veremundo.

La encabezaba una cita.

*“Profundas son las heridas de la suerte, pero curables. Las que un corazón hace a otro corazón, las que el corazón se hace a sí mismo, esas son incurables.”*

*Como sé que eres un apasionado de Goethe, e*

*imagino que sabrás que la cita no es completa, te advierto que no estoy al borde del derrumbe moral, aunque sí cerca. Por si te falla la erudición, te recuerdo que esas palabras las pronuncia el personaje de Stella casi al concluir el drama que lleva su nombre, y terminan “y así... me muero”. Yo no me muero. Todavía.*

*Sufro una enfermedad incurable: la Paradoja de los Horizontes, cuyo síndrome resumido es el insomnio, el desasosiego, la melancolía y a veces el sarcasmo. Contra este último combato cuanto puedo, porque le temo al cinismo más que a una vara verde. A nuestra edad, el cinismo es letal para el alma.*

*La Paradoja de los Horizontes empieza a producirse en cuanto uno se da cuenta de que el tiempo le está derrotando.*

*Cuando se es joven, el horizonte vital se*

*despliega ante uno con profundidad finita. ¡Pero no te das cuenta! Y eres incapaz de mirar y de prever más allá del día siguiente. Por inercia, te fías de tus padres, de tus profesores, de tus mayores, aunque en el fondo crees que sus admoniciones de prudencia y previsión son un defecto de la edad. Cuando se es joven uno no se ve a sí mismo con cincuenta o sesenta años. Se cree inmune a los efectos de la edad.*

*Cuando de pronto admite uno haber sido la derrotado por el tiempo, entre los treinta y los cuarenta años, empieza a vislumbrar el límite del horizonte que le queda a su vida. Pero aparta a un lado la idea de un manotazo, porque es incómoda e inquietante.*

*Cuando se aproxima uno a la vejez y no se es un idiota, ves con claridad que el horizonte no es infinito. Y te acollonas.*

*Y cuando las circunstancias te revelan sin piedad que tienes los días contados (quien dice los días, dice los años, pero me concederás que a nuestra edad, los años se parecen a los días), cuando sientes que casi puedes tocar con las manos el horizonte que te queda, empiezas a dormir mal, a sentir desasosiego, a ponerte melancólico, a volverte un cínico. En definitiva, despiertas de la modorra juvenil y comprendes la vida, te das cuenta de que no era aquel descuidado paseo a través de paisajes a veces catastróficos, a veces refulgentes, pero cuya cualidad efímera los hacía más transitables.*

*En la juventud, el horizonte de la vida es infinito, y lo menosprecias. En la madurez, cuando se estrecha, calculas con avaricia todo lo que te queda por hacer y miras atrás sin ver nada, porque el pasado se ha ido despeñando en un abismo.*

La carta de Veremundo estaba manuscrita a

pluma estilográfica, y constaba de veintitrés folios de gruesa e irregular caligrafía, aunque sencilla de descifrar. No la transcribo completa, porque podría constituir un ensayo moral dentro de una novela, como hacían Cervantes o Mateo Alemán, casi al principio de la narrativa moderna, mucho antes del descubrimiento y abuso del hipertexto y del metalenguaje.

Reproduciré sin embargo sus párrafos más significativos.

*En el abismo de mis faltas (no de mis pecados, ojo), hay cinco muy recientes que me están pasando factura.*

*Uno. Me enamoré de Pamela en ocasión inoportuna. Rompí mi propia norma, esa experiencia contrastada que me decía que la mejor forma de saborear a una mujer era embaucándola,*

*aprovechándote de sus flaquezas. Y mira cómo estoy.*

*Dos. Pamela era una chica de escasa formación, aunque estaba matriculada en la Universidad a Distancia, sin preocupaciones éticas ni estéticas. En pocas palabras, una garrula (palurda), como mucho, una gárrula (charlatana). Se ganaba la vida como dependienta en la panadería de su difunta madre. Y yo cometí la torpeza de querer introducir en ella una razón moral. Quise ayudarla a encontrar un sentido nuevo a la vida, salvarla de la mezquindad intelectual, de la vaciedad, de la abulia. Desperté en ella la codicia.*

*Tres. Puse ante ella a mi hijastro Pepín como ejemplo de aquello que la vida reserva a los privilegiados, una vida cómoda pero hueca. Quise alimentar la ambición de Pamela, y se apoderó de Pepín.*

*Cuatro. Estaba convencido de que sería capaz de proteger a Pepín de Pamela y de otras alimañas disfrazadas de cordero ambientalista y antiglobalizador, y he alimentado más aún su fantasía buen rollito.*

*Cinco. Supuse que Jutta era una estoica del estalinismo germánico porque no quiso acompañar a su madre al Oeste, y se acaba de marchar a España asociada a ese antiguo burócrata soviético que se dedica a vender Mercedes y BMW de segunda mano o vaya usted a saber si robados. Por cierto, que ha aprendido español en un mes, a costa de Pepín, a quien ha dejado tirado y sumido en la aflicción.*

También daba detalles de su inmolación a Pamela.

*El verdadero nombre de Pamela es Socorro. Yo me lo tomé en serio. La conocí en una panadería a la*

*que solía acudir a comprar coca y empanadillas. Tonteaba con ella, una costumbre que he practicado siempre por puro automatismo de don Juanete. Un día me enteré de que había nacido en Zaragoza, y se me ocurrió soltar el chascarrillo ese de la única palabra acentuada en todas las sílabas. Ella, casi sin mirarme, despachando una barra de cuarto a una señora, dijo con desenvoltura:*

*–Sí. Me he tenido que acostumbrar a oír el tópico. Es lo malo de ser aragonesa.*

*–Pues has hecho bien en tomártelo con calma, porque el mundo está lleno de botarates como yo, con la imaginación de un cántaro.*

*Mi reacción fulminante me salvó de su desprecio. Poco a poco fui granjeándome su simpatía. Sin darme cuenta, me obsesioné con ella, porque era esquiva y desafiaba mi habilidad de*



*seductor, porque estaba más buena que el pan que despachaba, y porque hacía mucho tiempo que no me embarcaba en una aventura erótica.*

*Socorro estaba a punto de cumplir los treinta, y acababa de separarse de un guapo mozo con el que no había llegado a casarse, pero sí a convivir, un electricista empleado en una de las prisiones de Ypérbula.*

*Según ella, seguía enamorada de él, pero no soportaba su compañía doméstica. ¿Por qué? Todavía no he llegado a saberlo. Quizá Socorro tampoco.*

*El nombre de Pamela se lo puse yo. Un día le di un azote cariñoso en el culo (¡qué culo, hombre de Dios!) y dije, “¡Pam!” Y ella dijo, “Me gusta”. Lo que provocó que le diera otro, un pelín más fuerte. Levanté la mano camino del tercer palmetazo, y ella*

*me la sostuvo poco antes de impactar en la nalga. “No me gusta que me des una azotaina, sino ese nombre, Pam. Si quieres, entre tú y yo, seré Pam, Pamela, ¿vale?” El corazón se me hizo gelatina. Acabábamos de forjar un secreto íntimo.*

*¿Por qué me enamoré de Pamela? O escribo un libro o lo resumo en esto: por idiota, por chocho. Es mejor que te cuente cómo me enamoré de ella. Iré al grano.*

*Pamela folla... Conviene que contenga mis expresiones. Pamela no se fatiga, no se harta, siempre está dispuesta, sabe acoplarse a su amante, goza de cualquier destello de la imaginación, de la rutina, de la circunstancia, de la hora. El sexo aniquila su desidia natural, la vuelve loca. Pero sabe exigir, y doblarse. Poner condiciones y humillarse. Todo, con maestría melodramática. Es una actriz consumada. Tanto, que en un momento temí que*

*estuviera fingiendo en su goce sexual. Pero creo que no, que no finge.*

*Antes de que nos acostáramos por primera vez, me advirtió que no quería que todo se quedase en un solo polvo. Yo, que había sido muy explícito en que no tenía ninguna intención de abandonar a mi mujer ni de convertir a Pamela en una amante habitual (me tiraba el pego asegurando que tenía varias), me asusté tanto que estuve a punto de arrugarme. Entonces ella explicó que la primera vez suele ser un fracaso, que para sacarle partido al sexo hay que insistir. Me pareció un razonamiento digno de una buena cabeza, y muy conveniente en lo que a mí tocaba.*

*Varios meses llevábamos gozando, cuando me contó una historia folletinesca. Su padre, un ex-presidiario zamorano rehabilitado, no era copropietario del horno. La única dueña legal del*

*negocio era la madre de Socorro, que había fallecido meses antes. El impactante secreto lo descubrió Socorro con motivo de la tramitación del testamento. El horno no había sido una inversión de la madre, sino la donación escriturada de cierto varón de una rica familia zaragozana, ciudad donde la señora había vivido, al parecer dedicada a otro tipo de negocios no regulados por la ley.*

*En el descubrimiento intervino una circunstancia todavía más novelesca que me abstengo de contarte para no distraer tu trabajo sobre “Venenín”, al que imagino debes dedicar tus mejores esfuerzos. Ocurrió poco antes de tu aparición por Ypébula.*

*El caso es que Socorro-Pamela averiguó lo peor que puede averiguar un ser humano, que su padre no era su padre.*

*Pamela quedó destrozada por el descubrimiento. Y a mí me dio lástima. Se llamaba Socorro, y no pedía socorro. Pero a mis culpables tímpanos llegaban los susurros de su atribulada conciencia. Además, yo creo que ya estaba enamorado.*

*Pero la cisqué.*

*Una noche que había ido a cenar a su casa (aprovechaba los viajes de Fernanda a la península), sacó una zarzuela de pescado y ni siquiera la probó. Le pregunté si estaba enferma, y me contestó que había decidido no comer nunca más animalitos, que lo hacía por ética, porque le daban pena las condiciones en las que los seres humanos los crían para sacrificarlos.*

*–¡Pero si estos peces han nadado libres por el mar antes de venir a parar a esta sartén! –repliqué*

*sin poder ocultar mi indignación—. ¿Me estás llamando inmoral porque me gusta la ternera? Además, tú fumas como un carretero. ¿No te parece una falta de ética hacerlo delante de personas a quienes les perjudica el humo?*

*Se quedó callada.*

*Aquella noche volví a mi casa con el rabo literalmente entre las piernas. De madrugada me desperté sin sueño. Empecé a darle vueltas a la cabeza, y se me ocurrió que debía ayudar a Pamela a encontrar un modelo ético homologado por el sentido común, no por el buen rollito.*

*Le compré libros. Sostenía con ella apasionadas discusiones filosóficas y políticas.*

*Tiempo después, un día, me encontré en la mesa del comedor de su casa un ejemplar de “Las Afinidades Electivas” de Goethe. Se había enterado*

*de la trama de la novela en un programa de cultura de una radio de derechas, y la había comprado para regalármela.*

*Me sentí atrapado en una pinza. Uno de sus brazos era la inteligencia ética, mis esfuerzos por construirla en Pamela habían tenido éxito. El otro brazo era la decisión de Pamela de despacharme, una excrecencia lógica del primero.*

*Con aprensión, le pregunté con quién me identificaba en la novela de Goethe, si con Eduardo o con el capitán. Me contestó que con el conde adúltero.*

*Goethe es un valor que cotiza poco. Así que resumo, para aquellos que sólo invierten en la bolsa de los nuevos valores, el contenido de “Las Afinidades Electivas”. Eduardo y Carlota, enamorados desde la infancia, se casan tardíamente,*

*después de años de privaciones afectivas en provecho de sus haciendas (su primer matrimonio fue con cónyuges viejos y ricos). Aburridos de su soledad, pues viven en una finca espléndida pero alejada del tráfico urbano, deciden invitar a Otilia, una jovencita inocente protegida de Carlota, y a un capitán veterano, antiguo compañero de armas de Eduardo, ambos sin recursos. La primera, para que dirija el servicio de la casa, el segundo, para que lleve a cabo una remodelación de las propiedades de la finca. Las afinidades electivas es un fenómeno natural que llamó la atención al espíritu alquímico de Goethe: hay elementos, materias, que tienden a permanecer juntos sin el menor esfuerzo; pero si se hace intervenir a otro elemento determinado, los separa, y provoca la unión inesperada de uno de ellos con un cuarto que pasaba por allí. El capitán separa involuntariamente a Eduardo de Carlota. Eduardo se vuelve loco por Otilia, y viceversa. Y la historia*



*acaba en tragedia. Una tragedia moral. Personajes secundarios son el Conde y la Baronesa, una pareja de competentes adúlteros que visita el castillo de los protagonistas, y cuyo papel en la novela es de augures nefastos.*

*Así fue como Pamela me dio la patada de despedida, con el arma que yo le había proporcionado irresponsablemente. Y encima, capturó a Pepín. Pamela se había vuelto una persona moral, una malvada. Me di cuenta que si la hubiera educado como una beata del progresismo, la habría tenido en el bote hasta cansarme de ella.*

Algunas pequeñas aventuras y algunas ilustraciones más o menos novelescas escribía Veremundo en sus veintitrés folios.

*Consumada la ruptura, supongo que en la época en la que tú redactabas tu libro documento,*

*empecé a urdir planes irrealizables para rescatar a Pepín de la madriguera de Pamela. Sabía que debía hacerlo con habilidad demoníaca y con contundencia terrorista, para evitar males mayores.*

*Cierta tarde, rondando a mi hijastro, me colé en su habitación y empecé a sondearle. Para disimular mis nervios había tomado de su mesa un libro titulado “This Little Band of Prophets”, y lo abrí al azar. Mis ojos se clavaron en una frase extravagante “Corpses will be provided”. Bernard Shaw, que fue un estricto vegetariano, advertía a los invitados a su casa que, a pesar de ello, “se servirán cadáveres”. El libro era una historia de los fabianos escrito por Anne Fremantle. Se lo pedí prestado por unos días a Pepín, que lo utilizaba en un trabajo sobre G. B. Shaw, y me lo leí de cabo a rabo. Descubrí anonadado que los fabianos habían sido los inventores del buen rollito, como tú me indicaste, y*

*antecesores de los hippies de salón, unos burgueses pijos con la conciencia sucia que, en lugar de mancharse el traje y las manos en asambleas sindicales, constituyeron una sociedad selecta para cambiar el mundo poco a poco y sentaron las bases del estado del bienestar. Bueno, qué te voy a contar si los conoces mejor que yo. Algunos eran verdaderos excéntricos, promiscuos militantes, naturistas, ¡y vegetarianos!*

*Me preocupé. Esa fue una de las razones por las que te encargué esa documentación sobre ellos, necesitaba conocer el efecto de las bombas de relojería que habían colocado en el corazón de Pepín, y de paso estorbaba tu trabajo sobre “Venénin”.*

Luego, Veremundo confesaba que no había encontrado ni la fórmula ni el valor para ser un terrorista satánico y volar la relación entre su antigua amante y su hijastro.

Así fue como, con mi libro sobre “Venenín” ya completo y sólo pendiente de un repaso definitivo, me dispuse a emprender el último viaje a la isla de los presos, a satisfacer la encomienda de Fernanda (que me había invitado varias veces a su casa, deseosa de noticias de Berlín) y, de paso, a anudar los pocos cabos sueltos de mi historia.

### **La versión de “Venenín”**

Un trastorno imprevisto aplazó mi viaje a Ypérbula durante un par de semanas más.

De un modo oscuro se había difundido en el territorio nebuloso de los media la especie de que yo era un experto en delincuencia juvenil, cosa rigurosamente cierta si se toma como referencia el escaso fundamento de muchos expertos de tantas cosas que escriben en los diarios y comentan

acontecimientos en la radio y en la televisión con seguridad campanuda.

El grado de burda impostura de estos especialistas es paralelo al misterioso método de difusión de algunas falsas noticias, como esa de que yo era un experto en delincuencia juvenil.

Así que me telefoneó un día alguien que dijo ser productor televisivo, proponiéndome mi integración en un equipo que se disponía a realizar un documental sobre jóvenes delincuentes. El cebo era que, debido a mi incuestionable capacitación, sería el guionista jefe. Naturalmente, en esa primera conversación ni siquiera se habló de dinero.

En la segunda, tampoco. En la tercera, saqué yo el tema. No había dinero. La subvención apenas llegaba para pagar los gastos básicos de grabación, alquiler de material, viajes, etc. Nadie cobraba.

En esa tercera reunión con parte del equipo, se me proporcionó un borrador de la propuesta de guión que no era ni borrador, ni propuesta ni guión, sino un cuadro sinóptico con afirmaciones que parecían puñetazos.

No puedo reproducirlo porque lo he perdido. En resumen, era una visión de la delincuencia desde el más estricto y suicida buen rollito. Se pretendía presentar a los criminales como víctimas de la desigualdad social, y a las víctimas como especuladores sin escrúpulos o agresores en potencia, a quienes el atraco, el asalto o el robo efectuado por unos niños infelices les había impedido transformarse en las aves rapaces que llevaban escondidas en sus almas.

Recuerdo una de las proposiciones de entrevistas. Se trataba de escoger a un delincuente juvenil, atarle un pañuelo a la cara al estilo bandolero,

colocarle delante de una pared de un barrio marginal, y dejarle hablar de su vida y milagros. La pared no era un muro cualquiera, sino una de no sé qué barrio deprimido donde alguien había escrito toscamente “NO A LAS CARCELES”, “PRESOS A LA CALLE” “ABAJO LA POLICIA”, con la última A de policía inscrita en un círculo.

No se piense que los promotores de este proyecto eran jóvenes radicales, ¡qué va! Eran señores y señoras con residencia en Pozuelo, avalados por artistas de consolidada fama en el piélago de la progresía, que aparecerían ante la cámara emitiendo doctrina.

No me atreví a quitarme de encima aquel compromiso como debiera haberlo hecho, excluyéndome por razones de principio, para no perjudicar la extraña fama que había empezado a adquirir y que me beneficiaría en la venta del libro.

Me distancié físicamente: me largué a Ypébula, prometiendo una decisión a la vuelta.

En verdad me urgía ya el viaje, porque había conseguido algo milagroso, un permiso de la juez de vigilancia penitenciaria para hablar sin restricciones con “Venenín”.

Lo primero que hice al desembarcar fue citarme con Fernanda, a quien hice una relación pormenorizada de mis gestiones en Berlín.

Reaccionó con estoicismo de mujer bien educada en un colegio religioso, algo notable, pues los sibaritas ateos contemporáneos más acérrimos han estudiado con curas o con monjas.

Le pregunté si sabía quién era la tal Socorro-Pamela. Lo sabía, y le humillaba que Veremundo se hubiera “tirado a aquella gilipollas.” Fue la mayor expresión de contrariedad que emitió Fernanda. La



menor, preguntar en voz alta, ante mí, si Veremundo tenía queja de ella, “¿o es que soy una escoba?” La habría abrazado afectuosamente, pero no me atreví. Luego me avergoncé pensando que el mal ejemplo de Veremundo me había vuelto un estrecho.

Fernanda me informó de que Socorro seguía en la isla, aunque había hecho algunos viajes cortos a la península, según ella Continente. La atención que revelaban estos conocimientos me hizo pensar que siempre había sospechado algo. Aunque no que su hijo hubiera sido capturado por la misma gilipollas. Esto le parecía absurdo e imposible. Le aseguré que mi propia esposa, una experta en interpretar discursos ambiguos, lo había confirmado.

–¿Crees que servirá de algo que Veremundo vigile a Pepín? ¿Podrá protegerle? –me preguntó con ansiedad.

–No, la verdad. Pero a Veremundo parece hacerle bien.

Fernanda no hizo ningún comentario. Se limitó a gruñir.

Cumplido mi compromiso de amistad, me dediqué al trabajo de campo.

Me produjo consternación saber que Poli estaba agonizando en un hospital con un cáncer de hígado que le habían descubierto hacía nada.

Era el mismo hospital en el que “Venenín” se recuperaba del accidente. Resultaba una espeluznante ironía que Poli fuera a abandonar la vida en un Hospital Penitenciario, porque era el único de la isla dotado con especialistas en oncología. La noticia sobre Poli me la dio en un pasillo un funcionario que

hacía de enlace entre el Centro de Reeducción y el Hospital. Por un instante consideré la posibilidad de abandonar, de dar media vuelta y regresar a Madrid, dejar el libro como estaba y olvidarme de todo, incluso de mi barba. “Venenín” parecía administrar veneno real a quienes le rondaban. Finalmente, mi ego ambicioso sometió a mi YO moralista con el argumento de que no era de recibo dejar a medias algo a punto de terminar.

En el hospital, donde todavía se encontraba, me senté junto a “Venenín” en una sala soleada, con ventanas a un acantilado, bajo la vigilancia de un monitor. Pero procuré que entre el cuerpo del muchacho y el mío se mantuviera cierta distancia, la precisa para evitar que la cola del escorpión diera una sacudida y se clavara en mis carnes, condenándome a una desgracia.

Grabé cuanto me dijo. Y en la grabación se

percibe su estado de ánimo: no sé si en cierto susurro de la cinta, en la entonación oscura de su voz o en el eco de la habitación. Las tres cosas juntas tienen una cualidad que Goethe habría calificado de demoníaca. Se percibe el mosqueo de “Venenín” cuando se enteró de que el morito le había engañado, su avidez en saber cuándo iba a salir publicado el libro, su frialdad patológica al narrar el accidente.

Decidí no incluir en ““Cosa de Niños”” nada de lo que me dijo. En primer lugar, porque no añadía nada nuevo y sensato a cuanto yo sabía. En segundo lugar, por pura codicia profesional. El secreto de un periodista de investigación (o lo que sea eso) es dosificar los conocimientos adquiridos. Si tenía éxito mi primer libro, podría redactar un segundo con los sobrantes en cosa de semanas. Es lo que hice en “Corazón Partido”, después de un acuerdo doloroso entre mi ego y mi YO. Y en último lugar, por una

razón que daré cuando acabe de resumir la conversación que “Venenín” tuvo conmigo.

Como saben los lectores atentos y también los morbosos, “Venenín” se convirtió en pasto de autores sin escrúpulos. Yo no pude reaccionar a tiempo, por razones que se revelarán en este libro, y tuve que presenciar cómo otros se aprovechaban de mi trabajo. Pero no me adelanto. Vuelvo al punto en el que “Venenín” me dio detalles de sus fechorías con la mayor indiferencia.

Durante la última fase de su estancia en el Centro, Veremundo concedió, de acuerdo con la juez, un régimen semiabierto a “Venenín”. Asumiendo una grave responsabilidad, le sacaba él mismo a la ciudad para habituarle a la vida normal y para que el chico realizara servicios humanitarios. No es que

Veremundo confiara en que “Venenín” pudiera reformarse, pero estimó que si había alguna posibilidad de esta rareza, debía comprobarla él. Según su propia expresión, un residuo de vergüenza profesional.

Dedicó a “Venenín” a la atención a personas mayores. Uno de los viejos había sido un mendigo demente rescatado por un familiar. “Venenín” no había demostrado el menor interés por su tarea redentora, hasta que tropezó con aquel viejo.

Si el chico no me lo hubiera revelado a mí, nadie habría conocido el secreto de su cambio de actitud, porque en la instrucción judicial abierta a raíz del trágico incidente no abrió la boca. “Venenín”, sin remordimiento alguno ni tampoco astucia, me dijo que se había enterado de que el viejo era dueño de un tesoro, que conservaba enterrado en algún lugar de Ypébula.

¿Cómo había llegado a saberlo? No a través de una indiscreción del mendigo, sino porque una vecina del inmueble donde él vivía se lo había contado.

La historia era que el viejo había sido un antiguo atracador de bancos que había cumplido su condena y que había perdido el juicio. Al abandonar la cárcel se había quedado en Ypérbula, como hacían algunos ex-reclusos. Pero lo estupendo es que, según la vecina, ocultaba en algún lugar de la isla el botín de sus atracos.

Al principio, “Venenín” había recelado, porque aunque de pocas luces, no era tan tonto como para no encontrar una simpleza que un preso traslade a una isla penitenciaria el fruto de sus fechorías. Pero después de darle infinitas vueltas, me dijo, y de comparar la historia del viejo con esas que salen en la televisión cada día, concluyó que podía ser cierta. Sólo necesitaba una prueba.

Desde ese instante empezó a sonsacar al Mendigo Loco. Éste, bien porque estaba loco, bien porque quiso hacerse el importante con un delincuente juvenil, le siguió la corriente. Un día incluso, engañando ambos a Veremundo, que los creía en el piso, le llevó a un lugar donde desenterró unas baratijas que quizá había ocultado él antes. El viejo aseguró que se trataba de una muestra del botín. Dijo que no quería revelar dónde se encontraba el resto porque no se fiaba de la buena voluntad de “Venenín”. Llegó a decirle que estaba seguro de que si el chico lo supiera, le robaría, matándole si fuera preciso.

“Venenín” tuvo un rasgo de astucia. Me lo contó de este modo, presumiendo ante mí de tío listo, algo que parece incoherente, pues el astuto auténtico jamás revela sus trucos. Pero el mundo está lleno de astutos a medias, algunos con oficio público.



“Venenín”, pues, negó con vehemencia las sospechas del Mendigo Loco, asegurando que era consciente del mal que había hecho, y que lo que más anhelaba era restituir a la sociedad lo que le había hurtado, que si el Mendigo lo deseaba, “Venenín” podría entregar el botín, por ejemplo, a una institución benéfica.

El Mendigo se cerró en banda, afirmando sin pudor que la excusa de “Venenín” le parecía una majadería. Después de lo que le había costado obtener aquel dinero y aquellas joyas, (Veremundo se las “requisó” a Fernanda, para usarlas como cebo, el Mendigo no es un delincuente, es sólo un loco) no estaba dispuesto a que un idiota las devolviera. “Venenín” argumentó sobre qué provecho obtenía el Mendigo conservándolas en un hoyo. El Mendigo replicó que privar de ellas a los cabrones de sus dueños, afirmando que él era una especie de Luis

Candelas moderno, con la diferencia de que no repartía entre los pobres lo que había requisado a los ricos, porque los pobres son más cabrones todavía que los ricos o, sencillamente, unos holgazanes.

Yo escuchaba perplejo esta relación. No sólo por su apariencia de autenticidad, sino porque “Venenín” se expresaba como un maestro de la novela popular.

El chaval, dividida su conciencia entre la codicia y la discreción, optó por la primera y comentó con la vecina sus averiguaciones. Esta le estimuló a seguir con su plan. Llegó a un extremo del que cualquier persona normal por muy víctima de la vanidad o de la codicia que fuera, habría recelado. Le aseguró que sería su cómplice desinteresada, puesto que ella no quería mezclarse en asuntos delictivos y tampoco necesitaba dinero. Avisaría a “Venenín” cuando el Mendigo Loco fuera a visitar su escondite.

Cosa que hizo.

“Venenín” burló la vigilancia de Veremundo sin tenerlas todas consigo, porque conservaba una chispa de lucidez y no acababa de fiarse de la confidente. E hizo bien, porque al poco de llegar él donde se encontraba el Mendigo, apareció la policía quizá avisada por la vecina asustada de las dimensiones de su broma, quizá prevenida por Veremundo a causa de su desaparición. Mas no pudo acusarle de nada, pues ni había hecho daño al Mendigo Loco ni en aquel lugar había nada digno de rapiña.

No obstante, el Mendigo, irritado por la soberbia de los agentes, empezó a despotricar y a largar incoherencias que “Venenín” interpretó como indicios en clave del verdadero escondite del tesoro.

Al cabo de unos días, después de prepararlo

bien, “Venenín” se dispuso a dar el golpe por su exclusiva cuenta y riesgo. Con toda temeridad, tomó prestado (la expresión, literal, fue suya) el coche de Veremundo. Pretendía actuar con la máxima limpieza, desenterrar el tesoro, volverlo a enterrar en otro lado, y recuperarlo en cuanto hubiera cumplido su condena, que sería pronto.

Era chocante oír hablar a “Venenín” sin chispa de cinismo, sino con ingenuidad.

Pero en mitad de su esfuerzo desenterrador, se presentó el Mendigo y le atacó enfurecido. “Venenín” se defendió, pelearon y en la lucha el Mendigo se golpeó la cabeza contra una piedra, falleciendo.

De pronto, apareció Veremundo en una moto (de Pepín), causando una sorpresa mayúscula al ingenuo y peligroso “Venenín”. Pero consiguió evadirlo. Subió al coche (de Veremundo, que éste le

ha prestado voluntariamente antes, aunque luego dirá que “Venenín” lo la robado) y huyó por puro instinto, sabiendo que no tenía escapatoria. Cuando estaba a punto de entregarse a la razón, falló el volante, el coche empezó a girar sobre sí mismo y acabó chocando contra una pared. En el accidente, “Venenín” se rompió una rodilla y se lastimó la columna. De ambas lesiones estaba casi recuperado.

Al terminar su relato, “Venenín” me hizo un ruego todavía más desconcertante que la propia historia. Me pidió que reprodujera fielmente su discurso, pues deseaba que no se malinterpretara su capacidad ni su fama fuera merecida y limpia.

Abandoné el hospital preso de la incertidumbre. La versión de “Venenín” estaba llena de novedades con respecto a lo que me habían dado a conocer oficialmente. Pero también daba la impresión de estar llena de disparates. ¿Era “Venenín” un fabulador?

¿Cuánto de verdad había en su novela?

Una vez en Madrid, hice una copia de la cinta para la jueza, tal y como habíamos acordado. Después de escucharla en mi presencia, me dijo:

–Yo de usted no publicaría nada de esto.

–¿No declaró “Venenín” nada parecido en la instrucción judicial?

–Yo sólo soy jueza de vigilancia penitenciaria, y no he seguido el expediente con detalle.

–¿Existe esa vecina del mendigo que tomó el pelo a “Venenín”?

–Tendrá que preguntárselo al juez que instruyó el sumario en Ypébula. Porque estas confesiones parecen una colección de desatinos.

–Pero ¿puedo hacer uso de ellas?

–Usted verá...

Ante tanta ambigüedad, me pareció conveniente guardar la cinta. Y también porque había empezado a atar ciertos cabos que me obligaban a una investigación minuciosa en Ypérbula, de la que quería librarme por instinto de conservación, ni siquiera mi ego ambicioso y aventurero estaba por la labor. Lo mejor era dejar las cosas como estaban y dedicarme a otra cosa. Por ejemplo, a procrear.

## **Tercera parte**

### **HALCONES EN LA NOCHE**



## **“Praesidium”**

La aparición de mi libro estaba prevista para antes de San José, el padre por antonomasia. El editor había calculado una campaña de prensa dirigida a los hijos descarriados. Daba por hecho que se identificarían con el desdichado “Venenín”. Se figuró que correrían todos a las librerías para regalar el nuevo título a sus padres. Luego cayó en la cuenta de que por alguna oscura razón había invertido en su pensamiento el orden lógico del supuesto: los más interesados en comprar el libro deberían ser los padres, para escarmiento de sus vástagos en cabeza ajena. Esto significaba, en el pensamiento débil de mi editor, que acaso debería esperar a Navidad, la fiesta de los regalos masivos. Hombre de amor propio ciclótico, perdió la prisa y el interés en la campaña publicitaria.

A finales de marzo empezó a llegar el producto

de mi trabajo a las estanterías. El editor me envió un paquete de carteles de 50 por 70 con una reproducción de la portada, que contenía la fotografía de un falso “Venenín”, en realidad un hijo del editor, con una banda negra sobre los ojos. Como el paquete venía sin instrucciones de uso, inferí que esperaba que yo recorriera Madrid por la noche con un cubo lleno de engrudo y una brocha, pegando los carteles en las esquinas. Los carteles todavía deben de estar en el trastero del piso.

Aprovechando mi misteriosa fama de experto en delincuencia juvenil, urdí una serie de entrevistas en las radios alternativas y en los programas locales de las cadenas nacionales. En la prensa me publicaron algunas gacetillas. El “ABC”, donde tenía un amigete en maquetación, llegó incluso a reproducir la portada a una columna, con un comentario algo marciano.

Lo sorprendente es que el libro se vendió bien. Llegó incluso a agotarse la tirada. Me costó Dios y ayuda convencer al editor para que hiciera una reimpresión de esas que salen con un fajín rojo de “¡¡¡Segunda Edición!!!”, porque el tipo creía que había saturado el mercado.

El Día del Libro fue mi espaldarazo como promesa del docuperiodismo. Ignoro la razón, pero algunos colegas que no me conocían se referían a mí como si fuera de la generación de “Venenín”.

Un día lluvioso de primavera me topé con aquel teniente de la guardia civil, el picoletto eslavista de Ypérbula, en la escalinata de la Biblioteca Nacional. No nos habíamos reconocido (él iba de paisano), aunque a ambos nos zumbaba una vaga señal en la memoria, y nos dirigíamos a un mutuo encuentro. Llevábamos preparada la sonrisa. Yo subía y él bajaba, vigilados ambos por la sabiduría regia de

Alfonso X desde su pedestal, cuando se apartó súbitamente a un lado con un “achís” morrocotudo que me dio un susto.

–Disculpe. Es que soy alérgico al polen –me explicó.

–Nos conocemos, ¿verdad? –avancé con curiosidad.

–Sí. Y espero que no sea usted un antiguo cliente mío. Soy teniente de la guardia civil.

En ese instante se aclaró mi memoria, así como la suya.

–¡Claro que nos conocemos! Yo soy el periodista que estaba escribiendo el libro sobre “Venénin”.

–¡Es verdad! ¿Lo ha publicado ya?

Me decepcionó su ignorancia. Ignoraba que fueran tan estrechos los límites de la fama.

Detenidos en mitad de la escalinata, le expliqué que me dirigía al encuentro con mi mujer, que “interpretaba” en un seminario internacional de doctas personalidades. Entonces él dio media vuelta, y me acompañó a la Biblioteca.

–Me he dejado el paraguas –explicó.

En el vestíbulo nos separamos cordialmente.

Shey me dijo que no podía comer conmigo, y que tenía trabajo hasta bien entrada la tarde. Resignado, volví a la calle. La atmósfera estaba impregnada de una humedad sucia, como si el barrillo que expulsaban los neumáticos del asfalto mojado se quedara suspendido en el aire. No tenía gana de volver a casa, y me dispuse a cruzar las anchas pistas de la Castellana, que parecían un aparcamiento por el

colapso del tráfico. Pensé quitarme el hambre de modo expeditivo, en un restaurante de menús judiciales de la zona de las Salesas, sede del Tribunal Supremo.

En la parada del 27, junto al paso de peatones, volví a encontrarme con el teniente Cejudo, que esperaba con paciencia benemérita el autobús. Nos enredamos a hablar, y al llegar el gusano rojo motorizado subí con Cejudo, entretenido con su charla.

–No tengo otra cosa mejor que hacer, así que le acompaño un rato, si no le importa –le dije.

–Encantado. Voy a los Juzgados de la Plaza de Castilla. He quedado con mi hermano, que es secretario en uno de ellos. Vamos a comer juntos. ¿Quiere acompañarnos?

–No, muchas gracias –decliné, abrumado por su

amabilidad—. He quedado con mi mujer a las tres y media.

Casi me ruboricé al darme cuenta de que estaba mintiendo a un guardia civil. Si me hubiera dicho “Es usted un embustero”, le habría tendido las muñecas para que me las esposara.

Cejudo era un tipo moreno, de pelo corto, ondulado y prieto, nariz afilada, mirada atenta y pocas carnes, un biotipo de guardia.

Se interesó por el éxito de mi libro, y me preguntó si había conseguido reunir todas las piezas del enigma “Venenín”.

Le dije que me quedaban cabos sueltos.

—Uno de ellos es el accidente. Tengo entendido que intervino una mujer. ¿Le consta algo de eso?

Guardó silencio durante unos instantes. Cuando

iba a responder, el autobús pegó un violento frenazo, y un gordo metido en un traje de Armani nos aplastó con su masa de hormigonera contra la carrocería.

El autobús se encontraba a la altura del estadio Santiago Bernabeu, y en el carril se había metido un grupo de aficionados de un equipo extranjero que aquella tarde se enfrentaba al Real Madrid, entonces imbatible campeón de Europa. El conductor se puso a increparles, y los fanáticos le contestaron con voz vacilante. Algún viajero aconsejó en un grito que les atropellara y se dejara de milongas. No creo que lo dijera en serio, a muchos madridistas se les va la fuerza por la boca. Acabo de escribir una tontería, yo soy del Atlético y tengo el mismo defecto.

–Debería usted verificarlo –dijo al fin Cejudo en un tono lleno de insinuaciones–. Le daría para un segundo libro.



–Muchas gracias. He acabado de “Venenín” hasta el moño. Sólo volvería sobre el tema si me pusieran cinco kilos encima de la mesa.

–Mientras no sean de dinamita ni de cocaína...– ironizó Cejudo, con un humor profesional.

El autobús volvió a rodar. Las aceras aledañas al estadio eran un zoco de quincalla deportiva. De entre la infinita variedad de productos inservibles que puede consumir un aficionado, destacaban unos gorros de tela azul con cuernos descomunales que cientos de individuos se colocan en la cabeza, quizá para tapan el agujero de su cerebro ausente.

–¿No estaría usted inspeccionando la Biblioteca Nacional en busca de transgresores de la ley? –le espeté.

–Plagiarios es lo que más abunda allí. No sabe la cantidad de libros que se escriben simplemente

copiando y aderezando algunos de los viejos manuscritos comidos de la polilla que allí se conservan. Pero como en el siglo XVI no había derechos de autor, no se les puede perseguir.

–Me está dando ideas.

–Pues le recomiendo la sección de literatura de cautivos, está casi inédita. He pasado varios días buscando material sobre Ypébula, pero no queda nada. Ypébula fue una ciudad presidio en el siglo XVI, como Orán o Mazalquivir, que pertenecieron a la corona española hasta el siglo XVIII. Como usted sabe, Ypébula ha sufrido varias ocupaciones y revoluciones a lo largo de los tiempos. En una de las últimas, ardió el archivo de manuscritos y documentación administrativa. En realidad alguien lo quemó, pero últimamente los historiadores se han vuelto tiquismiquis, y utilizan el impersonal, que es políticamente correcto.

–¿Así que siempre ha sido una isla-cárcel?

–No siempre, sólo en algunas épocas. Ciudad presidio quiere decir ciudad con guarnición militar. Viene del latín, *praesidium*, destacamento militar. Por ejemplo, León, fue un presidio porque albergó la *Legio Septima Gemina*.

La erudición de aquel militar sólo era equivalente a su modestia. Abrumado por ambas, desvié la mirada hacia la ventanilla. La perspectiva en cuesta de la Castellana, con sus hileras de árboles frondosos y los perfiles de sus edificios monumentales, me hizo sentirme dentro de un cuadro, como si en lugar de viajar en un autobús fuera uno de esos ninots con los que De Chirico ilustraba sus lienzos urbanos surrealistas.

Al llegar a la plaza de Castilla, Cejudo me sugirió que le acompañara al juzgado.

–Le voy a presentar a mi hermano. Siempre es útil conocer a un secretario judicial, ¿no le parece?

–Estaré encantado.

Dejamos atrás el picudo monumento a Calvo Sotelo, que parece esperar en mitad de la plaza una expiación a su asesinato, y nos dejamos devorar por el edificio de los juzgados, rebosante de lo peor de la especie humana, excluidos algunos funcionarios y unos pocos de los que van a divorciarse. Cejudo se orientó por los pasillos atiborrados de gente con desenvoltura, pero al llegar a un punto se detuvo indeciso.

–Ahora no me acuerdo de si mi hermano está en esa oficina o en esta –dijo señalando las entradas a las dos opciones.

Entre las dos puertas había una pareja de la guardia civil escoltando a un tipo esposado con cara de lagarto.

¡Era uno de los rusos que habían intentado utilizar a Shey en Berlín! El individuo me reconoció y me dedicó una disimulada sonrisa. Yo me sobresalté, como si el saludo indicara una complicidad culpable. Entramos por una de las puertas, que daban a la misma oficina. Cejudo me presentó a su hermano. No me pude contener y pregunté por las circunstancias que habían llevado allí al esposado del pasillo.

–Una estafa a Hacienda –fue la contestación del secretario judicial después de asomarse para reconocer al tipo–. Importa coches de Alemania.

–¿Robados? –me precipité a preguntar.

–No. Son de segunda mano, los compran a buen precio, y los venden aquí sin pagar el IVA. Falsifican contratos por medio de empresas tapadera. ¿Le interesa el tema? Es digno de un libro documento.

–No, no. Es que ese tipo era un agente de la KGB en otras épocas.

Al principio los dos hermanos pensaron que les estaba embromando. Tuve que contarles la historia de la propuesta que le hicieron a Shey para que me tomaran en serio.

–Su mujer tiene buen olfato –dijo el secretario.

Es una judía de narices, estuve tentado de decir. Pero me abstuve porque Shey es más bien chata.

–¿Han detenido a alguien más? –pregunté recordando de súbito a Jutta, la hija de Veremundo.

–A él solo. Y la verdad es que le vamos a tener que soltar, porque las pruebas que hemos reunido son flojas. Además, tiene un buen abogado...

Me despedí de los Cejudo, después de intercambiarlos teléfonos y direcciones electrónicas. Decliné la solicitud del teniente de acompañarme a la salida para no perderme, y me encontré en el pasillo

delante del lagarto soviético. Volvió a sonreírme, ahora sin disimulos. Le dije “¡Hola!”, y me alejé de allí a toda prisa.

### **Vivir en el engaño**

Mis pies me encaminaron hacia Bravo Murillo. Mis pies y una equívoca información almacenada en mis neuronas infantiles. De niño viví con mi familia una temporada en casa de mis abuelos paternos, porque encontrar un piso vacío y asequible a un empleado de banca (mi padre) en el Madrid de los 50 era una fantasía.

Mis abuelos vivían muy cerca de la glorieta de los Cuatro Caminos, en la calle de Bravo Murillo, al lado del mercado de Maravillas. El mercado ocupa el solar de un edificio que formaba parte del colegio salesiano de Maravillas, que todavía existe. El 11 de

mayo de 1931 fue saqueado e incendiado por la fracción más exaltada del pueblo de Madrid, para celebrar el feliz advenimiento de una República que por fin iba a acabar con las peores lacras de la historia de España, como por ejemplo, la nefasta influencia del clero retrógrado. Lo del incendio lo sé porque mi padre, que era uno de los niños (becado, pues su familia no tenía un chavo), estaba en una de las aulas aquel día, y se le quedó marcado para siempre.

Siendo yo pequeño, algún domingo mi padre se rascaba el bolsillo, encontraba un duro entre las costuras del pantalón y nos llevaba a la familia a tomar una cerveza (los niños, gaseosa) y unas raciones de calamares. El olor a fritanga de aquellos bares concurridos y ruidosos, los precios de las tapas, escritos sobre los espejos de las paredes en caligrafía sorprendentemente artística, y el amargo sabor de la cerveza, que mi madre me permitía probar de su caña,



se me quedaron grabados en la memoria. En ocasiones, por un azar neurológico, la memoria me envía un aroma a la nariz, o eso es lo que parece, y por unos instantes revivo aquellos días que debieron ser felices para mí y austeros para mis padres. Pero nunca grises, nunca tristes, nunca agobiantes como la porra de un guardia. Siento lástima (y cosas peores) por todos aquellos que describen los años 50 como un túnel asfixiante con las paredes de plomo. Les patinan las neuronas o por ignorancia o por mala fe.

Dicho lo cual, regreso a la desembocadura de Bravo Murillo en la plaza de Castilla, época actual.

El recuerdo de aquellos bares fabulosos me hizo imaginar que quizá quedaría alguno en funcionamiento. Si es así, no lo encontré. Me fui caminando hasta Tetuán, que fue de las Victorias. Acabé admitiendo el fracaso de mi nostalgia. Gratuita redundancia, porque toda nostalgia es el

reconocimiento de un fracaso. Y me metí en un restaurante de menús. Lo único que tenía en común con los bares de los años 50 era el estrépito de la clientela. Encontré una mesa libre, tomé asiento y me tocó esperar un rato hasta que cacé al vuelo a uno de los camareros a la deriva, un tipo cejijunto con acento eslavo, y le hice la comanda.

Me sirvieron un cocido tan malo que ni siquiera era grasiento. La sopa, un triste naufragio de fideos. El resto, un cucharón de garbanzos casi molidos, con hebras de falda de ternera, rajitas transparentes de morcilla y chorizo, y tacos insignificantes de patata y zanahoria.

Ensimismado estaba, pensando en lo que habría podido ocurrirle a la hija de Veremundo, cuando advertí que alguien retiraba una de las sillas de mi mesa con objeto de sentarse. Este suceso es ridículo en España, donde la gente espera con paciencia o

refunfuñando a que una mesa quede libre en un restaurante para ocuparla, aunque esté inhabilitada por un solo comensal. Alcé la vista con una pizca de irritación, y me tropecé con el rostro blanco y algo lánguido de la mismísima Jutta. A su lado, el Cara de Lagarto abría la boca en una sonrisa que pretendía ser afectuosa.

Jutta depositó dos besos en mis mejillas sin permitirme mover el culo del asiento. Cuando temía que el Lagarto fuera a devorarme, me tendió la mano. Después de los primeros instantes de confusión, y previendo una celada improbable, me adelanté con un “¿Me habéis seguido por alguna razón?”, dicho en inglés, que era la lengua que parecía entender Lagarto y que Jutta chapurreaba tan mal como el español.

La hija de Veremundo vestía como una española de su edad, ropa de mercadillo dos o tres tallas más grandes que la percha. No quedaba en ella

ni rastro de aquel aire rancio alemán oriental. Lagarto llevaba puesto el traje con el que le había visto en el pasillo del juzgado, un corte de marca, pero de talla mal calculada. A los antiguos y auténticos funcionarios comunistas les cuesta quitarse de encima la garrulería en la que vivían confinados.

–Ha sido una casualidad, lo juro –pronunció de mala manera Jutta.

–O el destino... –añadió con su sonrisa lagarta el ruso.

Jutta, que había recogido a su colega en el vestíbulo de los Juzgados, se había puesto a andar Bravo Murillo arriba en busca de un lugar donde comer, y habían entrado por chance en donde yo me encontraba.

Lagarto dijo llamarse Yasher, o algo así. (Según Shey, Yasheriza quiere decir lagarto en ruso.) No es

que tuviera cara de saurio, era su alopecia, su cráneo brillante y escamoso, retirado hacia detrás, y un mentón diminuto lo que evocaba a los extraterrestres de cierta serie de televisión antigua, que desembarcan en nuestro planeta y lo ocupan por la fuerza. Creo que la serie se llamaba “V”, de Victoria.

Yasher afirmaba con vehemencia estar muy agradecido, porque en el juzgado le habían tratado con extrema corrección, y le dijeron que yo les había hablado bien de él. Estaba tan agradecido, que insistió en premiarme.

Temí que fuera a regalarme un Porsche con documentación falsa, porque zanjó la cuestión sin aclarar en qué iba a consistir el valioso obsequio. O al menos, yo no le entendí.

Conversamos un rato de esto y de aquello en un “inglés roto”, que es la expresión que emplean los

ingleses cuando se refieren a quienes lo hablamos fatal. Algunos de los descosidos de la charla estuvieron, sin embargo, bastante hilvanados. Los reproduciré con la licencia de que fueron fluidos.

–Ustedes, los occidentales, vivieron nuestra amenaza como nosotros la suya. Una amenaza muy seria. Y esa amenaza garantizó la seguridad de todos. Pero desde que se derrumbó la *Soviet Union* la vida se ha vuelto etérea.

–¿Quiere decir muy insegura? –intenté que precisara.

–Etérea. Volátil. Pero sólo nosotros nos hemos dado cuenta. Ustedes, en la Europa Occidental, están en Babia –naturalmente, no utilizó esta expresión–. Sobre todo los jóvenes –señaló a Jutta, pero para corregirse–. No, ella, no. La juventud de la DDR, la que creció en la DDR quiero decir, lo hizo sobre unos

principios. Y eso es muy importante, los principios. Los jóvenes europeos lo tienen todo, no les ha costado nada. Y viven en el engaño de que siempre ha sido así y siempre deberá ser.

–Mi amigo Veremundo dice que los ciudadanos de la DDR tenían un demiurgo que les daba limosnas de supervivencia a cambio de sumisión –comenté.

El antiguo agente no se inmutó. Quizá no me había expresado bien en mi inglés roto.

Jutta aprovechó la pausa para intervenir.

–El único problema que tienen los jóvenes occidentales es el trabajo basura, pero pueden aguantar porque viven en casa de sus padres. No tienen problemas graves. No saben lo que es la vida. Los tendrán cuando se les mueran los viejos.

–Lo que quiere decir Jutta es que su juventud está indefensa.

Dediqué un instante a preguntarme si estaban hablando en concreto de Pepín o de todos los Pepines europeos. Porque no todos los jóvenes tenían el chollo del hijastro de Veremundo.

—Algo tan costoso como son las seguridades elementales de la vida está a punto de extinguirse. Y sus hijos no se están enterando. Son unos verdaderos idiotas. Creen que su mayor obligación es renunciar a sus indecentes privilegios y predicar su nihilista modo de vida por todo el planeta. Pero no se atreven, no son consecuentes. Se les va toda la fuerza por la boca. Por eso, se los comerán vivos. Mis compatriotas los esclavos, los indios de Suramérica que llegan a millares a este país, y los negros de África.

—¿Sigue usted siendo marxista?

—Claro —dijo con orgullo—. Uno tiene que ser algo. Tiene que tener principios.



–Pero vender coches de lujo con documentación falsa no es muy marxista.

–Entre mis colegas hay ortodoxos rusos blancos, musulmanes de Chechenia y judíos como yo. El negocio no tiene color ni ideología. Además, es mucho más seguro un empresario temerario que posee principios, que uno de esos tiburones de oceanográfico educados en la molición sin fundamentos. La necesidad despierta la inteligencia.

–Ese es un principio darwinista, no marxista.

–Da igual, los demiurgos que dan limosnas a cambio de sumisión ya no existen –Así que había entendido–. Nadie va a poner en cuestión mi heterodoxia. Vivimos en libertad. Libre comercio. ¿Se da cuenta?

Habíamos consumido ya los postres y los cafés. El salón casi se había vaciado. En una mesa apartada

había un puñado de tipos con aspecto de albañiles hablando una lengua eslava. En otra, un grupo de sudamericanos con monos de trabajo manchados de grasa. De vez en cuando, entraba un negro alto y enjuto cargando un maletón abierto de madera contrachapada lleno de baratijas, y recorría las mesas. También se asomaban chinos vendiendo cedés. Las palabras de Yasher parecían estar invocando a estos personajes, que casi superaban en proporción a los madrileños y otras hierbas que apuraban el carajillo y el Faria.

El ruso insistió en quedar otro día conmigo para darme el regalo. Sugerí que podía acudir con Shey, para entendernos mejor, aunque nada más proponerlo me arrepentí, pensando en cómo se lo iba yo a decir a mi mujer.

–¡No! ¡No! Sólo usted y yo. Ni Shey ni Jutta. Es algo personal. Algo de corazón –dijo con unas

muestras muy morunas de sentimiento, apretándose el pecho con los puños, y echando luego las manos hacia mí.

Me entregó una tarjeta y casi me obligó a que yo le diera la mía.

- *Ai fon yu. Sun. Sun.*

Que me telefonaría pronto.

### **La amenaza alternativa**

No me costó mucho olvidar a Yasher. Además, puse los medios. Lo primero que hice cuando llegué a casa fue sepultar su tarjeta en uno de los cajones con documentos, borradores y recortes sobre “Venenín”. Luego, comenté con Shey el encuentro.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —fue su reacción—. Esos

tipos no son trigo limpio.

–Se ha empeñado en hacerme un regalo.

–Olvídate de él.

–¿Del regalo o de Lagarto?

–De los dos.

Entonces me pidió la tarjeta que me había dado Yasher, y la guardó. Contenía su nombre y el de una empresa con dirección en Berlín y en Madrid.

Al día siguiente, empezamos a notar que nos seguían. No estaba claro si a Shey o a mí, porque sólo lo advertíamos cuando íbamos juntos. Era un tipo desgarbado y alto, pelirrojo, con unas entradas en la frente que parecían cuidadas con esmero. Debería tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Vestía ropa deportiva cara, de factura norteamericana.

En realidad no andaba detrás de nosotros por la calle. Se presentaba de pronto en un restaurante donde cenábamos con unos amigos, o le veíamos en la cola del cine y luego sentadito como un saltamontes en una butaca a distancia de la nuestra.

Podía ser casualidad. Durante unas semanas compré décimos de lotería, para poner a prueba la suerte. No me tocó ni el reintegro. Pero el pelirrojo seguía apareciendo. A veces, nos dio la impresión de que nos sonreía, pero como apartábamos la vista de inmediato cuando se cruzaban nuestra miradas, nunca supimos si era una sensación o un hecho.

–El caso es que ese tipo me suena –dijo Shey.

Estaba acostumbrada a situaciones raras de naturaleza trivial, consecuencia de su trabajo de intérprete. Algunos de sus clientes no se fiaban de la discreción de Shey, y la sometían a una indiscreta

vigilancia, como advirtiéndola, “Aleja la tentación de transmitir lo que sabes a quien no debes...” Pero aquel pelirrojo desgarbado no encajaba en esa categoría.

Una noche que habíamos ido a un falso garito alternativo de teatro (falso porque capeaba su ruina gracias a las subvenciones públicas), le vimos desde la puerta en una de las gradas. O sea, que había entrado antes que nosotros. O sea, que podía ser una casualidad, pues la decisión de acudir a la sala la habíamos tomado aquella tarde, invitados por teléfono por la directora del grupo que actuaba. A no ser que Lagarto tuviera pinchado nuestro teléfono, pensamiento ridículo.

Nos sentamos bien lejos del pelirrojo.

Al apagarse las luces, se me ocurrió mirar hacia la posición ocupada por el tipo, y me sobrecogí al

verle levantarse y cambiarse a un banco más próximo al nuestro. No dije nada a Shey por no preocuparla, pero empecé a sentir retortijones en las tripas.

No pude centrarme en el desarrollo de la obra. Fue una lástima, porque era una obra con planteamiento, nudo y desenlace, no una de esas piezas cuyo sentido es aleatorio y depende de la imaginación o de la pedantería del espectador. Sin embargo, por unos minutos llegué a relajarme. Y al volver a buscar al pelirrojo, vi que ya no estaba. De nuevo sentí dolorosos retortijones. Mas, de pronto, se abrió la puerta de salida, y por ella se escurrió Saltamontes hacia fuera. Me invadió un gran alivio.

–Se ha *pirao* –dijo Shey en voz baja. Había estado al loro, como yo.

En el intermedio le buscamos por todos los rincones del supuesto vestíbulo de la sala, por los

retretes, arrinconados en un sótano que parecía una mazmorra, entre cajas y en los improvisados camerinos, cual cazadores del Fantasma de la Ópera Alternativa, sin encontrar rastro de él.

Nos dispusimos a ver el segundo acto con más tranquilidad que el primero. Poco antes de acabar, notamos un movimiento a un lado del banco de madera donde nos encontrábamos. Primero miré de reojo, luego, al comprobar que era una persona acercándose moviendo el culo, con todas las alarmas desencadenadas. Pero era un tipo de complexión normal que se juntaba a una mujer de perfil juvenil.

Acabó el espectáculo con una recia salva de aplausos, que no supe si atribuir a la calidad de la obra, que no había seguido, o a que siendo un estreno el público estaba lleno de incondicionales del autor y del reparto.



Se encendieron las luces, continuaron los aplausos, y al cabo de unos instantes la gente se levantó para evacuar la sala. Shey y yo nos escurrimos entre el personal con la mirada puesta en el escenario, intentado localizar a la directora amiga. Notamos los dos a un tiempo que alguien nos impedía el paso. No tuvimos tiempo ni de sobresaltarnos. Nos encontramos cara a cara con un Yasher sonriente, acompañado de Jutta, que también ponía un rostro amable. Les saludamos, Shey y yo con gran embarazo, aunque ellos se esforzaban en ser cordiales. Sin dilación, Yasher me tendió una cartera de piel de cocodrilo.

–Es mi regalo de agradecimiento –dijo en inglés.

Shey permaneció muda, como si se hubiera transformado en estatua.

Yo no tuve más remedio que coger la cartera.

–¿No será algo explosivo?

–Pura dinamita –dijo Yasher–. Pero en forma de papeles. Léalos bien, y considere la posibilidad de utilizarlos como mejor le convenga. Es usted periodista, ¿no?

Me giré a Shey, que seguía siendo una estatua con los ojos clavados en el escenario. Al descubrir a nuestra amiga la directora, se dirigió a ella como una flecha. Jutta permanecía sonriente, al lado de Lagarto.

El tipo me contó brevemente que la causa judicial que pesaba sobre él tenía visos de sobreseimiento. En mitad de esta conversación observé que Shey se acercaba con aire felino, tomaba del brazo a Jutta, la apartaba de nosotros e intercambiaba unas cortas palabras con ella. Enseguida se volvió a alejar ella sola hacia la

directora. Lagarto finalmente se despidió de mí, dirigió una mirada a Shey, pero al verla entretenida, renunció a despedirse. Cogió a Jutta de la mano, y desaparecieron en la calle concurrida de “findesemaneros”.

Shey y yo nos fuimos de marcha con la compañía. Irse de marcha con una compañía alternativa que acaba de estrenar, significa meterse en el primer bar abierto que se encuentra, y pasar horas de pie bebiendo cañas y comiendo tapas rancias, haciendo comentarios a veces piadosos, a veces sinceros, y hablar mal del gobierno.

Camino de casa, andando por la calle de Alcalá a la altura del Retiro, me atreví a sacar el tema que me quemaba entre las manos, como si la piel de cocodrilo acabara de salir de un horno. Nos detuvimos debajo de una farola en la fachada de la iglesia de aspecto bizantino de los santos Justo y Pastor. Extraje unos

cuantos papeles y se los di a Shey, porque estaban en alemán y en ruso.

Shey les dedicó una atención forzada y rápida y los encajó de nuevo en la cartera.

–Parecen expedientes de policía. Quizá sean de la STASI y del KGB. Tal vez falsificaciones. Mañana les echaré una ojeada más detenida.

–Si quieres, tiro ahora mismo los papeles a una alcantarilla –dije, decidido a conservar la cartera, por si la piel de cocodrilo era auténtica.

–No. No. Quiero verlos, y si merecen la pena se los enseñaré a un amigo.

–¿A quién? –no pude contenerme–. ¿Le conozco?

–No. Pero te lo presentaré. Trabaja en el servicio de seguridad de la embajada de Israel.

–Oye, pero si le interesan, se los podemos vender –dije, sin saber si lo hacía en serio o en broma.

–Venga, venga. Vamos a dormir, que estoy hecha polvo.

Reemprendimos la marcha por la calle Claudio Coello, camino de casa.

–Oye. ¿Qué has hablado con Jutta?

–Le he preguntado por qué se ha liado con esa sabandija. Y también, cómo se ha enterado de que íbamos a esa sala esta noche.

–¿Y?

–Lo segundo asegura ignorarlo. Lo primero, porque ya ha tenido bastantes trabajos basura en Berlín. Dice que es una ciudad sin futuro para los jóvenes. “Para ganar mucho, tienes que apostar fuerte”, asegura que pensó antes de unirse a Yasher.

–¿Su padre lo sabe?

–Ni idea.

Al entrar en casa, echamos todos los cerrojos, aunque hacíamos ver uno al otro que no estábamos preocupados. Dejamos la cartera de piel de cocodrilo en un lugar bien visible del salón comedor. Aquella noche dormimos mal.

### **Un domingo milagroso**

Nos habíamos levantado tarde porque era domingo. Y lo primero que hicimos, antes incluso de visitar el cuarto de baño, fue asomarnos al salón comedor. La cartera seguía encima de la mesa, en la posición en que la habíamos abandonado horas atrás. Ambos confiábamos en haber tenido el mismo sueño.

–Lo que más me preocupa es cómo se habrá

enterado ese Yasher de que íbamos a acudir al teatro – repitió Shey por enésima vez.

–¿Se puede pinchar un móvil? –pregunté por pura fórmula, pues no esperaba que Shey tuviera una respuesta.

–Y lo segundo que más me preocupa es que haya esperado a que estuviéramos juntos para entregarte la cartera. ¿No te dijo que no quería saber nada de mí?

–*Efectiviguánder* –dije, intentando rebajar la tensión.

–No te lo tomes a broma, Pichurri. –y se echó a reír. Pero era una risa nerviosa. De todas formas Shey tenía más talento que yo para el humor. Sus erres eran una exaltación al cachondeo. Si las pronunciaba innecesariamente es que estaba de buen humor.

–Admiro tu salero, cariño. Pero la verdad es que estoy acollonado.

–Mañana hablaré con mi amigo el experto.

–¿No tiene un teléfono rojo de urgencias?

Lo tenía. Y, como muchos judíos, se tomaba las sospechas de inseguridad como evidencias. Aceptó nuestra invitación a comer.

–Estos documentos no son originales –aseguró después de estudiarlos–. Pero son una copia de los originales. Quiero decir que no son fotocopias sacadas anteayer, sino *photostats* de hace años.

El amigo de Shey era un hombre absolutamente vulgar, sin el menor detalle distintivo. No tenía rasgos de ningún animal. No vestía de modo estrafalario. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni joven ni viejo. Vestía vaqueros y camisa de mercadillo. No me lo



imaginaba repartiendo mamporros a terroristas supuestos o verdaderos, ni tirando de pistola y disparando sobre el malo una fracción de segundo antes de que hiciera estallar la bomba. Pero pistola llevaba, muy pequeña, debajo de la camisa, que iba suelta por encima de la cintura.

Les dejé descifrando los papeles y hablando en hebreo, y me puse a escuchar un programa deportivo. El Atlético de Madrid estaba ganando al Barça. Ese domingo podía ocurrir cualquier milagro. De pronto, el locutor anunció un gol de Guardiola, y el agente judío volvió la cabeza y soltó un “¡Bien!” que se me clavó en el corazón. Hasta en el Mossad había culés.

–Ven aquí, cariño –llamó Shey al cabo de un rato.

Señaló dos nombres en uno de los folios. Recorrió con el dedito unas líneas para mí

indescifrables, y lo detuvo sobre unas firmas. Se trataba de un conocido industrial y banquero español y de otro personaje, antiguo tardofranquista, que años después se había convertido en gran gestor de valores hidroeléctricos.

–¿Estos papeles les pueden hacer daño? – pregunté.

–Si encuentras un periódico valiente que los publique poquito a poquito creando expectación, sí. Pero nunca se sabe. Ahora, tendrás que hacer mucho trabajo de investigación en los Registros de la Propiedad Industrial e Inmobiliaria, quemarte las cejas mirando actas y balances.

–No sé si tendré la paciencia.

–Hay un camino más corto –terció el hombre sin atributos.

–¡Un momento! ¿Quién ha dicho que estoy interesado en tal cosa? El experto en desactivación de explosivos eres tú. Por mí, te puedes llevar ahora mismo esa cartera con su contenido y enviarla a Tel Aviv por valija diplomática.

–A lo mejor ya los tienen. Estos papeles, me refiero. De todas formas, no conviene que yo salga de aquí con la cartera en la mano, porque a lo mejor están vigilando la casa.

Me atraganté. Involuntariamente, miré hacia la zona de los riñones donde ocultaba su pistola imaginando una escena desesperada. Shey, sin embargo, no se había inmutado, aunque tenía cara de circunstancias.

–El camino más corto –dijo mi mujer– es que lleves una fotocopia de estos papeles a un enemigo de cualquiera de los señores que figuran en ellos.

Probablemente te lloverá información sin que pierdas ni un minuto en hemerotecas o en Registros.

Debía de estar poniéndome blanco, porque el agente secreto se levantó y me trajo un vaso de agua. La retransmisión deportiva llegaba a mis oídos como lo que realmente son las retransmisiones deportivas, un ruido confuso plagado de altibajos.

—Lo que cree Manolo —siguió Shey, porque el tipo se llamaba Manolo— es que Yasher te ha entregado estos papeles para que los muevas y levantes para ellos la perdiz.

—¿Quieren pegarle un tiro a un banquero? — pregunté incrédulo, después sorber un poco de agua.

—No, hombre. Quieren hacer negocio con antiguos clientes que hoy son peces gordos. Es un *quid pro quo*. Hace veinte años, estos lobos españoles se beneficiaron de la guarida soviética. Ahora los

viejos comunistas sin guarida necesitan que les devuelvan el favor. Si tú enseñas a la persona adecuada uno de estos folios, el implicado no tardará en enterarse. Luego, los mafiosos le visitarán...

–O sea, que me están utilizando.

–Eso esperan... –comentó Manolo.

–¿Y si no me dejo? ¿Si no muevo ficha?

–Yo llegaría con ese Yasher a un compromiso...

–¡Pero cómo voy yo a negociar con un tramposo!

–Exactamente igual que cuando regateas para comprar algo en el Rastro.

–¡No sé regatear!

–Todo se aprende.

Miré a Shey, que permanecía en silencio, muy seria.

–Pensadlo, y cuando tengáis algo claro, me lo decís –concluyó el experto en seguridad.

En ese instante, Figo volvió a perforar la portería de Molina. Manolo el culé apretó el puño y sonrió. Los milagros se habían borrado de la faz del domingo.

### **La sonrisa del saltamontes**

Manolo aconsejó a Shey que llevara los papeles a la embajada para hacer fotocopias. Sin embargo, debía ser yo el mensajero, para dar la impresión a Yasher, el Lagarto vigilante, de que Shey no quería implicarse.

Manolo me tranquilizó sobre Yasher. Gracias a

la tarjeta que mi mujer había guardado, los servicios de seguridad israelíes habían informado a Manolo de la ficha del andóval.

No parecía un tipo peligroso, aunque esa ambición desmesurada que se le había despertado de pronto aconsejaba precaución. De Jutta, el Mossad no tenía información.

Cuando se fue, Shey y yo nos asomamos con todo tipo de cautelas al balcón del comedor, que daba a la calle. Por una rendija de los visillos, observamos al hombre sin atributos caminando hacia Goya. Nadie pareció seguirle.

Pasamos la tarde cavilando, con el ruido futbolero como fondo. Al final, el Atlético logró remontar, pero ni Shey ni yo nos enteramos.

—¿Por qué cree Manolo que Yasher espera que tú te impliqués?

–Por ser judía.

–Eso es una deducción sin fundamento. No todos los judíos son ávidos y codiciosos –No reprimí a tiempo mi maquinaria de corrección política–. Bueno, la mayoría de los judíos no lo son, quiero decir.

–Déjalo, déjalo, cariño. Sé que es sólo retórica inerte...

Premié su comprensión con un beso.

–Algunos de los papeles son informes secretos sobre cuadros valiosos. ¿Te acuerdas del libro que estaba leyendo en Berlín, “The Lost Museum”? –le dije que sí–. Los nazis expropiaron a los judíos sus colecciones de arte. Se quedaron con lo que Hitler, Alfred Rossemberg y Hermann Goering consideraban arte decente, y utilizaron la “pintura degenerada”, las obras de los expresionistas, los fauvistas, los cubistas, etc, como moneda de cambio para comprar arte



holandés y alemán del Renacimiento en el mercado internacional, con la mediación de galeristas suizos y de otras nacionalidades.

Se detuvo unos instantes, como si algo la aturdiera. Yo me levanté y apagué la radio. Por eso no me enteré de que el Barça había mordido el polvo aquella tarde.

–Te sigo, cariño.

–Cuando los soviéticos entraron en Alemania, lo primero que hicieron fue ocupar los laboratorios nucleares de Dahlem, en Berlín, y secuestrar a todos los científicos. Bueno, en realidad, lo primero que hicieron fue violar a todas las alemanas que se les ponían por delante, sin que les detuviera la edad o la apariencia. Hay que decir que la soldadesca nazi había hecho lo propio en la Rusia ocupada.

–¿Y qué tiene que ver eso con los cuadros robados?

–Lo segundo o lo tercero que hicieron fue apropiarse de los tesoros artísticos acumulados por los nazis en su saqueo de Europa. Lo que pudieron se lo llevaron a Moscú y a Leningrado. Lo que reclamaron los aliados, lo fueron entregando con cuentagotas. Pero algunos cuadros, esculturas, joyas, y otras piezas menores, se perdieron en el camino.

Shey abrió la cartera, hojeó los papeles, escogió dos, y me los mostró. Estaban en caracteres cirílicos.

–Estos documentos demuestran que, en la fecha en que fueron escritos, algunos de estos objetos artísticos robados pertenecían a Fulano y a Mengano.

No puedo transcribir los nombres que pronunció en voz alta porque me juego una denuncia por difamación. Se trata de individuos conocidos y de relevancia sustancial en la vida política y económica españolas.

–Yasher espera que yo intervenga porque uno de estos cuadros perteneció a un tío de mi padre, cuya familia pereció en los campos de exterminio. Tu suegro podría reclamar la propiedad de un Rembrandt.

–¿Mi suegro? –dije desconcertado.

–¡Mi padre, bobo!

–¡Demonios, es verdad!

Permanecimos durante unos minutos en silencio. Shey fingió leer el periódico. Al cabo de un rato lo apartó de los ojos, y comentó con voz sorda,

–Me siento responsable de todo esto... Si no hubiera caído en la trampa de discutir la posibilidad de crear aquella empresa de intérpretes que luego resultó una tapadera...

–Tú no imaginabas que pudiera serlo... Actuabas de buena fe. Tu única ambición era tener un

lugar de trabajo fijo, viajar menos. Es lo que hablamos... No debes sentirte culpable ni responsable de nada.

–Los judíos somos responsables y culpables de casi todo. Forma parte de nuestra religión. Dios nos escogió... Tuvimos mala suerte... Podía haberse fijado en unos cazadores cavernícolas de Santander. O en unos pastores de búfalos de Thailandia.

Me pregunté si Shey estaba pasando una crisis espiritual. Desde que acudió a la sinagoga de Oranienburger Strasse a celebrar el último día de Januká en Berlín, no se había perdido una fiesta judía. A algunas, la había acompañado yo mismo. La que más me llamó la atención fue la de Purim, el carnaval judío, con los niños haciendo ruido con unas carracas en el templo. En el Pesaj o Pascua judía, me sentí incómodo. No en la sinagoga de Madrid, sino en casa de una familia que nos invitó a cenar. No dejé de

darme cuenta ni un instante de que yo era “el gentil”, aunque un tío de Tetuán bromeaba con la posibilidad de que mi sangre tuviera más que gotas de converso.

–Vamos a tomárnoslo con calma, y a dejar pasar unos días. Si la cosa se pone chungu, nos abrimos y ya está.

Utilizar el lenguaje cheli me da confianza ante ciertas amenazas. Supongo que la causa es la indefensión en que nos sentimos quienes no hemos tenido que pegarnos físicamente con nadie para salir de un apuro. Nos figuramos que los que están acostumbrados a vivir en el arroyo son más fuertes que nosotros.

–¿Qué es lo que tenemos que abrir y quién es esa “Chungu”?

Amplíé el vocabulario de Shey con las explicaciones apropiadas.

–No será tan fácil que Yasher nos olvide –  
sentenció Shey con la voz opaca de antes–. Según  
Manolo, esa cartera es una muestra de lo que ellos  
guardan. Necesitan a alguien para que agite el cóctel.  
O sea, nosotros.

–¿Y si enviamos los papeles a un periódico,  
anónimamente?

–No sé...

Una compañía aérea anglo alemana preparaba  
una cita internacional de negocios en Tenerife. Eran  
clientes habituales de Shey, y contaban con ella. Pero  
ciertos problemas de reservas de hoteles habían  
aplazado la reunión. La inactividad perjudicó el ánimo  
de Shey más que el trabajo. A mí me pasaba algo  
parecido, aunque estaba más acostumbrado a vivir  
como un gandul. Todas las mañanas me iba al cuartel

del Conde Duque, y pasaba horas en la hemeroteca municipal curioseando periódicos viejos en busca de un tema explotable.

Un día, alimentando dioptrías ante esas máquinas que proyectan en pantallas sucias las páginas casi ilegibles de diarios microfilmados, me empezaron a pitar los oídos. Esa mañana había pedido la colección más antigua del diario “Marca”, y estaba leyendo unas declaraciones de cierto presidente de la Federación Española de Fútbol lamentando la deriva comercial del deporte, y asegurando que, mientras él tuviera autoridad, el fútbol español no se convertiría en un mercado del espectáculo. Creo que el periódico era del año 1942. En ese instante empezaron a pitarme los oídos.

Retiré los ojos de la pantalla y estiré los brazos para desperezarme. Con el izquierdo casi le doy una torta al vecino de otra maquinita de tortura.

Al disculparme, descubrí que era el Saltamontes Pelirrojo.

–No tiene importancia –me dijo, sonriendo como un político ante una cámara–. Leer en estos chismes es algo agotador. Hay que hacer pausas... ¿Le apetece fumar un cigarrillo?

Iba a decirle que no fumaba, pero reaccioné a tiempo. Tenía que zanjar aquel acoso cuanto antes. Porque era evidente que se trataba de acoso.

Bajamos al patio. El tipo encendió un pitillo y se presentó. Le estreché la mano con tibieza deliberada. Dijo llamarse Ángel Recuenco, ganarse la vida como agente comercial, y ser un apasionado del teatro y colaborador de una revista de vanguardia. Habló todo seguido, sin pararse casi para respirar. Nos pusimos a pasear por los soportales.

–Nos hemos visto anteriormente –le entré yo enseguida.



–Sí –fue su escueta respuesta.

–Y no por casualidad...

–La mayoría de las veces, por casualidad –  
afirmó.

Me molestó que intentara desmentir las evidencias. Fui todavía más al grano.

–¿A quién representa?

–A la empresa Fabra y Coats, de Barcelona –  
contestó con naturalidad.

Estaba tan ofuscado, que fui incapaz de entender que había respondido lógicamente a mi pregunta.

–¿Alguien del consejo de administración de Fabra y Coats tuvo que ver con la STASI o con la KGB?

Saltamontes Recuenco lanzó una risa nerviosa. Me miró a los ojos y luego apartó sus pupilas a un lado, como si buscara a alguien. Aterrorizado, giré la cabeza bruscamente y me tranquilizó comprobar que estábamos a tres o cuatro metros de la entrada a las dependencias, de las que salían en ese instante algunos jóvenes.

—¿Qué pretende usted de nosotros? —le espeté con cierta violencia.

—¿Se refiere a la señorita que le acompaña?

—Es mi mujer.

—Lo suponía... Me tiene usted que disculpar. Fue un malentendido... —dijo en un tono dialogante.

Noté un golpecito en el hombro, pegué un respingo y me volví, esperando encontrarme poco menos que a un tipo con una porra o una navaja.

–¿Tienes fuego, porfa?

Era una estudiante con un pitillo en la mano.

Le dije que no con brusquedad, y ni se atrevió a solicitar al Saltamontes, que era quien fumaba.

–De todas las veces que nos hemos encontrado –prosiguió Recuenco–, sólo dos fueron buscadas por mí, en la cola del cine de la calle Montera y...

–Demasiadas casualidades –le corté–. Cuénteme qué buscaba, por favor.

–No tanta casualidad, tiene razón. Soy teatrólogo, se lo he dicho. Considere que una vez coincidimos en un teatro y otra en un restaurante próximo a un teatro. Y las otras veces..., no me acuerdo.

–Pero, ¿me quiere decir qué pretendía?

–Fue un error, se lo aseguro. Conocí a su mujer en una convención de mi empresa. Ella atendía como intérprete a unos invitados extranjeros... Por abreviar, alguien me dijo que algunas intérpretes también se ganaban la vida con otro tipo de servicios. No sé si quería gastarme una broma, si era un experto o un mentecato. Aseguró que había visto a su mujer en la calle Montera.

–¡Pero qué está diciendo!

–Una barbaridad, ya lo sé. Le he pedido anticipadamente que me disculpe. Ahora, si no desea que continúe con la explicación, me callo.

–Siga, siga.

–Me pareció imprudente abordar por las buenas a su mujer. Por cierto, y no se moleste usted, le alabo el gusto, tiene una mujer muy apetecible.

Estuve a punto de pedirle un cigarro, de lo nervioso que me había puesto.

–Así que la seguí al acabar la sesión de trabajo. Y mire por donde, se fue a la calle Montera. A punto estaba de abordarla, cuando apareció un hombre, usted, y se pusieron juntos en la cola del cine. Por si acaso, me situé en la misma cola, y compré entradas para la misma película...

–Me parece una explicación ridícula, la verdad.

–Todas las explicaciones forzadas son ridículas ¿Le parecería más razonable que trabajara para la CIA?

–La verdad es que pocas cosas tienen una explicación inocente. Nunca se sabe –sonreí. De pronto, reconocí que había montado una verdadera película en mi cabeza.

–Nunca se sabe –repitió en un tono algo zumbón–. La CIA, la KGB, la policía política de la Alemania del Este... A mí también me gustan las novelas de espionaje. –De pronto emitió una sonrisa de saltamontes simpático–. ¿Ha leído usted “La Condición Humana”, de André Malraux. Es una impresionante novela de espionaje, aunque bastante mal escrita.

–No la he leído –confesé.

–Si Malraux no hubiera sido un intelectual francés, si hubiera nacido en Bélgica, pongamos, habría sido un digno competidor de Georges Simenon. Pero como vivir de la literatura militante es imposible si no se trabaja para el Estado, y ser escritor y hombre de acción no se da desde Garcilaso de la Vega, Malraux acabó de ministro de De Gaulle. ¿No le parece que fue inteligente?

No tenía ninguna gana de especulaciones literarias, y menos con un representante comercial.

–Entonces, aquella noche en el teatro, cuando salió a media representación, ¿no nos estaba vigilando?

–No. En absoluto –de repente su cara se transformó, adquiriendo un aspecto hosco, de langosta hambrienta–. Y me fui porque no aguanto las obras que cuentan historias, la moralidad dramática, el realismo burgués. Este mundo está a punto de partirse como una nuez podrida. No se puede hablar en el escenario, hay que ladrar, hay que vomitar... Además, aquella función estaba horriblemente mal interpretada.

Me despedí de él sin saber muy bien a quién representaba, si a Fabra y Coats o a Nihilismo S.L. En el vagón del Metro, observando distraídamente a un grupo de chavales vestidos con unos calzones caídos

por debajo de la cintura, unas camisetas con inscripciones insensatas, y cargados de mochilas descomunales, me torturé preguntándome si Shey tenía aspecto de prostituta. Durante todo el viaje estuve dudando sobre si comentaría con ella el encuentro con Saltamontes o no.

Al meterme en el ascensor, una diminuta jaula renovada según las normas de seguridad de la C.A.M., decidí que no le ocultaría nada, ni siquiera esos supuestos signos de ramería que un representante comercial había descubierto en ella.

A medio día, y cuando hace sol, el rellano de mi casa se tiñe de luz. Entra por una claraboya de cristal emplomado de traza modernista que el arquitecto diseñó en el tejado, la única fuente de iluminación de la escalera, que es interior. El trayecto desde el portal se hace en una triste penumbra que piso a piso se transforma en gozo luminoso. Eso es lo que fue



inundando mi pecho a medida que ascendía. Haberme librado de una fuente de preocupaciones me insufló optimismo. Un optimismo tan insuflador, que me hizo albergar ilusiones sobre la otra fuente de inquietud.

La cara que tenía Shey al recibirme no respondía a las alegres expectativas imaginadas. No era de alarma. Pero su voz, sí.

–Acabo de colgar a Veremundo.

Aunque sabía que la posibilidad de que aquello hubiera ocurrido físicamente era nula, se me puso la piel de gallina.

–Llamaba desde Barajas. Acaba de llegar de Berlín, y pide asilo en nuestra casa por una sola noche. Dice que tiene muchas novedades que contarnos. Parecía contento. Me ha parecido una crueldad negarme. Además, casi me siento más segura en casa con dos hombres.

Al ver mi expresión de urgencia, y adivinando que yo también tenía noticias, murmuró después de darme un beso,

–Cuéntame algo bonito, cariño.

### **Halcones en la noche**

Acompañé a Shey a la cocina, y le ayudé a cortar un grueso filete de hígado, mientras ella pelaba las patatas y unos dientes de ajo. Echó los ajos sin trocear a una sartén con aceite hirviendo y los retiró después de darles unas vueltas. Luego echó en el mismo aceite una cucharada de pimentón.

Los efluvios mediterráneos de aquellos condimentos contrastaban con el aspecto rubicundo de mi osita askenazí. Desde que se asentó en Madrid, Shey se las arregló para hacer amistad con sefardíes

de pura cepa, que le enseñaron los secretos de la vieja cocina española judeo árabiga.

Al tiempo que trasegábamos con peroles y sartenes, le iba yo contando mi encuentro con el señor Saltamontes. Por fortuna, le dio por reír cuando mi relato llegó al punto de las explicaciones ridículas.

–¿Y a ti que te ha parecido, que me confundan con una buscona de Montera?

–Si no estuviera a punto de llegar Veremundo, te lo iba yo a demostrar.

Se volvió hacia la lumbre y vi que la apagaba. Luego me plantó cara, desafiante. Se desabrochó un camisón que llevaba por toda indumentaria, se lo arrancó de los brazos y lo echó sobre una banqueta, quedándose con el delantal y lo que hubiera debajo. Y no digo nada más, sólo que la cocina era demasiado estrecha y tenía un balcón sin visillos que daba a un deslunado.

El tráfico debía de ser tan denso aquel mediodía, que nos dio tiempo a ducharnos y a terminar el guiso del hígado con patatas. Al retirarlas del fuego, regó la cazuela con un poquito de vinagre de manzana.

Veremundo encontró el menú exquisito. Yo, también. Y no habría puesto la más mínima objeción, de merecerla el guiso.

Las novedades eran satisfactorias.

Hacia Semana Santa, mientras yo celebraba el Pesaj como gentil invitado, Pamela se había presentado en Berlín.

—La estaba esperando. Llevaba meses esperándola. Incluso intuí lo que la llevaba a allí. No era Pepín. Era yo. ¿Os imagináis? Pamela quería

volver. Me dijo que había sufrido mucho en Ypérbula desde que yo me fui. Que se sentía culpable por el daño que le había hecho a Pepín. Que fue un arrebato. Que ella no era una mala persona. Que Pepín tenía toda la vida por delante. Que se sentía más huérfana que nunca. Que su padre había tenido una angina de pecho. Que si yo me divorciaba, se casaría conmigo... La dejé terminar el capítulo de su telenovela, y le dije que perdía el tiempo, que su historia me interesaba tanto como las posibilidades de vida en Titán, que Pepín se había enamorado de mi hija, que yo estaba a punto de regresar a Ypérbula... Y a medida que yo escribía el guión de mi propia telenovela, me daba cuenta de cuánto deseaba que fuera cierto.

Veremundo rebañó el plato con un trozo de pan. Shey le preguntó si se había quedado con hambre. Él respondió que no, aunque se notó la mentira cortés. Así que saqué de la fresquera un pernil de

Extremadura, un cuchillo jamonero y le invité a servirse.

–Oye, ¿en Berlín Oriental no se había dejado de pasar hambre?

Veremundo se rió, engulló una loncha de pernil y continuó su discurso. Menos mal que a Shey y a mí nos gustan las buenas historias, aunque estén regadas con vino peleón.

–Se quería quedar en mi apartamento, la muy zorróna. La envié a un Youth Hostel que hay en Friedrichshagen. Lo primero que hice fue salir disparado para ver a Pepín. Me dijo que no sabía nada de Pamela desde que él había llegado a Berlín.

Veremundo se levantó bruscamente, abrió su bolsa de viaje, extrajo un cedé y nos lo tendió.

–Esto es para vosotros. ¿Conocéis a “Belami”?

Shey y yo negamos.

–Son los favoritos de mi hijo. ¿Queréis que lo ponga? –le mostramos el reproductor de cedés–. El álbum se llama *Grossstadtmelodie*. Tienen mucho éxito entre los jóvenes. A Pepín le molan mucho. Describen a la perfección las estampas sórdidas de Berlín, la gran ciudad, con una melodía pegadiza.

Se calló para que escucháramos la letra de la canción. Y al darse cuenta de que yo me estaba enterando de poco, se disculpó.

–Luego se lo cuentas –le dijo a Shey–. Hay una preciosa, *Ich bin ein Berliner*. Es una adaptación de Neil Simon, pero con nueva letra.

Debimos de mostrar poco entusiasmo en “Belami”. Veremundo volvió a centrarse.

–Le dije a Pepín que Pamela estaba en Berlín.

Me preguntó sin el menor embarazo si le buscaba a él. Poco a poco fui sacándole que había perdido la pasión que sintió meses atrás por ella. Me irritó comprobar la brevedad de los compromisos de la juventud. Pero enseguida me acordé de la mía. Pamela había quizá puesto en marcha algún mecanismo emocional de poco calado en Pepín, algo parecido a la ambición, quizá. Le pregunté si estaba a gusto en Berlín. Me contestó que sí, aunque sonaba a falso. ¿Te encontrarías mejor en casa? Negó con vehemencia. ¿Entonces? Entonces me dijo que allí estaba descubriendo la vaciedad de su vida. Que en Tacheles había chavales que llenaban su vacío de fantasías artísticas. Pero que él era un manazas con la brocha y el cincel. Otros ahogaban su angustia vital con alcohol, drogas y sexo, siguió. No es que Pepín sea abstemio, pero aguanta mal el alcohol y está bien aleccionado sobre los estupefacientes y estimulantes. De sexo, lo único que puedo asegurar es que no es un



mariquita. Bueno, que no es un gay. Y al final, va y me sale con que se ha enterado de que ADENA estaba contratando gente para contar las aves migratorias que cruzan el estrecho de Gibraltar, y que está pensando si apuntarse. ¿Es que te ha entrado de pronto una pasión ornitológica? No era eso, aunque la naturaleza siempre le había entretenido. Lo que le incitaba a instalarse en Tarifa era otra cosa. Las pateras. Quería ayudar a los pobres náufragos, a los moritos y a los negros que se la juegan por llegar a Europa. ¿Por qué? Porque estaba harto de topar con gente que no hacía más que hablar de los crímenes del sistema y de las desdichas que ocasionan en la gente común, sin que hicieran otra cosa que llenarse la boca de suspiros y a veces hasta los ojos de lágrimas, sin mover un dedo.

Hubo un silencio, y los chicos de Belami rugieron algo que pude entender con claridad.

*Oh, wir sind die Falken der Nacht.*

*Die Nacht ist für uns gemacht*

¡Oh! Somos los halcones de la noche.

La noche está hecha para nosotros.

Shey y yo nos miramos, pero no como dos aves de presa, sino como dos ratoncitos temerosos de salir de la madriguera.

–Sé que tenéis un problema –dijo Veremundo–. Pero dejadme que acabe de contaros los míos. Creo que podré ayudaros.

–¿Te apetece un chupito? –preguntó Shey.

–¿Tienes whisky de malta?

–Creo que sí. ¿Y tú?

–Pacharán, como siempre –respondí.

–Me fui a buscar a Pamela y le dije que podía quedarse en mi casa, con la condición de no ver a

Pepín... Os juro que no echamos ni un polvo. Ni me atreví a rozarla. ¡En casi dos semanas! Lo cierto es que yo me excitaba tanto como una piedra. Ella, parece que lo mismo. Hablamos poco. Y hablamos mucho. Por mi interior transcurrieron sensaciones antiguas con la misma frescura que en la juventud, casi con la misma frescura que en la adolescencia. ¿Recuerdas aquella historia de mi prima Tona y el Príncipe de Titán?

Le respondí que sí, y prometí a Shey que le pondría al corriente luego.

—Me sentía un niño. Un niño con fuerza prodigiosa. Capaz de combatir con el valor de Diego Valor contra todos los Piscis del Eje del Mal y hasta con el mismísimo Darth Vader. Ni todo el poder de la carne jugosa de Pamela debilitaba mi voluntad. Bueno, un poco, sí. De modo que en cuanto embarqué a Pepín en el aeropuerto de Tegel con destino a

Málaga, puse a Pamela de patitas en la calle. No me tembló el pulso. Eso sí, tuve que ceder en la negociación y echar un polvo de despedida... Perdona mi lenguaje, Shey. Es que te tengo confianza.

De repente me entraron celos. Aquel don Juanete podía descubrir el lado oscuro y putiferioso de mi mujer, y ponerme en un compromiso.

—Así que ha terminado tu misión en Berlín Este... —comenté.

—Con éxito y sin bajas.

—Pero, ¿qué hizo Pamela?

—Imagino que buscarse un tipo mejor dotado que yo.

—¿En Berlín?

—No tengo ni idea... Hace un par de días recibí

un correo electrónico de mi hija. Me contó el empastre en el que os ha metido sin querer. Será cosa de familia... ¿Os está causando muchos problemas?

–¿Tú cómo te sentirías si te hubieran dado un par de kilos de Titadine por si se te ocurría en qué emplearlos? –le interpeleó.

–No tengo muy claro qué es lo que su amigo os ha dado. Pero vengo dispuesto a ayudaros. Mañana, antes de viajar a Málaga para ver cómo le va a Pepín, he quedado con Jutta. Me va a poner al corriente de todo. En cuanto se me ocurra algo, os lo hago saber.

–Pero, ¿qué puedes hacer tú contra las ruinas de la KGB y de la STASI?

–Ya veremos –dijo Veremundo como si tal cosa–. Algo se nos ocurrirá. De momento, os sugiero un primer remedio. ¿Por qué no pasáis unas semanas en Ypébula? En mi casa de Monpedra, que es grande

y tiene cuartos para invitados, o en el caserío del campo.

They y yo nos miramos. La idea no era mala, ocultarse en Ypérbula. Pero no cerca de Veremundo y su extraña familia.

Al día siguiente, cuando mi incómodo amigo se hubo marchado con la maleta a cuestas, camino del taxi que le esperaba en el portal, propuse a They ir a ver a Cejudo, el secretario del juzgado hermano del guardia civil de Ypérbula.

Le llevamos la cartera de piel de cocodrilo con los papeles. Tuvimos que darla de alta en el Registro, como prueba de un caso todavía no abierto. Ya sé que parece imposible, pero la Justicia es así.

Cejudo tuvo una idea.

–Amenazaré a Yasher con trasladar el expediente a la Audiencia Nacional. Garzón provoca el pánico a los narcos. A lo mejor tiene el mismo efecto sobre las mafias de coches robados.

–Pero, ¿no los compraban?

–Es una simplificación, hombre.

La cita había sido por la tarde, a última hora, porque estaba de guardia. Al salir de los Juzgados se había hecho de noche. La plaza de Castilla parecía un círculo de radio infinito, y la Castellana, un camino de luces hacia la nada. Me sentí fuerte y seguro.

Creí escuchar los graznidos de Belami.

*Oh, wir sind die Falken der Nacht.*

*Die Nacht ist für uns gemacht.*

¡Oh! Somos los halcones de la noche.

La noche está hecha para nosotros.

## La cucaracha

Al llegar a casa nos encontramos a Veremundo en el portal, sentado en la maleta y mordiendo un bocadillo.

–No sabía si volveríais cenados –arguyó–. Recorro a vosotros porque mi hija me ha abandonado. Además, he perdido el avión. Si no me recogéis, soy capaz de pasar la noche bajo el puente de Segovia, echándoles a los patos del Manzanares lo que me sobre de este bocata.

A Shey le hizo gracia el humor de Veremundo. Esto me inquietó todavía más que su propia presencia.

A pesar del bocadillo, Veremundo se zampó medio plato de fiambre *kosher* comprado a precio de oro en la sección judaica de El Corte Inglés (el atraco nos hizo reincidir en el impuro paganismo porcino), y apuró hasta el último trozo de lechuga de la ensalada



que preparó Shey. Luego se tomó un café y se sentó delante de la televisión a ver un informativo. Yo le miraba sin dar crédito a mis ojos: orondo y repantigado en el sofá, con sus entradas y sus aladares canosos y su mostacho de morsa. Le comparaba con el Mundóvich de la juventud, y calibraba el efecto que habrían hecho los años en aquella cabeza. Cuando se aproxima uno a la vejez y no se es un idiota, ves con claridad que el horizonte no es infinito. Y te acollonas. Aquel tipo parecía cualquier cosa menos acollonado.

A las diez y media pasadas, Shey se disculpó alegando sueño. En condiciones normales, habría sido cierto, pero después de las sorpresas del día, parecía raro. Los dos amigos nos quedamos mirando la tele como quien observa el vuelo de una mosca.

—¿Por qué crees que Jutta me ha dado plantón después de haber quedado conmigo? —me preguntó

Veremundo al cabo de un rato, al disolverse una pelea bestial entre dos fornidos imperturbables en un anuncio de compresas—. ¿Crees que está en un apuro?

—En un apuro está, Veremundo. Lo que no sé es si se va a meter en otro o no. ¿Dices que se ha ido a Torrevieja?

—Sí —contestó con preocupación.

—Aquello es un nido de mafiosos rusos.

—O a Marbella. También puede haberse ido a Marbella. La compañera de piso no me lo podía precisar. Pero luego he pensado que era una maniobra dilatoria para que no me interfiriera en su camino. Hechos consumados. Estoy seguro de que mañana me hará saber dónde está. Puede que ya me haya enviado un correo electrónico.

—¿Quieres que lo veamos?

Nos fuimos a mi estudio, hice un hueco entre las cajas de microondas y de aspiradoras (las mejores para guardar folios) llenas de recortes, encendí el ordenador y le invité a que navegara por el hiperespacio. Con agilidad de experto abrió su buzón y le dio un concienzudo repaso.

–Efectivamente. Aquí está, mira.

–Prefiero que me lo traduzcas. Está en alemán.

–Un alemán excelente, por cierto. Si mi hija se dedicara a la literatura, sucedería a Günther Grass, cosa en realidad poco complicada, porque después de “El Tambor de Hojalata”, ese hombre no ha escrito más que soplapolleces contra la Alemania que le vio nacer.

–¿Dónde está Jutta, en Torrevieja o en Marbella?

–En Torremolinos. La han contratado como cantante en la sala de fiestas de un hotel de lujo.

–¿Pero no estaba harta de trabajos basura? –me salió espontáneamente–. ¿Y tú qué vas a hacer?

–Mañana cogeré un avión.

–¿Con qué objetivo?

–Actuar como padre. Primero la abroncaré por lo que os ha hecho. Luego, la abroncaré por haberse liado con ese Yasher. Y después, esperaré unos días a que las broncas causen efecto.

–Pareces muy convencido de ganar.

–No voy a ganarle ninguna competición a mi hija. Voy a ser su padre. A un padre, un hijo le puede hacer de todo. Y tiene que estar preparado. Pero lo que el padre no puede hacer es callar, fingir que no se ha enterado. Eso es peor que darle una bofetada

injusta. Cuando seas padre, lo comprobarás... ¡Por cierto! ¿Qué tal vuestro intento?

Esto último lo dijo bajando la voz y señalando con la cabeza hacia la alcoba de matrimonio.

–De momento, nada. Puede que sea eso de la mala calidad de los espermatozoides, los nervios, o el destino.

–El Destino no, hombre de Dios. El Destino sólo es malo. Cuando es bueno, es la Providencia.

–Pues eso. El destino no quiere que tengamos un hijo.

–Insistid. Insistid. Que no cuesta trabajo y relaja.

En aquel instante, Veremundo me pareció un buen hombre. Un eco de mi difunto padre en sus días de esplendor, por ejemplo.

–Quiero decirte algo... que me cuesta expresar, o verbalizar, como se dice ahora.

Se interrumpió. En sus ojos se manifestaba una ansiedad auténtica.

–Pues exprésate o verbalízate, lo que menos te corte –le animé.

–Son mis visiones.

Nueva pausa tensa.

–¿Tus pesadillas?

–No. Mis visiones. Se me aparece el príncipe de Titán.

Yo estaba mirándole a los ojos, y no descubrí en ellos el menor rastro de burla. Sentí un escalofrío.

–No te creas que estoy chalado. No me ha sucedido nunca en soledad, en el apartamento de

Köpenick, o tras la esquina mal alumbrada de un callejón de Mitte. Siempre, cuando estaba rodeado de gente. La primera vez, le vi en el museo Pérgamo, en lo alto de las escalinatas del altar. Pero enseguida desapareció. La segunda vez, se me acercó por un andén de la estación de Friedrich Strasse. De pronto me entró un ahogo y unas nauseas. Me agarré a una barandilla, cerré los ojos y dejé que se me pasara. Me daba miedo abrirlos, por si el tipo seguía allí. Al final me atreví. Y fue horrible. El aspecto de todo había cambiado. Ya no estaba en el andén de hoy, sino en la estación partida en dos de 1975. Me mareé de verdad. Titán se acercó apresuradamente a mí, con el propósito de sostenerme, porque me estaba derrumbando. Perdí el conocimiento. Y al despertarme, vi la cara de un Vopo, un Volkspolizei, que me miraba con curiosidad. Dijo, “¿Cómo se encuentra, señor?” Y escuché otra voz, “Será mejor que le llevemos a un hospital. Se ha desmayado, y

puede ser grave.”

–¿Y qué sucedió?

–Volví a desmayarme. Y me desperté en un hospital, efectivamente. En la clínica universitaria de Charité. Volvía a estar en la actualidad.

–Había sido una alucinación.

–De eso, nada. Había escuchado la voz apestosa del Príncipe de Titán. Dijo, “Verás surgir del mar una Bestia con diez cuernos y siete cabezas. Y por su boca proferirá grandezas y blasfemias. Encarcelará a los malvados y herirá con la espada a los ignorantes”.

–Suená apocalíptico.

–Está tomado del capítulo 13 del Apocalipsis, aunque no es literal.

–¿Y qué sentido tiene?



–Ni idea. Pero Ypébula está rodeada de mar. Y en Torremolinos hay mar. Y también en Tarifa... Temo por mis hijos.

–Lo dices en serio.

–Lo juro.

Y en ese mismo instante, saltó a un lado del ordenador, por una esquina de la mesa, una enorme cucaracha marrón. Nos provocó durante unos segundos con su mirada amenazante, y luego se deslizó entre las cajas.

Ambos a una, sin habernos puesto de acuerdo, empezamos a revolver los cartones armando cierto estrépito hasta dar con ella y aplastarla con la suela del zapato. Nos sentimos como dos *Black Men* después de salvar la galaxia.

En algún campanario estarían dando las doce

cuando me fui a la cama. Al entrar en el dormitorio, Shey, que estaba leyendo un novelón de John Irving, me preguntó intrigada qué estábamos haciendo, y se lo expliqué.

–¡Qué raro! En esta casa nunca ha habido cucarachas.

Nos dormimos, pero no como leños, debido a la excitación. Nos despertó un súbito jaleo en el comedor. Me asomé, y vi a Veremundo con un zapato en la mano corriendo y moviendo sillas.

–La familia de Cucarachón. Debía de tener un nido por aquí. Estoy intentando descubrirlo. Lo siento, si os he despertado, pero hay que acabar con las cucarachas en cuanto se las descubre, si no, buscan nuevas madrigueras. Son muy listas. Y muy fuertes, resisten la radiación nuclear.

–Déjalo, Veremundo. Mañana fumigaremos la

casa.

–No me quedo tranquilo. De todas formas, es igual, porque se me ha ido el sueño.

Le dejamos por imposible.

Por la mañana, Veremundo dijo que había cambiado de opinión, que iba a volver a su casa en Ypérbula, donde tenía una familia más indefensa que Jutta y Pepín.

–Si queréis, nos vamos juntos.

Y eso hicimos.

## **Arana**

Preparamos concienzudamente el viaje. No había billetes para el único avión que comunica la isla con la península y viceversa. Reservamos tres asientos

de cubierta en el ferri y otros tres para el viaje en tren hasta el puerto. Los de Shey y míos eran de ida y vuelta.

Veremundo advirtió a Fernanda de nuestra llegada. Pero logramos hacerle desistir de su idea de alojarnos en su casa. Shey alegó que le habían hablado de cierta casa rural en no sé qué cala, y que sentirnos invitados iba a ser contraproducente, porque nos obligaría a buscar formas enojosas de gratificar a nuestros anfitriones. Me extrañó este conocimiento, y le pregunté a Shey, en privado, que dónde había encontrado la casa rural.

—Todavía no la he encontrado. Pero seguro que aparece alguna en Internet.

Luego comunicó a Manolo el del MOSSAD que nos íbamos de viaje a Ypébula. Yo hice lo propio con los dos Cejudo.

Cuando salimos de Atocha caía sobre Madrid una manta de agua. A lo largo del viaje el tiempo cambió tres o cuatro veces. Nada parecía establecerse. La reserva de la casa rural, incluso, estaba en precario.

Comimos en el puerto peninsular una paella de mariscos, especialidad de cierto restaurante cuyo dueño conocía Veremundo, un australiano de Perth, la capital del Estado Occidental. A las tres y media, subimos al ferri bajo un sol demoledor que nos hizo echar de menos las nubes inestables.

El arroz y el vino de Requena que nos habíamos echado al cuerpo nos rindieron a los tres, cada uno en una hamaca, a la sombra de un toldo, acariciados por la brisa de un mar plano como una piscina.

Concluía en mi cabeza un hermoso sueño con un derrape del automóvil que mi subconsciente conducía por un paisaje uniforme. Era Veremundo,

que me zarandeaba en un hombro. Tenía el rostro alterado. No soltó una palabra, se limitó a señalar con el dedo hacia un sillón donde un hombre algo mayor que nosotros parecía leer un libraco que sostenía incómodamente sobre las rodillas.

Me costó reaccionar, porque no vi nada extraño en el lector, un tipo más bien gordo, de extremidades cortas (de ahí la incomodidad de sostener el libraco) y perfil de lechuga, que me recordó a un profesor de filosofía que tuvimos en el colegio. Lo único curioso del tipo era que calzaba zapatos de rejilla, lo que le aportaba un rasgo de anacronismo vulgar.

Veremundo, apretando los labios, no paraba de sacudir el brazo hacia él. Me volví para mirar a Shey, que dormía como una osezna en hibernación.

—¿Qué? —pregunté a Veremundo en voz baja, arrugando la nariz y encogiendo los hombros.

Por fin abrió la boca y lanzó una especie de gemido.

–Titán...

Me levanté y tiré de él. Tuve que emplear mucha fuerza porque se resistía como un gorrino al que llevan a sacrificar. Señalé los rieles que aseguraban la borda. Accedió a asomarse al agua. Yo pretendía que le diera el aire cargado de gotitas de un mar que se había rizado. Le tuve un rato mirando el horizonte verdoso. Yo, de vez en cuando, volvía la cabeza. La lechuza seguía leyendo, ajena a nosotros. De pronto, Veremundo se desembarazó de mí y desapareció en el interior del barco por un escotillón.

Entonces me aproximé al lector dispuesto a averiguar quién era, y sin tener ni idea de cómo iba a hacerlo, pero consciente de que si no aprovechaba aquel repente se me pasarían las ganas.

Me situé a su lado y esperé a que levantara los ojos del libro.

–¿Pasa algo? –dijo con una estupenda voz de tenor.

–Nada, nada.

Pero no me moví.

–¿Quieres algo?

Ahora noté en su voz el acento de la inquietud. ¿Me tuteaba por la mala costumbre adquirida entre los españoles de posguerra o para disimular un temor?

–Si fumara, te pediría fuego... No. Es que me ha sonado tu cara, y me he preguntado si nos conocemos.

–¿Eres de la pasma?

–No. Soy periodista.



–¡Ah! ¡Un plumilla! –exclamó con alivio, cerrando el libraco.

Me fijé en la portada. Estaba en vasco. Ponía algo de Arana.

–No es Sabino Arana. Es mío. Yo soy Arana, Kepa Arana.

Me tendió la mano. Se la estreché y me senté en el sillón contiguo, echando miradas de reojo a sus zapatos marrones de rejilla.

Los altavoces de cubierta emitían una música melódica, acompañando los maullidos de una vocalista de jazz, quizá Billie Holliday. Shey seguía durmiendo en su hamaca. El sol teñía de rojo un cirro muy deshilachado. Me presenté al vasco.

–¿Quieres hacerme una entrevista?

–No me has entendido. Supongo que tengo que

pedirte disculpas, pero no tengo ni idea de quién eres.

—¡No me jodas! Diez años en el penal de Santamaría como un cabrón, tres en libertad vigilada, un número para separarme de mis antiguos camaradas de ETA, otro número para establecer una cooperativa ecologista en Extremadura... y todo para nada. ¿Qué tengo que hacer para que me hagan caso otra vez, volver a secuestrar a un pez gordo?

—¡Demonios! ¡Tú eres el de la NASA! Quiero decir el de la comuna de Extremadura que acusa a la NASA de destruir el universo.

—¡Ahí le has dao!

—Pues tengo un montón de recortes de tu s... -- estuve a punto de decir secta, pero rectifiqué a tiempo—... sociedad, en un cajón. De hecho, estuve a punto de escribir un libro sobre vosotros.

–¡Esta es tu oportunidad, hombre de Dios!

Esta apelación me produjo un sobresalto.

–La verdad es que la ocasión la pintan calva – dije–. ¿Vas a ver a tu hijo a Ypérbula?

–¡Coño! Y tú como sabes que tengo un hijo en la cárcel.

–Es una historia larga de contar. Resumámoslo en que soy un plumilla.

Me di cuenta de que Shey se había despertado y me estaba buscando. Le hice señas con una mano y se aproximó. Nuevo turno de presentaciones.

–¿Has estado en Berlín en las últimas semanas o meses?

–En mi vida he estado en Berlín. Y eso que estuve a punto, ¿eh? Teníamos un buen contacto con

la STASI, y la dirección de ETA me propuso para que negociara entrenamientos en algún lugar seguro. Pero me trincó la pasma en un control antes del viaje. ¿Por qué lo preguntas?

–Un amigo que viaja con nosotros cree que te conoce, que te ha visto en Berlín.

–Pues nada, hombre de Dios, cuando quieras me lo presentas y ya salimos de dudas. Y si te decides a lo del libro, me llamas –y me tendió una tarjeta en español y en vascuence.

Shey y yo volvimos a las tumbonas.

–¿De qué va esto, Pichurri? –me preguntó.

–No tengo ni idea. Veremundo me ha dicho que ese tipo es el príncipe de Titán y que le hace anuncios apocalípticos.

–¿En serio?

–La seriedad de ese hombre de Dios es un misterio para mí.

Al llegar a Monpedra, Veremundo se hizo el remolón en salir de su madriguera. Y cuando quise buscar al búho Arana, había volado.

Fernanda nos esperaba en el muelle. Estaba verdaderamente hermosa, con un vestido de seda que la brisa enredaba entre sus muslos. A su lado estaban los retoños, con una expresión de ansiedad en la cara. Miré de reojo a Veremundo, y me pareció que se conmovía. Fingí que Shey y yo estábamos entretenidos con las maletas para que la familia estuviera unos instantes a solas.

Había anochecido. Monpedra nos ofrecía su fachada de postal, el puertecito pesquero iluminado y una línea de casas bajas de diversos colores. El lento atraque del ferri me había permitido observar la costa

de Ypébula con detenimiento. Buscaba en ella referencias de puntos donde ya había estado, el edificio del Centro de Reeducción, la costa del parque natural, intentando reconocer algo, como si yo fuera un viejo monpedrino que regresa a la isla después de décadas de emigración en un país lejano. A veces soy víctima de este tipo de imposturas sentimentales. Por lo general, me siento a gusto casi en cualquier parte del planeta, y encuentro en todos lados algo que me evoca una vida anterior o un delirio de esa naturaleza.

Fernanda se empeñó en llevarnos en coche a la casa rural que había reservado Shey. Nos excusamos con la evidencia de que habíamos reservado un coche de alquiler. Mientras Shey cerraba el contrato y recogía las llaves, yo llamé por teléfono a la casa rural, y me confirmaron que podíamos acudir. Aseguraron que no era difícil encontrarla, porque

estaba detrás del único grupo de árboles, un bosquecillo de sabinas, en varios kilómetros a la redonda. Antes de abordar el vehículo, Shey entregó a Fernanda un papelito con el nombre de la casa rural y un teléfono.

–Un día de estos, cuando hayamos dado una vuelta por la isla, quedamos a comer, ¿vale? –dijo.

Habíamos arrancado y casi estábamos en marcha, cuando vimos que Fernanda se acercaba con el papelito en la mano y una expresión de contrariedad en el rostro.

–¿Quién os ha recomendado esta casa rural?

–Nadie –respondió Shey con una sonrisa que disimulaba una inquietud para mí evidente–. La he reservado por Internet. ¿Por qué?

–Nada, nada. Si me lo hubierais advertido, os habría buscado una mejor...

Camino de la casa, Shey manifestó una extraña duda.

–Me pregunto si me habré equivocado. Esta casa rural se llama “Sinombre”. Pero las referencias eran buenas.

–No le des más vueltas, cariño. Esta isla es una caja de sorpresas. Lo que vamos a hacer es ignorar dónde estamos y tardar varios días en restablecer contacto con la realidad vulgar, ¿vale, cariño?

–*All right*, Pichurri.

La oscuridad de la noche estaba matizada por un pedazo de luna a punto de completar el membrillo. Gracias a eso, y a que íbamos muy atentos, encontramos en seguida el bosquecillo de sabinas. Me pregunté cuántos días necesitaríamos para dejar de estar atentos a las cosas.



## Admiración de monos

Dos días bastaron para nuestra recuperación, la de Shey y la mía. Desde que la conocí y me enamoré de ella, siempre me ha sorprendido esta sintonía con la que ruedan nuestras emociones. Con frecuencia, unas imágenes o ciertas ideas concretas que ella concibe, las recojo yo sin que medien palabras. En otras ocasiones, el flujo es el inverso.

Pero recargar las pilas tiene un inconveniente, el aburrimiento de la inactividad.

Esos días de alimentación energética los pasamos tirados en el lomo de una duna, mirando el extraño color del mar a través de las gafas de sol. Shey leía, se bañaba, se untaba protector de alto grado y freía a fuego lento su lechosa piel azquenazí. Yo dormitaba, leía auténtica *pulp fiction*, novelas de detectives editadas antes de la segunda Guerra

Mundial, y observaba los matorrales que salpicaban las dunas. En una estantería de la casa rural había unos cuantos libros de fauna y flora local, según los cuales aquellas plantas eran azucenas de mar (*pancratium maritimum*), lechetrezna (*euphorbia paralias*), lentisco (*pistacia lentiscus*) y el ya conocido labiérnago (*phyllirea latifolia*). A pesar de las fotografías, nunca llegué a distinguir unas de otras.

Durante esos dos días estuvimos solos en Sinombre. El casero, un joven fornido y de triste rostro alegrado por una densa melena negra, dormía en un apartamento anejo, pero cuando nos levantábamos ya se había marchado. Nos dejaba preparado un desayuno copioso, con bollos y panecillos blandos que parecían del día.

Cuando apuntaba la noche, se presentaba cabalgando una moto gigantesca, con un saco de vituallas a la espalda, y cocinaba una cena succulenta.

Decía que la tercera jornada de playa se nos hizo tediosa, e iniciamos el capítulo de excursiones. Salimos al azar, sin abrir siquiera el plano que había en la guantera del coche de alquiler. Un azar relativo, las cosas como son. Conduje yo, porque confiaba en que mi intuición me apartaría de la zona de la isla donde se erigen la mayoría de las cárceles, y me salió bien. Nos comimos unos sándwiches a la sombra de cierto faro inactivo. Flotando sobre un mar muy estable se percibía la barrera de balizas de vigilancia. Expliqué a Shey su ingeniosa utilidad.

–Este mecanismo es propio de una mentalidad anglosajona, no española –comentó.

–Pues será que lo ha diseñado algún técnico de Alcatraz.

–¿Funciona?

–¿Me estás sugiriendo que alquilemos una barca y lo probemos?

–Nada de eso, cariño. Especulo sobre la inconstancia de tu pueblo. A lo mejor lo instalaron, lo pusieron en marcha y cuando tuvo el primer fallo, se olvidaron de las balizas de vigilancia.

–Me parece que te equivocas. Ypérbula funciona como un reloj. Es la base de su éxito. Piensa que siempre ha sido una isla presidio –le solté la explicación erudita del teniente Cejudo, sin citarlo, eso del campamento militar o *imperium*, como si fuera mía–. Y en los cuarteles se funciona a toque de corneta. Más que una tradición es una necesidad.

A lo lejos vimos una lancha aproximándose a la costa. Navegaba fuera de la línea de balizas. Cuando estuvo a su altura, sus tripulantes hicieron algo, y las balizas empezaron a lanzar fogonazos. Nos dimos cuenta de que era una patrullera de la guardia civil, que probablemente inspeccionaba el sistema.

–Me siento segura, cariño. Nunca me había sentido tan segura en las últimas semanas.

Y me dio un besito.

En la casa rural teníamos compañía. Había llegado a pasar el fin de semana una familia numerosa, junto con un hombre de más de sesenta años y una mujer de la edad de Shey que parecían amigos de los padres de la chiquillería, compuesta por un patoso, una niña de cuatro o cinco años, dos gemelos masculinos adolescentes y una jovencita que si no se sentía fuera de lugar hacía todo lo posible por aparentarlo, ante la indiferencia absoluta de sus progenitores.

Para ayudar al atleta a servir la cena apareció una mujer joven de pelo rubio teñido.

Cuando estábamos rebañando el postre, una pirámide de chocolate deliciosa, se acercó a nuestra

mesa la niña de cuatro o cinco años, y sin saludarnos, señaló con su dedito a uno de los gemelos y dijo.

–Ese es Fausto del Cohete.

–¿Quieres decir que tira cohetes en las fiestas?

–le pregunté con voz deferente.

La niña negó con la cabeza y dijo,

–Sí.

–Pero, ¿cuál de los dos es Fausto? –le preguntó Shey.

–¿Tú no eres española? –rebotó la pregunta la niña, alertada por el acento de Shey.

–Soy surafricana.

–No eres negra –dijo la chiquilla, dejándonos pasmados. Y antes de que pudiéramos reaccionar, señaló distintamente a uno de los gemelos, y dijo en

voz muy alta, para que se le oyera desde la mesa de su familia—. Ese es Fausto del Cohete.

—Deja en paz a esos señores, Encarnita —le advirtió la joven fuera de lugar—. Y no te metas con Javier, que está feo.

—Es Fausto del Cohete —se emperró la criatura.

—Quiere decir, Fausto de Goethe —intervino la mujer adulta que no parecía de la familia, pronunciando el apellido a la española, rompiendo el diptongo—. Es una broma que le hace a su hermano, porque está ensayando esa obra para la fiesta de fin de curso.

They y yo sonreímos al joven actor y a su locuaz hermanita, que se colocó en medio del comedor y poniendo los brazos en jarras, recitó con voz chillona, pero firme:

–¡Has un pegote, guisa sobras de otros *fistines* y reaviva las *mesquinas* llamas de tu poquito de *senisas*! *Admiración* de niños y de monos tendrás si le va bien al paladar. Pero nunca darás alma a las almas si no *empiesa* saliéndote del alma.

Shey empezó a abatir las palmas, y yo la secundé, admirados ambos de la memoria de aquel renacuajo.

–Es lo que pretendía –dijo el gemelo señalado como Fausto del Cohete–. ¡Hala, Encarnita! ¡Ya lo has conseguido! Baja del escenario.

La niña se fue hacia su padre, que la acogió con un orgullo que le salía por los poros, pero sin alharacas.

La camarera rubia se acercó a nuestra mesa y nos preguntó si queríamos café.



Estuve a punto de decirle que sí, de la sorpresa que me llevó. Acababa de darme cuenta de que aquella era la belleza del páramo, la que provocó mi admiración y mi deseo en uno de mis viajes a Ypérbula. La recordé con su feo abrigo de piel vuelta y sus ojeras. Ahora no me parecía tan atractiva, aunque a medida que me fijaba en ella descubría la armonía de sus curvas y la gracia de sus tirabuzones teñidos.

Shey y yo dimos un paseo hacia la playa antes de retirarnos a la habitación. Las estrellas, en especial un lucero que debía de ser Venus, no paraban de guiñarme los ojos con picardía. Aquella noche hice el amor con Shey engañándola con la curvilínea rubia de frasco. Luego, dormí de un tirón.

## El día cuarto

—¿Hacemos otra excursión? —me preguntó Shey al desperezarse a eso de las diez y media, tocada en su torso desnudo por un rayo de sol.

Nos había despertado el jolgorio de la patulea infantil en el comedor. Cuando aparecimos, aseados y hambrientos, la familia había abandonado la casa. Sólo quedaba de ellos un rastro de tazas sucias, platos cubiertos de migas, de cortezas de beicon y de queso en las mesas, y sillas fuera de lugar, como si el grupo hubiera salido de estampía.

La rubia de la cena, mi belleza del páramo, nos dio los buenos días con una expresión de fatiga en el rostro, nos sirvió nuestra pitanza, y mientras almorzábamos se dedicó a recoger y ordenar el caos que habían dejado Fausto del Cohete y sus parientes. En uno de los viajes, tuvo que agacharse a recoger

algo del suelo, y pude ver con toda claridad sus braguitas azules entre sus tensos muslos, abiertos delante de mis ojos, como adrede.

Puesto que yo no había contestado a su propuesta, Shey la dio por buena, y se apropió de las llaves del coche.

–¿Con plano? –dije señalando la guantera.

–Sin plano. Un día más de aventuras temerarias.

Cual era previsible, recorrimos todo el circuito carcelario, como si estuviéramos buscando a un preso que no se hallaba en ninguna de las prisiones.

–Vivir en una isla me acabaría dando claustrofobia. Pero si la isla fuera ésta, no tardaría dos días en sentirme encarcelada –confesó mi osita azquenazí.

–Pues, fíjate, no me ha parecido a mí encontrar

esa sensación entre los habitantes de Ypérbula.

–No has estado suficiente tiempo. Probablemente sufran todos depresiones y las neurosis más extravagantes. ¿No te has fijado en la chica y el chico de la casa rural? Parecen apesadumbrados, como si se les hubiera metido una nube de melancolía en el cerebro.

–A lo mejor es que no les gusta lo que hacen. ¿Son los dueños del negocio?

–No tengo ni idea.

–A la chica, la conozco.

–¡Ah! ¿Sí?

–La vi en un restaurante de carretera en uno de mis viajes a la isla. Estaba acompañada de su novio, pero no era el joven melancólico. Quizá sean hermanos. ¡Coño!

–¿Qué pasa? –dijo Shey levantando de golpe el pie del acelerador.

–Nada. Que hemos venido a parar al parque natural al que me trajeron con “Venenín”. Esto más que una excursión es la celebración de un víacrucis. Si quieres te puedo enseñar donde chapotean las fochas y dónde se esconden las palomas torcaces.

–¡Qué bonito!

Mientras nos adentrábamos en el cañaveral, pensé, ¿a que a la vuelta pasamos por la finca de Veremundo?

Y pasamos. Pero no de largo, porque tal y como estaba escrito en alguna página del libro del Destino (porque en el de la Providencia no están escritas estas cosas), al llegar a la desviación, tuvimos que frenar para que cruzara la carretera un rebaño de ovejas autóctonas que parecían cabras o que quizá lo eran, y

de la nada apareció Fernanda conduciendo un 600 destartado.

–¿Venís a comer? –nos preguntó con gran seguridad.

–Pasábamos por casualidad.

–Venga, venga, no os hagáis los tontos. Si esto es el culo de Ypébula, no se puede llegar aquí si no es a propósito. Tenía ganas de veros. Iba a llamaros.

Fernanda nos condujo al caserío por el sendero, echándonos encima una nube de polvo. Nos recibió con afecto una manada de perros y perritos que, no sé por qué, me recordaron a la familia de Fausto del Cohete.

Veremundo estaba partiendo leña y echándola en una espuerta. Nos saludó de un modo ausente. Parecía estar rumiando algo. Sus hijos menores

salieron al cabo del rato de la casa, y nos fueron presentados formalmente. A Shey y a mí nos pareció percibir un ambiente de decaimiento, como si un pesar amenazara de manera imprecisa a aquella familia próspera. En realidad, la escapada de Veremundo debía haber sido ocasión de desasosiego, y su inesperado regreso podía haber producido más desconcierto que alivio.

Quizá había muchas cosas por aclarar entre él y Fernanda. Pero la intuición llevaba mi diagnóstico por otro camino. Era posible que los menos satisfechos por la solución de aquella espantada fueran los dos hijos menores.

Rubén llegó en una bicicleta de montaña, pegando un frenazo en el mismo borde del emparrado, exhibiendo su habilidad deportiva. Su rostro había cambiado desde la única vez que le vi, se le había llenado de espinillas, su nariz se había afilado y sus

orejas parecían soplillos. Toda referencia al rostro y al humor de su padre se había borrado por efecto de la explosión púber.

Su hermana Ángela conservaba el lustre inocente de una niñez madura, pero apuntaba ya la etapa en la que su personalidad y su cuerpo culminarían. De sus rasgos se podía decir lo que escribió un clásico, que eran “como de raza antigua, tosca y prócer al par”. Vestía una camiseta con una inscripción rotunda: *Do not commit*, no te comprometas. A veces, la moda señala fielmente la temperatura social.

Fernanda apareció con un pollo vivo cogido de las patas, con la cabeza colgando.

—¿Os desagrada ver cómo mato este pollo para la paella?

Desde la niñez no había visto yo tal sacrificio, a



manos de mis abuelos, y la oportunidad de contemplarlo de nuevo me producía cierta excitación vinculada a la nostalgia. Pero miré a Shey, cuya calidad anglosajona hacía prever una declinación cortés.

—A mí, en absoluto. Me crié en una granja de Oudtshoorn, con negros y mulatos que tenían que ganarse la vida a veces robando en los corrales. Bueno, no es que yo les acompañara en sus correrías, robaban a mis abuelos. Yo he visto sacrificar avestruces, que son veinte veces más grandes que una gallina.

—¿Y los mataban así? —preguntó el hijo de Veremundo, señalando a su madre, que seguía con el pollo cogido de las patas.

—No. Les decapitaban en una especie de guillotina.

Fernanda se colocó el pollo bajo el brazo, y empezó a acariciarlo con mucho mimo. Estaba en pie junto a un viejo aparador en cuyo borde había colocado un lebrillo. Fue girando el cuerpo hasta que el pollo quedó sobre el recipiente. Poco a poco le torció el cuello, sin dejar de acariciarle, y finalmente, con un afilado cuchillo, le seccionó la yugular. Brotó la sangre de la herida, e inundó el fondo del lebrillo.

Luego, desplumó al animal, pasó la piel por encima de una lumbre, quemando las bases de los cañones de las plumas, lo descuartizó y lo echó a una sartén o paella colocada sobre un trébede, bajo el que ardía la leña partida por Veremundo.

Shey entretuvo a los chavales y a Fernanda con unas estupendas historias surafricanas mezclando sin vacilar su experiencia con la mitología zulú, xhosa y ndebele, observando con atención disimulada la preparación y condimento de la paella.

Mientras tanto, yo charlaba con Veremundo.

–Estoy preocupado –confesó.

–¿Por Jutta y por Pepín?

–No. Por Fernanda. Es injusto lo que le estoy haciendo.

–¿Has vuelto con ...? –le pregunté en voz baja.

–No, hombre de Dios. ¿Piensas que estoy loco?

La verdad es que sí lo pensaba.

–Cada vez tengo más visiones... o pesadillas, como quieras llamarlo. No sé si es el sentido de culpa o que se me están descomponiendo las neuronas. Fernanda quiere que vayamos al médico a Madrid. Pero yo me resisto.

–¿Por qué?

–Porque merezco sufrir. Durante años he llevado una vida desenfadada. No disipada, no depravada. Yo no soy así. Pero veía unas faldas, bueno, unas piernas, y no paraba hasta convencerme de que estaban a mi alcance.

–¿Adicto al sexo?

–Que no. No soy un adicto al sexo. El sexo no me motiva. Es un *byproduct*.

–¿Por qué no dices “subproducto” o “derivado”?

–Porque en inglés suena grave y misterioso. Soy más pedante que tú.

Raro misterio el de un subproducto.

–¿Te parezco un pedante?

–Sí. ¿Qué pasa?

Me di cuenta de que a Veremundo se le había reventado algún fusible, y que era una temeridad intentar repararlo.

Llevaba cuatro días en Ypérbula y ya me parecía una eternidad. De pronto eché de menos Madrid. Comprendí que no podía perder ni un día más en la isla, que si no buscaba pronto una ocupación, no tardaría en seguir los pasos de mi infortunado amigo.

Durante la excursión, me había venido a la cabeza una y otra vez la imagen de los muslos abiertos de la belleza rubia, y la mancha azul de sus bragas encajada al fondo. Yo era un hombre feliz. Amaba a mi mujer. No tenía ningún reproche que hacerle. ¿Qué me estaba pasando? ¿Era la atmósfera opresiva de Ypérbula? ¿Era la invisible sombra de “Venenín”?

La paella fue suculenta. Tras el postre y los

cafés conversamos un rato bajo el emparrado. Nos rodeaba la soledad más absoluta, porque el caserío se hallaba en una amplia hondonada, y el horizonte eran rocas, arbustos y los viejos postes del teléfono viniendo de la nada y perdiéndose en el vacío.

Poco a poco, a Veremundo se le fueron cerrando lo ojos. Los chicos se habían retirado al interior de la casa. Y Shey, tumbada en una hamaca, sin poderlo remediar quedó en brazos de Morfeo y de Dionisios, porque el morapio que habíamos trasegado con el arroz era un Cabernet Sauvignon de Valdepeñas bastante contundente.

Yo me fui con Fernanda al lavadero, y la ayudé a fregar los platos.

–Veremundo parece poco optimista –aventuré.

–Está abatido.

–Dice que se siente culpable, y que se lo merece.

–No sé si es un sentimiento espontáneo o provocado. Pero es morboso. Le hace daño. Y a los niños y a mí, también.

–¿Crees que la presencia de esa chica, Pamela, aquí, le perjudica como una especie de embrujo?

–No creo que sea eso. O sí. Estoy pensando en ceder mi negocio y llevarme a la familia al Continente. No me atrevo porque mis hijos son felices aquí, y no quisiera perjudicarles a ellos para beneficiar a su padre. Es una situación muy delicada. Tengo que tomar una decisión. Es lo único claro que veo. Todo depende de mí. Cortar por lo sano.

–¿Una decisión? –dije, pensando en una separación o en un divorcio.

–Sí. Yo creo que lo que está haciendo más daño a Veremundo es su trabajo. Está saturado de él. No le gusta. No soporta tener que vigilar y educar a jóvenes que son escoria y que volverán a serlo en cuanto salgan de Ypébula.

–Pero... Al parecer el porcentaje de recuperaciones es altísimo.

–Eso dicen. Pero deja pasar unos años, y la mayoría de estos delincuentes juveniles acabarán sacudiendo a su mujer, alcoholizándose o se liarán a tiros desde una torre.

–No lo dices en serio.

–No. No creo que ocurra así. Al menos, siempre. Pero Veremundo, sí. Tiene que dejar ese trabajo. Dedicarse a otra cosa. La semana que viene se incorpora a su puesto. Y estoy acojonada.



Me admiraba el afecto de aquella mujer por su marido, y me apenaba ver cómo se iba desmenuzando su entereza.

Una vez limpia la paella, la secó con un paño, la untó de aceite para evitar la oxidación, y la colgó en el interior de una despensa construida junto al fregadero.

–¿Cómo os va en la casa rural? –me preguntó con una curiosidad sospechosa.

–Bien. Sin problemas. Nos atiende un joven y una chica que parece su hermana.

Se oyó un ruido de motor que no despertó el interés de Fernanda y que yo supuse sería de un generador de luz.

–No son hermanos. Estuvieron casados. Y dos años después de vivir cada uno por su cuenta, montaron ese negocio. No sé de dónde diantres han sacado el dinero.

–Tienen todo muy arreglado, y prestan una atención adecuada. Creo que tus temores eran infundados –dije en referencia al comentario que hizo en el puerto–. Quizá te dieron una información sesgada.

–No se trata de eso. Esa chica que os atiende tan bien es Socorro, la Pamela de mi marido.

Tardé unos segundos en salir de mi sorpresa. Y cuando iba a pedirle más detalles, se escuchó un golpe sordo procedente del emparrado donde Shey y Veremundo hacían la siesta. De inmediato oí la voz de mi mujer, llamándome con un timbre de sorpresa y de susto.

### **Laguna verbal**

Lo primero que vi al dar la vuelta a la esquina

fueron unos zapatos de rejilla marrones, con la suela en vertical. Es decir, su dueño yacía, sin conocimiento y cuan gordo era, en el suelo de cemento.

Shey, en un ademán de protección y alerta, con la espalda recostada en la pared, miraba con ojos como platos al tipo desmayado, que no era otro que Kepa Arana.

Veremundo, también miraba a Arana, pero en actitud desafiante. De su mano colgaba una pequeña y sólida sartén que Fernanda no había empleado en la preparación de la paella y había quedado olvidada en el desvencijado aparador. Al parecer, Veremundo había derribado a Arana de un sartenazo.

En la explanada, entre el 600 de Fernanda y nuestro coche de alquiler, había una vieja *mobilete* que antes de irnos a fregar no estaba.

Veremundo depositó con extrema delicadeza la

sartén sobre una mesita de mimbre, y se perdió en el interior de la casa como si no fuera con él el incidente.

–¿Qué ha sucedido? –pregunté a Shey, mientras Fernanda atendía a la víctima, que empezaba a recuperarse.

–No soy un testigo fiable. Me ha despertado la llegada de esa motocicleta y he vivido la escena como un sueño. Ese hombre se ha acercado a Veremundo, que estaba leyendo el periódico. Entonces, Veremundo se ha levantado de un salto, ha agarrado por el mango la sartén y ha arreado un golpe morrocotudo en la frente del intruso.

Las erres se escurrían por la boca de Shey regando el emparrado de rumores ebrios y arrítmicos. El zumbido de las cigarras abanicándose al sol hacía de coro. De haber sido otras las circunstancias, habría pensado que mi mujer estaba cachondeándose de algo.

Pero lo que estaba era nerviosa.

–Es el tipo del ferri, ¿verdad?

–Sí. El vasco lunático.

–¿Quién? –preguntó Fernanda, que había aplicado un paño empapado de agua fresca en el chichón de Arana, sentado ahora contra la pared, y dedicándonos miradas de lechuza desubicada.

–Kepa Arana. Un ex etarra que asegura tener contactos con extraterrestres.

La mención de su nombre desencadenó la reacción del gordo, que empezó a hablar con una voz que se había vuelto opaca en una lengua ininteligible, vascuence, me figuro.

Las cabezas de los hijos aparecieron tras una jamba de la puerta de la casa. Sólo las cabezas, como si se hubieran desprendido de los cuerpos y flotaran

sobre el fondo sombrío del interior. Miraron con curiosidad al charlatán Arana, y de súbito emergieron al porche con sus troncos y extremidades.

—¿Está bien papá? —preguntó Fernanda sin separarse de Kepa.

Las cabezas asintieron en silencio, y enseguida dirigieron sus cuerpos hacia las bicicletas apoyadas contra la pared. Los chicos montaron y se alejaron por una senda abierta entre los lentiscos, el romero y otras hierbas. Las cigarras más próximas al porche silenciaron su coro hasta que los jinetes se alejaron. Lo último que vi fue la inscripción en la camiseta de Ángela, “No te comprometas”. Pensé, si yo estuviera en su lugar, tampoco me metería en líos.

Pasaron inquietantes minutos antes de que Arana pudiera sostenerse sobre sus piernas. En todo el rato no dejó de hablar, más bien de balbucear, en su

aljamía. Fernanda propuso llamar a una ambulancia. Shey y yo nos ofrecimos a llevar a Arara a un hospital, puesto que sólo parecía aturdido. Le metimos en el coche de alquiler.

–¿Te encuentras bien? –pregunté al vasco.

Dijo que sí con la cabeza. En un lateral de la frente emergía un volcán a punto de erupción. Pero el tipo no dejaba de balbucir.

–¿No puedes hablar en español?

El tipo me echó una mirada de angustia, como si comprendiera lo que yo le decía, pero fuera incapaz de enviar a su cerebro la orden de contestarme. De su farfullar distinguí dos palabras con claridad: Veremundo y “Venenín”.

Aparcamos en la entrada de Urgencias. Acompañamos a Arana al mostrador para que dejara

su carnet de identidad. Dejó perpleja a la administrativa que registró los datos, porque no pudo sacar del vasco la menor explicación a lo que le ocurría.

–¿No habla español? ¿Es extranjero?

–Eso depende –se me ocurrió comentar.

La administrativa me miró con mayor perplejidad. A continuación expliqué lo que le había sucedido, cambiando el sartenazo por un golpe contra una pared.

–Será una laguna verbal, consecuencia del traumatismo –aventuró—. ¿Son familiares suyos?

Negamos con significativa vehemencia.

–Esperen en la sala a que les llamemos. Usted –se dirigió a Arana–, pase a ese box.



De pronto, Arana se agarró a mi brazo con desesperación, dirigiendo una mirada de súplica a la administrativa.

–Puede acompañarle. Pero usted solo.

Shey me envió un permiso implícito con la mirada y yo me metí en el pasillo de los boxes. Dejé a Arana en el que le había correspondido y me situé en la puerta, porque no me hacía gracia quedarme en el cubículo a solas con el vasco balbuciente.

Dando unos pasos en varias direcciones podía observar a los pacientes de los otros cubículos. Había una anciana que se quejaba de un dolor agudo en un costado, un funcionario de prisiones con un ataque de asma, una señora a quien se le había atravesado una espina de pescado en el esófago y un abuelito angustiado porque su próstata le había ganado la batalla y no podía orinar.

En el último box, me llevé una sorpresa. Estaba el teniente Cejudo con un número de la guardia civil, esposado a un tipo de pelo negro e hirsuto como de puerco espín, rostro impassible, camisa y pantalones desgarrados y varios costurones en la piel.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó nada más verme—. ¿Le ha pasado algo?

—¡Qué va! Acompaño a un tipo que se ha golpeado la cabeza —de nuevo estuve a punto de enrojecer, al darme cuenta de que estaba mintiendo a la autoridad gubernativa.

Cejudo salió al pasillo y se asomó al box.

—¡Coño! Si es el Búho. ¿Qué te ha pasado, hombre?

El aludido lanzó desde sus pupilas un relámpago de pánico, extinguido de inmediato.

Expulsó una catarata de palabras incomprensibles, de pronto se calló, y al cabo de un segundo volvió a hablar en vasco, pero de un modo ordenado.

–Dice que “Venenín” quiere matar al director de la cárcel, que lo hará en cuanto le vea llegar el lunes –tradujo el teniente–. Que se lo ha dicho su hijo. Que a su hijo le da igual lo que le pase al director de la cárcel. Pero que él le tiene aprecio y le quería avisar, pero que se ha vuelto loco. ¿Quién se ha vuelto loco?

–Me temo que se refiere a Veremundo, el director del centro de reeducación. Nada más verle, le ha pegado un sartenazo.

Me pareció una temeridad seguir engañando a un guardia civil que dominaba el vasco.

–Dice que le resulta imposible hablar en español, que hace todo lo posible, pero que no le sale

nada –volvió a traducir Cejudo–. No te preocupes, que se te pasará –se dirigió ahora a Arana–. Es cuestión de tiempo.

Se volvió a mí con una sonrisa espontánea pintándole la cara.

–¿Y su mujer? ¿Qué tal las vacaciones?

–Ya ve qué vacaciones estamos teniendo...  
Shey está ahí fuera.

–Vamos a saludarla... Le quiero pedir un favor  
–y tiró de mí hacia fuera.

Miré a Arana, que pareció resignarse de grado.  
Nos dirigimos a la sala de espera.

–¿No le importaría echarnos mañana una mano en el juzgado? –le preguntó a Shey después de saludarla con cordialidad.

–A sus órdenes, mi teniente –contestó ella con un buen humor que solía brotarle cuando más necesario era.

–Hemos detenido a un ruso. Está ahí dentro, con algunas heridas sin importancia. Planeaba ayudar a escapar a un hermano suyo que está encerrado en un penal de la isla. No habla español, y el intérprete que tenemos aquí de lenguas exóticas está de vacaciones. Como usted habla ruso...

–Estaré encantada, señor Cejudo.

–Podemos tutearnos. La verdad... ¿No os parece?

–Me resulta sorprendente que un eslavófilo no hable ruso, pero sí vasco.

–Es que nunca he viajado a Rusia. Pero pasé cinco años en un cuartel de Andoain.

Cejudo y yo volvimos al interior de los boxes.

–Quiero preguntarte algo importante para mí – dije–. Ignoro si será secreto del sumario o qué. Pero si me puedes contestar, te lo agradecería. La mujer que engañó a “Venenín”, esa vecina del mendigo muerto, ¿es la amante de Veremundo?

–¡Ah! ¿Eran amantes?

Por un instante me pregunté si Cejudo me estaba tomando el pelo o si yo había metido la pata.

–No puedo decirte nada, porque, efectivamente, forma parte del sumario y al tratarse de un menor, el secreto es obligado. ¿Cómo se llama la amante de tu amigo?

–Pamela... En realidad ya no son amantes.

–No hay ninguna Pamela en el sumario.

Envolvió el “Pamela” de una circunspección innecesaria. Capté que me estaba invitando a que yo fuera circunspecto también.

–Me pregunto si hay alguna Socorro en esos papeles.

–Socorro... Socorro... Me suena ese nombre...

Sonrió. Y no se habló más del asunto.

Sometieron a Arana a una serie de pruebas y no detectaron ningún trauma grave. Aseguraron que no tardaría en recuperar la capacidad de hablar español. Nos despidió a Shey y a mí con un abrazo de gratitud y un *askarrikasko* muy sentido. Sus últimas palabras balbucientes fueron “Hombre de Dios”, y me produjeron escalofríos.

A media tarde llegamos a Sinombre. Sólo estaba el matrimonio mayor. La familia de Fausto del

Cohete no había vuelto de la excursión, y a los hospederos, el joven y su curvilínea ayudante, la disipada Pamela, no se les veía. Shey se puso un bañador y me dijo que se marchaba a las dunas a estar un rato a solas bajo el sol poniente.

Después de asearme, salí a la sala de estar a entretenerme con los libros sobre avifauna local. Pronto, el matrimonio y yo estábamos charlando de cultura y otras naderías. Era la primera vez que visitaban Ypébula. Mi ego aventurero observó algo inconcreto en el hombre atlético, que le excitó. Mi YO sensato no descubrió nada especial en él, pero no se interfirió en la extraña alerta de su otra mitad. Lo primero que hizo el ego insensato fue dárse las de experto en la isla y en sus circunstancias. Lo segundo, confesar que era el autor de “Cosa de Niños”.

–Lo conozco –me dijo el hombre, un tipo alto y rubio con aspecto de leñador noruego–. Pero no lo he



leído. Le encargaré un informe a mi secretaria. Si me gusta, le haré una oferta. Hay que aprovechar las oportunidades. ¿No le parece?

–No le entiendo –dije, desconcertado.

–Soy Fermín Flores. Me encargo de las relaciones laborales en la editorial Universal. No entiendo mucho de libros, aunque más que los ejecutivos editoriales. Su mujer y usted me han caído simpáticos. Y tengo la intuición de que usted puede convenirle a Universal.

Se vaciaron de golpe mis intestinos. Quiero decir, que sentí que me había quedado sin barriga. Me agarré al sofá para no dar un salto de alegría, salir corriendo hacia las dunas y comunicar a Shey la buena nueva. Agradecí su confianza y su gesto, y le dije que si quería le podía firmar un ejemplar, porque había traído unos cuantos para repartir en la isla.

Antes de que dijera nada, salí disparado hacia la habitación en busca del libro.

En realidad era mi ego ambicioso el que había tomado la iniciativa y la dirección de mi personalidad esquizofrénica. El otro YO se dejó arrollar desconcertado, y permaneció mudo y desconfiado en un rincón de mi superyó.

¿Qué podría ponerle en la dedicatoria? Esta pregunta me aturdió tanto, que me costó encontrar el paquete de los libros. Me fui al baño y salpiqué agua en mi rostro. Si hubiera tenido tiempo, me habría duchado con agua fría. Estaba casi temblando. ¡Por fin me había pasado! ¡Una de las editoriales más expansivas de España, con sucursales en todo el planeta, se fijaba en mí!

Volví a echarme agua en la cara, me sequé y salí al cuarto de estar fingiendo indiferencia. Enseñé

el libro, lo abrí y escribí “Para don Fermín Flores, confiando en su sabiduría y en su benevolencia.” Y lo firmé.

### **El dardo envenenado**

Mala noche hice pasar a Shey, con mis vueltas y revueltas, mis idas y venidas al servicio, y una sucesión interminable de ventosidades, como si mi vientre fuera un turborreactor. Producto todo ello del combate a brazo partido entre los segmentos de mi personalidad múltiple.

En uno de mis delirios, vi con claridad a Socorro-Pamela entrar en nuestra habitación, dirigirse al armario y sustraer de él todos mis ejemplares de “Cosa de Niños”. Me desperté de un salto, con la sensación de que aquella mujer había estado realmente allí.

Nos levantamos temprano, porque Shey había quedado a las nueve con Cejudo en el juzgado. Preferí quedarme en Sinombre y pasar la mañana corriendo por la playa, a ver si me relajaba por agotamiento.

En el instante que Shey dejaba la servilleta sobre la mesa, después de haberse limpiado sus morritos, entraba la familia de Fausto del Cohete, saludando con jolgorio. Ya se había ido mi mujer, cuando apareció Fermín Flores con su esposa. Para calmar mis nervios, me puse a hacerle carantoñas a la criatura recitadora.

–Está usted provocando su ego –dijo el padre.

–El ego poético nunca es menospreciable –sentencié.

–Más de lo que usted cree –intervino don Fermín–. ¿Escribe poesía?

–Nunca me he atrevido. Pero aún estoy a tiempo.

Encarnita, la niña, se interpuso entre mi mesa y la de sus padres, paseó una mirada desafiante por el grupo, y todos supimos que se disponía a recitar.

–Usted lo ha querido –dijo el padre.

Trinó la voz de Encarnita, con timbre de falsete.

–“Los tiempos del pasado, amigo mío, son un libro de siete sellos. Y eso que el espíritu de los tiempos llamas, es nuestro propio espíritu, en el fondo, en que van reflejándose nuestros propios tiempos.” – Al concluir la perorata, sacudió su cabecita como si alguna sílaba se le hubiera quedado prendada en el pelo.

Recibió un aplauso general, incondicional de mi parte, contenido el de su familia.

–Haría muy bien el papel de Mefistófeles –dijo su madre–. Esta niña es una bruja.

Y la acogió en su seno llenándola de besitos.

Me enteré de que los padres eran catedráticos de literatura en dos institutos de Madrid. Ella y la mujer de Flores, hermanas.

–Así que usted es el autor de “Cosa de Niños”...  
–dijo el catedrático.

Durante unos minutos me transformé en un pavo real.

Tras abandonar la familia el comedor, apareció la hospedera a recoger los restos del desayuno. No parecía la misma del día anterior. Vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta con algo de escote que marcaba sus pechos prodigiosos, exhibiendo un provocativo canalillo.

Había rasgos y expresiones paradójicas en su rostro que le aportaban un misterio morboso. Volvía a ser la muchacha del páramo, sus ojos chispeantes enmarcados en ojeras, sus tirabuzones con mechas, su aire barriobajero. Era indudable que su edad rondaba los treinta, pero mirándola al contraluz o desde determinado ángulo, parecía más joven. Poseía un atractivo mefistofélico. ¿Había yo soñado con ella o había entrado en nuestro cuarto? ¡Qué tontería! De pronto, se detuvo frente a mí y me dirigió una mirada de diosa despreciada por Júpiter.

–¿Van ustedes a comer aquí hoy?

–No lo sé. Se lo diré dentro de un rato, ¿no le importa?

–Es igual. Voy a estar aquí todo el día...

¿Era mi imaginación, o había empleado un tono insinuante?

–Me voy a la playa. Pero dentro de un rato, volveré para telefonar a mi mujer. Entonces le diré si comemos aquí.

–Muchas gracias.

Y mientras salía camino de la habitación a vestirme de playa, me lanzó un dardo envenenado.

–He oído, usted disculpe, que es el autor de “Cosa de Niños”.

Yo me detuve y me volví hacia ella, aguardando una pregunta. Nuestras miradas se cruzaron como dos espadas de rayos láser.

–Sí –dije yo al fin–. ¿Lo ha leído?

–Naturalmente. Me ha parecido muy interesante.

–¿Y le ha parecido que se atiene a los hechos?



Quiero decir que usted, al ser de Ypérbula, conocerá detalles que quizá a mí se me hayan escapado.

—Me siento muy mal cuando me llaman de usted. Soy Socorro López —se inclinó sobre mí y me dio dos besos—. Me ha parecido un libro estupendo.

Dos cosas se quedaron clavadas en mi mente: su perfume y las esferas de sus pechos rozando el mío.

Llegué a las dunas con mi bolsa y mi toalla, y al tender ésta sobre la arena, me di cuenta de que estaba vestido. Abrí la bolsa, en busca del bañador, dispuesto a cambiarme allí mismo, y sólo encontré ejemplares de “Cosa de Niños”, un viejo volumen de “Aventuras, inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox”, de Pío Baroja, que había traído de Madrid, un cuaderno y un plumier de madera lleno de bolígrafos, lápices, sacapuntas y gomas de borrar. Me había equivocado de bolsa. Al menos me quedaba la toalla.

Me quité la camisa, me descalcé, me remangué las perneras del pantalón, metí las prendas en la bolsa, la dejé junto a la toalla al abrigo de una planta rastrera que crecía en la base de una duna, y eché a correr por la orilla del mar.

A mi cabeza acudía la imagen obsesiva de los muslos de Socorro y la mancha azul de su braguita, la representación nunca vista de Veremundo soltando un sartenazo al vasco Arana, la visión delirante de Cejudo sometiendo al tercer grado al ruso detenido, bajo la mirada atenta de Shey. Y una sucesión atropellada de ideas: yo mismo, recriminándome por desear a Pamela, Pamela recriminándome por no desearla con valor, Veremundo advirtiéndome de que no cometiera su mismo error, Fermín Flores ofreciéndome escribir un libro siguiendo el rastro de las obras de arte expoliadas, vendidas por los Nazis en la España de Franco, y Shey sugiriendo retirarnos a

una playa olvidada de todos, a criar a nuestros hijos.

Todo esto junto se atascó en mi cabeza y estuvo a punto de producirme un colapso mental. Bruscamente, tomé la decisión de meterme en el mar. Refrescándome, me recuperaría.

Me quité los pantalones y los calzoncillos, los plegué y los deposité sobre un matorral, y salí disparado hacia el agua como si me persiguiera un toro. Chapoteé más que nadé, porque la resaca marina me dio un susto en Santa Pola siendo muchacho, y al cabo de diez minutos había recuperado el dominio de mí mismo. Escruté la playa y al verla desierta me dispuse a emerger del mar cual Neptuno sin tridente.

A la rodilla me llegaban las olas, colgando sobre su espuma mis vergüenzas, cuando descubrí a cosa de cien metros una figura humana rodeando una duna. Enseguida distinguí a Socorro, que me saludó

con la mano. Entre ella y yo se encontraba mi ropa. Tenía dos opciones dirigirme tan campante hacia el matorral y vestirme en las mismas narices de la mujer, o llegar a toda prisa y taparme como pudiera. No dudé en escoger la última. Con tan mala fortuna corrí, que pise una concha rota y me lastimé la planta del pie. Sin embargo, no detuve mi carrera ni me paré a observar si había herida hasta haberme vestido.

–Me he preocupado al ver la bolsa y la toalla y no encontrarte... –se explicó Socorro o Pamela, ya no lo tenía muy claro–. Ha llamado tu mujer, que no viene a comer, que el interrogatorio va para largo. Y como no regresabas y habías dicho que volverías pronto para telefonarla, he salido a buscarte. ¿Te ha pasado algo? –preguntó viendo sangre en mi pie.

–Un corte... Es que no esperaba ver a aparecer a nadie. No es que sea un nudista, ¿sabes? Pero me he olvidado el bañador. Lo siento.

–Estás disculpado. Me he tranquilizado mucho al verte. Menudo susto... ¡Oyes! ¿Tenéis algún problema? Lo digo por el interrogatorio de tu mujer.

–Shey es intérprete.

–¡Ah! –volvió a mirar mi pie–. No puedes apoyar esa planta en la arena. Cógete a mis hombros y anda a la pata coja.

Así anduve, hasta la bolsa y la toalla primero y hasta la casa Sinombre después, como un herido de guerra tras la batalla, atendido por una bella enfermera con la que tendrá una tempestuosa aventura.

Socorro me sostenía por el talle, bien prieto. Tenía yo una prisa desbocada por llegar a refugio, temiendo que se me notara la excitación.

–Soy pesado, ¿verdad? –se me ocurrió disculparme, ya sentado en el velador.

–En absoluto. Ligero como una pluma –y se echó a reír–. Hago natación casi todos los días. Soy una atleta. –Era verdad, sus músculos eran de acero.

Le devolví la sonrisa, mirando sus labios finos. Su dentadura parecía sana, pero necesitaba una limpieza. Los dos incisivos centrales de la mandíbula estaban algo retirados hacia atrás, como si hubieran recibido un golpe en la niñez.

Trajo un barreño con agua, alcohol, mercromina y algodón. Se arrodilló ante mí y me limpió la herida.

–No es nada –dijo–. Pero tendrás que pisar con cuidado. Una herida en un pie hay que cuidarla. Es un lugar de alto riesgo.

Había acertado en la metáfora: me había herido sin gran daño, pero en un lugar peligroso. Los pechos de aquella mujer se estaban apoderando de mi razón.

Por fortuna, se metió en la cocina a preparar la comida. Yo me quedé abatido en aquel velador que daba a las dunas, exangüe, víctima de aquel dardo con veneno paralizante. Sólo me levanté, a lavarme las manos, cuando Socorro puso la mesa para los dos, allí mismo.

Durante la comida, un sorprendente guisado de carne (sorprendente para una vegetariana), me preguntó sobre mi trabajo y sobre Shey. Después del café, me encontraba ya lo suficientemente repuesto como para realizar mi propio cuestionario.

Me contó que conocía al Mendigo, y que había visto a “Venenín”, a quien el director del centro llevaba para que atendiera al viejo.

–El libro me ha quedado cojo, porque ese episodio me parece de lo más oscuro –avancé con cautela–. ¡Cómo puede un delincuente, por infantil

que sea, tragarse la historia de un tesoro!

–¿Tú eres amigo del director del Centro, verdad?

–Fuimos compañeros de colegio hace casi treinta años. No nos habíamos vuelto a ver desde entonces.

–¿Te ha ayudado?

–¿Veremundo? –necesitaba tiempo, para prepararme a cualquier cosa, aunque lo que más temía y deseaba era ser devorado por Pamela. El veneno del dardo no había perdido todo su efecto.

–Sí... Por ser antiguos amigos y eso....

–Algo, sí. Al principio, me facilitó las cosas. Pero te aseguro que cuando llegué a Ypébula no tenía ni idea de que me lo iba a encontrar. No sé si te lo habrá dicho.



Casi me atraganto. ¡Cómo había sido tan imprudente! Por un instante tuve la esperanza de que Socorro no hubiera escuchado la revelación de que Veremundo me había hablado de ella. Hice el ademán de mirar mi herida, y aproveché para observar de soslayo su expresión. Estaba sonriendo, con sus caninos centrales graciosamente inclinados hacia atrás. Qué bien.

—¿Te ha hablado de mí?

No ha habido otra ocasión en mi vida que más haya deseado evaporarme. Con lo a gusto que estaba yo en Madrid hacía unos meses, en la redacción de mi inocua revista *pornolight*... Si no hubiera hecho caso a mi amor propio y me hubiese afeitado la barba...

## Un hondo pesar

–Sí, lo confieso –respondí a la pregunta de Pamela.

–¿Y has venido a Sinombre porque sabías que podías encontrarme?

–Quizá no lo creas, pero no. Juro que no. Esta casa rural la escogió mi mujer por Internet. Una casualidad.

–Pero sabías quién era yo. ¿Quién te lo ha dicho?

–Una mujer... La mujer de Veremundo...

–¿Sabías que Veremundo me llamaba Pamela?

–No. No tenía ni idea. Una vez, me dijo que tenía una aventura. No me dio detalles. Eso es todo.

Me convenía ser impreciso, pisar un poco el

charco de la mentira. No podía ser ingenuo con una mujer como aquella.

–¿Y qué te parezco?

Inclinó a un lado la cabeza al preguntar y colgó de su cara una sonrisa vanidosa. Confirmó mis sospechas acerca de la astucia de Pamela.

–Atractiva –si hubiera dicho otra cosa, igual me habría abofeteado–. Le arrendaría gustoso la ganancia a Veremundo.

–¿Eso qué quiere decir? –preguntó sin empacho, aunque manteniendo su sonrisa seductora–. Tengo muy poco mundo. Apenas he salido de Ypébula.

¿Era amenaza, despecho o reconocimiento de sus limitaciones? No me convenía ceder espacio a las dudas. Era preferible equivocarse, meter la pata.

Todo, menos presentar un flanco débil.

–Arrendar es alquilar. Es una forma de medir tu belleza –dije en un tono casi académico.

–¿Alquilándome? –Ahora se hacía claramente la ofendida.

–Escucha –me impuse con decisión–. No me gustan las discusiones nominalistas. Y si no sabes lo que es una discusión nominalista, no te costará trabajo encontrar una explicación en cualquier buen diccionario. Lamento haberte dado la impresión de que he venido aquí a buscar algo. Agradezco tu ayuda. Y discúlpame. Me vendrá bien descansar.

Me levanté, rechacé con un gesto su ademán de auxiliarme y me retiré a la habitación cojeando, apoyando en el suelo el talón del pie herido.

Apenas había cerrado la puerta, cuando sonaron unos golpecitos en ella.

–Por favor... Perdóname... Llevo mucho tiempo durmiendo mal. Y el nombre de Veremundo me desata los nervios... Sal un momento... Necesito hablar contigo.

Estuve a punto de entregarme. Sólo me disuadía de abrir la puerta, colgarme de los brazos de Pamela y hundir mi lengua en su boca, la posibilidad de que Shey se presentara en cualquier momento. A la vez, me sentí un canalla. Todos mis yos. Borré de mi imaginación las redondeces de aquella mujer, sus muslos abiertos mientras se agachaba en el comedor, giré el pomo y la descubrí al fondo del pasillo, con un velo de melancolía en la mirada.

–Tengo un pesar muy hondo. Necesito descargarlo. ¿Me quieres escuchar?

Me tendió un bastón de excursionista que había en un paragüero, y salimos a la terraza. Todavía

estaban las tazas de café vacías sobre la mesa. Sentí un escalofrío morboso, como si la interrupción y el lapso no se hubieran producido, como si una mano poderosa hubiera rebobinado los últimos cinco minutos y hubiéramos vuelto al punto en el que Pamela me preguntó qué me parecía ella.

–Siento que fui la culpable de la muerte de ese hombre. Yo hice creer al chico que escondía un tesoro.

¿Estaba confesándose conmigo?

–¿Fue una broma que le gastaste a “Venenín”?

–No. Fue una venganza.

Sentí el impulso de decir “¡Cáspita!”. Pero temí que Pamela me preguntara qué quería decir cáspita.

–El viejo no era tan viejo. Era un sin techo. Pero yo le había conocido de niña. Hace unos meses,

apareció en un coche que alguien había abandonado en la acera, frente a mi portal. Yo veía a ese hombre cada mañana al salir de mi casa, después de un sueño cómodo y reparador. Lo primero que veía al salir a la calle era a un desgraciado detrás de un volante roto, envuelto en una manta carcomida, sucio, descuidado, con la barba cada vez más larga. En un bar que hay enfrente de mi casa le permitían asearse. Había encontrado aquel coche abandonado, y pasaba el día en él, dejando pasar el tiempo.

Pamela se levantó, entró en la casa y salió con un paquete de cigarrillos.

—Había dejado de fumar. Pero he vuelto a caer... Ese hombre había sido amigo de mi padre. Le recordaba vagamente, aquellos ojos pequeños, aquel pelo lacio, sus gafas de montura metálica negra... ¿Qué es lo que hacía? ¿Esperar que las cosas volvieran milagrosamente a ser como antes? ¿A que

desembarcara en Ypébula un asesino demente y lo cosiera a navajazos una madrugada?

Aspiró a fondo, retuvo el humo unos instantes, y lo expulsó poco a poco. Se me fueron los ojos hacia la elevación y el descenso de su busto. No sé si pude disimularlo.

–Mi relación con Veremundo iba muy mal. No puede ir de otra manera una relación así, ¿verdad? Nos guste o no el nombre, es un adulterio. Yo me estaba interfiriendo entre Veremundo y su mujer. Me dejaba arrastrar. Yo no quería convertir a Veremundo en un adúltero. Era él quien quería. Me dejaba llevar. Soy una persona sin autoestima... Así que me propuse ayudar a aquel mendigo, por compensar mi conciencia, ¿no? Limpié un trastero que hay al lado de mi piso, con un retrete y un lavabo anexos, y un día invité al pobre a subir.



–¿No te dio miedo albergarle al lado de tu casa?

–Para nada. Me daba lástima. Quería ayudar a alguien, hacer el bien. Pero cuando el tipo salió afeitado, más o menos limpio y con una camisa nueva, me di cuenta de que había cometido un error.

–¿Y qué pasó?

Sorprendentemente, había olvidado los atractivos morbosos de Pamela. Ahora sólo me interesaba el melodrama.

–Algo horrible. El tipo me quiso violar. Bueno, no me quiso violar. Pero fue como si lo hubiera querido. Pensó que yo estaba haciendo todo aquello porque le quería. Eso dijo él “Tú me quieres. Tú no eres puta.” Yo no supe qué hacer, después de rechazarle y dejarle clarito que no me tocara ni un pelo. Le dejé vivir en el trastero. Entonces, intervino Veremundo que, conmovido por mi buen corazón, le

buscó al mendigo una asistencia del ayuntamiento. Luego, se trajo al chico ese de su Centro de Reeducción para que le echara una mano. Y ahí fue cuando el mendigo empezó a meterse conmigo y a acosarme. Era un tipo debilitado, yo me lo quitaba de encima a empujones. Pero empecé a odiarle. Quería que se fuera de allí.

–¿No se lo dijiste a Veremundo?

–No. No quería que pensara que era una caprichosa. Se me ocurrió que si le contaba una fantasía al delincuente juvenil, organizaría un lío y me quitaría de encima el marrón. Yo le azucé. Inventé lo del tesoro.

–¿Y eso lo sabe el juez? –pregunté llevado de mi personalidad inquisidora, que es la de todo periodista que se precie.

–A mí no me ha preguntado nadie nada. En ese

asunto, yo me he ido de rositas. Y eso es lo que me hace sentirme mal... ¿Qué me puede pasar, si voy al juez y le cuento que di malos consejos al chaval?

–Imagino que nada. Pero yo no lo haría.

–¿Verdad?

Ahora sí se notaba que Pamela estaba interpretando.

–Entonces, ¿no hay ningún tesoro?

–¿Y si lo hubiera?

No esperaba esta salida.

–Mira, por ahí viene tu mujer...

Por detrás de una loma, apareció el coche de alquiler, levantando una polvareda en el camino de tierra que moría junto al bosquecillo de sabinas al lado de la casa.

## **Cortinas de humo**

La llegada de Shey era oportunísima. Ni mi llaga en el pié ni el amplio depósito de mi sentido común podían haberme librado por mucho tiempo más del hechizo de Pamela. Casi me parecía que Veremundo se había quedado corto al describir su poder de seducción.

Y aquí vino a manifestarse la enésima maldita sorpresa desde que tuve la funesta idea de investigar el caso “Venenín”. Porque no fue Shey quien se apeó del coche, sino el mismísimo Veremundo.

Pamela aplastó su cigarrillo en el cenicero con violencia, como si temiera recibir una regañina de su amante, ex amante o lo que fuera en aquellos días Veremundo. Yo me puse en pie de un salto, me cogí del bastón y di unos pasos hacia el aparcamiento.

Al verme cojeando, Veremundo frunció el ceño en señal de alarma.

–¿Estás bien?

El tono de la pregunta casi me produce un paro cardiaco.

–Sí. He pisado un cristal en la playa. ¿Dónde está Shey?

Mi angustia se debía notar a leguas de distancia, porque Veremundo se apresuró a quitar hierro a su expresión.

–Sigue en el juzgado. El interrogatorio del ruso se está complicando. Parece que era algo más que un intento de fuga. Cejudo te pide disculpas por disponer de vuestras vacaciones. Dice que está en deuda con vosotros.

Suspiré con alivio.

–Pero ¿qué haces tú con el coche de alquiler?

–No tenía otro. Fernanda me llevó esta mañana a Monpedra. Quería ver a Arana. Pedirle disculpas... Mis visiones... Eso... –estas palabras las pronunció en voz baja, no porque pretendiera que Pamela no las oyera, sino subrayando que las dirigía sólo hacia mí–. Luego, me he enterado de que Shey estaba en el juzgado echando una mano a Cejudo, y me he acercado a saludarla. Pensaba que tú estarías por allí también. Y entonces me he enterado de la noticia.

Calló. Quizá esperara que nosotros disparásemos la pregunta inevitable, “¿Qué noticia?” Pero algo nos mantuvo mudos a Pamela y a mí.

–¿Lo sabéis? –dijo al fin Veremundo con expresión de pasmo.

–¿Qué tenemos que saber? –me decidí yo más harto de todo aquello que impaciente.

–Que “Venenín” se ha escapado... ¿Tienes algo de beber, Pam?

La voz de Veremundo al hacer la petición traslució familiaridad, hábito, en brutal contraste con la noticia que acababa de darnos. Me volví hacia la mujer, perplejo, esperando que ofreciera un surtido de posibilidades, agua, refresco, cerveza, alcohol puro. Pamela se metió en la casa y regresó al cabo de un minuto con un vaso ancho hasta la mitad de whisky y con cubitos de hielo. Se lo tendió a Veremundo, y de inmediato me preguntó:

–¿Quieres tú otro?

Entonces exploté, vuelto hacia Veremundo.

–¡Quieres acabar de explicar qué coño está pasando con “Venenín”, me cago en la releche!

–Habían llevado a “Venenín” al hospital, para hacerle una revisión. Tuvieron la imprudencia de dejarle solo en una sala de espera aparentemente sin salidas. Pero el cabronazo ha encontrado la forma de

escurrirse de allí, y ha desaparecido. Alguien ha dicho que le ha visto en una moto.

–Ese chico es un descerebrado –tuve la ocurrencia de comentar–. ¿Cómo pretende escaparse de la isla?

–Ese chiflado no quiere escaparse, quiere hacer el mal. Me quiere matar, me lo ha dicho Arana, le advertió su hijo. En mala hora le arree un sartenazo. Pobre hombre... Pero también puede querer matarte a ti –se dirigió a Pamela–, porque sabe que le engañaste.

–¿Quién se lo ha dicho? Cuando le pillaron, el chaval seguía convencido de que el mendigo había ocultado un tesoro –dijo Pamela.

–Pero ¿tan tonto es? –dije yo–. Cuando hablé con él, no me quedó claro que se hubiera percatado del engaño. Pero imagino que una vez vuelto al Centro de Reeducción, al hablar con los otros



chavales acabaría cayendo en la cuenta.

–Es que no hubo engaño –soltó Veremundo con los ojos clavados en Pamela. Verdaderamente clavados, digo, como si la estuviera apuñalando.

–¡Eres un mentiroso! –escupió la bella.

No se había movido un ápice, pero sus pechos oscilaban por efecto de su agitación interior.

Veremundo se volvió hacia mí. Me hizo el gesto de que me sentara. Lo hice, y él se colocó en la otra silla, dando la espalda a Pamela, que extrajo otro cigarrillo y lo prendió con manos temblorosas.

–¿Recuerdas la historia que te conté del robo de dinero y joyas, que yo atribuí a Pepín?

Hice memoria. Me costó situar el cuento. Fue por teléfono. Antes de que “Venénin” matara al mendigo. Cuando Veremundo intentaba distraerme

con los fabianos para retrasar mi trabajo, a punto de concluir entonces. Quizá se hubiera producido ya el crimen, y él se anticipara a la noticia con una cortina de humo.

Afirmé con la cabeza.

–Quería despistarte. Pero los hechos eran reales. Creo que Fernanda te contó que “Venenín” nos había robado de un modo torpe.

Volví a menear la cabeza, cada vez más impaciente.

–Demasiado torpe. Fue un ardid mío. El dinero no lo robó Pepín, ni tampoco “Venenín”. Me apropié yo de él. Necesitaba una excusa para justificar una desaparición de fondos.

Pamela se separó de la espalda de Veremundo. Su expresión se estaba volviendo dura por momentos.

Sus ojos emitían chispas de violencia. Se situó a mi lado, frente a él. Le desafiaba. Pero Veremundo no se inmutó.

–El dinero era para ella. Para la hermosa, la desgraciada, la sencilla, la generosa, la vegetariana, la codiciosa, la mentirosa Pamela.

Veremundo se había ido descargando hasta quedarse casi exangüe. Y toda la ira que había salido de él, se había dirigido hacia Pamela, un verdadero huracán de rabia y de despecho. Sus senos adquirieron dimensiones monstruosas, y no exagero, aquel horrible prodigio se estaba produciendo ante mis propias narices. De súbito, se desinfló, y me dijo con voz muy relajada:

–¿Serás capaz de creerle?

–No fue la primera vez que le daba dinero a esta caricatura de súcubo.

Los ojos de Pamela se abrieron y cerraron un par de veces. Me pregunté si sería necesario explicarle qué era un súcubo. Un demonio encarnado en una bella mujer, pensé, por si acaso funcionaba la telepatía.

—Primero lo hice para que no le fuera con el cuento de la amante despechada a Fernanda. A eso se le llama chantaje, ¿verdad, cielo? Luego, para que dejara en paz a mi hijo Pepín.

—¡No es hijo tuyo! —disparó su dardo ponzoñoso la diablesa—. ¿Qué más te vas a atrever a decir en público?

Veremundo palideció. Por un instante pareció que iba a entrar en la provocación de Pamela. Pero continuó con su argumento.

—Y hace unas semanas, tuve que sacar unos cuantos miles de marcos de un banco de Berlín para

satisfacer sus caprichos. ¿O son tus fantasías, cariño? Se ha metido en este negocio, y está a punto de arruinarse, a pesar de lo que me ha chantajeado. ¡A quién se le ocurre llamar a una casa rural Sin Nombre!

–Sinombre, todo junto –corrigió Pamela con calmosa circunspección. Y luego en tono insinuante–: ¿Así que yo tengo fantasías?

Veremundo respondió con voz de trueno, aplastando a su amante.

–¿Ha intentado seducirte a ti también?

–¡Hombre!...

Fue todo lo que salió de mis labios, mudos por la bronca que estaba presenciando.

–Cometí un error aconsejando a Shey esta casa rural...

–¿Pero no la encontró por casualidad en Internet?

–Las casualidades no existen. Y menos todavía en Internet. Toda causa tiene su efecto. Todo propósito se alcanza mediante una elaborada preparación. Todo daño tiene su retribución.

De pronto me indigné por la deriva apocalíptica de aquel majadero.

–¿Y cual era el jodido propósito que te proponías al querernos traer a Shey y a mí a esta madriguera?

Pamela me dirigió una solemne mirada de desprecio.

–Ninguno, lo juro. Bueno, quizá preveía una oportunidad como esta, de desahogarme y de revelarte una verdad. Esta mujer es un bicho. Por su culpa ha

muerto un hombre muy especial.

El ademán de Pamela fue harto significativo. Primero arrojó el cigarro encendido a su ex amante, que se lo quitó de encima a manotazos. Luego la mujer miró hacia la mesa, quizá en busca de algo más contundente. Sólo había dos tazas sucias, dos platos y dos cucharillas.

En ese preciso instante, sonó el teléfono en el interior de la casa sin nombre.

Después de un segundo de duda, Pamela fue a cogerlo. Regresó enseguida con el aparato inalámbrico en la mano.

—Es para ti —y me lo tendió.

Shey había acabado. Le dije que estaba con Veremundo. Me pidió que le tranquilizara. “Venenín” había aparecido. No se había escapado, sino que se

había metido en un estrecho servicio anejo a la dependencia donde le habían encerrado, había trepado sujetándose en las paredes, y se había escondido en el techo, como en las películas de acción. Al final había desistido, por fatiga.

–¿Vienes a buscarme?

–Claro que sí, vida mía. Ahora mismos salimos para Monpedra Veremundo y yo.

### **Descanse en paz**

Había una mujer a la puerta del juzgado, un edificio de granito (piedra que no existe en Ypébula) construido durante la dictadura por algún funcionario de vanidad monumental. La mujer no era Shey, era Fernanda.

Apenas descendió Veremundo del vehículo, le



dirigió una mirada atravesada. Su voz, sin embargo, sonó tan melodiosa como de costumbre, quizá algo áspera.

–¿Por qué te empeñas en hacerte daño?

Veremundo la tomó de las manos, torciendo la cabeza e inclinando el cuerpo. En su rostro había una mueca más de dolor que de expiación.

–Tenía que hacerlo, Fernanda. Tenía que hacerlo –se volvió un instante hacia mí. Tenía el rostro desencajado.

–¿Por qué indujiste a Shey a que se metieran en esa casa? –machacó la mujer.

Veremundo no contestó.

–Perdóname –me dijo cuando llegué a su lado, cojeando–. Sólo puedo repetir que tenía que hacerlo.

Yo le miré perplejo. Fernanda, con miseratadamente.

Shey emergió del juzgado y empezó a bajar las escaleras. Venía acompañada de Cejudo, vestido de uniforme. En la cara de mi mujer se advertía la fatiga, pero también un resplandor de alivio. El teniente exhibía una sonrisa de satisfacción.

Aproveché la circunstancia de que estaban todos reunidos, para dar una explicación rápida de mi leve invalidez.

Cejudo me hizo entrega, dijo, de mi mujer sana, salva, pero hecha unos zorros, y me recomendó que la cuidara como a una joya cara.

—Tenemos que hablar de literatura —fue su despedida—. Lo digo en serio, a ver si quedamos.

Y volvió al interior del mamotreto granítico,

custodio de la Ley y albergue de la Justicia.

–Nos vamos mañana a mediodía –contesté a una pregunta de Fernanda.

–Me habría gustado agasajaros como os merecéis. Pero parece que ha caído sobre nosotros una maldición... No, sobre vosotros no, pobrecitos. Lo mejor que podéis hacer es largaros cuanto antes, no os vaya a coger un motín en la isla y nos tomen a todos de rehenes. Cualquier cosa es posible en Ypébula estos días.

–Si escribo un nuevo libro, le llamaré “La maldición de Ypébula” –dije para quitarle mordiente al asunto, pero sin el menor propósito de hacer honor a mi desahogo.

–¿Conociste a Poli? –me preguntó Fernanda.

Veremundo y Shey se habían convertido en convidados de piedra.

–Sí. Pobre hombre. Me han dicho que se está muriendo de cáncer.

–Ha muerto hoy. El funeral es mañana.

Fruncí el ceño. Todo se había vuelto ominoso.

–Creo que os va a acompañar en el viaje al continente. Le llevan a enterrar a Valencia.

La noticia era algo más que fúnebre; en aquellas circunstancias, era casi amenazadora.

Dimos un beso de despedida a Fernanda. Shey hizo lo propio con Veremundo. Miré hacia otra parte porque aquel saludo me daba miedo. Luego yo estreché la mano de mi viejo amigo, aliviado porque me distanciaba de él, y prometiéndome no volver a ver su jeta medio calva y su bigote de morsa.

–Hasta mañana –me dijo. Casi me produce un sobresalto–. ¿Vendrás al entierro, no?

Lo dejé en el aire.

Durante el regreso a Sinombre, conté con vagos pormenores a Shey, que llevaba el volante, mi accidente en la playa. Omití ulteriores detalles.

Ella me comunicó una buena noticia sobre Yasher recibida de Cejudo. El ruso “había sido desactivado”. La razón era el éxito relativo de sus propósitos. Un banquero de voracidad proverbial le había contratado para su servicio de seguridad. Cejudo no sabía si el contrato era efecto del chantaje de Yasher o se debía exclusivamente a sus cualidades como jefe de matones. En cualquier caso, podíamos volver tranquilos al barrio de Salamanca.

En Sinombre no había ni rastro de Pamela. La familia de Fausto del Cohete se había marchado en el último avión a la península. Pero el editor y su mujer, seguían allí.

–Esa pareja no está casada –sentenció Shey–.  
Están aquí de incógnito.

–Pero cómo van a estar de incógnito, si él me ha dicho quién es, y su mujer es la hermana de la madre de Fausto del Cohete.

–Bueno, pero no es la mujer legítima de ese hombre. Está casado con otra.

Después de cenar, servidos por el joven circunspecto y amable, nos dimos un último y corto paseo nocturno hasta las dunas. No quise renunciar a ese privilegio, un desahogo final antes de regresar a Madrid, a pesar de mi cojera. Sujeto por Shey y apoyándome en el cayado que volví a tomar del paragüero, la excursioncita se me hizo llevadera.

Aproveché la ocasión para relatar en pocas palabras mis experiencias durante la jornada. Como es de suponer, obvié los trastornos emocionales sufridos.

Di a conocer a Shey la extraña versión de la muerte del mendigo que me había contado la ex amante de Veremundo. Me extendí en la bronca que hubo entre los dos.

–Veremundo me preguntó si Pamela había intentado seducirme –concluí. Sólo quería enseñar a Shey un trocito del iceberg de mis pasiones ocultas.

–¿Y tú crees que lo intentó?

No esperaba esa pregunta. Por fortuna estaba oscuro, y el enrojecimiento de mi cara era imposible de apreciar. Antes de contestar, me di cuenta de que Pamela no había hecho ningún gesto explícito, ninguna insinuación evidente.

–La verdad es que no.

–Entonces ha sido tu imaginación. A los hombres no se os puede dejar solos con una chica

guapa. En seguida creéis que está meneando el culito para vosotros.

Y me tiró un pellizco en el costado. Concluyó con otra sentencia:

–A mí esa chica me parece cualquier cosa menos calientapollas.

La observación de Shey era sagaz. Veremundo me había engañado una vez más. ¡Peor para él!

–*Bad on him!* –Exclamé.

–*What?*

–Por la calientapollas.

–¡Que no es una calientapollas! Eres tú el *hothead!*

Me eché a reír, abrazándome a Shey, contento de tenerla. Y también porque pocas veces la palabra



“ca-li-en-ta-pollas” me ha sonado más ridícula en una boca.

Al día siguiente decidí ir al funeral de Poli. No fue algo voluntario, sino impuesto por las circunstancias. Pamela volvió a aparecer por Sinombre y con la excusa de que el sol apretaba, lucía sus espléndidos atributos, subrayados más que ocultos tras una minifalda y una camiseta de tirantes.

–¿Tú estás segura de que esta chica no es una...?

–¡Vete al cuerno!

–Pues, venga, llévame al funeral del pobre Poli, no vaya a ser que haga un meneíto con el culo y yo pierda los papeles.

–¡Eres un guarro salido! –Shey me dio un empujón.

El funeral se celebraba en la iglesia más antigua de Monpedra, que tenía tres, más un convento y dos colegios religiosos. No sabría decir si era una construcción del gótico tardío o una imitación del gótico. Shey optó por lo primero, con la seguridad aplastante de la experta. Yo opté por la segunda. Entre otras razones, porque Shey no tiene ni idea de estilos artísticos, aunque sí el atrevimiento y el aplomo para hacer creer lo contrario. Además, el reino de Castilla expulsó de esa isla a los moros a principios del siglo XVI, cuando el Isabelino estaba periclitando.

El templo era pequeño y estaba a rebosar. Imaginé que la mayoría de los desconocidos serían funcionarios. En el primer banco se encontraba Veremundo y cerca de él el nuevo director del Centro de Reeducción y el juez que instruía o que había instruido el “accidente” de “Venenín”.

Al finalizar el oficio, fuera de la iglesia, Shey se

retiró a la acera de enfrente, y yo me acerqué a saludar a Veremundo, como si fuera él un deudo del difunto.

–Esta mañana he solicitado la excedencia. En cosa de dos o tres semanas, me marchó a San Clemente –me soltó.

–¿Dónde está San Clemente?

–En Cuenca, ignorante.

–¿Y por qué te vas a San Clemente? ¿Es el mejor sitio para expiar algo?

–Fernanda tiene familia en el pueblo, que ya no es ningún pueblo, sino una localidad casi industrial. Espero que vengas a verme. Te encantará La Mancha.

–¡Seguro! –le dije, disfrutando de mi hipocresía.

–Nos hemos decidido por San Clemente porque

es de las dimensiones de Monpedra, y porque está en mitad del campo. Mis hijos no se adaptarían nunca a una gran ciudad. Irán en septiembre. Allí hay buenos colegios.

–Me parece muy bien –esta vez no mentía, simplemente intentaba quitármelo de encima.

–¿Y no me preguntas a qué me voy a dedicar en San Clemente?

–Perdona. ¿A qué te vas a dedicar en San Clemente?

–Eres un mal nacido... A leer a los clásicos españoles. Tengo una teoría sobre la personalidad de Lope de Vega. Quizá leyéndolo con atención descubra por qué fue tan inmaduro, tan inestable con las mujeres, tan egoísta y tan vehemente. Me baso en la observación de mí mismo. A lo mejor descubro novedades que hacen cambiar la historia de la literatura.

Yo me quedé patidifuso. ¿Dónde se encontraba la fuente de la inspiración de las excentricidades de ese hombre? Ni siquiera el enigma de “Venenín” se aproximaba a los misterios insondables de Veremundo.

–No sabía que fueras un experto en el Siglo de Oro.

–No lo soy. Pero me documento en los ratos libres. Ya sabes que los funcionarios no nos rompemos el lomo... Aunque en realidad, a mí quien me gusta más es Garcilaso de la Vega. Ese sí que era un hombre de verdad, un soldado y un poeta. Menuda biografía tiene el tío. ¿Por qué no lo investigas tú, que tienes mano literaria?

–No lo descartes.

Había algo de cierto en mi vaga respuesta, porque concluido y cerrado el capítulo de “Venenín”,

necesitaba otro tema para centrar mi atención y mi trabajo, si no quería regresar al cómodo abrevadero de la revista sicalíptica. Pero, desde luego, Garcilaso... ¿Qué editor me compraría una biografía de Garcilaso?

—¡Oye! —me sacó de mi divagación interna Veremundo—. ¿Quién es ese tío que habla con el juez? No me suena de Ypérbula...

—Se llama Fermín Flores.

—¿Le conoces?

—Es cliente de tu amiga Pamela en Sinombre.

—¿Pamela y él...?

Veremundo había interpretado a su modo la relación.

—Huésped. No otra cosa.

—¿Y qué hacía Flores en casa de Pamela?

–De fin de semana, con su familia... Será amigo del juez, digo yo.

–¡Qué extraña coincidencia!

–¿Por qué te parece extraña?

–Porque lo es. Todas las coincidencias son sospechosas. O ese hombre era teniente en el cuartel de artillería donde yo hice la mili o es su hermano gemelo.

–No sabía que fuera militar. Es ejecutivo de editorial Universal.

–¡Diantres!

Cejudo vino al muelle a despedirnos y a agradecer a Shey su trabajo. Yo veía que estaba buscando una oportunidad para decirme algo. Un rato

estuvo remiso, y casi al final dijo:

–Algún día que vaya a Madrid te llamaré y hablaremos tranquilamente.

–Prepararé la lección. Leeré de cabo a rabo a Dostoyevski.

–¡Ah! Por cierto, te he traído esta novela. Es un regalo. Espero que os guste a los dos.

Y me entregó un descolorido ejemplar de “Los hijos. La novela de los exiliados rusos”, de Nina Fedorovna, una edición de Plaza y Janés de 1957 de papel amarillento.

–Pero no me refiero a la literatura. Quiero decir hablar de otras cosas. Cosas de hombres... –soltó una risita embarazosa, suponiendo que a Shey no le haría gracia la broma. Pero mi mujer no se dio por aludida.

Cuando el ferri soltaba amarras, acodados en la



baranda, Shey se inclinó sobre mí y me dio un beso.  
Le dije adiós a Ypérbula para siempre.

–Cejudo no quiere hablar contigo de mujeres,  
sino de una mujer.

–De Pamela...

–Exacto.

–¿Te lo ha dicho?

–Intuición femenina.

–Pues si llama por teléfono algún día, le dices  
que no estoy. He roto con Ypérbula.

## **Cuarta parte**

# **LA MALDICIÓN DE YPÉRBULA**

## **Una sesión fotográfica**

Tenía que haberme dado cuenta. Todos los indicios se habían colocado ante mis narices en la propia Ypérbula. Pero la prisa por salir de allí y olvidarme de “Venénin” y de Veremundo, tejió un filtro que me impidió olfatear la atmósfera cargada de electricidad que precede a la tormenta.

La misma Shey lo percibió.

Yo (ninguno de mis YOS) no quería admitir que la verdad acechaba y no pararía hasta servirse de mí como instrumento de su publicidad. Quizá si me hubiera enfrentado con arrojo a ella, la verdad habría dado media vuelta y me habría dejado en paz.

Además, surgió otra razón para que el pasado me importara poco y empezara a preocuparme por el futuro.

Shey se quedó embarazada. Yo había dejado embarazada a Shey, debo decir.

Mi primera reacción fue afeitarme la barba. Mi YO sensato se lo tomó como una victoria sobre su alternativo temerario.

Al verme sin ella en el espejo tuve la seguridad de que no volvería a ser el mismo jamás. Ni Shey tampoco. Y empecé a anticipar sentimientos de nostalgia por la pérdida de la cómoda soledad de pareja sin niños. Todo a la vez, revolviéndose en ese albergue de egoísmos que es la conciencia.

—¿Qué te gustaría que fuera, niño o niña? — preguntó mirando con incomodidad mi mentón rasurado.

—¿Y a ti, cielo?

—Dilo tú primero.

–Niño.

–A mí también. ¿Te opondrás si le llevo a la yeshiva desde el mismo momento en que lo admitan?

Era una pregunta mal formulada. Y no era una cuestión gramatical. Shey estaba decidida a educar a su hijo o hija en el judaísmo. No pedía mi conformidad. Simplemente se anticipaba a un posible conflicto.

Me acaricié la mandíbula sin pelo.

–¿Le podré yo llevar a catequesis?

Shey se echó a reír. ¡Qué importancia tenía que nuestro hijo o hija terminara siendo cristiano, judío o agnóstico! Lo importante es que sus padres le proporcionáramos los medios para que descubriera que la vida tiene un sentido, y que él eligiera cual.

Una cosa, sin embargo, me mantenía anclado a “Venenín”: el editor de “Cosa de Niños”.

El libro se había vendido bien, me había proporcionado cierta popularidad, gracias a los programas matinales y vespertinos de radio y de televisión, pero yo no había tocado un miserable duro. El elemento se disculpaba con excusas de mal editor. Él era, gimoteaba, el último eslabón de una cadena de retrasos que se perdían en el piélago turbio de distribuidores y librerías.

Me encontraba en una difícil disyuntiva. Si no cobraba pronto, tendría que buscarme una ocupación remunerada. Lo más fácil era regresar a la revista. Mi pequeña celebridad había provocado la admiración del editor internacional, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a aumentarme el sueldo o a pagarme lo mismo por trabajar la mitad. ¿Por qué? Hay cientos de personas capacitadas para hacer pies

de foto y comentarios picarescos.

Y aquí se acababan mis posibilidades. El mercado laboral de los medios está desde hace unas décadas al borde de la saturación, e incluso del colapso. La información es un producto muy devaluado.

Era preciso que ocurriera un milagro.

Era preciso, pero muy difícil.

Una de las gestiones que hice en busca de trabajo fue visitar a un viejo amigo fotógrafo que tenía un estudio en la calle de Arrieta, detrás de la plaza de Oriente, junto al convento de la Encarnación. El nombre de mi amigo, no su seudónimo, era Narciso. En dos palabras nos pusimos al corriente de nuestras circunstancias. Su prosperidad se basaba en la publicidad. Estaba metido hasta las cejas en ese mundo de locos.

–Te puedo dar el teléfono de algunos creativos que necesitan redactores de vez en cuando. No es un trabajo apasionante, pero lo pagan bien. Ahora me tienes que perdonar y esperar un rato. Tengo una cita inesperada con una titi.

–Bueno, pues me voy y vuelvo luego. ¿Va a ser un polvo largo, corto o mediano?

–¡Que no, colega! ¡Es curro, no sexo! Es una chavala que me ha llegado de rebote. Se empeña en que le haga un *book*. No está mal, pero ya sabes que los *books* no sirven para nada si no van acompañados de tarjeta de visita, y esta chica no parece tener ninguna. Pero tiene pasta, y quiere probar si su cuerpo sirve para algo además de para follar.

Narciso pertenecía al grupo de los que me dejan a la deriva entre la perplejidad y la envidia cochina. Era más joven que yo, fuerte, con melena de Tarzán y



esa cara ancha y angulosa que conmueve a algunas mujeres. Una vez me había dicho que estaba saturado de sexo, y que para él las mujeres eran sólo figuras dignas del objetivo de su cámara. Lo extraordinario es que ni se había vuelto homosexual ni se había casado ni tenía pareja estable. Quizá tenía principios, quizá sentido común, no sé.

Su estudio se encontraba en un ático desde el que se veían las estatuas que coronan la fachada del palacio Real. Mi amigo preparó sus cámaras, los focos, las pantallas y todas esas cosas necesarias en una sesión fotográfica de estudio. En eso, sonó el timbre de la calle.

—Ya está aquí la chavala. ¿No te importa quedarte si no tienes prisa? Es que sospecho que la tía viene con alguna otra intención. Igual me equivoco, pero más vale prevenirse, ¿no te parece?

Narciso me situó en el centro del estudio, como elemento disuasorio, para que nada más entrar, la chavala me viera y supiera a qué atenerse. La posibilidad de que se lo quisiera montar con dos pertenecía a la torpe fantasía de esas revistas porno baratas en las que yo nunca trabajaría.

Esa posibilidad y cualquier otra relacionada con el sexo se derrumbaron en pocos segundos. La chavala resultó ser Pamela, y al verme allí, y encima sin barba, se quedó tan cohibida que a punto estuvo de darse media vuelta y echar a correr escaleras abajo.

La sesión fotográfica me pareció un desastre. Ni siquiera el continuo cambio de atavío de Pamela, e incluso el quedarse casi sin él, tuvo el menor adarme de erotismo. Confirmé con esta prueba que mi sino no es el desenfreno.

Sin embargo, el resultado, las fotografías, fue

sorprendente. Narciso reveló los negativos, los secó en un pis pas, mientras Pamela y yo nos tomábamos en silencio un café, y positivó los fotogramas en una hoja. Con una lupa los fue mirando uno a uno, luego, nos mostró los que a él le parecían aceptables, y me admiré de lo que es capaz de captar una cámara sin que el ojo lo perciba. La expresión de turbación de Pamela y la tensión de su cuerpo, objeto de la mirada inerte de dos hombres, se había convertido en los positivos en timidez, ingenuidad y un aire infantil que ella estaba lejos de poseer a ojos vista.

–¡Esto es fantástico! No imaginaba yo que tuvieras esa fotogenia –exclamó mi amigo.

En ningún momento dio a entender Pamela que me conociera, y yo hice lo propio. Nos marchamos los dos juntos del estudio, y mi amigo se quedó con la impresión de que la aspirante a modelo y yo habíamos ligado, porque me despidió con una sonrisa de zorro o

de sierpe, no sé cual de estas dos especies es más putañera.

–Te has afeitado la barba –dijo Pamela sin ningún acento emotivo en la voz, muy cerca de mí en la estrecha caja del ascensor.

Asentí con la misma indiferencia.

–Yo voy a coger el Metro en Ópera –dije al llegar a la calle.

–¿Eso por dónde está? –preguntó modosamente.

–Por allí –señalé.

–Te acompaño.

Bajamos en silencio por la calle de Arrieta, rumiando cada uno nuestro embarazo. Al llegar a la puerta del Real Conservatorio, Pamela se detuvo casi de golpe. Me miró a los ojos con un aire de desolación

y desafío, rara combinación, pero posible, y me espetó:

–Supongo que tendrás una impresión fatal de mí. Sólo estoy intentando ganarme la vida.

–Cuanto más me alejo de “Venenín”, más me persigue –fue mi comentario.

–¿Le ha pasado algo? –preguntó con interés.

–No tengo ni idea. Y me importa un pito. Es que desde que tuve el desgraciado propósito de hacer un libro sobre ese chico, no paran de pasarme cosas absurdas, como encontrarme contigo en casa de un amigo fotógrafo.

–Dice que he quedado bien. ¿Tú crees que me servirá el *book*?

–¿Te interesa mi opinión?

–Sí. Claro. ¿Por qué no?

Estaba interpretando su papel de inocente, cuya confirmación acababa de adquirir.

–Porque te la daré a cambio de una respuesta tuya a otra pregunta mía.

–Vale. Hazla.

Durante unos instantes me quedé mirando el remolino de gente que salía de la boca del Metro. Si desenfocaba la vista, eran unas masas de colores moviéndose por un plano, los árboles, manchas verdes estáticas, y los edificios del fondo de la plaza de Isabel II, una fachada amorfa, ilustrada por el cartel gigantesco del teatro Real Cinema. Luego posé la vista en la estatua de la reina con fama de calentorra, que parecía observarnos a todos con desenfado desde su pedestal. Al final me decidí.

–Me gustaría saber si te ligaste a Pepín, el hijo de Veremundo, y si lo hiciste de motu propio o por instigación de su padre.

–¿Por qué crees que Veremundo podía tener interés en que Pepín y yo ligáramos?

–Me gustaría conocer el alcance del retorcimiento de ese hombre.

–Veremundo no es un hombre retorcido. Es un tipo convencido de que va a encontrar su amor propio en el coño de una chica. Y no ligué con Pepín. Echamos un par de polvos. Eso fue todo. Antes de lo de Veremundo.

–¿Antes? –La noticia ya no me sorprendió. Creo que ni siquiera le di crédito—. ¿Y por qué preferiste ligar con Veremundo y no con Pepín?

–Eso no te lo sabría decir. Soy una tía

complicada. Y Pepín es un chico de poco fundamento. Una noche de cama sirve para conocerlo por dentro y por fuera. No tiene personalidad. No tiene defensas. No tiene voluntad. Es un chico vulgar. Si hubiera nacido en una familia sin recursos, sería mensajero o heroinómano. Algo así.

–¡Algo así! –repetí.

–¿Alguna pregunta más?

–Tengo una colección, pero éste no es el momento apropiado.

–¿Por qué? A lo mejor no volvemos a vernos. Hay que aprovechar las oportunidades.

La miré de arriba abajo, demostrándole que me tomo mi tiempo para evaluar una oportunidad, y decidí suspenderla. Como no quería humillarla, solté la primera excusa que me vino a la mente.



–Perdóname. He quedado con mi mujer y se me hace tarde.

–Sí. A todos se os hace tarde cuando habéis quedado con la mujer... –y me lanzó una sonrisa diabólica–. Algún día me dirás si crees que me servirá de algo el *book*.

–Algún día. Seguro.

Y eché prácticamente a correr hacia la masa informe de ciudadanos que se movían como moscardones alrededor de la boca del Metro.

La tempestad acababa de desencadenarse de nuevo. Y una vez más, yo huía de ella.

### **Arte para ser dichoso**

Si me hubiera atrevido a decir en voz alta mi

temor de que estaban a punto de quebrarse las nubes tonantes del destino, por vago e improbable que hubiera parecido, me habría preparado al menos para lo que se me echó encima después.

Pero todo mi afán era distanciarme de Ypébula, de “Venenín”, de Veremundo, de Pamela. Lo consideraba una exigencia terapéutica, ahora que iba a ser padre, ahora que una nueva vida se abría delante de mí.

Todo lo que hice al ver a Shey fue un comentario despreocupado.

—¿Sabes quién ha aparecido en el estudio de Narciso?

Shey leía la letra pequeña de un contrato que le habían propuesto para traducir no sé qué informe financiero confidencial. Terminó el párrafo, luego levantó los ojos del papel y dijo como quien señala una evidencia.

–Socorro-Pamela.

–¡Eres una Lilith! –La diablesa por antonomasia del Talmud.

Ahí se acabó el tema, y yo me quedé rumiando mis conjeturas sin ni siquiera saberlo.

–Tienes una carta del editor –añadió, señalando a la mesa.

Un cheque, me figuré con cándida naturalidad.

Pero no era de mi editor, del único que había tenido, sino del editor de Ypérbula, el gigante rubio. Me pedía que me acercara a las oficinas de Universal y preguntara por el señor Pérez, que tenía algo que ofrecerme, si yo no era esclavo de otras obligaciones.

Aquel era el pequeño milagro que yo precisaba. Me iban a proponer un libro, seguro. Mi capacidad y mi calidad profesionales habían dado por fin su fruto.

¿Me darían a elegir el tema, me presentarían varios o no me dejarían opción? Me vino a la imaginación el apasionante asunto de los cuadros robados por los nazis a los judíos, que andaban desperdigados por España, Portugal e Iberoamérica. Me imaginé por una fracción de segundo abordando un avión en Lisboa, después de mis interesantes investigaciones en aquella ciudad, camino de Buenos Aires, Santiago de Chile, Río de Janeiro, Méjico...

La carta sugería que llamase a Universal y pidiera una cita con el señor Pérez.

Me dispuse a hacerlo, aunque una nubecilla oscura manchó el firmamento luminoso que se abría ante mí. ¿Era lógico que llamara por teléfono a una empresa internacional y preguntara por el señor Pérez? Lo probable es que me pidieran que precisara con qué Pérez deseaba hablar. ¿Qué iba a decir yo entonces? De pronto me sentí incómodo, y luego,

irritado, y luego, humillado. ¿Por qué tenía yo que dirigirme a un tío Pérez cualquiera? ¿Y si lo que me proponía Pérez, en caso de encontrarle, me decepcionaba?

—¿Tú preguntarías por un tal Pérez en una empresa internacional? —descargué mi orgullo y mis miedos sobre Shey.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene un Rincón de Arellano que no pueda tener un Pérez?

Era el razonamiento lúcido de una judía inteligente. Los prejuicios sólo estorban.

—Tienes otra carta —dijo entonces Shey—. De Veremundo.

La nubecilla, que se había disipado, se tornó a formar de golpe, tan grande y tan negra, que tapó por completo el horizonte de límpido azul.

–No sé si abrirla o tirarla directamente a la basura –comenté–. Además, ¿para qué están los correos electrónicos? ¿Para qué está el teléfono? ¿Quién escribe hoy en día cartas autógrafas?

–Veremundo. Y a lo mejor está dactilografiada. Las máquinas de escribir son la aristocracia de la mecanografía.

–Por qué no la abres tú, la lees y si merece la pena me haces un comentario objetivo...

*–I won't, sweetheart. It's your business.*

Era cosa mía, sí. Descolgué el teléfono, llamé a Pérez, que me atendió a la primera, y concerté una cita con él para el día siguiente.

Acto seguido, tomé una vieja edición de “Austral” de “El Discreto” de Baltasar Gracián, que había dejado sobre el sofá la noche anterior, y busqué en el índice auxilio a mi desconcierto. “Arte para ser

dichoso”, rezaba un capítulo. Era una fábula. El asno se queja a Júpiter de su suerte borriquera, en contraste con el respeto que se tiene a otros animales, como el león, el zorro o el elefante. El Tonante, a pesar de que le consta que “a los más les va mal, porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra se quejan de cualquier poco que les falta”, pide cuentas a Fortuna de la baja condición del pollino. Fortuna replica que “si él es un asno, ¿de quién se queja?” Júpiter le da la razón y se dirige de esta guisa al burro: “Infeliz bruto, nunca más fuérades tan desgraciado, si fuérades más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos.”

Confortado por el aragonés, me dispuse a abrir la carta de Veremundo.

No era muy larga, pero sí precipitada, llena de tachaduras, repleta de solecismos, incorrecciones sintácticas, y de anacolutos, oraciones sin acabar. Ni siquiera la había pasado a limpio. Me rogaba que acogiera a su hijo Pepín en mi casa por unos días y evitara su desmoronamiento (de Pepín). La razón de tamaña desesperación era que la ONG en la que el muchacho participaba como voluntario había resultado un fraude. La mitad de la directiva se dedicaba a estafar a inmigrantes africanos, cobrándoles por realizar trámites administrativos gratuitos. La policía incluso había detenido a un par de desalmados *oenegistas*, y el juez los había encausado a todos, menos a los voluntarios, que habían actuado sin saberlo como captadores de clientela, recogiendo a inmigrantes ilegales en playas y sacándoles de bosquecillos y de casas abandonadas, donde se ocultaba como indefensas sabandijas.



Pepín estaba destrozado, poco menos que al borde del suicidio. Veremundo me daba el móvil de su hijo y me rogaba que le telefonease. Estaba en Madrid, donde había llegado como un zombi con una voluntaria todavía más infeliz que él. Pero de la chica no tenía que hacerme cargo, porque su padre era un actor de izquierdas muy famoso con domicilio en Torreldones.

Me sorprendió que la carta tuviera un matasellos de urgente emitido en Ypébula. Es decir, que Veremundo todavía no se había trasladado a San Clemente.

Pero ¿era cierto que se proponía mudar a la familia a San Clemente? La fracción de verdad que quedaba en las manifestaciones de aquel hombre tenía por numerador uno y por denominador, un número infinito.

Por si acaso, telefoneé a Pepín, que se presentó en mi casa de inmediato, como si hubiera estado esperando mi llamada en un bar de la calle Ortega y Gasset, antes Lista.

Confirmó la catástrofe de la ONG. Decía que le habían entrado ganas de matar a los directivos corruptos.

–Pues haberlo intentado –le reprochamos casi de consuno Shey y yo.

Yo concluí de esta guisa el razonamiento:

–Te habrías quedado más tranquilo, y habrías incrementado el amor propio.

El chico me miró como si le hubiera hablado en japonés.

–La autoestima –tradujo Shey.

–¡Ah! Eso...

Venía Pepín con el pelo largo hasta la cintura, embutido su inefable pacifismo en un traje de faena militar, con la tez curtida por el sol y el viento del Estrecho. No tenía mal aspecto en absoluto. Pero por dentro estaba destrozado, según aseguraba.

¿Qué fábulas escribiría Gracián hoy si resucitara de entre los muertos ilustres?

Metimos a Pepín en la habitación de invitados después de ducharle (tuve que empujarle a la cabina) y de empapuzarle una tortilla de patatas, que son mi especialidad, y cuando yo me marché a mi cita con Pérez, al día siguiente, seguía sobando como un lirón.

Pérez resultó ser un gordo desmedido con voz de cornetín y afable trato. Su propuesta fue decepcionante, pero no rechazable.

–Queremos que lea usted manuscritos de escritores y ensayistas y que haga un informe sobre ellos. Le pagaremos bien. Nos interesa su criterio.

La cifra que dijo fue inapelable. No aceptar habría sido idiota.

Me llevé dos manuscritos en una cartera de cuero, regalo de la casa. Todo el mundo me regalaba carteras. Me acordé de Yasher y estuve a punto de sacar los folios encuadernados y echarles una ojeada en el mismo despacho de Pérez, no fueran a ser documentos de la CIA. Pero Pérez no me dio opción. Con excelentes maneras, me empujó hacia la calle. Antes de que la puerta de la oficina se cerrara a mis espaldas, vaya usted a saber si para siempre, me volví hacia el gordo.

–¿Cómo quiere que le haga el informe? Quiero decir si Universal tiene un modelo, alguna especie de protocolo.

–¡Hágalo como usted guste, amigo! Confiamos en su juicio.

No me dio la impresión de eso, sino de que a Pérez le importaba un pimiento mi evaluación. De hecho, tuve una prueba. Una secretaria estaba metiendo dos manuscritos en un sobre acolchado y con una dirección escrita en un marbete, en el momento de pasar yo a su lado. Me fijé en los títulos. Al encerrarme en el ascensor, saqué mis manuscritos de la cartera de cuero, y eran los mismos.

### **Volverás a Ypébula**

En casa no estaban ni Shey ni el pacifista inefable. Después de ponerme cómodo, me metí en mi zaquizamí de trabajo. Las cajas de electrodomésticos me produjeron agobio. Pensé, mañana mismo las llevo al chatarrero. Conocía un cuchitril en el barrio de La

Guindalera donde todavía vendían carbón y aceptaban chatarra y papel viejo, que pagaban al peso. Necesitaría dos taxis para transportar mi tesoro.

Abrí la cartera de “Universal”, extraje los manuscritos y los arrojé en la caja abierta más próxima, que estaba a cosa de dos metros. Encesté a la primera.

¿Qué coño estaba pasando? ¿Por qué me habían llamado si no era para que les hiciera un trabajo? Acaso me estaban probando, querían saber si estaba capacitado. ¡Absurdo! Estaba mi libro, era material suficiente para conocer mis habilidades. Además, habían prometido pagarme. ¿Quién paga por no hacer nada? ¡Demonios! Quizá era una manera de neutralizarme. ¿Por qué? ¿Para qué?

Mi amor propio y mi autoestima, las dos a la vez, se desmoronaban como un castillo de arena al perder la humedad.

Escuché el golpe del pestillo de la cerradura al descorrerse. Era Pepín, a quien Shey había entregado un juego de llaves. Me puse de muy mala uva. De pronto me di cuenta de que mi estatura ética estaba rebajándose a la altura de la de aquel muchacho sin sustancia. Si no reaccionaba, me convertiría en un enano moral. Entonces ocurrió algo que Baltasar Gracián habría censurado con desenvoltura y gracejo: descargué sobre el muchacho mi frustración y mi ira.

—Oye, el otro día me topé con Pamela en el estudio de un amigo fotógrafo y me dio recuerdos para ti.

La reacción del chico estuvo a punto de enfurecerme, porque tuve la impresión de que se hacía el tonto.

—¿Qué Pamela?

Entonces me acordé de que sólo Veremundo (y

Fernanda) conocían a Socorro por Pamela.

–Quiero decir Socorro.

–¿Y qué hace Socorro en Madrid?

–Se quiere ganar la vida como modelo.

–¿Tú crees que lo conseguirá?

–¿Te acuerdas de ella?

–Sí. En Berlín tu mujer también se interesó por mi rollete con esa chica.

–Lo sabía, sí. Está buena, ¿verdad?

El chaval me miró de un modo indescifrable. Quizá evaluaba si debía entrar en el resbaladizo camino de las confianzas eróticas. Quizá sólo sentía repugnancia de mi interés de viejo verde.

–¡No creas! Yo, que la he visto en pelota, no la



encuentro chica “Playboy” del mes. Apenas tiene culo. Los hombros hundidos... No le salvan ni las tetas. Demasiado grandes... No imaginaba yo que al final le diera por el exhibicionismo...

–Pues, ya ves.

Mi cabeza era un engranaje de perversión. Necesitaba revelar a aquel chico las relaciones que Pamela tuvo con Veremundo. Necesitaba lanzar sobre alguien mi aguijón envenenado.

–¿Y cómo fue que te enrollaste con una mujer mayor que tú? No imaginaba que tuvieras esas aficiones.

–Fue una casualidad. Ella acababa de dejar a su pareja. Y yo a la mía. Nos encontramos en un taller municipal de creación espontánea que dirigía yo. Ligamos de la manera más tonta.

Imaginé a Pepín solicitando a Pamela que posara desnuda para él. Pero no me pareció una posibilidad convincente. En todo caso, al revés, y ni siquiera.

—Yo al principio creí que fue un flechazo. Pero enseguida vi claro que no eran más que ganas de follar. Estábamos....

Pepín me contó con pelos y señales su encuentro erótico. No lo excluyo de este relato por pacatería, sino porque no recuerdo nada, pues no puse la menor atención a sus palabras, mi cerebro bullendo como una caldera de vapor alimentada por el odio, la envidia, la rabia y todos los vicios censados en el catecismo.

—¿Y Veremundo conocía tu relación con Socorro? —solté al fin. Si no llego a hacerlo, la caldera habría estallado en las narices de Pepín.

–No tengo ni idea. Supongo que sí, porque Socorro es la panadera del barrio. Bueno, era, creo. Ahora tiene una Casa Rural.

–Sinombre.

–¿No le ha puesto nombre?

–Sí, Sinombre

–¡Qué guay!

–Se la recomendó tu padre a Shey, cuando estuvimos en Ypébula hace unas semanas.

–¿Y qué tal está?

–Está muy buena, efectivamente.

–Digo la casa rural, tronco. –y soltó una risa de rocín.

–Tu padre parece conocer bien a Pam... Socorro.

–Ya te digo... Era la panadera del barrio.

–Sí. Pero a una panadera no se la llega a conocer bien sólo por comprarle una barra cada día.

–¿Quieres decir?

Pepín no había dicho, “¿Qué quieres decir?”, sino ese “¿Quieres decir?” cojo que sirve para todo, una frase hueca, una pregunta sin incógnita que resolver. Algo muy propio de Pepín y de chavales como él. Volví a ponerme furioso. Estaba a punto de perder los papeles y la paciencia.

De nuevo sonó el chasquido del pasador de la puerta, apareció Shey, y la luz que emitía su vientre vino a disipar las tinieblas de mi alma.

Después de comer, Shey se encerró en mi asfixiante despacho a traducir el informe confidencial en el ordenador. Pepín y yo nos quedamos ante la televisión, mirando un partido de la selección nacional de fútbol, que competía en la primera manga del

Mundial, aquel año con sede en Suecia. El partido era tan malo que me puse a dar cabezadas.

Al despertarme de una de ellas con un sobresalto (estaba viendo a Pepín asestarme puñaladas en venganza por mi curiosidad indecente), descubrí al muchacho observándome en una actitud que en aquel instante me pareció sospechosa.

–Tú antes llevabas barba, ¿no?

–Me la he afeitado. No quiero que mi hijo me confunda con Fidel Castro.

Para mi sorpresa, Pepín me rió la gracia.

–Oye, ¿y tú por qué has llamado antes a Socorro Pamela?

–Porque así es como la llama tu padre.

Y me quedé tan ancho.

–¿Mi padre? ¿Y por qué la llamaba así?

–Cosas que hace la gen... –me interrumpí, escandalizado de mi poca vergüenza.

–Cosas que hace, ¿quién? ¿La gente que se enrolla?

–A lo mejor es que tú llamabas a esa chica Pamela, y tu padre te oyó algún día.

–¡Y un *güevo*! Nunca la he llamado así –por fin había caído–. ¡Mi padre ha estado enrollado con esa tía! ¡Fijo! Y tú lo sabes. Todo el mundo lo sabe. Hasta mi madre seguro que lo sabe. ¡Me cago en la leche! ¡Estoy hasta el culo de ser una mierda!

Se levantó del sofá de un salto y empezó a pasear entre los muebles. Sin darse cuenta, dio un golpe al mando a distancia de la televisión, que cayó al suelo sobre el botón de aumento de volumen. El

aparato se puso a pegar gritos. La jugada era anodina, pero el locutor se encontraba en la obligación nacional de convertirla en decisiva. Antes de que yo pudiera recuperar el mando y acallar los graznidos del hiperbólico, Shey se asomó a la puerta del estudio. Se quedó mirando al desasosegado Pepín.

–Mi padre está enrollado con una antigua novia mía. Todo el mundo lo sabe menos yo.

–¡Ah! ¡Fue novia tuya! –dijo Shey en un tono de forzada intrascendencia–. Yo creía que había sido sólo un rollete. Casi todos los hombres tienen rolletes. Y muchas mujeres también.

–Tu padre no está enrollado con Pamela –tercié yo–. Quiero decir, ahora, no. Pero existe una relación entre los dos que me inquieta.

–¿Cual? –saltó Pepín.

–No lo sé.

–Yo lo averiguaré –dijo el muchacho con resolución.

–Más vale que no te metas en los pantalones de tu padre, Pepín –dijo Shey con voz de madre prematura–. Deja que sea otro quien lo haga. Anda, ve a darte una vuelta y tranquilízate.

Pepín salió a airear su abatimiento. Lo primero que dije a Shey fue si me había invitado a mí a meterme en los pantalones de Veremundo.

–No exactamente. Pero algo me dice que volverás a Ypébula.

## **La fraternidad de los Hombres de Dios**

A Pepín le sacó del marasmo Jutta. Un día



llamó por teléfono y anunció su visita.

Nos contó que no le iba mal por Málaga. Había dejado la canción melódica y se dedicaba a otro tipo de interpretación. Su español había mejorado tanto, que se ofrecía a los rusos de toda la costa del Mediterráneo como mediadora lingüística. Se había convertido en colega de Shey, y le interesaba su experiencia.

Mi mujer le dio consejos varios, y le recomendó que se matriculara en una escuela de idiomas, que obtuviera el título de traductora y se colegiara. Una vida nueva se abría ante la antigua militante de las Juventudes Socialistas Unificadas de la RDA. Sus horizontes estaban alfombrados de millones. Una alfombra de millones tejida, paradójicamente, por las manos de los antiguos guardianes del orden proletario.

Jutta se hizo cargo del doliente yperbulano. Nos

reveló que lo hacía instada por Veremundo. Al principio no le había hecho gracia, pero luego pensó que le convenía tener a un hombre a su lado en un mundo tan equívoco como el que constituía su medio de vida presente. Aunque fuera un medio hombre. Esto no lo dijo, lo insinuó, mientras Pepín hacía su bolsa. A él le entró por el lado caballeroso. Le pedía que la acompañara para protegerla, pues necesitaba la seguridad y el amparo de un joven fuerte y guapo. En definitiva, le contrataba como guardaespaldas. A Pepín le debió parecer una causa justa, porque aceptó de inmediato. No sé qué composición interna se hizo: el joven *jedi* dispuesto a enfrentarse al Viejo Imperio Soviético, después de haber sido burlado por la Confederación Interestelar Capitalista. Algo así.

A la semana de desaparecer ambos, y mientras yo leía la novela que me había entregado Pérez (me resigné a hacerlo, falto de otra fuente de ingresos y

sopesando el consejo de Júpiter al asno, “andad y procurad ser de hoy en adelante despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo”), recibí un nuevo aviso de Universal. Esta vez era el propio Fermín Flores quien me citaba. La secretaria transmisora del mensaje no sabía nada de la encomienda anterior, así que estuve a punto de salir de casa sin la cartera de cuero.

Pero finalmente, la cogí. Algo nervioso iba. Algo poco atractivo intuía. Me sentía acorralado, en una trampa. Si me habían hecho el encargo anterior para situarme en una posición servil, no iba a aceptar. Les devolvería la cartera con los manuscritos, y en paz. Eso lo tenía claro. Al menos tenía algo claro.

Flores no me recibió en ningún despacho, sino en una sala VIP, o algo así, de la última planta. Los sofás eran de cuero, en las paredes colgaban dibujos y

acuarelas auténticas firmadas por Picasso, Pollock, Polke y Puvis de Chavanes. La combinación de escuelas era desconcertante y de dudoso gusto estético, así que deduje que una posible explicación del mejunje podía ser que el apellido de los cuatro artistas empezaba por P. Quizá hubiera salas VIP de Fra Angélico, de Balthus, de Cezanne, de Dalí...

El editor o jefe de recursos humanos de la editorial, me recibió con un afecto que parecía auténtico. Después he conocido que los tipos importantes aprenden de actores a sueldo técnicas de teatro: no hay que fingir nada, hay que ponerse en la situación y dejarse llevar por ella; sin perder jamás de vista, eso sí, el objetivo comercial de la conversación.

—Amigo mío —me dijo, después de preguntarme él también por el destino de mi barba—. Le he citado porque necesito de usted. Universal está en sus manos. Se lo digo en serio. —Y luego, rebajando la

gravedad—: Vaya..., me refiero a que nadie excepto usted puede echarnos una mano en un proyecto editorial que nos ha surgido de repente.

Se interrumpió, o bien para observar mi reacción, o bien para hacer una pausa escénica.

—”Venenín” ha actuado de nuevo.

—¿Se ha escapado?

—No. Ni siquiera lo ha intentado. Simplemente ha acuchillado a un interno, sin que hubiera mediado razón ni palabras.

—¿Y ha matado al morito?

Mi golpe de efecto dio resultado. Flores abrió los ojos como platos.

—¿Lo ve? Usted es la persona apropiada. Lo sabe todo sobre “Venenín”. Es capaz hasta de prever a

quien acuchillaría. Porque ¿usted no tenía noticia del incidente, o sí?

–No tenía ni idea. Pero sí sé las razones de “Venenín” para atacar a un morito. Supongo que será un chaval que había salido del centro hace meses y habrá vuelto a él.

–Exacto.

–¿Pero le ha matado?

–No. Ha sobrevivido. “Venenín” es un delincuente peligroso, pero sin destreza con la *chaira*. Así es como se llama a la navaja en jerga, ¿no? Al menos en mi juventud.

–¿Y cómo se ha enterado usted del caso, si no ha salido en los periódicos?

–Un editor es como un redactor jefe. Está obligado a tener buenos contactos y a saber dosificar la información.

Me acordé del funeral de Poli y de la conversación de Flores con el juez de instrucción de Ypérbula. Ese podía ser el contacto.

–Queremos que usted se ponga a trabajar en el asunto. Nos gustaría que recogiera en el menor plazo posible todos los datos que pueda y se ponga a redactar un nuevo libro.

–Pero eso llevará tiempo.

–Si sale usted mañana para Ypérbula, en menos de dos semanas tendrá todo el material necesario. Le facilitaremos vías de contacto.

–Pero ordenar y escribir todo eso, me costará luego un mes o más.

–No importa. Hay una manera de acelerar el proceso. Usted recoge el material, va poniendo los datos por escrito en fichas o en pequeños informes,

nos lo va enviando, y un equipo de redactores de Universal va construyendo el libro. Cuando esté acabado, usted lo revisa, lo reordena, lo corrige y lo firma. Universal le pagará los gastos de investigación y, una vez publicado el libro, le premiará con una buena cantidad.

La que vocalizó casi me produjo un mareo.

—Pero ¿cuándo han ocurrido los sucesos?

—Hace semana y media. Horas antes de que le citara a usted Pérez... —le debió alertar mi mirada perpleja—. Entiendo su desconcierto. Fue un error. Yo no estaba en Madrid y dejé en manos de Pérez el asunto. Él no lo manejó bien, quiso conocerle, probarle, y por eso le entregó esos manuscritos. ¿Los ha leído?

—Estaba en ello.



–Deje de hacerlo. Le pagaremos lo convenido por usted con Pérez.

–No sé... Todo esto me pilla de improviso. Además, no puedo salir mañana para Ypérbula. Tengo que acudir con mi mujer al ginecólogo. Está embarazada. Es muy importante para mí...

En realidad lo que me habría gustado decirle es que aquella forma de escribir un libro podía resultar efectiva, e incluso atenerse a la verdad, pero que mi firma en él era una impostura. Desde que me rasuré la barba, dominaba mi esquizofrenia mi lado prudente. Pero esa circunstancia había despertado a mi lado oscuro. Mas no sabía cómo expresarlo, porque, con impostura o sin ella, yo me llenaba el bolsillo y se me abría un mundo de posibilidades editoriales. Puede que no fuera codicia, pero seguro que Flores lo calculó así. Después de felicitar me por la gravidez de Shey, continuó.

–Si está usted dudando, porque nuestro método de trabajo le parece poco correcto, le ayudará hablar con nuestros redactores. Son eficaces y disciplinados. Se pondrán a sus órdenes. Antes de salir para Ypérbula, le organizaré una reunión. ¿Cuándo es la cita con el ginecólogo?

–Pasado mañana por la tarde.

–¿O sea que por la mañana, está usted libre?

–Sí.

–Fijaré la reunión para entonces. Y el viaje, ¿qué le parece el jueves?

–¿Lo puedo pensar?

¿Me había vuelto loco?

–Naturalmente. Pero venga a la reunión, se lo suplico. “Universal” le estará muy agradecida. Y a la

larga, usted también lo estará con nosotros. No deje pasar esta oportunidad, hombre de Dios.

Casi di un salto. ¿Existiría una fraternidad clandestina de los Hombres de Dios, algo así como la masonería?

### **Empleados a sueldo**

–Haz tu trabajo. Toma el dinero. Y larguémonos con nuestro hijo a *Fairyland*.

Esta fue la respuesta de Shey a mi solicitud de consejo y auxilio espiritual, cogiéndome del mentón desnudo.

–¿A Ciudad del Cabo?

–No lo sé. Por ahí lejos. A las islas Malvinas, a la de Chiloé. Con Internet podremos trabajar para

cualquier multinacional que necesite nuestros servicios desde una granja idílica, criando ovejitas y cerditos.

—¿Y por qué tenemos que irnos al culo del mundo? Me gusta España —se me ocurrió una solución neutral—. ¿Qué te parece si buscamos *Fairyland* en Portugal? Tras os Montes es una región por la que no pasa casi nadie. Tiene una comunidad judía recatada de las catacumbas, y está a un tiro de piedra de la civilización occidental.

—Lo pensaremos. ¿Vas a aceptar el trabajo?

—Por éste, sí.

Y le di un golpecito en el vientre con la punta del dedo índice.

El día de la reunión hacía un calor de perros.

Shey, no obstante, me recomendó que me llevara una chaqueta, porque su experiencia era que los ejecutivos se meten en verdaderas neveras durante el verano, aunque sus trajes sean tan caros como frescos. Su consejo me salvó de un resfriado.

Flores vestía terno, y los dos redactores que constituían mi supuesto equipo llevaban chaquetas de punto. El, roja. Ella, azul. Estaban casados y trabajaban juntos desde que se hicieron novios en la sección de publicidad de la casa, siete u ocho años atrás. Eran dos progres simpáticos, con un elevado sentido de la profesionalidad y de la lealtad a la voz de su amo. Habrían podido formar parte de la sección de propaganda del N.K.V.D, del *Special Operations Executive* británico, o de la Inteligencia Naval de los Estados Unidos. O de todas a la vez.

Flores se retiró del despacho, una habitación asomada a la carretera de la Coruña.

Yo me daba cuenta de que trabajar de esa manera era un invento formidable, aunque privaba a los textos del acento personal, humano. Pero con profesionales diestros como aquellos, hasta ese tono se podía fingir, porque pocos son los que leen un libro con ánimo deconstructor, ni siquiera los críticos, entre otras cosas porque también son empleados a sueldo. ¿No dicen que la Iliada es obra de un puñado de griegos?

No nos costó ponernos de acuerdo en un procedimiento. Yo les informé de cuanto ignoraban del caso “Venenín” (conocían al dedillo mi “Cosa de Niños”), y me enseñaron técnicas y trucos de síntesis que ellos podrían aprovechar.

Estábamos acabando, cuando entró de golpe Flores. Por la expresión de su cara, anticipamos alguna contrariedad. Yo tuve un acceso de pánico. Me había visto en Isla Mauricio de vacaciones, gastando a

espuertas los millones de Universal.

–”Venenín” se ha escapado del centro, y no le encuentran. Si consigue atraparlo usted, el libro será una bomba editorial – acabó su información con una sonrisa en la que podían distinguirse hasta rasgos de su supuesta complicidad en la huida de “Venenín”, en beneficio de la empresa.

–¿Atraparlo? ¿Yo? Oiga, que esto no es una película –protesté.

La pareja de redactores me echaron una mirada extraña, no sé si de admiración o de miedo.

–No quería decir eso, hombre de Dios. No tardarán en capturarlo, no puede escapar de la isla. Pero es urgente que salga usted cuanto antes. Le hemos reservado un billete para el vuelo de esta noche, y habitación en el Parador de Ypébula. Mi secretaria le entregará un portátil y un móvil.

Salimos los cuatro del despacho, y nos dirigimos a otro ala del edificio.

–Oye, ¿tú de qué conoces a Flores? –me preguntó la chica, una vez que éste se hubo despedido.

–Un encuentro casual en una casa rural. Me reconoció como el autor de “Cosa de Niños”, y le caí simpático.

–¡Qué potra! –exclamó su marido–. Dar de lleno con el jefazo de “Universal”.

–Pero ¿no es sólo el jefe de Relaciones Humanas?

–Nominalmente –aclaró la chica.

Camino del ascensor, me abordó de nuevo Flores, con su aspecto de coronel colonial británico, o noruego, da igual.



–¡El contrato! –me tendió dos juegos de papeles grapados–. Tiene que firmarlo antes de salir, en su beneficio y en el de todos. Pase si quiere a ese despacho y léaselo.

Lo miré por encima, sin encontrar nada alarmante. Toda la letra era del mismo tamaño, grande, Times New Roman cuerpo 14 ó 16. Lo firmé en una mesita que había en el mismo pasillo y se lo devolví a Flores.

–Sólo una cosa más. Me da la impresión de que hay algunas líneas de fuga en esta historia de “Venenín” –vio la mirada de perplejidad en mis ojos–. No, no estoy hablando de su fuga, sino de algunos aspectos de su historia que no conducen a nada. Haría usted bien en ignorarlos y centrarse en las trapisondas de ese pequeño delincuente. A nosotros sólo nos interesa “Venenín”. Exclusivamente. ¿Me entiende usted?

¿Había algo de advertencia en esa precisión o eran mis nervios?

–Perfectamente.

–Que tenga usted un buen viaje, hombre de Dios.

Y apretó cálidamente mis manos entre las suyas.

### **Temor de Dios**

En la bolsa que contenía el ordenador portátil, una verdadera maravilla, había una carpeta de plástico transparente con un folio mecanografiado, quiero decir, impreso desde un archivo digital. Se trataba de los nombres, cargos, direcciones y teléfonos de varias personalidades de la justicia, la policía y el sistema penitenciario de Ypérbula, que habíamos redactado

entre la parejita y yo, y a quienes gente importante de Universal se encargaría de avisar de mi visita. Estaba el juez que yo había visto con Flores en el funeral de Poli, estaba el nuevo director del centro de reeducación, ese que había intentado torearne cuando le visité, y algunas personas que no conocía. No estaban ni Veremundo ni Cejudo.

La ausencia del primero era razonable, pues ya no desempeñaba cargo alguno en Ypébula, y además, era probable que se encontrara en su retiro de San Clemente. La ausencia de Cejudo en la lista era un misterio.

En el avión me dieron un diario de Ypébula del día anterior. En realidad, era eso que llaman una “hoja parroquial”, ocho páginas bastante bien impresas, eso sí, pero con un contenido superfluo y provinciano a tope, que diría Pepín. Durante mi estancia en la isla lo miré una vez y perdí todo interés por él.

Esa noche estaba yo excitado y no podía fijar mi mente en nada. Me veía como un redactor del NYT, cargado de tecnología punta, con una reserva en un hotel de cinco estrellas y una misión casi secreta. Así que me leí de cabo a rabo “El Comercio de Ypébula”. En la sección de efemérides descubrí una nota que mencionaba a Veremundo, bajo una fotografía de su busto. La leí, como el resto del periódico, con la atención puesta en mis cavilaciones o en mis fantasías, es decir, sin enterarme de lo que ponía. Sin embargo, mi sexto sentido debió captar algo, y me indujo a releerla.

Decía así: *“Nuestro ilustre vecino Veremundo Tal y Tal, antiguo y eficiente director del Centro de Reeducación para Jóvenes Muchachos, CREJOMU, acaba de ser nombrado director del nuevo centro penitenciario que está a punto de abrirse en la ciudad manchega de San Clemente. Auguramos a don*

*Veremundo una venturosa nueva etapa profesional y le deseamos una sucesión de aciertos penitenciarios.”*

¿Qué será un acierto penitenciario?, me preguntaba mi sexto sentido. ¿Conseguir reeducar a todos los internos y volverlos ciudadanos ejemplares, o simplemente mantenerlos a raya, temerosos del orden civil, ya que a Dios no le teme hoy casi nadie?

Ya te ajustaré yo a ti las cuentas, Veremundo, pensé, contento de que no tener que tratar más con él en la historia sórdida de “Venenín”.

Luego se me ocurrió mirar en la mancheta del diario, y recibí una nueva sorpresa. La editora del periódico era una filial de “Universal”, propietaria de una cadena de medios impresos con algunos intereses en la radiodifusión.

Al plegar el papelón, tropezaron mis ojos con otra de las noticias, que había leído antes sin

enterarme. Era relativa a “Venenín”, y se titulaba, “Sigue sin aparecer X.Y.Z.” El tratamiento que daba al suceso estaba totalmente desprovisto de fuerza, y se veía a las claras la mano de la autoridad por evitar un escándalo. Por eso no había aparecido la noticia en la prensa nacional. Por eso y porque la filial de Universal debía ser la única conocedora de la información, y sin duda había pactado el silencio.

Dormí mal aquella noche en el Parador de Ypérbula, enclavado en un palacio reconstruido y ampliado, anejo al castillo que contenía el Museo Penitenciario. Mis sueños fueron de una naturaleza distinta a los que tuve en la pensión de Monpedra, al volverme a encontrar con mi ex compañero de colegio, el “Mundóvich”, el otoño anterior. No fueron eróticos, no evocaban el pasado, no invitaban a personas conocidas a visitar mi subconsciente. Eran

confusos, pesados, una recreación de los cuadros colgados en la sala VIP de Universal. Monstruos de Picasso, chafarrinones de Pollock, collages insensatos de Sigmar Polke y evanescentes seres angélicos de Puvis de Chavanes que musitaban una oración tenebrosa: “En este mundo no queda temor de Dios. Los hombres se han olvidado de Dios. El fin está cerca.”

Por la mañana telefoneé al CREJOMU y el director me dio cita para el mediodía.

Un taxi me dejó en la puerta de aquella mezcla de caserío mediterráneo y convento franciscano de California de aire funcional.

La actitud del tipo fue casi de obsequiosidad. Tomé nota de cuanto me dijo, y por la tarde realicé mi primer informe o ficha y lo envié por Internet a mi

pareja de redactores en Madrid.

En pocas palabras, decía que “Venenín” se había escapado provocando un incendio en la celda o habitación. Había fingido que estaba a punto de asfixiarse, cosa en buena medida cierta, y le llevaron al Hospital Penitenciario. Allí le dejaron sin apenas vigilancia, porque le consideraban exangüe, incapaz de hacer ninguna tropelía. Aprovechó la noche para escaparse. Según me contó después un policía a cargo de la investigación, no había sido una fuga preparada. Ni “Venenín” contaba con la complicidad amistosa de nadie ni estaba capacitado para urdir ningún complot. Simplemente se había largado por la puerta en un descuido. La fortuna de los funcionarios negligentes es que nadie deseaba un escándalo que pudiera perjudicar a Ypérbula y a su fama penitenciaria. Si se extendía por ahí la noticia de que un chico al borde de la subnormalidad había burlado la vigilancia del



sistema más sofisticado de Europa, la isla se convertiría en el hazmerreír de media España.

Al día siguiente visité al juez, que también me dio pelos y señales de las fechorías de “Venenín” en el CREJOMU, en especial, su intento de asesinar al morito.

Redacté un nuevo informe, largo y valioso. La elocuencia de aquel magistrado había sido sorprendente. Me maravillaba de lo útil y sencillo que resulta trabajar para los fuertes.

–Soy un tipo privilegiado –le confesé a Shey aquella noche.

–Simplemente eres un buen profesional, y estás sacándole partido a tu larga experiencia, tonto. No seas modesto.

Todo me estaba saliendo bien. Sin embargo,

sobre mi cabeza, o mejor dicho, en el interior de mi cabeza, en el cielo de mi cráneo, en alguna parte de mi corteza cerebral, se concentraban las nubes oscuras de la tormenta que no tardaría en estallar. Mi YO sensato era consciente de ello. El ego, se limitaba a intuirlo, y le quitaba importancia.

El mayor misterio era la desaparición de “Venenín”. ¿Dónde podría haberse metido? Le habían buscado en los acantilados, en las marismas, en las cuevas. No había ni rastro de él.

La jornada que dediqué a visitar a ciertas instancias policiales registradas en mi folio de direcciones, tropecé con el teniente Cejudo en un pasillo.

–¡Diantres! No sabía que estuvieras aquí.  
¡Pareces un niño! –me dijo.

Caí en la cuenta de que estaba prácticamente de

incógnito, y sin barba. Le puse al corriente de mi trabajo y le pregunté si él podría ayudarme en algo.

–No sé. El caso no es de mi competencia.

–Bueno, pero sí podríamos quedar para charlar de Nina Fedorovna.

–¿Has leído “Los Hijos”?

–Sí. Y hasta me he traído la novela, des encuadernada y con las hojas sueltas, porque la edición era horrible. Tenía en la cabeza citarme contigo para hablar de literatura.

–¿Qué te ha parecido?

–Una joya. Esa Fedorovna tiene la rara facultad de dotar de vida y personalidad a sus criaturas.

–Posiblemente son reales. Fedorovna estuvo refugiada en China antes de trasladarse a los Estados

Unidos, como su heroína, Lida. ¿Te has dado cuenta de la sorpresa al final de la novela?

–No hay sorpresas –dije yo.

–Sí. Durante toda la historia parece que Lida es una soñadora sin sentido de la realidad, que vive en el mundo de la imaginación, quizá para sobreponerse a la sordidez de su existencia cotidiana. Y al final realiza su fantasía, viajar a Estados Unidos y casarse con su chico, que ha conservado su amor a pesar del silencio y de las dificultades. “Los Hijos” es una historia moral, donde el sufrimiento conduce al premio.

–Algo que no siempre es verdad.

–Estás equivocado. Sufrir sin perder la fe, sufrir sin descargar la propia frustración en los demás, mantener la perseverancia, conduce inevitablemente al éxito. O triunfas tú o triunfa aquel por quien te has sacrificado.

–O mueres –dije yo saludando de un cabezazo al policía al que acababa de entrevistar, que salía de su despacho.

–Pero a veces, la muerte es una liberación, es el éxito final.

–Para un creyente, puede que sí.

–¿Tú expondrías tu vida por tu patria?

La pregunta, además de cogermelo desprevenido, me dejó helado. De pronto Cejudo se transformó en mi cabeza, porque a todas luces seguía siendo el mismo guardia civil educado y erudito. Empecé a verle como un fanático, un facha, un tipo peligroso.

–En este momento, no soy capaz de responderte a esa pregunta.

Me sonrió con una franqueza que pocas veces se ve en la cara de un hombre, y jamás en la de un fanático peligroso.

–Pero yo sé que sí, si te vieras en las circunstancias.

La idea no me hacía ninguna gracia. ¿En qué circunstancia iba yo a arriesgar mi vida por España? ¿Qué es España? ¡Cielos, la gran pregunta! Me aliviaba, sin embargo, el cuartelillo que me había dado Cejudo. No, aquel hombre no era ni un facha ni un fanático. Aquel era un hombre con convicciones.

–¿Qué tienes que hacer esta tarde? –me preguntó.

–A partir de las siete, nada. En cuanto haya lanzado mi informe a Madrid, estoy a tu disposición.

–Pues te iré a buscar al hotel. ¿Y Shey, cómo está?

–Encinta.

Me palmeó en un brazo.

–¡Enhorabuena, hombre...!

Por un instante, temí que fuera a completar la exclamación con una alusión sobrenatural.

–Hablaemos de literatura –propuse.

–Y de mujeres, si te apetece.

–¿De mujeres? –pregunté desconcertado.

–Las de los amigos. Hasta luego.

Y se marchó por el pasillo marcando un ritmo entre marcial y de pasodoble.

### **Literatura y política**

Con puntualidad militar se presentó Cejudo en el Parador. Vestía de civil, y venía cargado de libros. Buscamos una mesita bien situada en la cafetería, con

vistas al mar. El agua estaba gris y encrespada, igual que el cielo, un toldo de nubarrones. En la calle hacía un calor de bochorno.

—No tardará en correr el aire fresco —explicó Cejudo—. A este fenómeno se le llama en Ypébula “la olla a presión”. Ocurre de vez en cuando, pero termina soplando el viento del mar, que limpia la atmósfera y hasta las malas intenciones de la gente. En las olas de calor se producen los peores crímenes.

—¡Te has traído media biblioteca! —señalé los libros que había desparramado sobre la mesita.

—Son sólo novelas de André Malraux. Me gustaría que leyeras alguna. Me interesa la opinión de un tipo inteligente como tú.

La confianza de Cejudo en mi inteligencia me produjo más rubor y embarazo que satisfacción, porque no creía merecerla. Ante esta sensación se



sublevó mi ego, enviando un soplamocos a su derrotista doble personalidad

–Te lo digo en serio. He leído tu “Cosa de Niños”, y creo que llegarás a hacer algo importante.

–No sé qué decir. Me abrumas...–me expresé al fin.

–Verás... Cuando leí “Los Hijos”, me acordé de Malraux. Él había escrito “La condición humana”, que es una novela sobre la China de los años 20, igual que la que describe Fedorovna, pero desde el punto de vista contrario. Yo conocía “La condición humana”, la había leído hacía tiempo. La releí. Y la entendí mejor.

–¿Quieres decir que la primera vez no te gustó?

–Exacto. Me pareció ininteligible para quien no comulgara con la pasión disolvente de Malraux. Para él, los que no están con la revolución son seres

abyectos. Esto no pasa cuando se lee a Fedorovna, ella expone las posiciones de los comunistas. Los deja en evidencia, naturalmente, pero no les humilla. Malraux me pareció un sectario, un pedante y un manipulador.

–¿Y al releerlo, modificaste esa idea?

–Le entendí mejor. Sólo eso. Malraux es uno de los intelectuales que construyeron los cimientos del progresismo actual.

–Pero, ¿no dejó de ser de izquierdas?

–Fue siempre el mismo. ¿Sabes en qué se basa el progresismo?

–En una idea muy simple y muy utópica de la condición humana.

–Sí. Pero también muy sectaria, excluyente de lo que no coincida con su credo, y profundamente pesimista.

–Pero si los progres son roussonianos –argüí–. Sostienen que el hombre es bueno por naturaleza, y se entregan a esa ilusión del deseo infinito de paz...

–Esa es su máscara. Bueno, en realidad, muy pocos progres tienen la formación y la calidad suficientes como para fundamentar su invocación del suicidio. Así que, la mayoría de ellos no usan máscara, sino un postizo para ocultar su ignorancia.

Asentí a esta idea. Me acordé de Pepín, de Pamela, de tantos conocidos y colegas míos que se apoyaban en la bandera del progresismo de salón sólo para no derrumbarse, no para sostenerla.

–Malraux es uno de los iniciadores de la impostura. El no fue nunca comunista. Pocos progres lo son, ni serían capaces de serlo. Para el progre, el compromiso es un riesgo que no está dispuesto a asumir.

–Pero Malraux se jugó la vida, por ejemplo, en la guerra civil española.

Es un mito que se construyó él mismo... Aunque, la verdad es que Malraux no era un cobarde, ni un tipo cualquiera. Tenía lo que hay que tener, como decía Hemingway.

–Otro que tal baila.

–Exacto, otro cimientito de la impostura progresista, otro que nunca militó en nada, y que sobrevivió a todas las convulsiones.

Un camarero de uniforme impecable se acercó a la mesa y me preguntó si yo era quien soy. Le contesté que sí, y me entregó un billete con una noticia escrita. Era Fernanda, que había telefoneado y me proponía una cita. Estaba tan a gusto con Cejudo, que me guardé el papel en el bolsillo y lo olvidé de inmediato.

–Lo importante en los cambios sociales son los hombres capaces de dirigirlos. Los Lenin, los Napoleón, los Largo Caballero, los Franco... –hizo un brusca pausa–. Me da la impresión de que te ha asustado la mención de Franco.

Le dije que no, pero sí me había asustado, en aquel contexto.

–Los Malraux, los Hemingway se limitan a expresar un estado de ánimo, a traducirlo en imágenes. Sus héroes son hombres de acción, intelectuales combativos. Los primeros héroes de Malraux son anarquistas, sin duda porque el comunismo todavía no había triunfado al cien por cien. Luego, van haciéndose militantes despiadados, sin el menor escrúpulo por el sectarismo ni por las atrocidades que se ven obligados a cometer. En “La condición humana”, Malraux da crédito a la organización por primera vez. Pero el final de la

novela es el fracaso, igual que la guerra civil española fue la derrota del comunismo y de Malraux. El pesimismo. No hay salida. El héroe sólo se salva en la muerte... Por eso Malraux se hizo gaullista. Llegó a una edad, y vivió unas circunstancias que le impulsaban a sostener un orden social. Sobre todo, el hecho de que Francia se jugaba su existencia frente a los nazis. Fue lo que detonó su evasión del comunismo.

—¿Por qué? —me atreví a interrumpirle.

—Porque era su sociedad, su nación, Francia, lo que estaba en juego.

—¿Chovinismo?

—Llámale como quieras. El hecho es que Malraux se puso al lado de un orden que no era el comunista. Por primera vez se estaba jugando algo palpable, la existencia de su propio pueblo. Ahora no

valía disfrazarse de héroe de Hollywood... Hasta ese momento, Malraux habría despreciado a Fedorovna si la hubiese conocido. Luego, no.

—¿Se conocieron?

—No tengo ni idea. Pero no creo que Fedorovna se hubiera fiado de él. Malraux jamás dejó de ser un oportunista y un ególatra. Cuando visitaba los frentes en la Guerra Civil española daba codazos a sus compañeros para salir en las fotos.

Había empezado a llover, y al poco rato se rasgaron las nubes por efecto de un fuerte aire, que no era exactamente de tormenta, y el cielo se disipó en cosa de media hora. Quedaban sólo nubecillas inofensivas.

—Una pregunta quiero hacerte, si no te importa.

—¿Por qué me ha de importar? —exclamó muy serio.

–¿Por qué has metido a Franco en el mismo saco que a Lenin y Largo Caballero? ¿Le consideras un transformador social?

–Muy a su pesar. Franco fue un catalizador fortuito. El no quería intervenir en política, creo yo. Le forzaron los acontecimientos. Y no supo dejar el poder a tiempo. Creyó que la Historia le había elegido para sanear España. Le pasó lo que a casi todos los dictadores, se rodeó de turiferarios. Los aduladores levantaron un muro entre él y la sociedad. Sin embargo, como Franco no era un simple, supo mirar por las rendijas del muro, y entender lo que querían los españoles: vivir en paz y vivir bien. Ese fue su acierto y su error.

–No te comprendo.

–Si Franco se hubiera retirado en 1957, digamos, cuando el Plan de Estabilización, y hubiese



dado paso a una semi democracia con don Juan en el trono, que hubiera evolucionado en cinco o seis años, igual que pasó en 1978, ahora no tendríamos los problemas que tenemos. Jamás hemos vivido mejor y con más libertades que hoy. Pero como Franco siguió siendo un dictador hasta el final, no se le reconocen los efectos de su política de paz y desarrollo. Si España hubiera accedido a la democracia en los 60, no se podrían descargar sobre la dictadura franquista todas las torpezas que son responsabilidad de la incompetencia de los políticos que le sucedieron y de los que hoy mandan.

–¡Oye! ¿Los guardia civiles no eran apolíticos?

–Los hay de todos los colores –hizo un gesto, poniendo un punto y aparte–. Si no tienes tiempo o ganas de leer todos estos libros, al menos lee dos “La condición humana” y “Los conquistadores”.

–Los leeré muy a gusto, amigo Cejudo.

Había ya firmado el recibo de la consumición para que lo cargaran en mi cuenta, quiero decir, en la cuenta de Universal, y los dos nos disponíamos a despedirnos, cuando Cejudo dejó caer una pregunta que, evidentemente, había reservado para el final.

–¿Cómo llevas tu nuevo libro?

–Bastante bien. Esto de trabajar en equipo es formidable.

–Hay algo que quizá... te pueda servir... aunque es un dato ajeno a la vida y milagros de “Venenín”, pero...

–Venga, suéltalo, hombre. No me tengas sobre ascuas.

–Quizá lo sepas... Es sobre Veremundo y esa chica, Socorro...

–Que estuvieron liados.

–Bueno... en eso no entro ni salgo. Mi misión es prevenir el crimen y atrapar a los criminales, no intervenir en la vida privada de la gente...

–¡Demonios, Cejudo! ¡Acaba de una vez! –le apremié yo, convencido de que iba a lanzarme una bomba.

–Socorro es sobrina de Veremundo, hija de un hermano suyo que murió...

Me dejé caer de golpe en el sofá.

–¡No me jodas! –exclamé.

–Hombre, si hubiera sabido que te iba a sentar así, no te lo habría dicho. Seguro que no tiene tanta importancia.

–¡Cómo que no! ¡Es una de las claves de la historia!

–¿Estás seguro?

Cejudo se estaba haciendo el ingenuo. Sabía mucho, quizá todo. Pero no podía revelarme nada, sólo me estaba señalando con disimulo una dirección hacia la que apuntar mi curiosidad.

—¿Puedo hacerte alguna consulta cuando averigüe más?

—No. Lo siento. El reglamento me lo prohíbe. Pero yo creía que sabías lo de Socorro y Veremundo...

—Déjalo, déjalo. Ya me has dicho bastante. Muchas gracias. Sobre todo, por tu conversación sobre Malraux. Leeré estos libros con interés.

—Pero no olvides que los importantes son los rusos...

No sé por qué, imaginé que me estaba hablando de Yasher.

—Dostoyevsky, Tolstoi, Pasternak, Bulgakov...

Recogí su sonrisa y se la devolví con admiración. Así que Pamela era la mujer de la que quería hablarme...

### **El gato encerrado**

Los negocios y las novedades del día habían tensado mis nervios hasta un extremo difícilmente soportable. Sin apetito, sin sueño, en cuanto cayó la noche y cedió el calor, salí a pasear por Monpedra. Sin darme cuenta, me planté en las afueras de la pequeña ciudad. Antes de adentrarme en la oscuridad suburbana, me puse a recorrer los barrios periféricos. Quizá encontrara por casualidad el rastro de “Venenín”.

Todavía quedaban casas de adobe, aunque la mayoría eran de ladrillo. Por las calles, algunas sin asfaltar, no había un alma, sólo perros sueltos. El

aspecto de estos barrios a la luz mortecina de las farolas me recordaba ciertos arrabales marroquíes, de edificios bajos enjalbegados, con toques de añil en puertas y ventanas, y terrazas en las que asoma la cabeza una cabra amarrada a un cabo de esparto.

La verdad es que lo último que deseaba era toparme con “Venení” al doblar una esquina. Ni siquiera la perspectiva de convertirme en “el periodista que encontró al delincuente juvenil huido más peligroso del planeta”, me estimulaba.

Lo que golpeaba mis sienes con regularidad de sístole y diástole era Pamela. ¡La sobrina de Veremundo! ¡Alucinante! ¡Tremendo!

Sin embargo, una vez neutralizado el efecto de la sorpresa, empecé a mirar el asunto desde una perspectiva lógica. Lo verdaderamente chocante no era el parentesco entre Pamela y Veremundo. Lo

inquietante era que Cejudo me hubiera informado de ello. ¿Por qué lo había hecho? Sin duda el dato era trascendental. Pero, ¿en qué medida? ¿Qué significaba que una amante de Veremundo fuera su propia sobrina? ¿La poca vergüenza de mi amigo? ¿Su falta de escrúpulos?

Claro que podía llevarse la lógica a otro punto de partida. ¿Y si Veremundo no hubiera conocido que Pamela era su sobrina hasta después de haberse acostado con ella? ¿Tenía esto algún sentido? Juzgando el comportamiento de mi amigo desde que yo abandoné Ypébula por primera vez, sus absurdas llamadas de atención, su estancia en Berlín, su súbito regreso, su ánimo ciclotímico, quizá pudiera interpretarse que al descubrir que había cometido casi un incesto se había vuelto tarumba.

Veremundo tenía razón de más para estar un poco paranoico, porque su amante le había metido en

un laberinto emocional y procesal.

Bueno, me objeté a mí mismo, procesal, procesal, no. Porque el juez había dado carpetazo a la huida de “Venenín” y a la muerte u homicidio del mendigo falsamente rico.

Esto no era fácilmente justificable. ¿Estaban encubriendo algo? ¡Claro! El parentesco de Veremundo y Pamela. Al emerger el empastre, la posición de Veremundo en el marco social de Monpedra y su modélico sistema penitenciario, los buenos amigos habían echado tierra sobre el asunto.

¿Era mi obligación desenterrar la historia?

No, pues su relación con “Venenín” era sólo casual, y mis principios deontológicos me impedían mezclar dos asuntos, por favorable que fuera la combinación para el escándalo y la venta del producto. Además, Flores seguro que sabía algo, pues



me había advertido de las “líneas de fuga” que yo debía eludir. Pero, si Flores sabía que Veremundo era el tío de Pamela, ¿por qué no me había precavido? ¿Para que no me desviara del tema principal? Y entonces, ¿por qué Cejudo se había tomado tanto trabajo en revelármelo como si fuera algo casual?

Gato encerrado. Aquí había gato encerrado. ¿Cómo podía yo soltarlo si ni siquiera sabía donde estaba oculto?

Deontología, qué rotunda palabra. En numerosas ocasiones se barre bajo la alfombra deontológica el polvo que producen las pequeñas calamidades profesionales, día tras día, hasta que el bulto se hace evidente y los gremios intervienen con sus bomberos toreros.

Me dieron ganas de gritar hasta romperme la voz. Pero no sabía qué gritar, un graznido rabioso quizá.

Y en ese instante el aire se llenó de un berrido ronco que me heló la sangre. Parecía salir de todas las casas, como si el ángel de Jehová hubiera actuado sobre los primogénitos de Ypébula con su espada flamígera, degollándolos a todos de un mismo tajo.

Luego, sonaron algunos disparos. Y cuando estaba a punto de correr en busca de refugio me di cuenta de que se trataba de petardos y alegría futbolera. La selección nacional de fútbol acababa de empatar y se situaba en disposición de pasar a la nueva fase del Mundial. De los detalles me enteré enseguida, porque la calle se llenó de chiquillos que comentaban la hazaña. En menos de un minuto desaparecieron en el interior de las casas, y volvieron a pegarse al televisor.

En la recepción me entregaron otra nota con aviso de llamada. Me acordé de la anterior, y eché mano al bolsillo en el que la había guardado. Allí

seguía Fernanda. ¿A qué venía su insistencia?

Pero este mensaje era de Shey, diciendo que la llamara en cuanto llegase al hotel. Después de lavarme las manos en la habitación, costumbre escrupulosa que conservo desde niño cada vez que entro en casa de la calle, la telefoneé.

–¡Ha ganado España! –fue lo primero que me dijo.

–Pues me lo he perdido.

–¡Ah! Yo pensaba que estarías con alguien en un bar, como os gusta hacer a los hombres.

Le di la noticia del parentesco de Veremundo y Pamela y soltó:

–¡Lo sabía!

–Pero, ¡tú qué ibas a saber, mujer! No te hagas la lista.

–Y eso es la punta del iceberg...

–En eso estoy de acuerdo. Pero, ¿está congelado en el iceberg también “Venenín”?

–Por su puesto.

–Habrá que revolver todas las neveras de Ypébula para encontrarle y que nos explique qué coño tiene él que ver en esta novela de intriga familiar.

–Mientras lo encuentras, una buena noticia. Ha llamado tu editor.

–¿Flores?

–No, el otro. Se ha enterado de la desaparición de “Venenín”, y te propone un nuevo libro. Dice que te pagará mañana mismo lo que te debe.

–¡Qué cabrón! ¿Le has contado que trabajo para la competencia?

–No. Te he reservado el placer.

–Mañana le llamaré.

–Dice que lo hagas hoy mismo, no importa la hora.

–No tengo ganas. ¿Ese tío qué se cree, qué está jugando al fútbolín, con defensas y delanteros de madera?

Sin embargo, le llamé. Fingí que estaba en el extranjero, y que no sabía nada de “Venenín”. Le exigí que ingresara al día siguiente en mi cuenta lo que me debía, y aseguré que, una vez verificado que lo había hecho, le visitaría en cuanto regresara a Madrid. El truco funcionó. Le envié un correo electrónico desde la Intranet de Universal, agradeciéndole el ingreso; nada más. A buen entendedor, pocas palabras bastan, ¿no?

## **Fernanda, acollonada**

Al día siguiente, mientras redactaba mi enésimo informe para los progres simpáticos, se me ocurrió por primera vez la idea funesta.

¿Por qué no incluía en el envío especulaciones? Mi ego atrevido estaba intentando colarle un gol al YO prudente.

Si separaba ese texto de los otros, me atenía a lo pactado, y a la vez daba a los chicos del equipo una pista de hacia dónde encaminaba mis indagaciones más aventuradas.

La defensa intervino con contundencia y desbarató la jugada del ego atacante. Dejé madurar la idea un día más.

Llevé el puntero a la casilla de Enviar, y me deshice del material acumulado aquel día. No incluía ninguna conjetura.

Eran las cinco y pico. El calor apretaba. El aire acondicionado estaba casi al máximo. Levanté el auricular, y marqué el número de Fernanda, que llevaba horas zumbando como un moscardón en mi memoria.

Me invitó a cenar. Yo rehusé. No quería ir a aquella casa, a pesar de que Veremundo se encontraba en San Clemente. Le pedí que eligiera un sitio fresco, para encontrarnos a eso de las ocho. Nos citamos en una tetería de la plaza Mayor.

A la plaza Mayor de Monpedra le faltan dos lados, que se extienden hacia un parque pintoresco, plantado de sauces, eucaliptos y cercado de rododendros. De manera que no es plaza, aunque sea inmensa. Es un lugar para concentraciones de adhesión incondicional, para desfiles militares.

Jamás se hicieron, hasta que un día se juntaron

en uno de sus extremos grupos dispersos de utopistas recién desembarcados del continente, que se adherían sin condiciones a una petición de desmantelamiento de la isla penitenciaria, y acabaron desfilando detrás de una bandera republicana camino de Jauja.

En Ypébula se recordaba el hecho con irritada sorpresa, porque nadie creía que una pequeña banda de profetas bien alimentados se atrevería a invadir la isla para desafiar el bienestar de sus habitantes. Si no hubo incidentes, fue porque el desfile finalizó pronto en la cubierta de uno de los ferris fletados al efecto con subvenciones de varios ayuntamientos progresistas de la península. El ferri se llamaba Jauja.

Pues bien, en el extremo opuesto al que albergó aquella manifestación, se hallaba la Tetería Jaén, antaño lugar de referencia de las mejores costumbres censadas en Monpedra, y hoy un lugar algo destartalado, pero fresquito a base de ventiladores



suspendidos del techo. Una lluvia lanzada desde un aspersor, me salpicó la cara. Respiré hondo el aroma de hierba fresca y tierra regada que venía del parque, y me adentré en el establecimiento.

Descubrí a Fernanda en una mesa próxima a la entrada. Miraba un cuaderno escolar, en el que había algo escrito o dibujado. A su indumentaria impecable, ese día de naturaleza deportiva, había añadido un llamativo estrambote, un pañuelo de flores conteniendo su melena azabache de frasco. Además, exhibía la tersura de sus hombros, enmarcados por los límites de una camisa de organdí sin mangas.

Me pareció más hermosa que nunca. Tuve que despejar mi cabeza de perversos reproches: había bailado con ella en mi juventud, y no me había dado cuenta de su hermosura. Me acordaba de “la Mula”, pero no de la ocasión concreta de haber abrazado su cintura en el chalet de la Getru, con la voz melosa de

Gigiola Cincuetti emergiendo del picú.

–¿Por qué te has afeitado? –fueron sus primeras palabras–. Estabas más guapo con barba.

Pero su simpatía era forzada. En el saludo que siguió advertí su desconsuelo, y me entraron ganas de estrecharla entre mis brazos, pero temí entregarme a una cordialidad que podía volverse contra mí.

Se manifestó abatida por lo ocurrido durante la estancia de Shey y mía en Sinombre. Se alegró del embarazo de mi mujer, y me dio vagas referencias de sus hijos menores. Enseguida, y sin interrupción para cambiar de tema, me tendió el cuaderno escolar.

–Aquí hay algo que puede interesarte. Es de mi hija. Una página está garrapateada con un texto sin sentido, pero en el que aparecen tu nombre y apellido. No es la letra de Ángela, obviamente. Sospecho algo que me acojona.

Era la segunda vez que escuchaba a Fernanda decir un taco. Observé con atención la página indicada por ella, y enseguida comprendí por qué Fernanda estaba acojonada. Aquella pseudo letra era de “Venenín”.

–¿Dónde tenía este cuaderno Ángela? ¿En casa?

–Afortunadamente, no. Si hubiera sido así, al encontrarlo lo habría llevado directamente a la guardia civil. Ángela y Rubén tienen un escondite en un descampado. En realidad ya no lo usan, se han hecho mayores... Pero guardan todavía allí sus pequeños tesoros. El otro día estuvieron recogiendo material de su niñez. Ángela me empezó a enseñar dibujos y textos que escribía hace años, y al abrir este cuaderno se encontró con esta extravagante caligrafía. No sé cómo, mis ojos distinguieron tu nombre enseguida. Entonces sospeché lo que me acabas de confirmar, que es la letra, o lo que sea, de ese desgraciado

muchacho que se ha escapado del hospital.

Le pedí permiso para desatenderla mientras intentaba descifrar el mensaje de “Venenín”. Pero no podía componer más que palabras sueltas. Con un poco de imaginación, podría deducirse que intentaba transmitirme algo así como que él no había apuñalado al morito. Se lo dije a Fernanda.

—¿Entonces quién lo ha hecho?

—Yo no le daría ningún crédito a la palabra de ese demonio. Es una conjetura mía. Igual está diciendo lo contrario, que le mató porque se lo había buscado, e intenta jactarse ante mí, que sé de qué va la historia.

Informé a Fernanda de la carta que “Venenín” me había enviado a Madrid por medio del morito bromista, el mismo que había recibido la puñalada.

–¿Está muy lejos de aquí ese descampado? –  
resolví de pronto.

–No, si vamos en coche. Acompáñame y  
cogeremos el mío.

Salimos a la plaza y, a través del parque fresco  
y oloroso, nos dirigimos a su casa. Madres jóvenes  
vigilaban, con justificado descuido, las evoluciones de  
sus camadas entre los mirtos, porque Ypérbula era un  
oasis, a pesar de que “Venenín” anduviera suelto.

Yo llevaba el cuaderno abierto en las manos, y  
no paraba de dirigirle miradas subrepticias, como si  
hacerlo fuera algo deshonesto. Gracias a este método  
de mirar al azar, la caligrafía de “Venenín” volvió a  
revelarme algo. La palabra vivir junto a la palabra  
“Venenín”, ésta, prácticamente ilegible. “Venenín”  
vivía. ¿Dónde?

No, no era eso. Era “¡Viva “Venenín”!” Más

que una autoafirmación se trataba de un grito propagandístico, su afán de publicidad. Pero entonces, ¿por qué seguía escondido? Sabía que acabaría en las manos de la Justicia, así que cuanto antes se entregara, antes podría dar a conocer su hazaña. Por eso me invocaba a mí, su cronista oficial. Expulsé de mi mente a empujones la humillante idea de que el remate de treinta años de periodista anónimo era hacerme famoso como cronista de un pequeño y odioso criminal. ¿Me merecía yo aquello? Absurda pregunta. ¿Cuántos obtienen lo que merecen?

Durante el corto trayecto, Fernanda me explicó que en el escondite sus hijos conservaban ropa, agua y galletas, y que jugaban en él a los naufragos de la Isla del Tesoro.

A primera vista, parecía una choza construida con cañas de un cañaveral próximo. En realidad aquello era una especie de portal o patio de entrada a

una vieja edificación militar parecida a un búnker, aunque debía de ser otra cosa, porque se me hacía que construir un búnker en aquel paraje era una incongruencia.

Entramos con una linterna. Olía a humedad, pero no apestaba como esas cuevas empapadas de meadas y llenas de cagallones.

–No me he atrevido a volver aquí sin compañía.

–Pero ¿habías estado antes?

–Sí. Mis hijos están educados en la confianza a sus padres. No tenían razones para construirse un escondite secreto. Además, son prudentes, y saben que en algunas ruinas te puedes encontrar sorpresas: bichos venenosos o explosivos abandonados durante la guerra. Pidieron permiso para decorar el refugio.

–Pues esto está muy revuelto.

–Sí. Te aseguro que no se parece a lo que yo vi.  
Ese “Venenín” lo ha debido de desordenar todo.

Salí a la puerta para mirar de nuevo los enigmáticos testimonios de “Venenín” en el cuaderno.  
Se lo señalé a Fernanda.

–Son dos fechas, ¿te das cuenta?

–¿Una especie de diario?

–Quizá sí. Mira, corresponden al día de su huida y al siguiente.

–O sea que el chico estuvo aquí escondido dos días. Sobreviviendo con las provisiones almacenadas por Rubén y Ángela.

–Quizá más de dos días. ¿Sabes si la guardia civil registró este lugar?

–No tengo la certeza, pero imagino que sí. Han peinado la isla.



Volvimos al interior. Husmeamos por todos los rincones.

–Se marchó con otra ropa –dijo Fernanda tendiéndome unos pantalones vaqueros y una camisa de una talla pequeñísima, que había sacado de una caja de cartón.

Muy probablemente eran de “Venenín”.

–¿Qué hacemos? ¿Llevamos todo esto a la comandancia?

–¡No! –reaccionó con prontitud Fernanda–. Todavía, no.

–¿Por qué?

–Un palpito... ¿Sabes lo que es para mí la angustia? Una broma. Los últimos ocho meses de mi vida han sido un paseo por el infierno. La última experiencia fuerte es de juzgado de guardia.

–¿Qué quieres decir?

–Pepín...

–¿No está en Málaga o en Alicante?

–Está en Ypébula. Llegó hace diez días...

–¿En malas condiciones?

–No. Como siempre. Ingenuo, normal... Pero fue a ver a esa pécora... Yo me he encontrado después con ella. Estaba llena de moratones. No puedo creer que Pepín la haya maltratado. Pero...

Me pareció prudente hacerme el desinformado. Pero enseguida cambié de opinión. La verdad no admite las medias tintas.

–¿Tú conoces la relación que hay entre Veremundo y Pamela? –pregunté.

–¿Siguen siendo amantes?

–No. Algo diferente.

–Sí. Veremundo me confesó que era su tío. Me juró que lo ignoraba cuando... –se le quebró la voz– se lió con ella. Se enteró a través de su hermano, por casualidad, poco antes de que le matara ese estúpido delincuente.

–¿Quién?

Fernanda tomó aire y vaciló.

–”Venenín” –susurró por fin–. El mendigo que mató “Venenín” era el hermano de Veremundo.

Un resplandor de fragua teñía el poniente, por encima de las terrazas de las casas más altas de Monpedra, cuatro alturas, casi rascacielos. El sol se acostaba, llevándose la luz. Y yo me quedé mudo y a oscuras.

–¿No lo sabías?

–Me estás tomando el pelo, Fernanda.

Echamos a andar hacia el vehículo.

–No estoy de humor para hacer bromas. Pensaba que tu amigo te había revelado algo que nunca fue un secreto.

–Mi amigo no ha parado de distraerme con medias verdades, y de enchufarme trolas que yo me he ido tragando con la ingenuidad de tu hijo Pepín.

Nos metimos en el coche. Pero Fernanda no arrancó.

–No puedo entenderlo.

–Yo, menos –repliqué–. Me gustaría que me pusieras al corriente de esos detalles que, supongo, explican el secretismo con el que se llevó la instrucción. Imagino que Veremundo rogó al juez que fuera discreto.

–Sí.

De pronto, una ola de paz se impuso a mi agitación. Estaba llegando al final. Me quedaba poco camino hasta el Calvario donde la Verdad se había propuesto crucificarme. Con exquisita precaución, arranqué del cuaderno de Ángela la hoja con el mensaje cifrado de “Venenín”, y me la guardé en el bolsillo de la camisa.

–¿Te apetece contármelo? –la incité, pues se había quedado en silencio.

Fernanda asintió. El pañuelo de hierbas que llevaba en el pelo osciló, como si una mano lo hubiera soltado y estuviera despidiendo a alguien.

–Me refería a esa conducta de Veremundo hacia ti, sembrar tu camino de mentiras. No puedo entender por qué lo ha hecho.

Exactamente ese había sido el afán del viejo Mundóvich, sembrar mi senda hacia “Venenín” de mentiras.

–Domingo, el hermano de Veremundo, era su única familia. Llevaba una vida próspera y ordenada con su segunda mujer y sus dos hijos en Zaragoza. De pronto, los tres murieron en un escape de gas. Él no estaba en casa, por eso salvó la vida. Los encontró fríos ya en el suelo de la vivienda. Poco a poco, fue perdiendo la razón, hasta convertirse en un peligro para los vecinos. La guardia civil comunicó a mi marido el estado de su hermano y la necesidad de hospitalizarlo, y Veremundo se lo trajo a Ypérbula. Hará cosa de un año.

–¿Y la hija, Socorro?

–Vamos a seguir el curso de los hechos, si te parece. Domingo pasó tres meses en casa. Las

evidencias daban a entender que se había recuperado. No del todo, pero sí lo suficiente como para vivir por su cuenta. Alquilamos una vivienda para él, y le instalamos. Al principio, le veíamos todas las semanas, luego, de tarde en tarde. Veremundo llegó a buscarle una ocupación, que no un trabajo, porque el hombre no se podía concentrar en nada más allá de tres cuartos de hora.

–¿Qué había sido antes? Quiero decir que cómo se ganaba la vida.

–No lo sé muy bien. Creo que trabajaba como ejecutivo para una empresa sueca de maquinaria pesada. Era un manitas. Veremundo le puso a reparar motores de coches abandonados. Estaba a punto de comprar un pequeño taller mecánico que liquidaban por jubilación, para que Domingo se entretuviera. Pero de pronto, empezó a empeorar. Le recogimos por unas semanas, y no hacía más que escaparse y dormir

donde le entraba el sueño y le dejaban. Se hizo popular en Monpedra. Contaba historias fantásticas, a veces febriles, y siempre había alguien dispuesto a escucharle. Esto no es Madrid ni Barcelona, aquí la gente todavía se saluda por la calle. Al final, sólo nos preocupábamos de asearlo de vez en cuando.

La voz de Fernanda era pausada, de narrador austero, sin variaciones dramáticas del tono, sosteniendo la emoción.

—¿Y Socorro?

—A eso iba.

### **Morder el anzuelo**

A Fernanda le costaba trabajo entrar en ese capítulo. Tensaba la cara, frotaba con la punta de los dedos el salpicadero del coche, que no tenía una mota de polvo.



–Vámonos de aquí. Se está haciendo de noche –  
dije.

Fernanda arrancó y tomó la dirección opuesta a Monpedra. Se desvió en un ramal de la carretera, y en cosa de minutos estábamos colgados sobre el mar en un cantil. A lo lejos corría la línea de balizas, como un límite a la imaginación en la oscuridad. Nos apeamos y nos sentamos en un banco arraigado en el suelo de hormigón del mirador.

–Me acuerdo de que pelaba con su navaja una manzana. Era domingo. Quiero decir que aquel día era domingo, cuando mi cuñado Domingo soltó que acababa de encontrarse con su hija Socorro, pero que ella no le había reconocido. Luego empezó a tejer una historia que quizá había sacado de una novela gótica, porque leía mucho. Ni mis hijos ni yo le hicimos el menor caso. Pero algo me ensombreció el corazón de golpe. Yo miraba de reojo a Veremundo, buscando

una sonrisa cómplice y furtiva, pero le vi palidecer. En ese instante supe que me estaba engañando, y que se había engañado él tanto, que se había liado con su propia sobrina. Pero no lo creí. Era absurdo. Una probabilidad entre millones. Sin embargo, el rostro demudado de mi marido era el retrato súbito de un drama.

“Dejé pasar los días. La expresión de Veremundo no cambiaba. Su explicación es que estaba muy preocupado por su hermano. Eso fue todo, hasta la muerte de Domingo. Entonces, Veremundo se derrumbó como un pelele. Por unas horas temí que la demencia de su hermano fuera contagiosa y se la hubiera traspasado a él antes de irse al otro mundo. Por fin, habló. Mejor dicho, lloró. Yo me enteré de la vinculación de Socorro en el asunto por boca del juez de instrucción. El hombre pensaba que yo estaba al corriente, y me aseguró con voz confidencial que

mantendría a Socorro al margen del sumario. ‘¿Qué Socorro?’, pregunté yo. El juez carraspeó, y me contó ahora en un tono tan neutro que parecía procesal, que Veremundo, al parecer, mantenía relaciones con una mujer, que había empujado al muchacho a cargo de mi marido al crimen.

“Cuando pedí explicaciones a Veremundo, volvió a derrumbarse. Y cuando se recuperó, confesó que Socorro era su sobrina. Domingo había estado casado con la fallecida panadera madre de Socorro. Se había separado de ella cuando Socorro era una niña. Aquella mujer vino a parar a Ypébula, vaya usted a saber por qué. Domingo las perdió de vista. Aunque las sostuvo económicamente hasta que la mujer volvió a casarse. Apenas había visto Domingo a Socorro en muchos años, pero sí lo suficiente como para acordarse de ella. Cosa que no le pasaba a su hija, que había borrado la imagen del padre de su memoria.

Hasta que le encontró, hecho un pordiosero, a la puerta de su casa, hurgando en el motor de un coche abandonado. Reaccionó primero con incredulidad, luego, con rabia, pero a la vez no pudo resistir a la obligación de atender a un padre desahuciado. Le metió en una buhardilla. De esto, Veremundo se enteró tarde. Es lo que él asegura. Luego, está la historia de que Domingo quiso abusar de Socorro. No me la creo. No encaja con el carácter de Domingo. Así que yo creo que es una coartada inventada por la pécora.

–Pero ¿el juez sabe que Pamela es la hija de Domingo? –la interrumpí, encajando a toda prisa los nuevos datos de la historia, que ya había empezado a reescribir en mi cabeza.

–Ahora, sí. Al principio, no. Pamela reclamó la herencia que le correspondía, o sea, toda la herencia de su padre. Se destapó el secreto, pero el juez dio

carpetazo al asunto, después de echarle una bronca a la pécora y otra a mi marido. Lo importante era sofocar el escándalo. No por la reputación de Veremundo y de su familia, o sea, yo y mis hijos, sino por el buen nombre de Ypérbula. Aquí nunca pasa nada, pero cuando pasa, es un dramón. El día que algún plumilla sin escrúpulos muerda el cebo...

Como estaba oscuro no pude distinguir la expresión de sus ojos. Pero casi les vi brillar. Luego, sentí que me cogía del brazo. Me estaba pidiendo perdón por la parte de plumilla que me correspondía.

Sin embargo, no había de qué excusarse. Yo había mordido el anzuelo hacía tiempo, todos los anzuelos que Veremundo me había ido echando. Hasta ese momento, había reaccionado como un pez asustado, dando tirones. Pero ahora que una editorial importante me había hecho engordar, había adquirido fuerza. En el momento que me diera la gana, podía

recoger todos los sedales, tirar de ellos, y llevarme a los pescadores al agua. Los tenía en mis manos. A todos.

Fue un pensamiento fugaz, una tentación irresistible. Dominaba sin apelación mi ego temerario. Sin embargo, tomar una decisión me llevaría tiempo. ¿Qué decisión?

Fernanda demostró ser una de las mujeres más astutas que he conocido. En el viaje de vuelta a Monpedra, dejó caer:

–¿Qué vas a hacer con todo lo que sabes?

–De momento, guardármelo en la cabeza. Pero ahí no puede estar mucho tiempo esa carga explosiva. Puede estallar y destrozarme.

–Escríbelo.

–¿Cómo?

–Desahógate. Escríbelo. Y luego, piensas qué destino puedes darle a ese montón de basura.

En ese instante pasábamos por delante de una batería de contenedores para materia orgánica, vidrio, papel y plástico. Los dos nos quedamos mirando, fascinados por el espejismo, y el coche casi se empotra materialmente en una farola.

–No podré decidir nada hasta que aparezca “Venenín”...

Me quiso llevar hasta el Parador, pero me resistí por razones desconocidas, y me apeé del coche en la puerta de su casa. A la luz de las farolas, veía que su rostro estaba surcado de congoja.

Aturullados en la despedida, vinimos a darnos un leve beso en los labios. A mí, me supo bien. No sé a ella, jamás se lo pregunté.

De pronto, se plasmó en mi cabeza una incógnita, cuya resolución serviría para colocar una de las piezas sueltas en su sitio. ¿Por qué se escondió “Venenín” en ese refugio y no en otro? ¿Fue una casualidad? Me pareció una falta de delicadeza correr hacia Fernanda para hacerle esta pregunta.

Dejé la solución para el próximo capítulo.

### **El cementerio digital**

En mi paseo de vuelta al parador atravesé el barrio noble de Monpedra. Fachadas palaciegas falsas, incluida la del Parador, pues Ypébula nunca había tenido ni conde ni duque ni marqués. La inesperada prosperidad de la isla prisión se había traducido en inversiones inmobiliarias de comerciantes enriquecidos, pero sin pedigrí aristocrático. Quizá uno de ellos, en los años cincuenta, contrató a un



arquitecto de pasión herreriana, que construyó un palacete, y los demás imitaron al primero, dando lugar, sin proponérselo, a lo que hoy se conoce en las escuelas de Arquitectura como “variedad monpedrina”, una mezcla bastante compensada, la verdad, de estilo herreriano, colonial y desarrollista.

–¡Hombre de Dios! ¡Mi salvador! Pero sin barba.

Tronó una voz al otro lado de la calle desierta por la que transitaba en aquel instante. Era Kepa Arana, orondo, sonriente. No calzaba zapatos de rejilla sino *nikes* de *footing*, y vestía un chándal de la selección española.

–¿Qué haces en Ypébula?

–Completar mi historia de “Venénin”.

–¿Ese chico que se ha escapado?... Resulta raro

que no le hayan echado el guante todavía. Yo creo que es el único prófugo de esta isla que ha pasado una semana en la calle. Mi hijo dice que ahí hay algo raro.

—Eso creo yo. ¿Tu hijo sigue en el CREJOMU?

—No, está conmigo. Le han dado la condicional. Hemos alquilado un piso en la isla.

—¿Has encontrado trabajo?

—¿Yo? —noté que la pregunta le turbaba, y lamenté haberle puesto en ese compromiso—. No... Bueno, sí. Una especie de trabajo. Pero tengo ahorrado... Las rentas de los atracos de mi vida anterior... —Y soltó una carcajada.

Nos habíamos puesto a andar, yo en la dirección del Parador, y él, escoltándome por el lado de la pared. Por un instante, me vino a las narices un olor a pintura fresca. Al girar la cabeza hacia el muro,

descubrí una pintada. Estaba recién hecha, de ahí el aroma picante, que contrastaba con la humedad perfumada de la noche.

–¡Coño! ¡Lo acaban de hacer! ¡Qué cochinos! –  
atronó Arana.

–Qué cochinos, no. Qué temerarios –le corregí.  
Pues la inscripción rezaba:

*BASTA DE CARCELES EN YPERBULA*

–Como les trinquen, les parten la cara –  
continué–. Me recuerda mi época clandestina, cuando la organización universitaria del partido nos encargaba decorar las paredes de Madrid. A mí me tocó una vez en Tirso de Molina, y tuve que dejar la libertad a medias. Salió un tendero dando gritos porque estábamos ensuciando la pared de su negocio... Supongo que tú también habrás hecho pintadas en tu tierra.

–¿En Euskadi? Se nos acabaron las paredes. Teníamos que repintar, como en los palimpsestos.

Me sorprendió (agradablemente) que Arana se sacara del caletre aquella palabra. Era una imagen bonita. Y muy acertada para las Vascongadas.

–Sí. Eso me parece a mí, que muchas consignas suenan a palimpsestos. Ahora, ésta no. ¿Quién coño en Ypébula estará en contra de su prosperidad? ¿Los okupas esos que salen en la tele local?

–Igual... Bueno, *agur* y *gabón*.

–Buenas noches.

Entré en mi habitación aturdido por la zarabanda de sensaciones que pugnaban en mi cabeza. Descolgué el teléfono, llamé a casa y me libré de ellas. No sé si Shey las recogió y las guardó, o simplemente las dejó caer al suelo y las dejó pudrirse

sobre el parquet. Me permitió hablar de corrido casi media hora. Uno de mis argumentos fue esgrimir ante el auricular la hoja garrapateada por “Venenín” en el cuaderno de Ángela, como si Shey pudiera verla.

Luego de confirmarme que el pequeñín progresaba adecuadamente en su vientre, me envió un besito y me ordenó dormir.

Nunca había sentido yo el poder magnético de Shey con tanta fuerza. Caí en la cama como un fardo. Me desperté, a las cinco y media, en la misma posición. Pero ya no pude seguir durmiendo.

Me levanté. Me duché. Bajé a tomarme un café, y me sumergí en el embrujo del ordenador portátil hasta que, pasadas las diez, llamó la limpiadora a la puerta.

Cuando me senté ante el teclado, mi mente era un mar de dudas deontológicas. Cuatro horas después,

todo, las dudas, las noticias sorprendentes, las evidencias, yacían en el cementerio digital de la memoria ROM. Al rompecabezas sólo le faltaba una pieza, “Venenín”. Todas las demás habían encajado en su sitio.

Salí para que la mucama realizara su trabajo y, al volver al mío, hice revivir del cementerio digital mis palabras, asombrándome de la naturaleza rocambolesca de aquella historia.

Un delincuente juvenil chiflado y peligroso interviene sin saberlo en los azares sentimentales del director de la prisión, se ve mezclado en un incesto de baja intensidad, toma al hermano loco de su carcelero por un pirata rico, lo mata con ingenuidad de Peter Pan, vuelve a la celda, y finalmente se escapa y se esconde con éxito en una isla cuyas madrigueras están todas censadas.

Este era el resumen de mi cuento.

Dediqué el resto de la mañana a distribuir por temas los acontecimientos. Tema uno, “Venenín”. Tema dos, Veremundo y Pamela. Tema tres, Veremundo, Pamela y “Venenín”.

Me tomé ese trabajo en consideración a las instrucciones de Flores, evitar desviarme por las líneas de fuga. Pero es que aquí no había ninguna línea de fuga, aquí todas las líneas confluían... en “Venenín”.

Aplacé el envío para volver a repasar el texto con alguna frialdad más tarde. No había desayunado, y tenía hambre de lobo. Me eché a la calle, compré una coca de sardina en una panadería, y deambulé zamando y sin dirección determinada por la fachada marítima de Monpedra. La recorrí tres veces: de norte a sur, de sur a norte, de norte a sur y, a mitad de la

cuarta etapa, vi que estaba a punto de atracar el ferri de la península, precisamente el bautizado Jauja. Dejé que mis pasos me llevaran al muelle, con la idea de entretenerme mirando el desembarque del pasaje. Evoqué mis veranos en Santa Pola, cuando mi abuelo me llevaba a la lonja del pescado a última hora de la tarde, para comprar morralla a los pescadores que volvían de faenar.

—¡Hombre de Dios! —esta vez no era la voz tenora del vascongado. Era Veremundo, que abandonaba la pasarela y me lanzaba su saludo—. ¡Has vuelto! ¡Y rasurado! Pareces el chaval de la Getru.

Me abrazó, lleno de agradecimiento.

—A terminar de una vez con el maldito “Venenín” —le repliqué.

—¿Ya le han encontrado?



–Temo que no. Y mientras eso no suceda, seguiré clavado a esta isla que tan afectuosamente odio.

–¡Eres único! –exclamó con desenfado. Luego puso una voz afectuosa–. Te estoy muy agradecido. De verdad. Por lo de Pepín. Por todo.

–Nada, hombre. Deberes generacionales. No sé si te he dicho que voy a ser padre.

–¡Hombre de Dios! ¡Esto hay que celebrarlo ahora mismo!

Me cogió del brazo y me metió a empujones en un bar del puertecito, uno de esos inevitables cuchitriles asquerosos que hay en todos los muelles del mundo y que vuelven locos a los intelectuales decadentes.

–¿Sabes a quien me he encontrado en San

Clemente? –soltó después de escuchar impertérrito mi bronca por su enésimo embuste–. A Fermín Flores. ¿Te acuerdas? Mi teniente de la mili. El tipo ese que hablaba con el juez en el funeral de Poli?... ¡Ese!

El escalofrío que recorrió mi cuerpo, al menos sirvió para refrescarme del espantoso calor que hacía en el chigre, cuyo techo era de uralita. ¿Qué coño hacía Fermín Flores en San Clemente?

–Al parecer tiene casa allí. De su mujer. Fíjate qué casualidad. Estuvimos hablando de Ypébula. El tío sabe un huevo de “Venenín”. Seguro que ha leído tu libro. Me dijo que se dedica a la publicidad...

De pronto se quedó colgado, como si su cerebro contuviera un *software* de Microsoft atascado en un *loop* y esperara que alguien le reseteara. No me atreví a mover un dedo. Temía una catástrofe. Un apagón general, una pérdida total de la memoria almacenada. Cualquier horror.

–¿Por qué te contaba yo todo esto...?

Mi cuerpo se puso rígido por la tensión. Si alguien me hubiera pinchado con un puñal, habría rebotado.

–¡Ah! Es que ese tío no sólo fue mi teniente durante la mili. También lo fue de Kepa Arana. ¿No sabías que hicimos la mili juntos?

–No –dije con cierta sequedad.

–Era un tipo majo, el capitán Flores. Muy leído. Un poco facha, pero muy leído. Le caímos bien, Kepa y yo. Le conté que le había dado un sartenazo. Flores se rió con ganas. Pobre Kepa.

–Sigue por aquí. Ayer me encontré con él.

–Sí. Se ha hecho cargo de su hijo... –se me quedó mirando, como si viera en mí algo sorprendente, por ejemplo, que me estaba creciendo la

tripa—. ¡Hombre de Dios!... ¿A qué no sabes de dónde me viene esa expresión?

—De la mili —dije sin pensarlo.

—¡Joder! Eres más despabilado de lo que creía.

De pronto, pagó, me estrechó la mano, nos deseó venturas y satisfacciones a Shey y a mí, y salió zumbando. Yo me escurrí detrás de él, sudando a chorros.

—Llámame antes de irte, y cenamos los tres.  
¿Vale?

—Vale.

Con las cañas y las tapitas, se me había pasado el hambre de lobo.

## **Arenas movedizas**

A pesar de todo, el primer bocado me despertó el apetito.

Al subir a la habitación, me quedé mirando el portátil, sobre cuya tapa parecía flotar la hoja escrita por “Venenín”, y de súbito me entró un cansancio insoportable.

Encendí la televisión. Empezaba un partido apasionante del Mundial de Suecia: Burkina Fasso contra Sri Lanka. Me tendí sobre la cama de cara a la pantalla.

Al despertar me enteré de que se había clasificado Burkina Fasso, que sería la próxima rival de España. Las perspectivas nacionales eran inigualables: jamás España había estado en tan buena situación para pasar a unas semifinales. “Los rojiazules se van a merendar a los negros”, dio rienda

suelta un locutor a su facundia, indiferente a la presión de todas las oenegés contra el racismo del planeta.

Me refresqué y empecé a dar vueltas por la habitación, que era espaciosa, como un león enjaulado. Iba colocando y descolocando las sillas. Tomaba un florero y lo cambiaba de sitio. Me paraba, hojeaba una revista turística. La dejaba en su sitio, y eso que no tenía sitio. Me acercaba a la ventana, separaba el visillo, miraba hacia la calle.

Me di cuenta de que estaba danzando en torno al ídolo. El ordenador. Invocando a algún genio que me orientara, que se materializara en la habitación, me diera la mano y me acompañara como se hace con un niño perdido.

No es que me sintiera solo, es que estaba solo. Más que la una, y eso que eran las diecinueve treinta y cinco.

Todos los auxilios me habían sido retirados. En Veremundo no podía confiar. Cejudo se había encerrado en la torre inexpugnable de sus deberes profesionales. Pamela me daba miedo. A Kepa Arana no le tenía simpatía. Poli había muerto.

Sin embargo, yo tenía que tomar una decisión. Enviar mi última tanda de apuntes y reflexiones, un verdadero esquema del nuevo libro, o no.

Entonces pensé en “la Mula”. No en Fernanda. En “la Mula”. Si la miraba como la antigua pareja indeseada de baile, la tía callo que todos los jóvenes de la Getru rehuíamos hasta que nos sentíamos más avergonzados que acorralados... Si hablaba con “la Mula”, me sentiría acompañado. Sería, una vez más, el último recurso ante la soledad.

Era una idea abominable. Pero me sacó del marasmo. En las películas, el chico se salva

agarrándose a un clavo ardiendo cuando están a punto de tragárselo las arenas movedizas.

Y la llamé, sin cortarme un pelo ante la idea de que descolgara el teléfono su marido.

Fernanda no estaba. Rubén cogió el recado con escrupulosa atención. Tanta, que sonaba forzada, penosa. No sé, algo así.

Me marché sin ningún propósito determinado, enfurecido conmigo mismo. Se me había ocurrido una solución a todas luces inaceptable, y me había fallado, como se merecía mi flaca voluntad.

Al llegar a la recepción sentí que debía ocupar mi mente en algo para no terminar abrumado por la depresión. Tuve la idea de distraerme haciendo fotos. Volví a la habitación a por la cámara, y en ese instante sonó el teléfono.



La verdad me asestaba una nueva cuchillada.

–¿Me has llamado, no? –preguntó Fernanda.

En su voz noté que algo había empeorado en relación al día anterior.

–Sí. No era nada. Soy un tío egoísta y sin amor propio... Es que estoy hecho un lío. He estado escribiendo, ordenando, todo lo que me contaste ayer. Y ahora no sé qué hacer. Si lo envío a Madrid, tu familia se verá afectada. Si me lo guardo, no hay historia hasta que no aparezca el maldito “Venenín”. Quería preguntarte esto, ¿qué hago? Pero sé que es una pregunta infame.

–Hagas lo que hagas, el destino no se detendrá.

La voz de Fernanda no tenía el menor timbre melodramático. Eso es lo que la hacía tan terrible.

–¿Ha pasado algo?

–¡Seguro que ha pasado algo! ¡Todo está pasando! ¿Has visto a Veremundo?

–Esta mañana. Parecía muy contento con su nuevo trabajo en San Clemente.

–Ese Veremundo es el que he visto yo también esta mañana. Pero de pronto se ha transformado. El que acabo de dejar en la calle ahora mismo es un cadáver.

–¿Y no sabes por qué?

–No –le salió un “nop” de teleserie anglosajona.

–¿Ha visto a Pamela o a Pepín? –la interrogué, presintiendo la respuesta.

–A los dos... ¿Qué está pasando...? ¿Qué está pasándome?

Ahora sí que emergía desde el fondo de su alma la desolación.

–¿Dónde está Veremundo ahora?

–Me ha dicho que iba a encontrarse otra vez con ellos. ¡Con mi hijo y con la pécora! ¿Se han vuelto locos los tres?

–¿Quieres que vaya a tu casa?

–No. No quiero que te mezcles en este asunto. Quiero que seas sólo un periodista, un cronista de este sin sentido que es mi vida en estos momentos. Sólo eso. Mantente al margen, por favor.

No era tan fácil para mi esquizofrenia. Si me mantenía al margen, echaba a perder la oportunidad que Universal me había ofrecido. Si actuaba como cronista, destapaba el esqueleto nauseabundo que la familia Veremundo-Fernanda ocultaba en el armario.

Entonces me acordé del enigma del refugio de los hijos de Fernanda. Tenía que haberle preguntado si

era o no una coincidencia que “Venenín” se hubiera refugiado allí tras su huida del hospital. Tendría que aplazar la respuesta un capítulo más.

Me acerqué al portátil, retiré la hoja manuscrita por “Venenín” que seguía flotando sobre él. Lo encendí, lo conecté a la red, adjunté el archivo de mi trabajo de ese día a un breve mensaje para Universal, y cuando estaba a punto de enviarlo, desactivé el correo y me puse a repasar el informe. Eliminé de él la relación y el parentesco de Veremundo y Pamela. Volví a adjuntar el archivo retocado, y lo envié.

Veremundo se convertía en aquella historia en un personaje muy secundario, con una mención ambigua a su vinculación familiar con el mendigo muerto. Pamela fue a parar a la papelera de reciclaje.

Me sentí como un león que salta fuera de la jaula.

## **Trabajo de artificiero**

Al regresar de mi safari fotográfico por los arrabales de Monpedra, me abordó un mozo del Parador, se aseguró de que yo era yo, y me entregó un papelito con unas palabras mecanografiadas: “Llámeme a este teléfono, sin falta. F. Flores.” El número debía corresponder a su móvil privado. Mi valor de mercado se incrementaba cada hora.

–Necesito una valoración desapasionada de todo este asunto –escuché su voz, que emanaba una autoridad distante pero incuestionable.

–¿Se refiere a la última nota que he enviado?

–Sí. Y hasta qué punto está incrustado “Venenín” en la familia de su antiguo compañero de estudios.

–Yo nunca he escrito en mis informes que

Veremundo y yo fuéramos compañeros de estudios.

–Pero yo lo sé.

La molesta sensación que provocaron estas palabras se debió más al tono en que fueron pronunciadas que a lo que revelaban. Una vez, cuando era yo estudiante, me detuvo la policía y me llevó a la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol. El interrogatorio al que me sometieron dos sociales me hizo ver que estaban dando palos de ciego, y me sentí superior a ellos. Pero la afirmación que Flores acababa de hacer, en absoluto amenazadora, era de alguien a quien debía temer porque sabía mucho.

–Entiendo sus recelos –salió él al paso–. Pero para la editorial es decisivo conocer todo lo posible estas conexiones, estas implicaciones. Lo último que queremos es una demanda por difamación.

–Si me deja una dirección electrónica personal,

le enviaré el original sin enmiendas de ayer. Veremundo era hermano del mendigo muerto. Y la muchacha vinculada a esa muerte, hija del mendigo, amante de Veremundo y sobrina suya. Lo eliminé del informe al equipo porque en esencia no tiene nada que ver con “Venenín”, y por respeto a la mujer de Veremundo. El libro puede escribirse sin que aparezca toda esta mierda...

Flores emitió un silbido que la línea telefónica transformó en suspiro de asmático.

—Ésta se ha vuelto una historia envenenada. Y es una pena, porque esa mezcla de adulterio, incesto y delincuencia juvenil es garantía de superventas.

—Le aseguro que “Venenín” no tiene nada que ver con las veleidades eróticas de Veremundo. Es una concatenación de azares, de mala suerte. Parecido a los dramas de Esquilo.

–Por eso. Si a los dramas griegos se les quita la fuerza ciega de la fatalidad, se convierten en verborrea. Nos comeríamos la edición.

–Su inquietud es razonable. Pero yo creo que podré encontrar una línea de compromiso que mantenga el interés hasta la última página.

–Eso espero. Dos cosas. Una: en cuanto tenga usted la menor noticia de “Venenín”, me lo comunica a este teléfono. Aunque sean las tres de la madrugada. Y dos: no puedo ser muy explícito en estos momentos, pero el asunto “Venenín” se ha convertido en una bomba de efecto retardado. Me refiero a algo que no está directamente relacionado con su amigo Veremundo. Depende de usted que se desactive o que explote bajo control.

–Nunca se me había ocurrido que acabaría siendo artificiero, señor Flores.



–Yo lo fui. En un regimiento de artillería. Aprendí a desmontar bombas sin explotar. Una me dejó algo cojo, pero procuro que no se me note. ¡Qué tenga usted suerte, hijo! Y envíeme ese archivo completo a esta dirección... –me la dictó.

Me había llamado hijo uno de los peces más gordos de la industria editorial española. Mi amor propio volvió a arraigarse en tierra firme.

Pasé la mañana del día siguiente haciendo visitas protocolarias, de las que no saqué ningún indicio sobre el paradero de “Venenín”. Por la tarde, telefoneé a Fernanda para conocer la deriva de aquella familia singular. Me aseguró que Veremundo parecía más calmado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Luego, busqué a Cejudo. Como se me había

disparado la moral, pensé que a lo mejor encontraba argumentos para desatar su silencio reglamentario.

Cejudo estaba de servicio en la otra punta de la isla. Volvería tarde. Me contenté con dejarle un recado.

En la puerta del Parador se me hizo el encontradizo Kepa Arana, esta vez con su uniforme de mochuelo y sus zapatos de rejilla.

–¿Cómo llevas el libro?

–El libro no lo llevo yo –respondí, irritado por su descarada curiosidad–. Me limito a recopilar. Trabajo de campo. ¿Y a ti? ¿Te queda mucho capital de los atracos?

–Me gano la vida de carcelero virtual... –dijo en un tono poco humorístico–. Soy monitor de un piso

de acogida para delincuentes en libertad vigilada. Mi hijo es uno de ellos.

–¡Anda! ¿Y la NASA?

–La NASA ya no me necesita...

Ahora sí que estaba de broma, me malicié.

–Y tanto... Eres uno de los granos en su culo...

–¡Qué equivocado estás! –no le interrumpí, dispuesto a enterarme de mi error–. La comuna de Extremadura recibía fondos de una institución yanqui subvencionada en secreto por la NASA...

–No me jodas...

–Eso es lo que dicen casi todos al enterarse. Un vasco a sueldo de los americanos jode mucho, pero en realidad, yo no he jodido a nadie. Esos grupos son inofensivos, aunque a veces se incorpora un tipo

peligroso. Mi obligación era ficharlo y pasar la información.

–Entonces, ¿el viaje de esa sonda *Tycho* de *Brahe* a Titán te importaba un rábano?

–Nada de eso. Me interesa mucho. Está a punto de llegar. En la cárcel empleaba mi tiempo en estudiar astronomía. Los familiares de los presos vascos me regalaron un telescopio que me permitían usar, vigilado por un guardián también aficionado a la astronomía. ¿Recuerdas que en el barco iba leyendo un libro?

–Sí. Lo tomé por un tomo de las obras completas de Sabino Arana.

–Es un libro de astronomía para aficionados. Divulgación. En euskera.

–¿Y lo has vendido bien? –pregunté con

curiosidad de colega, viajeros ambos de carreteras secundarias en el mapa de la distribución editorial.

–No tengo ni idea. Pero me ha permitido vivir un tiempo sin otra cosa que hacer que mirar las estrellas. El editor y yo llegamos a un acuerdo. Un libro de astronomía en euskera es un tesoro cultural. El gobierno vasco es muy generoso.

–¿Otra subvención?

Arana asintió sin el menor empacho. De inmediato cambió el gesto.

–Verás. Venía a buscarte, porque quiero salir de dudas. La otra noche, cuando nos encontramos, yo estaba siguiendo a un chaval del piso. El autor de la pintada. Y al toparme contigo, como sé que estás reuniendo documentación sobre “Venenín”, me quedé con una duda. Aunque te parezca una gilipollez, quiero salir de ella. Te quiero hacer una pregunta, y

me gustaría que me la respondieras con sinceridad.  
¿Vale?

Antes de que se disparara en mi mente la máquina de las especulaciones, le urgí a que preguntara.

–¿Tú tienes algo que ver con esas pintadas?

–La respuesta es no, y no lo digo a gritos porque empezaría a mirarnos la gente. Y ahora espero que me cuentes por qué coño se te ha ocurrido pensar que yo ando por ahí ensuciando las paredes con consignas provocativas.

–Porque apareciste en un momento inoportuno. Y porque tú tienes intereses en el sistema penitenciario de Ypébula.

–¡Vete a mamar, Kepa! De dónde sacas tú que yo tengo acciones en las empresas que gestionan las cárceles.

–Me refería a lo contrario.

–Pues ni una cosa ni otra, macho –aspiré varios hectólitros de aire para contener mi indignación–. Pero se conoce que alguien sí tiene intereses en la historia. –Lo dije pensando en el aviso ambiguo de Flores–. ¿Tienes idea de quién?

–No. Sólo sé que mi hijo me contó que uno de los chavales del piso había salido por la noche sin permiso. El otro día le seguí y le sorprendí pintando. Iba a cogerle por los huevos cuando apareciste tú. Entonces, me pregunté si estarían relacionadas las dos cosas. Perdona. Un chaval en libertad condicional no se la juega por pura rabia al sistema. Alguien le incita y le paga. Supongo que bien.

–¿Por qué no se lo preguntamos? –salté, cogiendo una idea por los pelos.

–Porque no dirá nada.

Me puse de acuerdo con él en un plan.

### **Extrañas coincidencias**

El piso de acogida se encontraba en las afueras de Monpedra, en un barrio desprovisto de atractivos y de amenidades. Al portal se entraba desde un descampado polvoriento. Estrictamente hablando, el CREJOMU era un hotel de cinco estrellas comparado con aquellas condiciones de libertad vigilada. El diseñador del programa de acogida debía pensar que todas las casas tienen por definición piscina y jardín; imaginé que sería uno de esos funcionarios capaces de emocionar a una audiencia internacional en un congreso, pero que jamás ha pisado una residencia de acogida.

El muchacho acudió al comedor reclamado por Arana. Me presentó sin más como el señor García.



Le saludé con una sonrisa y un cálido apretón de manos.

–Quiero agradecerte el trabajo que estás haciendo. Sé que te juegas la condicional. Pero algún valiente tiene que hacerlo.

El chico, un tipo alto y espigado con una seria desviación de columna, me dejó hablar sin mover un músculo. Pero de pronto, empezó a hacer visajes.

–Tranquilo, Richi –le calmó Arana–. Sé que estás haciendo pintadas. Me lo tenías que haber dicho. Menos mal que te seguí la otra noche. Si no, el señor García no habría sabido a quién buscar. Quiere darte instrucciones nuevas.

–Traigo nuevas consignas. Están en este sobre. También hay una pequeña recompensa, un anticipo, ¿vale?

El muchacho meneaba los hombros como si se fuera a descoyuntar. Cogió el sobre y se lo guardó.

–Ahora, me gustaría que hicieras una cosa – dije, y le tendí mi móvil–. Quiero que llames por teléfono a tu contacto, y le cuentes lo que te acabo de pedir. De esa manera, comprobarás que no te estoy engañando. Soy de los tuyos, Richi.

El muchacho obedeció como un corderito. Preguntó por un tal López, pero no pudo hablar con él porque no estaba. Suspiré aliviado, porque de haberlo encontrado y descubierto la trampa, el chico podía haber estampado el teléfono contra el suelo y no habríamos podido saber dónde demonios había llamado.

–Bueno. Pues, nada. Cuando le veas se lo dices, Richi. Muchas gracias, valiente –y le golpeé con el puño en el pecho sin demasiada convicción.

El chico se retiró. Miramos el número grabado. Arana lo reconoció como la centralita del CREJOMU. Era un empleado del sistema penitenciario. A Arana no le sonaba ningún López.

–Mira que si el chaval nos la ha dado con queso  
–dije yo.

–Lo dudo. Ese tío es un tarugo. En esta isla no puede haber otro más tonto que él. Por eso le han debido de elegir.

Pregunté a Arana si podía cenar conmigo, y aceptó. Al salir al descampado, la luz del crepúsculo perdía poco a poco su pulso con la noche. Entonces me di cuenta de una coincidencia insólita. Aquel descampado abierto al horizonte árido de Ypébula, sembrado de matorrales y de bolsas de plástico errantes, era el mismo en el que se hallaba el refugio de los hijos de Fernanda.

–¿Qué es eso? –pregunté a Kepa.

–No sé, un búnker, creo. A mis chavales les gusta esconderse allí de vez en cuando a fumar un porrete.

–Un escondite perfecto... –aventuré.

–Hombre, no diría yo eso. Salta a la vista desde donde quiera que lo mires.

–Quizá por eso es perfecto, porque todo el mundo sabe que está allí.

–Es una manera de pensar...

Entonces emergió la incógnita que me turbó el día anterior y que no había podido (o deseado) preguntar a Fernanda. ¿No sería ese el lugar en el que “Venenín” había peleado con el Mendigo, el hermano de Veremundo, y donde Domingo había muerto? ¿Lo sabía Fernanda? Me inclinaba a pensar que no, porque

de haber sido así, habría prohibido expresa y rigurosamente a sus hijos acudir al búnker maldito. Y habían vuelto, pues Ángela había encontrado allí su cuaderno garrapateado por “Veneníñ”.

–¿Te importa si echamos una ojeada –sugerí.

–Se ha ido el sol. No tenemos luz... Espera, subo a por una linterna.

En un minuto, Arana estaba de vuelta con una linterna de camping.

–¿No te suena esto a película mala de miedo? Cuando el protagonista escoge la peor circunstancia para él en su búsqueda del fantasma. Siempre se meten en la madriguera de noche, nunca de día – ironizó Kepa.

## **La verdad, primer asalto**

No era la hora de los aparecidos. Una luz rojiza todavía manchaba el cielo. La atmósfera de la isla no transmitía tensión, sino calma. El miedo a la noche estaba acurrucado en el alma de los inicuos. Kepa y yo éramos dos hombres sin nada oscuro que tapar, sin temores, sin aprensiones.

Pero al agachar la cabeza bajo el toldo de caña que protegía la entrada del extraño búnker, algo ominoso cuajó y empezó a devorarme las entrañas. Me tentó la idea de retroceder. Si sacaba la cabeza del túnel de cañizo, volvería a sentir la serenidad, el perfume ligero de la noche estival. ¿Por qué no lo hice? Porque intuí que la verdad estaba a punto de estallarme por fin en las narices, y no merecía la pena retrasar más el encuentro.

Cuanto más me acercaba al umbral del búnker,

más intenso se hacía el olor a podredumbre. No era una metáfora. Era putrefacción hedionda.

La linterna de Kepa iluminó el espinazo de un animal blancuzco yaciente, un perro grande quizá, en medio del suelo de tierra. Me quedé rígido, como si temiera que la bestia muerta fuera a saltar sobre mí. Kepa dio una zancada sobre el cadáver, se puso al otro lado y le iluminó. Me pareció que Kepa ahogaba una suerte de gemido. De pronto, giró el cadáver con el pie. El foco de la linterna me hirió en la cara durante un segundo. Mis ojos volvieron a acostumbrarse a la semioscuridad, y cuando los fijé en el animal bañado por la luz de la linterna no pude controlar un salto instintivo hacia atrás.

Aquel animal era “Venenín”. Era su cadáver, con signos evidentes de descomposición, tiznado todo él por una inexplicable capa de polvillo blanco.

Estaba rígido, y en su rostro había una mueca de dolor, aunque quizá fuera la mandíbula desprendida por el golpe de la muerte.

—¿Por qué huele tan mal? —me salió al fin la palabra.

Salí al exterior y respiré a fondo, lejos de la peste.

—Porque a los muertos se les suelta la tripa y la vejiga, y este chico no ha tenido quien le amortaje.

—Pero, ¿cómo ha llegado aquí? Alguien le ha traído. Ayer aquí no había nadie.

—¿Habías estado?

—Sí —me pareció que no tenía objeto disimular—. Con la mujer de Veremundo. Me quería enseñar algo.

—¿Qué? —Saltó Arana.



–El lugar donde había estado oculto “Venenín”.  
Había dejado huellas.

–¿Qué huellas?

–No tengo ni idea, Kepa. Y no quiero saberlo.  
Ahora mismo me largo al Parador. Yo no he estado  
aquí.

–Pues yo, menos.

Caminamos en silencio hasta la casa y en el  
mismo portal nos separamos.

–Recuérdalo. He salido solo de tu casa, y me he  
largado al Parador. ¿Vale?

–Vale... Pero... Esto es horrible...

Me dirigí a la zona de bares aneja al  
embarcadero. Necesitaba zambullirme en un mar de  
gente sin problemas. Cuando me tranquilicé, llamé a

Flores desde el móvil que él mismo me había proporcionado en Madrid. No sé si era la segunda o la tercera vez que lo usaba. Le resumí el hallazgo, y mi reacción de no querer saber nada.

–Has hecho bien, hijo. Esto huele mal.

–No lo sabe usted bien. Era un cadáver putrefacto y tizado de cenizas blancas.

–¿Quemado?

–No lo sé. No quise mirar mucho.

–Conviene que la autoridad lo sepa. Haz una llamada anónima desde un teléfono público. Algo así. Lo dejo en tus manos.

Mis manos podían sostener pocas cosas frágiles, porque estaban temblando.

Entonces pensé en Cejudo. Y por efecto de la

magia en la que creen los niños, debido a un milagro o simplemente porque pasaba por allí, se presentó en carne y hueso ante mí, y no como la figura evanescente de Obi Wan Kenobi ante Luke Skywalker.

Venía acompañado de su mujer. Debió de leer tanto pánico en mi rostro, que se desembrizó de ella, la sentó en un velador y se me acercó.

Con una economía de medios digna de suelto de agencia, le di cuenta de la noticia. Y también de mi deseo desesperado de mantenerme al margen. Le supliqué que se inventara algo, que había recibido la información de un confidente protegido.

–Algo de eso que tenéis los guardias civiles guardado en la taquilla de la comandancia...

–Tranquilízate. Si puedo evitarte el mal trago, lo haré.

Se dirigió a su mujer, y en cosa de segundos desaparecieron los dos entre la pequeña multitud del paseo marítimo.

Entonces caí en la cuenta de que no le había dicho nada de las pintadas. Pero, ¡qué narices importaba que alguien quisiera perjudicar a Ypébula si el cuerpo corrompido de un niño yacía en una cueva!

Importa. Ya lo creo que importa, me dije. Pero estaba agotado, y no podía seguir conectando aleatoriamente acontecimientos. Ya estaba bien.

### **Conspiración de silencio**

Eso es lo que me pareció que se había impuesto sobre la muerte de “Venenín”. Y no podía quejarme ni responsabilizar a nadie.

Al día siguiente estaba tan cansado, que no pude levantarme de la cama hasta las diez. De hecho, me despertó Shey, a quien no había telefoneado al regresar al parador la noche anterior, incapaz de volver a explicar el terrible hallazgo. Yo me encontraba sin fuerzas y sin una pizca de habilidad narrativa. Aproveché el evidente atontamiento en el que me encontró, y no le transmití las espeluznantes novedades.

Ella, con ánimo de despabilarme, desgranó en tonos cantarines su programa de aquel día. Acudir a la peluquería para depilarse las piernas. Dar un paseo por las tiendas premamá, porque se le empezaba a notar la tripita. Comer con Jutta, que se encontraba en Madrid. Ir a una exposición de Chagall. Cenar. Acostarse. Dormir. Estaba cansadísima. Sólo tenía ganas de dormir.

–Si no tuviera cita en la peluquería, me volvía a

meter en la cama. ¿Cuándo vuelves, cariño?

–Mañana o pasado. Aquí ya no hay nada que hacer.

–¿Ha aparecido ya ese descastado?

–Si me dejas ducharme y hacer unas gestiones, te daré algún detalle. ¿Llevas el móvil?

–Sí. Un besito...

Se lo devolví, reconfortado con su despreocupación.

Después de desayunarme unos huevos fritos con beicon y café solo muy fuerte, según tradición literaria de los detectives vapuleados, llamé a Arana. Le confesé que le había revelado a Cejudo el hallazgo.

–¿Le has dicho algo de mí?

–No. Pero si me pregunta, no tendré más

remedio. No sé mentir, y mucho menos a un teniente de la guardia civil.

En Recepción pedí el diario, imaginando que no traería nada, porque los periódicos cierran muy temprano en estos tiempos. Sólo en las películas un asesinato cometido de madrugada aparece en primera página al día siguiente.

Tampoco la radio había hecho la menor mención.

–Sin novedad en Ypérbula –fue el parte del recepcionista.

De inmediato suspiró, como si deseara que se hundiera el cielo en aquel momento, sólo por vivir una experiencia diferente.

Llamé a Shey, y le hice un resumen de los últimos acontecimientos.

–*That's nasty* –comentaba cada vez que yo hacía una pausa.

Me dio ánimos torpemente. Colgó. Y al cabo de unos minutos de recuperación, me llamó para darme ánimos con auténtica energía.

Por la tarde, me telefoneó Flores.

–Creo que puedes volver, hijo.

Era la primera vez que me tuteaba. Me hice dos preguntas: ¿Me estaba convirtiendo en un hijo suyo? Y ¿me convenía eso?

Le dije que tomaría el avión del jueves por la noche. Estábamos a martes. Pensé que debía permanecer un día más en Ypébula por si Cejudo me necesitaba. No lo deseaba en absoluto. Pero... Pero tuve que admitir que lo estaba deseando. No me iría de allí sin que Cejudo me contara qué coño había



pasado con “Venenín”.

Al día siguiente seguía sin haber noticias públicas de “Venenín”, y encima me encontré con que habían suspendido el vuelo del jueves. Dispuesto a permanecer un día más, y sin poder contener mi curiosidad, fui a buscar a Cejudo a la Comandancia.

–¿Ya has leído a Malraux? –me preguntó, sin la menor expresión de complicidad, con una sonrisa estándar.

–No estoy yo para aventuras en la China. Me muero por saber qué está pasando aquí.

–¡Eso no vale! Si uno se queda al margen, está al margen.

–Ya. Pero es que parece que “Venenín” haya ascendido misteriosamente al Limbo. Una cosa es mantenerse al margen, y otra olvidar un cadáver

embadurnado de blanco. Al menos me podías filtrar el resultado de la autopsia.

Cejudo adoptó su expresión de guardia durante unos segundos, y al final volvió a sacar a relucir su sonrisa de erudito literario.

–Esta tarde, te iré a ver. A última hora, ¿vale?

–De acuerdo.

–Aprovecha para leer a Malraux. Te gustará. Un maestro de la conspiración...

Intenté hacerlo, pero no pasé de la página tres de “La Condición Humana”. No pude soportar las vacilaciones de aquel comunista chino, trastornado por el asesinato que se dispone a cometer. Malraux salpica su relato con un vívido borboteo de emociones e imágenes dignas de un homicida. Admiré su capacidad para ponerse en la piel del protagonista, y

aparté la novela de mi vista, porque todo lo relacionado con la muerte me agobiaba.

Llegó la noche, y Cejudo no apareció. Supuse que me lo merecía. Sin embargo, me telefoneó disculpándose. ¿Qué tal el viernes, en el aeropuerto? Vendría a despedirse. Me resigné.

Podía permanecer inactivo o permanecer en la oscuridad. Pero las dos cosas a las vez, no las soportaba. Descartado Malraux y sus chinos despiadados, sólo me quedaba una solución, Fernanda.

Pensé que me podía auto invitar a comer al día siguiente, jueves. Llamé por teléfono. El timbre no llegó a sonar ni una sola vez.

La voz de Fernanda no era tan crispada como estaba acostumbrado a escuchar en los últimos días.

–Llamaba para despedirme. Me marchó pasado mañana...

Le di unos instantes para que escogiera ella si me invitaba a su casa o se citaba conmigo.

–Ya has acabado tu trabajo, ¿verdad? –me preguntó en un tono que daba a entender mucho más de lo enunciado.

–Sí –intenté que el mío fuera neutro.

–Sabes que ha aparecido el cadáver de ese pobre chico, ¿verdad?

No tenía sentido fingir sorpresa. Decidí darme por enterado, sin ofrecer detalles.

–Bueno... sí.

Era obvio que “Venenín” se había transformado en materia reservada para un selecto grupo de

personas. Me sentía importante en aquel círculo.

–Me gustaría despedirme personalmente –dijo al fin–. No sé si podré hacerlo. Veremundo... no está... muy católico.

–Lo siento...

–Haremos una cosa. Te llamaré mañana al móvil. Quizá tenga un día bueno. Ayer y hoy no le han dejado en paz con la historia del cadáver.

–Dile que me siento muy aliviado por el fin de la historia.

No era verdad. Estaba sobre ascuas. Pero era la excusa más cortés que me vino a la boca.

–En cuanto vuelva se lo diré. Ha ido a ver a Socorro.

–¿Socorro? –exclamé sin poder ahogar mi sorpresa.

–Sí. Tienen que zanjar de una vez ese asunto del padre de Socorro y hermano de Veremundo. La herencia y todo eso. Parece que las cosas se han encarrilado.

–Me alegro.

Me dirigí en busca de consuelo al paseo marítimo una vez más. Estaba poco concurrido, porque transmitían por televisión la semifinal del Mundial. Yo no tenía ni idea de si España se había clasificado. También me importaba un carajo. Fui caminando hasta uno de los extremos y me quedé mirando el mar.

Rielaba sobre él la luna, colgada de su techo de estrellas como un melón abierto.

Después de pasar un rato abstraído, con la cabeza levantada hacia la oscuridad tachonada, bajé la mirada al suelo, donde con el rabillo del ojo había

observado una chispa, quizá el guiño de una estrella juguetona en un cristal abandonado.

Era la hebilla de una sandalia, calzada por un pie, que reflejaba la luz de una farola. A su lado se colocó otro pie. Luego, a la altura del tobillo, venía una falda de algodón con franjas de colores. Luego, una cintura elástica. Luego, un suéter muy ajustado a unos voluminosos pechos. Y por fin, la cara demudada de Pamela. No, demudada, no. Con un ojo a la virulé. Sus brazos desnudos estaban llenos de arañazos.

### **En el vórtice del huracán**

–¡Me quiso violar! –fue su gemido ronco. E insistió en un registro más agudo–. ¡Me quiso violar!

Se levantó la falda y a la luz acaramelada de la

farola me enseñó sus muslos salpicados de manchas que parecían moraduras.

–Tienes que creerme. Tienes que creerme y sacarme de aquí.

De un salto se colgó de mi cuello. Sus siguientes palabras fueron un susurro, pero sonaron directamente sobre mi oreja, y me transmitieron la crudeza de su desesperación.

–Sácame de aquí, por favor. Sácame de esta isla. No soy una asesina. No quise matarlo.

Por un instante, su abrazo se hizo más estrecho. Luego, se distendió. Pero Pamela no me soltaba. Su cuerpo impregnaba el mío de emociones horribles, que suscitaban en mí una instintiva repugnancia.

Por fin logré apartarla.

–¿Has visto lo que me hizo?



Y volvió a levantarse el arco iris de la falda.

Se la bajé de un manotazo. Mi cabeza se resistía a albergar la noticia de que aquella mujer había matado a Veremundo por querer violarla. No podía fiarme de una persona que ya me había mentido una vez. No obstante, su alteración no parecía fingida. Quizá había discutido con Veremundo, la pelea había degenerado en agresión y Veremundo había recibido un golpe que le había tumbado sin conocimiento.

—Sólo te tengo a ti. Sólo a ti...

Su mirada era de desconsuelo, pero también de enajenación. Quizá estaba intoxicada. Probé un argumento lógico, para juzgar su estado mental.

—¿Por qué crees que yo soy tu último recurso?

—Porque estás en el vértice del huracán.

Si me hubiera atribuido la fortaleza de Hércules

o la versatilidad del Hombre Araña, me habría sorprendido menos.

–¿El vértice? –murmuré, quebrada mi voz por la perplejidad.

Mi duda pareció irritarla.

–¡El vértice! ¡La punta! ¡El centro! Estás metido hasta aquí –y se señaló la garganta–. Sólo tú puedes salvarme.

Aquello era algo más que una corrección semántica innecesaria, porque un huracán tiene vórtice, pero no vértice. Aquello era un disparate. Pamela había perdido el juicio. Sin embargo, esa convicción suya de que yo estaba en el centro de un ciclón me provocaba escalofríos, porque era bastante cierto.

–Tranquilízate, por favor.

Me decidí a pasar un brazo sobre sus hombros desnudos. Ella se descargó en mí. La conduje a un banco y nos sentamos. Se abrazó a mi torso. Pegó su cara a la mía. Por un instante temí que empezara a besarme. Me equivoqué. Sólo se arrebujaba como una niña, utilizándome como protección.

–Necesito que me ayudes –dijo al fin, en un tono menos crispado.

Yo aproveché para darle a entender, con pequeños tirones y empujones, que era mejor hablarnos cara a cara.

–¿Por qué yo? ¿Por qué no Pepín?

–¡Ese idiota no tiene sangre en sus venas! – exclamó en un tono de desprecio que creaba un paréntesis en su tribulación.

Hice otra prueba.

–¿Por qué no Veremundo?

Meneó la cabeza de un modo difícil de interpretar. Y enseguida volvió a cogerse a mí.

Una imagen ridícula se apoderó de mi conciencia. Me vi en aquella incómoda postura (o quién sabe si en otras aún más molestas) horas y horas, sentado en aquel banco de piedra del paseo marítimo, esperando a que el sol quizá devolviera algo de juicio a Pamela.

Era urgente salir de aquella trampa. Pensé con toda la rapidez que me permitía el atropellamiento de mis ideas. Es decir, me confundí todavía más. A las dudas que habían suscitado las primeras afirmaciones de Pamela, se añadía el desasosiego que se estaba apoderando de mí, atrapado en los brazos de una mujer con unos atractivos que cada vez me costaba más trabajo ignorar.

Miré la raja de melón de la luna. Pero en lugar de inspirarme soluciones, su frío cinismo me incitaba a aprovechar la oportunidad.

Me desembaracé con delicadeza de Pamela, me puse en pie y me alejé un paso del banco. Ella me atrapó de una mano e iniciamos un tórrido tira y afloja, Pamela atrayéndome hacia el banco, con una sonrisa cada instante menos ambigua, y yo, queriéndomela llevar hacia algún lugar concurrido y refrescante. Tenía una fuerza que yo no imaginaba. Si la levanté, fue más por perseverancia que por superioridad física. Satisfecho por mi victoria, la dejé elegir el camino. Se dirigió hacia la parte del paseo donde había algunas personas. Me sentí libre de un peso. El ángel había derrotado al demonio.

De pronto se detuvo. Extrajo de un bolsillo de la falda unas llaves, y abrió un coche aparcado a dos pasos.

La pregunta acudió a mis labios como un acertijo.

–¿Qué le ha pasado a Veremundo?

–¿A Veremundo? –dijo entornando los ojos, como si yo hubiera evocado un asunto aburrido y desfasado hacía siglos.

–Sí. ¿Dónde está?

–En su casa, imagino.

–¿Entonces?

–¡Me duele el cuerpo de deseo! –soltó con un desgarró erótico estremecedor–. Él me ha rechazado. Te necesito... Vamos a mi casa... Te lo suplico.

Hice un esfuerzo sobrehumano por no perder el frágil amarre que me ataba todavía al sentido común. Aquella mujer no me estaba seduciendo, simplemente

me pedía que la satisficiera. Era una solicitud natural. Biológica. Apetecible. Pero inoportuna. Indeseable. Me imaginé en brazos de Pamela, su boca devorándome sin que yo pudiera oponerme, sometido a ella por una fuerza atávica, como una víctima sacrificial en el lecho-altar de la Diosa, al principio de los tiempos.

–Entonces, ¿quién te ha querido violar? ¿A quién has matado?

Clavó los ojos en mí con expresión de pasmo.

–¡A “Venenín”! ¿A quién iba a ser?

Me estaba llamando idiota con la mirada. Quizá lo era.

–Pero si yo le vi... muerto...

–Ya lo sé. Me lo ha contado Veremundo, aunque la guardia civil dice que fue un agente que

inspeccionaba escondites quien lo descubrió.

–¿Dónde?

La pregunta me salió desde un lugar oscuro.

–No sé, en una cueva. Pero yo sé que Veremundo no miente, que fuiste tú. ¿Verdad?

–¿Estás segura de que te encuentras bien?

Eché el torso hacia atrás, como cuando se hace un desplante, y afirmó con un grito:

–¡Yo maté a ese hijo de puta, porque me quería violar!

Esta vez sólo hizo el ademán de mostrar las evidencias, no llegó a levantarse la falda. Lo eché de menos. Quizá fue eso lo que más me cabreó.

–No sé de qué me estás hablando... Quiero que te metas en ese coche, te largues ¡y me dejes en paz!



Arranqué a andar a zancadas hacia el Parador, cuya torre iluminada destacaba a lo lejos sobre un perfil geométrico de pequeños edificios apiñados a su alrededor.

La imagen de Pamela levantándose su falda arco iris se me quedó colgada en la memoria, borrando las que conservaba de la sesión fotográfica, bastante más incitantes con diferencia, pero sin pizca de dramatismo, posturas ante una cámara.

Fue una mala noche.

### **El juego de la reputación**

Me desperté con una moderada pero insistente jaqueca.

Dejé que pasara la mañana, pero no disminuyó.

Sabía cual era el único alivio. Tenía que enfrentarme a la causa del dolor. Al gran enigma. Distinguir los disparates de las verdades en el discurso de Pamela de la noche anterior.

Después de comer, me eché la siesta. Me desperté todavía peor.

Irritado, descolgué el teléfono y llamé a casa de Veremundo y Fernanda. Me daba igual quién se pusiera. Iba a decirle que no me marcharía de Ypérbula sin que alguien me aclarara un montón de cosas.

—¡Hola! —escuché la voz de Fernanda, relajada y hasta cariñosa—. Te esperamos esta tarde, a merendar. Veremundo tiene que acostarse temprano, por eso no te invitamos a cenar. No tardará en llegar al hotel para recogerte.

Fue igual que si me hubiera tomado una caja de “Nolotil”.

No había pasado media hora, cuando me llamaron de Recepción informándome de la visita de Veremundo.

Al contrario que Fernanda, Veremundo estaba torpe e inseguro. Su propio aspecto físico evidenciaba su deterioro interior. Era innegable que algo grave le había ocurrido desde que volvió a Ypébula. No se parecía nada al tipo despreocupado con quien me había tropezado en el embarcadero días atrás.

–Fernanda quiere despedirse de ti –me comunicó con aire protocolario.

Salimos a la calle y nos envolvió el bochorno que se había apropiado de la isla.

–¿Tú no tienes nada que decirme?

–Un montón de cosas, hombre de Dios. Pero me siento incapaz. Este no es el momento.

Había intentado recobrar algo de su vitalidad. Falló tan estrepitosamente, que no volvió a probarlo.

–Verás, Veremundo... –arrugué el entrecejo. Por unos instantes temí que se reprodujera la jaqueca—. Aquí todo el mundo parece tener derecho a derrumbarse, a mentir, a cachondearse de los demás, menos yo. Yo tengo que sacar la verdad a la luz, comprenderla, escribir un libro sobre ella, y hacer todo eso bien. Me estoy jugando mi reputación y mi sueldo. ¿Sabes?

–Yo me estoy jugando mi familia.

–Perdóname la descortesía, pero a mí me has dado la impresión de que hay cosas que te importan más que tu familia.

–No tienes...

–¿Derecho? No. No tengo derecho. Perdóname.

Estoy simplemente cabreado.

–No tienes por qué recordármelo... Pero derecho, sí que tienes. Me he portado mal también contigo.

Una vez más, me había desarmado. Reconocer su superioridad psicológica era una forma de escapar del dolor de cabeza.

–Es que no has parado de contarme embustes, hombre de Dios –tomé prestada su muletilla–. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué mientes?

–No lo sé. No me doy cuenta.

Observé que balbuceaba al hablar.

–¿Estás empastillado, verdad?

–Sí. Mis alucinaciones se han agravado.

–Lo siento. Pero, yo no quiero irme de aquí sin

saber qué coño ha pasado con “Venenín”.

–No puedo. Te juro que no puedo decirte nada. Si lo hago caeré desvanecido, o muerto.... Luego... Más adelante, cuando me recupere.

–¿Tendré que ir a visitarte a San Clemente?

–Quizá. No sé qué va a ser de mí. Si no fuera por Fernanda...

Sí, a los tíos como tú siempre les salva una Fernanda, pensé. Quizá debería haberlo expresado, pero me pareció un desahogo cruel, a pesar de que Veremundo se lo merecía.

Al pasar por delante de una sucursal bancaria, me llamó la atención una inscripción pintada en la pared.

*BIBA LA REPUBBL*

¡Era el lema que yo le había entregado al chico del piso de acogida del CREJOMU, junto con unos billetes! Se lo había tomado en serio. Pero debían de haberle sorprendido antes de acabar el encargo.

–¡Idiota ignorante! –exclamó Veremundo, ofendido por las faltas de ortografía y por la falta de delicadeza del pintor, pues la pared que había ensuciado estaba al lado de su casa.

–Analfabeto funcional, quizá lo sea. Pero obediente y eficaz es un montón.

Veremundo encogió los hombros en un gesto despectivo.

–Sí. El chico que ha hecho la pintada ha sido un interno tuyo hasta hace nada. Ahora está en el piso de Arana. Él mismo le descubrió la otra noche. Yo le tendí una trampa para averiguar quién le pagaba. Le hice creer que habían cambiado las instrucciones, y le

di esas palabras escritas en un papel. No pensé que fuera a hacerme caso. Es un tipo eficaz.

–¿Y descubriste quien le manda? –preguntó Veremundo con interés.

–No. Sólo que es alguien del CREJOMU. Un tal López. Te convendría averiguarlo.

–No hace falta. ¿Y si te dijera que soy yo?

–¿Tú? ¿Por qué?

–Para desprestigiar a Ypérbula. Para que saquen de aquí las cárceles y las distribuyan por la península.

–¡Pero eso sería la ruina de Ypérbula! –dije con ingenuidad.

–¡Y eso qué importa!

–¿Estás hablando en serio o es una de tus trolas?



–No soy yo quien está detrás. Pero sé quién es ese López. Sirve a ciertos peces gordos de la Administración Penitenciaria. Son tan hijos de puta, que la ruina de unos miles de familias les importa un carajo. Lo mejor de todo es que la campaña de desprestigio tiene el éxito garantizado: toda la progresía española se subirá al carro de la eliminación de la monstruosa isla carcelaria.

–¿Quieres decir que alguien está utilizando a todo el mundo sin dar a conocer sus propósitos?

–O sus intereses. Imagínate si hay pasta en juego: compra de terrenos, empresas constructoras y suministradoras...

Un puño de hierro estrujó mi corazón.

–¿Podría ser yo uno de sus instrumentos?

–No tengo ni idea, hombre de Dios. Cuando

estabas escribiendo el primer libro, creí que sí.

—¿A ti te parece que Flores...?

No tuve fuerzas para acabar la pregunta. Me asfixiaba la angustia.

—Lo ignoro. Pero no hay que descartarlo.

### **Merienda bajo el olivo**

Fernanda había enviado a todos sus hijos, incluido Pepín, fuera de casa con diferentes excusas. Preparó una merienda-cena copiosa y succulenta. Veremundo se abstuvo de beber alcohol, debido a su tratamiento. Pero Fernanda y yo dimos rienda suelta a una necesidad de expansión que nos apremiaba a cada uno por una causa diferente. No nos emborrachamos, pero nos faltó el canto de un duro.

Estábamos en el patio interior de la vivienda, a la sombra de su elevada tapia, bajo el enorme olivo que alegraba el jardín. Del exterior no entraba ni un rumor. La tranquilidad en Monpedra aquella tarde era absoluta, y habría resultado inquietante de no ser por la alegría que el vino nos metía en el cuerpo.

–¿Así que no sabías que Veremundo encontró el cuerpo de ese delincuente juvenil? –preguntó Fernanda.

–A “Venenín” le encontré yo! –confesé con energía, defendiendo un derecho al que había renunciado cobardemente ante Cejudo. El vino nos hace a todos valientes.

–Ya lo sé –admitió Fernanda, para mi estupor–. Pero Veremundo había encontrado antes el cuerpo congelado de “Venenín”, como le llamáis, en un arcón frigorífico en casa de Socorro.

–¡Coño! –se me escapó una risa tonta–. ¿Y qué hacía allí, refrescarse?

–¡No seas bestia! Se le había muerto a Socorro en los brazos.

–¡Esa chica es una tía insaciable!

Esta vez aguanté la risa y Fernanda fingió no haberme oído.

–El muchacho estuvo oculto un par de días en el refugio que conoces. Debía de estar rumiando su desesperación. Se presentó en casa de Pamela, porque la conocía. Allí vivía su padre Domingo, el supuesto mendigo al que atendía el chico para redimir sus penas. Fue un experimento de Veremundo. Supongo que lo sabes.

Asentí. Estaba absorto en las palabras de Fernanda, aunque de reojo veía a Veremundo

entretenido con un pequeño aparato de televisión. De vez en cuando dirigía hacia él el mando a distancia y cambiaba de canal de un modo o aleatorio o caprichoso.

–Según Socorro el chico se puso violento con ella. La acusó de ser la instigadora de su desgracia, de haberle engañado... Cosas así.

–¿Cosas así? –pregunté, desconcertado por la expresión.

–A mí me parecen excusas. Ese pobre infeliz era un caso de libro de deficiencia mental. Dudo que se diera cuenta de que le estaban tomando el pelo. Lo que realmente pasó sólo lo sabe esa pécora.

–Pero ¿"Venenín" la atacó?

–Es verosímil. Quizá ella le provocó. O no. El muchacho tenía dieciséis años, casi diecisiete. Pudo

excitarse. Un minusválido psíquico no tiene porqué ser un minusválido sexual. Me figuro que la asaltó. Las magulladuras de Socorro se las hizo el chico, lo ha comprobado un forense. Yo me asusté al verla, un par de días después, porque Pepín se había dirigido a su casa enfurecido por la relación de la pécora con Veremundo. No pude retenerle, pero jamás imaginé que podía maltratarla. No lo hizo, pero yo creí que sí. Volvió hecho un manojito de nervios.

—¿Qué pasó?

—Pepín llegó a casa de Socorro cuando el chico acababa de expirar.

—Entonces, Pamela le mató.

—Según la autopsia, murió de una parada cardiorrespiratoria. El corazón le reventó. Una enfermedad congénita. Debió de ser la lucha entre Socorro y él.

–Pero, ¿cómo acabó “Venenín” en el arcón frigorífico?

Se me estaban pasando los efectos del alcohol.

–Fue una decisión demencial. De ella o de Pepín. O de los dos. Creyeron que el chico había muerto a manos de Socorro. No supieron qué hacer. No se atrevieron a confesar la historia a la policía. El arcón lo habían retirado de la panadería de Socorro porque funcionaba mal. Estaba en el sótano de la casa, que es una especie de almacén. Allí encontró Veremundo al cadáver cuando volvió del Continente. Y entonces se le ocurrió la idea más estrambótica.

–Meterlo en un saco de harina y transportarlo al refugio.

–¿Cómo sabes lo del saco?

–Porque “Venenín” estaba cubierto de una

especie de polvo o escarcha blanca.

–Te llevarías un buen susto.

–La falta de costumbre. Uno no se encuentra un cadáver todas las semanas.

El alcohol ya no estimulaba mi sentido macabro del humor. Era indignación. La sospecha de que Flores podía estar utilizándome con un propósito inconfesable me volvía mordaz.

–Socorro, Pepín y Veremundo están libres de cargos.

–Me gustaría saber –dije, sin intención de obtener ninguna explicación de Fernanda–, si la policía y el juzgado están en el ajo de la conspiración.

–¿Qué quieres decir?

–Exactamente lo contrario de lo que he dicho.



Discúlpame, Fernanda, el vino enreda las lenguas. Según Veremundo –seguía absorto en la pantalla– un grupo de presión quiere borrar Ypébula del mapa carcelario español y construir prisiones en otros lados. Esperan sacar beneficios de la cadena de inversiones y de gastos. Según este presupuesto, tapar la muerte de “Venénín” y sus circunstancias va en la dirección contraria.

–Pero ese chico murió por accidente. La autopsia no admite otra interpretación. La guardia civil conoce todos los detalles, su asalto a Socorro, las circunstancias de su muerte, incluso saben quién halló el cuerpo del muchacho en...

–Porque se lo dije yo, no te fastidia.

–Por lo que sea. El truco ha sido no transcribir los detalles en el atestado. El juez oficialmente sólo sabe que un guardia de servicio descubrió el cadáver la otra noche. Y punto.

–No se hable más –confirmé.

Volví a llenar la copa de un exquisito Cabernet-Sauvignon de Extremadura, dispuesto ahora a emborracharme de verdad.

### **Final histórica**

De súbito, escuchamos una especie de alarido, y nos giramos de golpe hacia Veremundo.

Había subido al máximo el volumen de la televisión. La pantalla era un mar de rayas, entre las que emergían dos imágenes que en un primer vistazo parecían la misma: un locutor o locutora en un decorado de Informativo. En realidad eran dos personas en dos decorados diferentes. Una parecía la chica de un telediario nacional. La otra imagen era un tipo joven con una chaqueta que le venía grande. La

voz de este último se imponía sobre la otra en un ritmo cíclico, como de ondas. Se diría que era un combate hertziano.

“La sonda *Tycho* de *Brahe*”, decía el varón, “entró en la órbita de Titán anoche a...”. Aquí se impuso la voz de la locutora, quebrada e ininteligible, para desvanecerse ante la del tipo:– “...se mantuvo en ese periplo unas horas y...” Chasquidos, zumbidos, rayas. “... antes de chocar contra la superficie pudo enviar todavía unas imágenes de la superficie de Titán, en las que...” Más interferencias. “... las calles de una ciudad de características parecidas a las de una de las de nuestro planeta... medieval”.

En ese instante aparecieron en la pantalla unas fotografías doblemente borrosas, porque se suponía que las había enviado la sonda *Tycho* de *Brahe* segundos antes de estrellarse contra la superficie ¡habitada! de Titán, y porque sufrían la deformación de la interferencia.

“Deseamos que los habitantes de este planeta Tierra conozcan la verdad que... y las mentiras y manipulaciones de los medios de comunicación... por la globalización de las multinacionales...”

La interferencia se interrumpió de golpe, y en la pantalla del televisor apareció con claridad un conejito sonriente por la duración inagotable de sus pilas.

El rostro de Veremundo era una mueca de espanto.

—¡Ellos la han matado!

Fernanda y yo nos miramos con la misma pregunta en la cabeza, sin atrevernos a formularla. ¿Por qué decía “la”? ¿Estaba Veremundo acusando a Pamela y a Pepín del asesinato de “Venenín”?

—¡Había vida inteligente! ¡Ellos la han matado!  
Yo lo sabía. Siempre lo he sabido.

Los ojos de Veremundo pasaban de Fernanda a mí desencajados, sanguinolentos.

–¡En Titán hay vida! ¡Había vida! ¡Yo conocí al príncipe de Titán! ¡Yo luché codo con codo con la Confederación Intergaláctica contra las invasiones de Piscis!

Fernanda dio un paso hacia él, y yo la contuve tomándola de un brazo.

–Sufre una alucinación –susurró–. Anoche estuvimos viendo un episodio de la Guerra de las Galaxias.

–No habla de esa guerra. Tu marido se anticipó a Lucas. ¿Nunca te contado lo que hizo el Príncipe de Titán para ligar con una prima suya?

–No –dijo Fernanda, luchando consigo misma.

Yo la había soltado, y estaba vuelta hacia mí e

inclinada hacia Veremundo, cuya retórica era cada momento más delirante.

–El tipo ese que ha explicado lo de la sonda *Tycho* de *Brahe* me suena. No sé si es un compañero mío de Bilbao –dije.

–Es un chico de la Cooperativa Radical de Radiodifusión.

Caí en la cuenta.

–¡Coño los okupas!

–Era una interferencia. Debe de haber sido una broma.

–Pues Veremundo se lo ha tomado en serio.

Fue escuchar la mención de su nombre y colocarse en pie de un salto. Se puso a bramar cosas ininteligibles, a patalear. Sólo se le entendía algo así

como “¡Esto es el fin! ¡Esto es el fin!”

Le di la razón en silencio. Estábamos llegando al final. La verdad se había revelado casi por completo. Pero el desenlace se le había ido de la mano al guionista. Me encontraba viviendo en el interior imposible de una telecomedia.

Al cabo de un rato, Veremundo se calmó.

–Necesito retirarme. Voy a descansar.

Y sin despedirse ni de Fernanda ni de mí, se metió en la casa.

Pasados unos minutos Fernanda dijo:

–Voy a ver cómo está.

Desapareció. Y todavía no habían pasado treinta segundos, cuando irrumpió en el patio con el terror pintado en la cara.

–No está! ¡Se ha marchado!

–¿Dónde?

–Se ha llevado el coche. Puede que esté en la casa de campo –conjeturó Fernanda.

–¿No tienes otro coche?

–Se lo llevó Veremundo al Continente y no lo ha traído.

–Llamaremos a un taxi.

Lo hicimos. Pero no contestaba nadie.

Descartados los vecinos y la autoridad armada por no armar un escándalo, nos quedaban pocas posibilidades. Mejor dicho, una.

Telefoneé a Arana, rezando para que se encontrara en el piso.



–¡Dígame! –chilló de muy mal humor.

En dos palabras le conté la situación y le pregunte si tenía coche.

–¡Pero cómo voy a tener coche en una isla!  
¡Para qué coño necesito yo un coche!

–Tenemos que buscar a Veremundo. Es capaz de hacer una locura.

–A lo mejor la broma de esos chavales resulta cierta –dijo Aranda de un modo enigmático–. ¿No sabéis que esta noche España juega por primera vez en la historia la final de un Mundial de Fútbol? Por eso esos gamberros han interferido la emisión. Sabían que todo el mundo estaba pendiente de la tele. Me acabáis de joder el partido. Voy para allá. Un amigo de la mili es un amigo de la mili. ¡Me cago en la leche! ¡Una final histórica!

En menos de diez minutos llamaba a la puerta. Tras él, aparcado en la acera, había un coche en marcha.

–¿De dónde lo has sacado, Kepa?

–Le he pedido a un chaval que me hiciera un puente. No le ha costado ni un minuto. Tiene unos dedos de oro.

–¿Es un coche robado?

–De eso nada. Lo volveremos a dejar donde estaba aparcado. Es un préstamo para una emergencia.

Abordamos el vehículo, del cual no recuerdo más que tenía el motor mal ajustado y metía un ruido espantoso, que en el asiento de atrás había una bolsa de supermercado con comida para gatos enlatada, y en el suelo una cámara de bicicleta y una bomba neumática.

Salimos disparados hacia la casa de campo. A medio camino, el alcohol hizo su efecto y vomité toda la merienda cena. Aproveché la bolsa con las latas, que quedaron revueltas entre mis jugos gástricos. Arana detuvo el coche. Salí para que me diera el fresco. Arrojé sin contemplaciones la bolsa y su contenido heteróclito a la cuneta. Miré a mi alrededor, sin saber muy bien lo que estaba haciendo en aquél páramo oscuro. Y volví al interior del coche incautado.

Como tenía radio, Arana iba escuchando el partido. El volumen estaba a toda pastilla, para imponerse al retumbar del motor. Fernanda, en el puesto de copiloto, le daba a gritos instrucciones precisas sobre el itinerario, que Arana obedecía automáticamente.

De pronto alguien, no sé quién, metió un gol. España, desde luego. Arana soltó el volante y empezó a dar alaridos.

En unos segundos el cielo de la isla se llenó de chispazos, y pronto lo cruzaron multitud de cohetes, hasta se iluminó con palmeras de fuego artificial. Una sucesión de explosiones llegó hasta nosotros, atenuadas por la distancia.

En la casa no había nadie. Pero el coche se encontraba en la explanada. Tomamos cada uno una dirección y nos desplegamos. El trozo de melón lunero emitía la luz suficiente como para no tropezar en una piedra ni caerse en una zanja. Kepa había dejado la radio del coche a tope para no perderse el partido. El escenario de la búsqueda del chiflado Veremundo era una perfecta chifladura.

Kepa le encontró. Nos llamó a voces. Veremundo se había subido a una vieja torre de vigilancia desmochada, próxima a la costa, y observaba el cielo con unos binoculares.

Fernanda, Kepa y yo nos reunimos al pie de la torrecilla y le llamamos. Pareció no sorprenderse.

–¡Se están vengando! ¡Van a arrasar esta isla!

–Querrás decir la Tierra entera. A ver por qué coño la vamos a tener que pagar nosotros primero que nadie, si el cohete lo lanzó la NASA –dijo Arana con convicción, retomando su viejo papel subversivo, imagino que para reducir a Veremundo.

En ese instante España debió de marcar otro gol, a juzgar por los berridos confusos que nos llegaban del coche. Luego me dijeron que fue Kiko, pero no hice mucho caso. Debió de ser Raúl.

De nuevo el cielo se llenó de luminarias y volvieron a sonar las explosiones.

–¡Lo veis! ¡Se están vengando!

–¡Es el Mundial, Veremundo! –gritó Fernanda

sin que su explicación causara el menor efecto saludable en su marido.

–¡Claro! ¡Es una venganza mundial! –aseguró con voz firme. Pero al seguir hablando se le quebró–: Vosotros no os lo merecéis. Sólo yo, que os he traicionado a todos, que os he engañado. Soy un cabronazo. Soy un picha floja–. De nuevo recuperó la firmeza de la voz –¡Soy el Príncipe de Titán!

Y de un salto, se plantó en el suelo. No sé si fue mala suerte, la poca elasticidad de la edad o el cojo destino, el caso es que se lastimó un tobillo, y tuvimos que llevarle entre Kepa y yo a la sillita de la reina hasta el coche.

### *“Delenda est Yperbula”*

Veremundo tuvo la fortuna de caer en manos de

un traumatólogo que odiaba el fútbol. Si hubiera estado de guardia un forfofo, igual se había quedado cojo para el resto de sus días.

Me despedí de Fernanda y de Kepa en la puerta de Urgencias.

–Es la segunda vez que venimos aquí, tú y yo – dijo el vasco–. Espero que no haya una tercera, porque significará que te ha tocado a ti.

–Si vas por Madrid, llámame. Y si has traducido tu manual de astrología para vascos, me firmas una copia.

–¡De astronomía, cabronazo! –me corrigió.

Nos abrazamos como viejos colegas. A lo mejor, en los días que yo pasé encerrado en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, él estaba en otra celda.

Fernanda me acompañó un trecho por la calle.

–Yo creo que algunos de los cardenales de la pécora se los hizo mi hijo.

La presunción salió de su pecho con un sonido ronco.

–¿Por qué lo crees?

–Porque se pelearon, y Socorro le reveló que era sobrina carnal de Veremundo, para fastidiarle. Pocas veces reacciona Pepín con violencia, pero alguna, sí. No sé si le soltó la bofetada que le amarató el ojo o le apretó los brazos hasta producirle cardenales. Aunque él se llevó lo suyo. Socorro es una nadadora de primera, y tiene una fuerza tremenda en las extremidades. Entonces, “Venenín” aprovechó para escaparse.

–¿Pero no estaba ya muerto?



–Desmayado. Perdóname. Antes he modificado un poquito los acontecimientos por dejar fuera de responsabilidades a mi hijo. Pero no quiero que te vayas engañado. Esto sólo lo sabes tú. Ni siquiera la guardia civil conoce estos datos. Se echaron sobre él. Y en esa pelea se le paró el corazón. Quizá se asfixió. No sé... Pepín vive abrumado por ese episodio desde entonces. Tardará mucho en recuperarse.

–Y Pamela se ha vuelto loca –completé yo el diagnóstico.

–¿Sí?

–Sí. No creo que finja. Anoche me montó un numerito erótico. Pero no creo que necesite un hombre, sino un psiquiatra.

–¿Qué vas a decir en tu libro? ¿Lo contarás todo?

Era evidente que Fernanda me estaba aclarando los puntos oscuros deliberadamente. No sé si con el propósito de que no me dejara nada en el tintero, o por someterse a la fatalidad que ella suponía que marcaba su vida.

—Os dejaré fuera. Aunque sólo sea por ti. No te mereces nada de esto. Además, igual no escribo el libro. Desconfío de todo.

—No lo hagas.

—¿Quieres que lo cuente todo?

—Si sirve para algo, sí.

—Para vender más libros.

—Bueno, si eso te beneficia.

—Fernanda, no digas eso, que me das miedo.

En realidad no era miedo. Ese fatalismo me

producía una repugnancia que me incitaba a rechazarla. Estaba a punto de dejar sola a aquella mujer extraordinaria, pero no quería que también se sintiera sola.

–Te llamaré dentro de unos días –me comprometí–. En cuanto sepa si publico el libro o no. En cuanto salga de dudas sobre ese tema oscuro de la conspiración para destruir Ypébula.

–¡El Príncipe de Titán!

Nos dimos un par de besos, y ella se retiró bruscamente. A los pocos pasos se volvió, me dedicó una sonrisa, tornó a darme la espalda y regresó con su marido.

¿Quién era el Príncipe de Titán que había invocado Fernanda, Veremundo o yo?

Borré de mi cabeza el dilema, porque no tenía

energía para resistir ni una sola duda más.

En mi habitación del Parador, después de charlar un rato con Shey haciéndole creer (inútilmente) que sólo estaba cansado, envié un correo electrónico al buzón de Flores contándole de un modo deliberadamente vago los últimos descubrimientos, pero reproduciendo casi literalmente la conversación que mantuve con Veremundo sobre la supuesta conspiración. Creí que anticiparlo sería mejor que planteárselo de golpe en Madrid.

Al recoger automáticamente los mensajes acumulados, me encontré con uno de Veremundo. Rezaba así:

*Escribo mientras espero la hecatombe. No me mueve ni la resignación ni el pesimismo, sino la fría y desesperanzada lógica. La catástrofe está a punto de abatirse sobre Ypérbula. Para todos los que nos*

*encontramos aquí, ya es demasiado tarde. Somos prisioneros de un doloroso dilema que habrán de resolver otros: o destruyen esta isla o la Civilización Occidental está sentenciada. ¡Delenda est Ypérbula!*

### **La rueda dentada**

Amaneció el viernes. El avión de Madrid salía de Monpedra a las siete de la tarde. Pasé el día sentado en la terraza del Parador, bajo una sombrilla. De vez en cuando me daba un chapuzón en la piscina. Luego me echaba en una tumbona e intentaba leer “La Condición Humana”, de Malraux. Me había obsesionado con la novela, y no quería encontrarme con Cejudo sin haber leído lo suficiente como para poder emitir algún juicio por precario que fuera. Al fin y al cabo, esto es un hábito de mi profesión.

Mis ojos recorrían las líneas, pero mi mente no

se enteraba de las turbulentas emociones de Chen al hundir su puñal en el cuerpo dormido del traficante de armas, y mezclaba y confundía los argumentos de la célula comunista que prepara el alzamiento de Shangai. La verdad es que todo aquello, además de ser incapaz de digerirlo, me importaba un rábano. Pero mis ojos seguían leyendo.

Se detuvieron perplejos en varias ocasiones. La primera, en estas líneas: “...no había sangre en la almohada y el hombre no parecía muerto. ¿Debería, pues, matarle de nuevo?”

Y luego, en estas otras:

“No aspira a ninguna gloria, a ninguna felicidad. Capaz de vencer, pero no de vivir en su victoria, ¿qué puede desear sino la muerte?”

Al llegar a esta frase, me detuve rabioso conmigo mismo, harto de mi estupidez.

Como no me había enterado de casi nada de lo anterior, la frase, sacada de su contexto, me pareció insufrible. Sin embargo, hice un último intento. Abrí el libro por el final, y leí al azar.

*“Demasiado orgulloso para ser, ya un conformista, ya un hipócrita. Acaso el gran individualismo no pudiese desenvolverse plenamente si no en un pudridero de hipocresía.”*

Comprendí que Malraux, fuera cual fuese su razón, su sinrazón, su propósito o su despropósito, merecía otro momento. Cualquier cosa que leyera en ese estado de ánimo me parecía escrita adrede para incrementar mi confusión.

Cuando llegó la hora, recogí la maleta que tenía hecha desde el miércoles, me colgué del hombro la bolsa con el portátil, y me dejé llevar por un taxi al aeropuerto. El chófer no paró de hablar en el corto

trayecto de la fatalidad que pesaba sobre la selección española de fútbol, incapaz de ganar un Mundial aunque llevara una ventaja de dos goles. Le dejé opinar sin estimularle ni contrariarle. Mantuve los ojos cerrados, y me dejé conducir al avión de esta guisa, para no llevarme ninguna última imagen de Ypérbula, a donde ni la promesa de entregarme un saco de millones me haría volver.

En la sala de espera del minúsculo aeropuerto, que todo el mundo llamaba “Sala de Estar”, me aguardaba el teniente Cejudo, de civil.

Saqué “La condición humana” de la bolsa y le tendí el libro.

–No puedo leerlo. Creo que no podré leerlo en mucho tiempo.

–¡Quédatelo, hombre! Ya me lo devolverás algún día... No parece que te vayas muy contento de Ypérbula.



–Me voy hecho unos zorros. Me voy para no volver. Hacía tiempo que no lo pasaba tan mal para escribir una historia vulgar y decadente.

–No tienes madera de Marcel Proust.

–Mi cabeza es un leño. Me siento un Pinocho a la inversa, al que todo el mundo ha intentado engañar.

–¿Todavía tienes dudas?

–La más grande. No sé si escribiré el libro o no.

–¿Por qué?

–Porque, si es verdad que alguien ha puesto en marcha un mecanismo para sacar todas las prisiones de Ypébula, puede que yo sea uno de las ruedas dentadas. Y no hay derecho a que le utilicen a uno, sin pedirle permiso, quiero decir.

Hablaba a velocidad de vértigo. Tenía la

necesidad de dejarlo todo claro, explicarlo de golpe, antes de que Cejudo empezara a hacerme preguntas o a colocarme su propia versión. Porque, si un cargazo como Flores podía estar en el corazón de la trama, un teniente ocuparía un lugar parecido al mío, el de una correa de transmisión

–Sí, ya sé que me han pagado la estancia en un hotel de lujo, que me han dotado de tecnología punta –señalé la bolsa del ordenador portátil–. Sé que no es igual ir de parte de uno mismo, que tener una editorial puntera detrás de uno, cuando pides una cita en el Juzgado o en la Guardia Civil. Pero la diferencia entre la verdad y la mentira no debe cifrarse en una Visa Oro de empresa.

Se me acabó el aliento, y Cejudo aprovechó la oportunidad.

–¿Y tú por qué te has obsesionado tanto con la verdad?

–Hombre, me sorprende que me lo preguntes. ¿Tú no te esfuerzas en verificar todas las pruebas que tienes contra un sospechoso, para evitar cargarle el mochuelo a un inocente?

–Pero ¿tú sabes lo que hay detrás de un crimen? ¿La cantidad de mentiras y de frustraciones, de fantasías y de ambiciones urdidas en la cabeza del criminal?

Cejudo podía haberse impuesto simplemente con endurecer la mirada, pero yo percibía su esfuerzo por mantener inactivo al guardia civil, y dar pábulo sólo al criminalista experto. Rebajé el grado de mi indignación y de mi soberbia, y se lo hice notar con un gesto de la cabeza.

–Pues imagínate lo que habrá detrás de una conspiración en toda regla, donde hay que conciliar intereses de un montón de sectores, funcionarios de

prisiones, políticos, inmobiliarias, constructores...  
¿Crees que la justa indignación de una sola persona que descubre su utilización va detener una maquinaria que cuesta tanto poner en marcha?

–No. No lo creo. Pero estoy hablando de mí. Yo sólo. Si yo no escribo el libro, lo hará otro, imagino. Pero me quedo libre de responsabilidades.

–Es la ventaja que tenéis los *freelancer*. A los tipos como yo, con uniforme y galones, no se nos permite hacer objeciones ni ponernos al margen. Estamos en medio de la *balasera* –esta última palabra la pronunció a la mejicana. En un instante, Cejudo había desactivado la tensión.

–¿Tú crees que puede haber una conspiración?

–¿Cuántos años tienes?

–Casi cincuenta.

–Y seguro que has sido comunista y todo eso...  
–esta evocación, en boca de un guardia civil, aunque no esté de servicio y sirva a una democracia, es siempre inquietante—. ¿Y una persona experimentada como tú no ha comprobado que toda actividad política es básicamente una conspiración? ¿Conoces a algún político o a algún empresario que actúe por libre, sin trabas ni limitaciones, sin compromisos ni pactos?

–Oye, ¿tú por qué no das clases en la universidad?

–Soy profesor en la Academia de la Guardia Civil. Todos los años dirijo un seminario.

–Es un alivio para mi seguridad ciudadana saberlo –le dije.

Nos estrechamos las manos, y yo eché a andar camino del turbohélice, que rugía en la pista de despegue.

Al pie de la escalerilla emergieron en mi memoria, como una raíz que por fin brota del subsuelo, unas palabras de Cejudo.

“Sufrir sin perder la fe, sufrir sin descargar la propia frustración en los demás, mantener la perseverancia, conduce inevitablemente al éxito. O triunfas tú o triunfa aquel por quien te has sacrificado”.

Me giré hacia el “Salón de Estar” y no le vi. Se me ocurrió que quizá Cejudo había sido un espejismo. Uno más en mi aleccionadora búsqueda de la verdad sobre “Venenín”.

### **“Corazón Partido”**

A pesar de que le había dicho a Shey que no era necesario, vino a recogerme a Barajas. Hicimos el

recorrido hasta casa casi en silencio. Yo no tenía ganas de que el taxista se fuera enterando de mis contradicciones y de mis angustias. Shey lo advirtió, y se limitó a acompañar mi desazón, apretando mis manazas entre sus zarpitas de osito de peluche.

Yo me limitaba a mirar el paisaje urbano, chamuscado por un sol de justicia.

—¿De dónde crees tú que viene la expresión “sol de justicia”? —pregunté a mi mujer, porque el silencio se hacía incómodo.

—No tengo ni idea, cariño. En todas partes se identifica a la Justicia con la frialdad. Será que los españoles tenéis *a peculiar idea about it*.

Al llegar a casa, Shey señaló hacia un rincón del salón de estar-comedor. Entre una mecedora falsamente antigua y un aparador reposaba una bolsa de plástico grande llena de prendas de recién nacido.

Su tripita empezaba a hincharse. Pasé un largo rato con la palma de la mano en su vientre, sin advertir ningún movimiento que no pareciera intestinal.

Luego hicimos el amor, mansamente, para no alterar a la criatura, dedicándole a ella nuestro gozo.

Dormí de un tirón aquella noche, a pesar del calor. Con tal intensidad que me desperté temprano, pero descansado. Me levanté. Shey se quedó entre las sábanas aprovechando el fresquito de la mañana para estirar el sueño.

Me metí en mi zaquizamí de trabajo y empecé a vaciar cajas y a apretujar los papeles en la bolsa de plástico, de la que había sacado toda la ropita. Después de colocarla en perfecto orden en la caja de electrodomésticos mayor, todavía sobraba espacio para mucha más.



Plegué el resto de las cajas, y me bajé con esa papelería heteróclita a la calle. La deposité en un contenedor que hay en una esquina de Ayala. A la vuelta, entré en un café y pedí un desayuno. Me atendió una joven con aspecto andino. Sin pensármelo mucho, le sonreí y le pregunté mientras retiraba la taza y el plato de la tostada,

–¿Llevas mucho tiempo en España?

–Dos meses, señor –respondió con el timbre cantarín de los hispanoamericanos.

–¿Y por qué has venido?

–Le diré para qué, y se lo hago más corto. En busca de la prosperidad y la seguridad, señor.

–No sé si estaremos a la altura de esa confianza. ¡Que tengas suerte, chiquilla!

Con Flores me había citado el lunes, a comer.

Me llevó a un restaurante indostano, en una cuesta aledaña a la plaza de las Descalzas, cuyas piedras hervían como las paredes de un horno.

–Si aguantas la comida picante, te recomiendo para empezar unas samusas. Es lo mejor para el verano.

Instintivamente adopté el papel de empleado disciplinado e inocente. Conocí las samusas al mismo tiempo que a Shey, que las prepara con masa de empanadilla española, bien picantes.

–Si usted lo dice...

–Me puedes llamar de tú. Te lo mereces. Y también lo necesitas... ¿Estás mosqueado, verdad?

–Usted... tú mismo me pusiste sobre aviso, al hablarme de la bomba de efecto retardado que era

“Venenín”. Además, me cargaste con la responsabilidad de desactivarla o de hacerla explotar.

–Y has demostrado ser un adiestrado artificiero.  
¿Crees que hay una conspiración?

–Carezco de evidencias. Por eso estoy simplemente mosqueado.

–¿Estás dispuesto a escribir el libro?

–¿La historia que yo conozco de “Venenín” entera o expurgada?

–No hay historia sin punto de vista. Utiliza el tuyo.

–¿Recuerdas lo que me dijiste de la tragedia griega sin fatalidad?

–Uhú –dijo masticando un trozo de cordero al curri.

–Pues lo importante de la historia de “Venenín” no es “Venenín”, sino todo lo demás. Sobre todo, la tragedia de Veremundo y su familia –me interrumpí, en busca de la expresión más veraz y contundente–. Pero no quiero usar a un amigo y a su familia para hacerme famoso.

–Tarde o temprano, acabarás hablando de ellos.

En aquel momento me pareció una frase para salir del paso. Sólo ahora comprendo que estaba cargada de sabiduría.

–Hagamos una cosa. Que sea el equipo quien redacte el borrador sólo con la información que tú les has enviado. Nos reservamos la que me enviaste a mí. Luego, tú revisas esa primera redacción, la aliñas, la enriqueces, la censuras. Y lanzamos el producto al mercado apoyándonos en una buena campaña publicitaria.

Y así fue.

“Corazón Partido”, mi segundo libro sobre “Venenín” se vendió bastante más que el primero y saneó mi economía. Aunque es verdad que no fue un éxito apabullante de ventas. Aquellos que lo hayan leído sabrán que dejé fuera toda mención a Veremundo y a su familia, salvo referencias indirectas.

Los últimos capítulos los redacté personalmente. Desde luego, oculté que fui el descubridor casual del cadáver. Fingí que especulaba al referirme a las circunstancias en que llegó allí.

El título, “Corazón Partido”, me lo sugirió la muerte de “Venenín”. Pero también una disyuntiva que asimismo partió mi corazón: abusar de mi amistad y beneficiarme del escándalo o mantenerme fiel a aquella y seguir siendo un periodista sin caché.

La experiencia me sirvió para aprender las diversas facetas de la verdad. Desde un punto de vista parece explosiva. Desde otro, aburre.

Durante un tiempo trabajé para “Universal” haciendo informes sobre manuscritos. Me metieron de jurado en algunos concursos. Participé en tertulias televisivas sobre la delincuencia juvenil. Gracias a todo ello, obtuve una panorámica del mundo editorial. Creí que empezaba a entenderlo. Sin embargo, el nuevo rumbo de mi vida no me satisfacía casi nada. Me dejaba arrastrar por la rutina, desasosegado e inquieto. Tan sólo el nacimiento de mi hijo equilibró mi inexplicable disgusto profesional.

La sorpresa me la llevé en otoño. Apareció ese infame libro titulado “La Maldición de ‘Venénin’”. Fue la primera vez que se le nombraba de aquel modo.

Se atrevieron porque sabían que nadie reclamaría por ello, muerto el infeliz protagonista, y desaparecida en el caos del narcotráfico su infausta madre.

El sello editorial era desconocido, una empresa nueva o que llevaba tiempo durmiendo a la espera de una oportunidad para pegar un salto de hiena sobre una carroña.

Si dijera que tuve una premonición de que iba a ocurrir eso, mentiría. Me pilló en pelota.

Semanas antes del lanzamiento del bodrio, empezaron a publicarse reportajes sobre la deteriorada situación del sistema penitenciario español, se filtraron noticias perjudiciales para Ypérbula, una pequeña epidemia en cierta prisión, tres fugas sospechosamente tontas (una de ellas, la de “Venénin”, a quien se dio por muerto sin más explicaciones), un par de casos de malos tratos de

funcionarios a internos, un suicidio. Parecía que todo había ocurrido sucesivamente, aunque la realidad era que los acontecimientos que iban saliendo a la luz no tenían conexión y se habían producido meses y hasta años atrás. Pero quien los lanzaba a la opinión pública los disfrazaba con astucia, y aquella los digería según es su hábito, sin hacerse preguntas.

Naturalmente a mí esto no me engañó ni me pareció casual. Recordé el anuncio de Veremundo sobre los intereses creados en torno a las nuevas cárceles. Me figuré que habían decidido lanzar una ofensiva. Me alegré de que mi “Corazón Partido” se hubiera publicado meses atrás. Me había librado del torbellino, y estaba preparado para no dejarme arrastrar por él.

“La maldición de Venenín” se anunció a bombo y platillo.



En el nuevo libro se contaba casi todo lo que yo me había reservado en el mío. Leerlo fue una de las obligaciones más repugnantes que he hecho en mi vida, porque cada página era un plagio, un abuso. Sin llegar a formularlo explícitamente en mi cabeza, barruntaba que el autor o autores del bodrio tenían que haber usado mi material. Y los únicos que habían conocido ese material eran la parejita que formó “mi equipo” en Universal.

Cuando finalmente esta idea inadmisibile adquirió cuerpo en mi conciencia, a pesar de la resistencia de mi orgullo a aceptarla, pedí una cita con Flores.

Se mostró tan sorprendido como yo del nuevo libro. Aseguró que había pedido un informe, y que el resultado era desolador.

La parejita se había despedido de “Universal” al

publicarse “Corazón Partido”. Se los tragó la tierra durante un tiempo. Emergieron con un manuscrito en las manos: “La maldición de Venenín”. Pretendían que se publicara con un seudónimo.

La persona a cargo de aquella línea editorial en Universal se negó y les amenazó con llevarles a los tribunales acusados de apropiación indebida y de robo de material propiedad de la empresa. Ellos respondieron que correrían el riesgo, que habían pasado semanas en Ypébula y que el material contenido en el manuscrito lo habían recogido ellos y que tenían pruebas.

Según Flores, todo era mentira, sólo habían realizado una tanda de llamadas telefónicas para dar cobertura a su trampa. Lo que hicieron fue una apuesta fuerte sin triunfos en la mano. Quizá si el ejecutivo de Universal hubiera emprendido alguna gestión para confirmar esos extremos, la parejita se

habría retirado de la partida.

Esa fue la explicación de Flores.

El libro fue un exitazo, como recordarán los aficionados a la literatura de superventas.

Pero estaba lleno de lagunas, de incorrecciones, de digresiones sin fundamento. Y encima, estaba mal escrito.

Sin embargo, lo más significativo fue que desplazaba con poco disimulo el interés central del libro de “Venenín” a Veremundo. A medida que lo leía, me quedaba más boquiabierto. La relación semi incestuosa entre Veremundo y Pamela aparecía de un modo velado.

No obstante, el libro ignoraba los conflictos familiares que estallaron en torno a la muerte de “Venenín”. Y lo más extraño era que no daba ni una

en el clavo al describir a las circunstancias reales de su muerte. Eso era algo que sólo sabíamos la autoridad de Ypérbula, la familia de Veremundo y yo.

Los datos que yo había ocultado en mis informes al “equipo” constituían lagunas que la parejita había llenado de un modo incomprensible para mí.

No me atreví a molestar a Veremundo o a Fernanda para preguntarles si alguien les había entrevistado sobre el tema. Pensé que quizá hubiera sido cosa de Pamela, cegada por la codicia.

Pero un día recibí un correo electrónico de Fernanda preguntándome que por qué no la había avisado del nuevo libro. Se veía que había gastado mucha energía para no ponerme de vuelta y media, que es lo que le pedía el cuerpo.

De inmediato la telefoneé para tranquilizarla y para sacarla del engaño. Estaba en Ypébula. Le aseguré que yo no tenía nada que ver con el bodrio. Le pregunté si una parejita de periodistas les había visitado. Lo negó. Sólo habían recibido una absurda llamada telefónica de alguien que quería saber si Veremundo (de quien Fernanda se había separado) había sido amante de una panadera llamada Pamela. Fernanda me dijo que había visitado a Pamela al conocer el bodrio, y que ésta había jurado por la memoria de sus padres que ella no había revelado nada, aunque también había recibido la llamada de un curioso impertinente.

Durante semanas, fui un sonámbulo. Sólo la atención al inminente nacimiento de mi hijo mantuvo mi conciencia latente.

Concluyo ya mi propia historia.

Lo haré revelando la causa que me movió a empezar a redactar este tercer libro mío sobre “Venenín”, y que también me ha conducido, como adelantaba en el prólogo, a emigrar a Nueva Zelanda.

Al poco de nacer mi hijo, llevaba yo a “Universal” el informe de un manuscrito, cuando me pareció ver en una de las oficinas al varón de aquella “pareja-equipo”. Tuve la desazonadora impresión de que se escurría tras una columna para que no le viera o para huir de mí.

Entonces me sometí a la intuición. Cerré mi conciencia a cualquier información exterior y me dejé llevar por mis pasos con los ojos entornados. Funcionó.

Fue en la calle donde me tropecé con él. Y con su pareja. No pudieron escabullirse.

–¿Sabéis que sois unos cabrones?

–Sí.

Este reconocimiento desactivó lo peor de mi mala leche.

–¿Por qué lo hicisteis? ¿Por qué tuvisteis tan poca vergüenza?

–Por dinero –confesaron a coro.

–Eso ya me lo imagino. Pero no entiendo cómo tuvisteis el estómago de traicionarme a mí y a “Universal”.

–A “Universal” no la traicionamos –argumentó ella, a la defensiva.

–¡Cómo que no! ¡Cómo puedes tener la sangre fría de afirmar eso en mis narices!

–Es que es verdad... –acudió él en auxilio de su

parejita—. La editorial que publicó “La Maldición de ‘Venenín’” es una filial de “Universal”. Pero esto es algo que pocas personas saben.

A los pocos días, cuando empezaba a recuperarme del soponcio, irrumpió en los escaparates de las librerías otra historia sobre “Venenín”. Y unas semanas después, otra.

Shey, que me veía consumirme de impotencia, tuvo una idea. Hacer un viaje de Navidad.

Ese hermano suyo de Praga que habíamos tenido como huésped la Navidad anterior, había emigrado con su familia a Wellington, una ciudad de Nueva Zelanda, asomada al estrecho de Cook, que separa las dos islas, y nos invitaba a pasar la Navidad con ellos y a conocer el país.



La visita se prolongó más de la cuenta.

Y desde entonces, Shey, mi hijo y yo vivimos en las antípodas, junto a tíos y primos, en armonía y concordia no exenta de altibajos.

Lo más importante, sin embargo, es que he logrado conciliar mi ego con mi YO. No sé cómo. Dicen que es una propiedad exclusiva de las islas de Nueva Zelanda, una cualidad que las impregna. Quizá la niebla de sus anchos valles, y las nubes esponjosas de sus abruptas cordilleras. Estamos lejos de todo. Tan lejos, que si pasa algo, nadie se entera. Como antes, en Ypérbula.

Burjassot, enero – junio de 2005. Revisada en mayo de 2018.